



UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

**Transitando en La Italia:
Trayectorias migratorias de las travestis
colombianas, trabajadoras sexuales en Italia, en
la década de los noventa**

Luz Mary López Murcia

Universidad Nacional de Colombia
Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género
Bogotá, Colombia

2015

Transitando en La Italia: Trayectorias migratorias de las travestis colombianas, trabajadoras sexuales en Italia, en la década de los noventa

Luz Mary López Murcia

Tesis de Maestría presentada como requisito parcial para optar al título de:
Magister en Estudios de Género

Directora:

Yolanda Puyana Villamizar, Magister en Estudio Integral de la Población

Línea de Investigación:

Globalización, Desigualdades Sociales y Políticas Públicas

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas, Escuela de Estudios de Género

Bogotá, Colombia

2015

Cuando vives en la frontera
la gente camina a través tuyo, el viento roba tu voz,
eres una burra, buey, un chivo expiatorio,
anunciadora de una nueva raza,
mitad y mitad –tanto mujer como hombre, ninguno–
un nuevo género;

En la Frontera
tú eres el campo de batalla
donde los enemigos están emparentados entre sí;
tú estás en casa, una extraña,
las disputas de límites han sido dirimidas
el estampido de los disparos ha hecho trizas la tregua
estás herida, perdida en acción
muerta, resistiendo;

Para sobrevivir en la Frontera
debes vivir sin fronteras
ser un cruce de caminos.

Gloría Anzaldúa

Agradecimientos

Aunque escribir este texto fue un acto, en ocasiones, profundamente solitario, en él habita la presencia de muchas personas. Quiero agradecer de manera especial a Marco Alejandro por no dudar nunca de que vería finalizado este proyecto y por contribuir de tantísimas maneras a que yo lograra su culminación. Marquito, gracias por las lecturas, por las correcciones a contrareloj, por los sablazos y las pausas, por destinar tanto tiempo y energía para atravesar conmigo toda esta travesía y sostenerme, también soportarme, cuando todo se volvía una sola pesadumbre. Gracias también, al Mensajero, al Panda y al Tris de Gatx por convertir esta temporada en una fábula tan bonita.

A mi directora de tesis Yolanda Puyana, gracias por confiar siempre en mi trabajo y por acompañarme, por segunda vez, en la realización de un proyecto así. Gracias profe Yolanda por compartirme parte de tu experiencia como investigadora y maestra y por secundar con tanta paciencia y emoción el tejido de esta testaruda escritura.

A las maricas, gracias por tenderme un puente y ayudarme a cruzar al otro lado. No tengo palabras para agradecer lo mucho que me han dado. Aunque sin duda hubieran merecido algo mejor, aun así con todas sus limitaciones y carencias, esto es de ustedes. A Coqueta, gracias por la confianza, por todo el apoyo, por las tardes de té, regia Coqueta, cualquiera que lea este trabajo sabrá que sin ti nunca hubiera sido lo mismo.

A la manada, gracias por hacerme sentir siempre que, aun después de mis constantes temporadas de aislamiento, tengo un lugar a donde llegar; Carlos Lolita, Alias Angelita, Susan, Laura Arenas, Alanis, Angélica Nieto, Caro Morenita, Alejandra Rojas, Lina Díaz, Fernando El reinito, Canino, lindas las diosas marrones que nos mantienen cerquita en el camino a pesar de tantas fronteras.

A quienes soportaron la quejadera cotidiana, Tatiana, Yuliana, Óscar, Kelly, Carolina, gracias por la paciencia, ustedes saben que me seguiré quejando de todo, aunque ya no será de la tesis.

A Alejandro, gracias por todo el amor y el cuidado. Gracias, bonito, por acompañar mis espacios de escritura y convertirlos en un refugio amoroso. Gracias también por toda la ayuda con el texto y por atender las cosas de la vida que se me quedaban pendientes mientras estaba sentada frente al computador, como casi siempre...

Para Daniel Quiroga, gracias por la paciencia, la comprensión y el apoyo incondicional. Encontrar en el mundo laboral personas como sumercé es algo que siempre agradeceré con tesis o sin ellas.

A las y los profesores de la Escuela de Estudios de Género, gracias por todas las enseñanzas, por los distintos espacios de diálogo e interpelación, por sus lecturas y sugerencias a este proyecto desde el principio.

A Camila Esguerra, gracias por ampliar y profundizar mi visión de las cosas y llenar de argumentos mi rabia y mis ganas de escribir.

Gracias Camila Esguerra y Franklin Gil por las observaciones que me realizaron en sus conceptos de evaluación. Gracias por la lectura cercana y juiciosa de mi texto y por invitarme a través de sus comentarios a refinar algunos puntos, a repensar otros y a dejar algunas inquietudes abiertas para seguir trabajando.

A mi madre, gracias por los cientos de velitas encendidas.

Resumen

Este trabajo propone un acercamiento a la comprensión de la migración internacional en Colombia desde experiencias que desafían la institución heterosexual y el cisgenderismo prescriptivo. Se abordan las trayectorias migratorias de travestis colombianas, quienes, en la segunda mitad de la década de los noventa, migraron para insertarse en el mercado transnacional del trabajo sexual en Italia. A partir de las herramientas teóricas y políticas del feminismo y con base en once relatos biográficos, se exploran las maneras en que las relaciones entre los órdenes de poder basados en el género, origen geográfico/nacionalidad, clase y sexualidad sitúan socialmente a las travestis a lo largo de sus tránsitos migratorios y corporales antes, durante y después de la migración internacional; así como las estrategias y resistencias que ellas accionan en el espacio transnacional entre Colombia e Italia.

Palabras clave: emigración, migración internacional, trabajo sexual, travestis, trayectoria migratoria.

Abstract

The following work proposes an approach to the understanding of international migration in Colombia from experiences that challenge the heterosexual institution and prescriptive cisgenderism. It addresses the migration trajectories of Colombian transvestites, who migrated to work in the transnational market of sexual labor in Italy, during the second half of the 1990's. Likewise, based on feminist theoretical and political tools and founded on eleven biographical narrations, this work analyzes the ways in which the relationships between different power systems based on gender, geographical/national origin, class and sexuality place socially the transvestites along their their migratory and corporal journeys before, during and after their international migration, as well as for the strategies and resistances that transvestites employ to the transnational space between Colombia and Italy.

Keywords: migration, international migration, sex workers, transvestites, migratory path.

Contenido

Pág.

Resumen	VI
Introducción	1
La gestación de una pregunta desde el trabajo de campo	1
Los propósitos de esta investigación	4
Metodología	6
Enfoque biográfico	7
Datos generales de las entrevistadas	10
¿Desde dónde hablo y tejo la escritura?	11
Sobrevuelo sobre las categorías usadas	12
Trabajar dentro de la “industria del sexo”.	15
¿Por qué hablar de trabajo sexual?	16
¿Por qué hablo de travestis y maricas?	20
Ruta de capítulos	24
1. Italia-noventa: el apogeo de las maricas colombianas.....	27
1.1. Colombia años noventa: escenario sociopolítico de la partida	28
1.2. La memoria forma parte de la historia: las travestis en el panorama nacional.....	31
1.3. El aterrizaje de Las Italianas: la encarnación del sueño italiano	37
1.4. Mujeres «con algo más»: Las Italianas en el trabajo sexual local	42
1.5. Madre solo hay una: Madres Italianas hijas colombianas	45
2. Inmigrar es inmigrar con su historia.....	53
2.1. Pueblo chiquito es infierno grande: Las redes de vigilancia local ...	55
2.2. El séxodo como umbral migratorio	58

2.3.	La migraciones internas de plaza en plaza	59
2.4.	Bogotá: entre normas, bolillo y las ganas de migrar	65
2.5.	Antesala al preludio migratorio	71
3.	Preludio migratorio: cuando todos los caminos conducen a Italia	74
3.1.	La “conquista” de Italia por las maricas latinoamericanas	75
3.2.	La obsesión migratoria: el mito del migrante triunfador en la decisión de partir	78
3.3.	Los requisitos de ingreso a Italia y las redes de ayuda para el viaje85	
3.4.	Devenir sujetas del “control” migratorio.....	89
3.5.	Bien por dentro se siente cuando a uno le miran como un bicho raro: el cuerpo temeroso en el cruce de las fronteras	97
4.	Trabajar cada día como si fuera el último: El Trabajo sexual en Italia.....	100
4.1.	La organización de la mano de obra migrante en Italia	101
4.2.	La incorporación de las travestis al mercado laboral de Italia.....	106
4.3.	Los escenarios del trabajo sexual en Italia: la calle y los pisos de contacto	110
4.4.	De la explotación y la autoexplotación laboral en la realización del trabajo sexual	116
4.5.	El machismo latinoamericano y la caballerosidad italiana.....	131
5.	Cuando el sueño italiano se volvió realidad:Ser una marica colombiana en Italia.....	136
5.1.	Mapeo de un arribo: la llegada de las maricas a Italia	137
5.2.	El aterrizaje del cuerpo y el trabajo corporal	142
5.3.	Ser marica y migrante en Italia	144
5.4.	Haber nacido en Colombia: las fronteras entre el rechazo y la exotización.....	149
5.5.	Remesas desde Italia hacia Colombia:	151
5.6.	Tránsitos corporales o el viaje en el cuerpo	160
6.	Es que uno no es río para no devolverse: El retorno migratorio.....	166

6.1. Retornos forzados: entre el control del territorio y la criminalización	167
6.2. ¿Retornos forzados? Entre la fatiga y el agobio de las microagresiones cotidianas.....	173
6.3. La nostalgia del retorno y la valoración de la migración	176
6.4. ¿Volver a migrar?.....	182
6.5. Los usos del dinero ahorrado.....	183
7. Conclusiones.....	186
7.1. El séxodo y el sexilio en la emigración.....	186
7.2. Ser una marica colombiana “de esquina” en Italia.....	188
7.3. El “sueño” italiano de cara al retorno	192
Bibliografía	199

Introducción

La gestación de una pregunta desde el trabajo de campo

Inicié mi trayectoria sobre las migraciones internacionales de travestis en el 2008, haciendo parte de lo que Laura Agustín (2007) denomina la «industria del rescate»: todo un conjunto de programas sociales y agentes (trabajadoras sociales, personal religioso, académicas, miembros de ONG, funcionarias y funcionarios públicos) que bajo la premisa de “salvar” a las trabajadoras sexuales de la explotación sexual en contextos de migración internacional, hacíamos talleres¹ sobre las problemáticas ligadas a la trata de personas y el tráfico de migrantes, partiendo de la idea que toda persona que migra y se inscribe en las industria del sexo en el extranjero es probablemente alguien que ha sido, o llegará a ser, una víctima engañada, forzada y prostituida por redes mafiosas (Agustín, 2007, p. 7). Entre las problematizaciones propias de esta posición estaba, por un lado, convertirnos, sin siquiera dimensionarlo, en facilitadoras de las prácticas que promueve el Estado en nombre del bienestar de estos sectores sociales subalternizados, pero atravesadas por el control de las estrategias de supervivencia y la sexualidad de personas feminizadas y empobrecidas. También significaba la negación *a priori* de la agencia de un número importante de

¹ A estos talleres llegábamos las Practicantes que nos formábamos en Trabajo Social con la misión de liderar la realización de las jornadas sobre Derechos Humanos y Desarrollo Personal que el proyecto 7310 de 2004 y el Código de Policía de Bogotá –Acuerdo 079 de 2003– exigía cursar a todas las personas en ejercicio de prostitución en el distrito. También llegaban las trabajadoras y trabajadores sexuales quienes debían participar en estos, durante 24 horas al año. Si bien esas jornadas de promoción, formación y capacitación estaban formalmente argumentadas en una labor de restablecimiento de derechos, desarrollo personal, vinculación a redes sociales básicas y la generación de ingresos, no dejaban de favorecer una de las prácticas de control y gestión que ha comprendido el ejercicio de la gubernamentalidad sobre las personas que ejercen trabajo sexual: con la participación en la jornadas que nosotras ayudábamos a impartir, las trabajadoras sexuales accedían a un certificado sin el cual no podían realizar trabajo sexual en Bogotá, este, como cita el Instructivo para la Formación e Información de la –SDIS– tenía un código asignado por el Sistema de Información con el que se les registraba como personas vinculadas al «fenómeno social de la prostitución» y era útil como « medida para facilitar el control, cuando se llevaban a cabo operativos» (SDIS, 2011).

migrantes trabajadoras y la confusión entre trata de personas con fines de explotación sexual, explotación laboral y trabajo sexual.

Al cabo de pocos talleres, las participantes nos dejaron claro que el vasto conocimiento y las múltiples estrategias migratorias que ellas desplegaban para desplazarse dentro y fuera del país, desde hacía décadas, superaban nuestra escasa comprensión sobre la complejidad del tema. Sus experiencias múltiples desafiaban la versión unidimensional que nosotras repetíamos: historias trágicas con tono ejemplificante de víctimas de explotación sexual en manos de mafias y grandes organizaciones criminales. Si bien algunas de sus experiencias migratorias contenían historias de abuso o de contacto con redes o individuos que habían buscado explotarlas, fuimos reconociendo que sus experiencias migratorias para insertarse en el mercado sexual transnacional no estaban lejos de las estrategias que cientos de migrantes movilizaban, desde sus recursos escasos, con el propósito de abrir su vida a destinos con otras posibilidades económicas, culturales, sociales y políticas.

Aunque varias fuentes teóricas alimentaron también este proyecto, sin duda fueron los agudos análisis de Laura Agustín (2007) sobre la migración de mujeres que se insertan en la industria sexual; de Julieta Vartabedian (2012) y Larissa Pelúcio(2009), interesadas también en la migración de travestis latinoamericanas (específicamente brasileras) a Europa, los que inspiraron mi trabajo. También fueron centrales las propuestas analíticas de Gloria Anzaldúa (1987) sobre la resistencia y el dolor que conlleva para los y las migrantes habitar las fronteras entre dos mundos (entendidas esta no solo como espacios geográficos) y el trabajo de Abdelmalek Sayad (2010) sobre la emigración/inmigración franco-argelina. Todas estas autoras me ayudaron a sentar las estructuras analíticas sobre las que intenté construir una escritura respetuosa de los relatos de las travestis. Dichos trabajos, además de sus interesantes propuestas teóricas, me convencieron de la importancia de trabajar desde la centralidad del punto de vista de mis entrevistadas, desde sus diferentes versiones sobre sus experiencias migratorias.

No obstante, fue en el 2011 cuando conocí a Coqueta, una marica² bogotana activista de la Red Comunitaria Trans, quien había permanecido en Italia durante nueve años desde

² Utilizo las categorías travesti y marica como categorías prácticas de reconocimiento» empleadas por mis entrevistadas para nombrarse en los procesos cotidianos de construcción de sí. Reivindico el uso de tales desde la apropiación y re significación que hacen ellas de estos términos derivados

1999 hasta el 2008, cuando el objetivo de esta investigación se precisó. Coqueta tenía 40 años y desde los 11 había habitado las calles bogotanas, ofreciendo servicios sexuales para sobrevivir, tras ser expulsada de su casa por manifestar su desacuerdo con la masculinidad y la heterosexualidad que se le obligaba a asumir. En esta investigación ella se convirtió en “La puente” que me permitió transitar hasta sus historias y las de un grupo de maricas que a mediados de los años noventa migraron desde Colombia a Italia para realizar trabajo sexual. Retomo el término “La Puente” y la “transgresión gramatical” utilizada en la antología *Esta puente mi espalda* para señalar que, en este caso, también fueron los puentes que las migrantes construyen con sus espaldas que se enuncian desde lo femenino, las que hicieron posible este acto de conocimiento.

El encuentro con ella fue imprevisto, como gran parte del itinerario que siguió la construcción de esta investigación. Si bien semanas antes había recorrido algunas organizaciones, bares y calles del Santa Fe –La Zona de trabajo sexual en el centro de Bogotá– tratando de contactar algunas migrantes internacionales, fue solo cuando alguien me habló sobre Coqueta, y me entregó su número de contacto, que se abrió un horizonte más específico para la investigación. Aunque en la primera entrevista logramos lo que es posible en un encuentro en una panadería de un barrio atiborrado de bares, whiskerías, residencias, prostíbulos, comercios minoristas y casas de familia -con el televisor y la radio sonando al mismo tiempo, con las conversaciones de las mesas contiguas, con el teléfono de Coqueta timbrando cada tanto y con mi afán de no alcanzar a preguntarlo todo-, cuando nos despedimos, Coqueta, quien realizaba un trabajo de liderazgo comunitario entre las travestis, me invitó a una reunión informal que iban a realizar donde La Cinderella, quien, subrayó, tenía una casa grande que había logrado comprar con los ahorros que la migración a Italia le había dejado, donde las maricas veteranas y jóvenes se reunían frecuentemente a pasar el rato.

A la experiencia migratoria de Coqueta se fueron uniendo los relatos de otras maricas quienes en la segunda década de los años noventa habían migrado hacia Italia, compañeras de vida y de viaje de ella. Fue así como me empecé a interesar

de los discursos de la criminología, las ciencias médicas o de insultos cotidianos, a través de los cuales resisten desde un lugar de clase y de origen geográfico a los lenguajes académicos e institucionales. Más adelante desarrollo una argumentación más amplia de del uso de estos dos términos.

específicamente en estas trayectorias migratorias a pesar que al inicio no tenía definido ni un destino ni un periodo particular para mi investigación, sin embargo, sabía por la indagación previa que había realizado, que estas migraciones, tan importantes para las travestis a las que me estaba acercando, no habían sido abordadas aún dentro de los estudios de migración internacional en Colombia ni en los trabajos que tenían por objeto analizar sus tránsitos y construcciones corporales e identitarias. Para mí y para Coqueta quien me acompañó a lo largo de todo este trabajo, abordar estas experiencias implicó entonces reterritorializar con sus relatos parte de la historia de la que se les ha dejado de lado cuando se piensa cómo se ha desenvuelto su vida en Colombia, en otras palabras, la investigación se abrió como excusa para contar y hacer contar sus historias como parte de los procesos económicos y políticos nacionales y transnacionales que tuvieron lugar a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Los propósitos de esta investigación

Al acercarme a las trayectorias de las travestis a Italia me interesaba reconocer ¿Cómo se producían estas en los años noventa, como trabajadoras sexuales dispuestas a migrar y cómo se había construido el trabajo sexual en Italia como un nicho disponible para las travestis colombianas migrantes? ¿Cómo se entretreñían las experiencias ligadas a cada uno de los momentos de la trayectoria migratoria con los órdenes de género, origen geográfico/nacionalidad, clase y sexualidad? ¿Cuáles eran las relaciones de poder y resistencia que las maricas accionaban durante la migración? ¿cuáles eran los cuerpos que se construían en este tránsito? y ¿qué formas de sociabilidad y resistencia emergían durante dicha experiencia?.

Este es un trabajo sobre las trayectorias migratorias de travestis, quienes, en la segunda década de los noventa, migraron hacia Italia para insertarse en el mercado del trabajo sexual. Intento dar cuenta de las motivaciones, expectativas y condiciones materiales de vida personal, familiar y comunitaria que precedieron el emprendimiento del proceso migratorio de las maricas e identificar las estrategias migratorias que ellas utilizaron para salir de Colombia (inversión inicial, deuda, documentación, redes) y entrar a Italia (controles migratorios e inserción inicial). También analizo las maneras como mis entrevistadas vivenciaron las relaciones de poder mediadas por el género, el origen geográfico/nacionalidad, la sexualidad y su impacto en las condiciones laborales, económicas, culturales, intersubjetivas y subjetivas en las que estas se situaron en Italia.

Me interesa presentar, del mismo modo, de qué forma estas resistieron, negociaron y utilizaron estratégicamente las estructuras de regulación y disciplinamiento ligadas a la heterosexualidad obligatoria, la racilización, la localización étnica, el clasismo y la clase.

Con esta investigación pretendo aportar a la comprensión de la migración internacional desde experiencias que desafían la institución heterosexual y el cisgenerismo³ prescriptivo. Si bien en Colombia el fenómeno de la migración internacional ha sido ampliamente abordado, las investigaciones realizadas se han situado generalmente desde perspectivas de investigación que dan por sentado que las personas que migran hacia el exterior son siempre hombres o mujeres heterosexuales⁴. La falta de información y de registro sobre la migración internacional de las travestis en Colombia no solo sigue invisibilizando sus trayectorias como parte de procesos específicos de desplazamiento interno, empobrecimiento y exclusión ligados a problemas más amplios y estructurales de desigualdad de género, racial y de clase sino que su desconocimiento sigue profundizando la vulnerabilidad en la que ellas viven, tanto en sus lugares de origen como en los puntos de tránsito y destino.

³ Este es un término empleado desde los años noventa por activistas trans estadounidenses, conceptualizado recientemente por Emi Koyama y Julia Serano. Este surge para nombrar a quienes se identifican con el género que les fue asignado al nacer. El uso de este término permite enunciar el lugar de la construcción social de cualquier género –trans y cis- y los privilegios y opresiones que le son concomitantes en su intersección con otras marcas. Lo que las activistas trans buscan resaltar con este es que la experiencia cis está marcada por privilegios en un orden social que prescribe el binario hombre-mujer como los lugares legítimos y naturalizados de existencia.

⁴ Si bien el tema de la migración internacional en nuestro país ha sido ampliamente abordado, generalmente las investigaciones realizadas se han situado desde marcos heteronormativos o miradas “masculinizantes” de la migración que dan por sentado que las personas que migran hacia el exterior son siempre hombres cis o mujeres cis heterosexuales. Estas miradas se imponen como una perspectiva privilegiada que pasa desapercibida o incuestionada como lenguaje básico sobre aspectos sociales y personales de la migración internacional. Quizá lo más problemático es que estas investigaciones, seguramente sin que se encuentre entre sus intenciones, terminan legitimando y privilegiando perspectivas heterarquicas y heterosexistas que hacen ver la heterosexualidad obligatoria como algo fundamental y “natural” en el funcionamiento de la sociedad y el sistema binario del género como los únicos modelos existentes de subjetividad, orientación, deseo, parentesco legibles en la investigación. Sobre la mirada masculinizante Raquel Guerra (2006) señala que la migración fue durante muchos años un tema fundamentalmente entendido desde los proyectos de hombres, desplazando la idea de estos como los únicos agentes económicos y públicos al análisis de la migración. En el mismo sentido las miradas heteronormativas sobre las experiencias migratorias, han omitido las voces de personas con sexualidades no normativas y pocas veces se ha tenido en cuenta cómo estructuras políticas como la heterosexualidad obligatoria dan forma a los procesos de migración e incluso a las estrategias de control de migración y construcción de ciudadanía.

Metodología

Las travestis me ofrecieron no solo sus experiencias sino la sabiduría de sus reflexiones prestas a construir un orden de conocimiento sobre la migración. En este sentido mi trabajo retomó varios de los elementos de la propuesta epistemológica del Black Feminism principalmente de Hill Collins (2002) y la Colectiva Rio Combahee (1977), y de los planteamientos de feministas pertenecientes a las llamadas "mujeres de color" como Gloria Anzaldúa, Chela Sandoval y Cherrie Moraga. Tomé los discursos sobre la experiencia como un punto de vista encarnado, específico y parcial, componente clave para comprender la expresión de las opresiones interseccionales que configuraron las relaciones de opresión y resistencia asociadas a la migración a Italia.

El encuentro con las otras maricas que viajaron en los años noventa a Italia me reafirmó en lo que el Black Feminism y los denominados feminismos de color o del tercer mundo propusieron como parte de los criterios de adecuación metodológica de sus epistemologías: la necesidad de abrazar el diálogo y de hacer puentes como metáfora de la construcción dialógica del conocimiento. La perspectiva de la conectividad que en lugar de la separación afirma Hill Collins puede ser un componente esencial del proceso de validación del conocimiento y el "puente" como elemento de comunicación y como acto de construcción y transformación, me exigieron transitar hacia un terreno donde lo único que podía hacer era escucharlas, observarlas e interpelarme una y otra vez.

La mediación de Coqueta, La puente, en el contacto inicial con cada entrevistada fue sin duda importante para poder generar un ambiente de empatía y confianza y para desbordar mis nodos de interés predeterminados con comentarios, observaciones y anécdotas que ampliaron mi perspectiva sobre muchos temas y dieron lugar a detalles que, de otra manera, difícilmente hubieran emergido. En algunos casos, las entrevistas pasaron a ser un momento en el que las travestis que habían sido migrantes y sus contemporáneas se ponían cómodas en cualquier sala, peluquería o calle y al ritmo de la rotación del té agregaban algún apunte, chiste o anécdota sobre la historia de la finadita tal o cual o de la fulana más querida u odiada, de la que sabían que había también viajado. Los recorridos y conversaciones espontaneas que más adelante tuve con Coqueta también cartografiaron en mis diarios de campo horizontes que ella había preferido no describir en el primer encuentro, porque como lo dice la chicana Anzaldúa "caminante, no hay puentes, se hacen

puentes al andar”. La expresividad personal, las emociones y la empatía que son centrales en la propuesta de Hill Collins para el proceso de validación del conocimiento fueron, así, elementos centrales en mi trabajo de campo.

Enfoque biográfico

Para situar la metodología me parece preciso señalar dos cosas: la primera es que la manera como presento esta investigación constituye una ficción, que se materializa en la disposición de las trayectorias migratorias de las travestis en una aparente secuencia con un inicio y un final, con el propósito de comunicar las experiencias reconstruidas durante el trabajo de campo. Lo segundo, es que parto de reconocer que la escritura de la misma podría verse como una «creación artificial de sentido» o una suerte de «ilusión biográfica», cuestión que Bourdieu (1989) cuestionó respecto de la producción de las historias de vida y el trabajo con relatos biográficos. Al respecto, sostengo que decidí asumir este ordenamiento “cronológico” para la escritura de este viaje analítico, siguiendo lo que la teoría migratoria ha definido como las etapas o momentos para el estudio de la migración: preludio, movilización, consolidación y retorno (Berubé, 2005; Gómez, 2008; Puyana, Mota y Viviel, 2009, Rojas 2011). Esta secuencia narrativa también se deriva de la forma como los relatos de mis entrevistadas tejieron la trama de sus experiencias. Esto a partir del recorrido selectivo e interpretativo del pasado, añadiendo a los momentos mencionados, otros relacionado con el abordaje de sus condiciones de vida en Colombia antes del preludio, el cual les pareció necesario retomar para ofrecer un sentido interpretativo de su experiencia migratoria. Trabajo, entonces, a partir de un *tiempo narrativo* que, siguiendo a Argüello(2012), «no es una representación imaginativa de la vivencia ni de la propia cronología sino un modo sustantivo de organizar la historia *experimentada* a través de la palabra» (p 35).

Mi aproximación a la trayectorias migratorias de las travestis a Italia se da a partir de los relatos de algunas de ellas, los cuales entiendo no como un reflejo de la realidad sino como una reconstrucción de carácter retrospectivo realizada desde el presente. Dicha reconstrucción tiene lugar a partir de la selección (consciente e inconsciente) de los hechos que las travestis eligieron para contar, su interpretación y evaluación (Sautu, 2004), desde las representaciones, mitos y realidades colectivas recreadas sobre la migración internacional. Todo este repertorio cultural hace parte de las conversaciones que escuché

entre las migrantes y entre las no migrantes contemporáneas con estas y con base en lo que autores y autoras que abordan también la migración de travestis a Europa.

Así, ninguna de las diferentes voces que dialogan en este trabajo (la mía, la de las entrevistadas, la de las teóricas y teóricos) dan cuenta de una realidad única, verdadera, universal, objetiva e inocente; cada quien crea una narración selectiva de hechos y la enuncia desde los sesgos propios de su posición subjetiva. Mi propósito, entonces, no es ofrecer un texto definitivo sino hacer una contribución al campo de estudio con una versión del tema entre las miles posibles. Soy consciente que esta puede ser subvertida y cuestionada por otras experiencias y versiones que tengan otros actores y autoras sobre las experiencias migratorias.

Realicé 11 entrevistas semiestructuradas que dieron lugar a una serie de relatos modulados a través de unos nodos de interés predeterminados por mí o algunos que emergieron durante las sesiones con cada entrevistada. Lo anterior me permitió llegar a construir lo que Pujadas (1992) denomina *relatos cruzados*, los cuales intentan sopesar la “ilusión biográfica” con las diferentes voces que participan de la reconstrucción de las tramas de la trayectoria migratoria, esta última constituida aquí en el eje articulador de las entrevistas. Los *relatos cruzados* son historias que, aunque narradas individualmente, se entrecruzan y pueden ser analizadas desde una perspectiva de grupo que permite llegar a conclusiones más amplias.

Aunque las sesiones formales de entrevista fueron fundamentales para obtener parte de la información que constituye esta investigación, una parte importante de los relatos sobre las trayectorias de las migrantes entrevistadas –Coqueta, Cinderella, Lucy, Martha, Diana Marcela, Marcela, Suxy, Yury, Angely, Alejandra, Victoria y La Japonesa– fueron producidos en escenarios menos ortodoxos: fiestas en la casa de La Cinderella, tardes de onces en la casa de Coqueta, esquinas del barrio Santa Fe, en las habitaciones arrendadas; entre peluquerías durante jornadas de tintura, cepillado, depilaciones, extensiones, y conversaciones sobre trucos de belleza y cirugías. Que estuviera hablando con migrantes retornadas y que la migración a Italia hubiera sido un hecho que impactó los contextos de origen y a las maricas que nunca viajaron, pero que también tenían una versión propia de esta historia, hizo que las entrevistas se desbordaran hacia un trabajo etnográfico situado en el que la observación participante, los diarios de campo y los

distintos encuentros fueron alimentado las versiones tanto de las experiencias migratorias como de los elementos constituyentes de la transnacionalidad en los contextos de Colombia e Italia.

Estos encuentros me permitieron alcanzar el «punto de saturación» definido por Bertaux (1999) como el momento en el que ante un número de entrevistas se considera que no hay elementos nuevos significativos que aporten a la comprensión del tema.

En el siguiente cuadro muestro algunos datos generales sobre la trayectoria migratoria de mis once entrevistadas.

Nombre	Edad cuando se realizó la entrevista	Lugar de nacimiento	Edad cuando ingresó a la venta de servicios sexuales	Edad cuando ingresó a la venta de servicios sexuales	Principal fuente de ingreso antes de migrar	Financiación del viaje	Edad al momento de migrar	Año de llegada a Italia	Ciudad de arribo	Ciudad desde donde migra	Persona a través de la que llega a Italia	contacto de recepción en Italia	Contacto en Colombia	Duración de la migración	Año retorno	Ocupación actual
Alejandra	34 años	Bucaramanga	14 años	14 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero "al doble" y ahorro	29 años	1999	Milán	Bogotá	Amiga en Colombia	Amigas	Familiares, amistades	Un año y medio	2001	Trabajadora sexual
Marcela	41 años	Manizales	17 años	17 años	Trabajo sexual y peluquería	Préstamo de dinero "al doble" y ahorro	28 años	1999	Milán	Bogotá	Amiga en Colombia	Amigas	Familiares, amistades	4 años y medio	2004	Trabajadora sexual
Cinderella	46 años	Ibagué	12 años	12 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero "al doble"	30 años	1996	Roma	Bogotá	Amiga en Colombia	Amigas	Amistades	15 años	2011	Rentista
Lucy	58 años	Barranquilla	16 años	16 años	Peluquería-Trabajo sexual	Ahorros y venta de sus bienes en Colombia	45 años	1999	Roma	Bogotá	Amiga en Colombia	Amigas	Amistades	11 meses	2000	Rentista y cocinera
Martha	54 años	Bogotá	19 años	17 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero "al doble"	40 años	1996	Roma	Bogotá	Amiga en Colombia	Amiga	Familiares, amistades	2 años y medio	1999	Vendedora de dulces
Yury	38 años	Bogotá	No aplica	20 años	Peluquería	Préstamo de dinero familiar y venta de bienes propios.	24 años	1998	Roma	Bogotá	Amiga en Colombia	Amigas	Familiares, amistades	4 años y medio	2002	Peluquería
Angelly Tatiana	38 años	Bogotá	15 años	15 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero amistoso y ahorro	20 años	1997	Roma	Bogotá	Amiga en Italia	Amiga	Familiares, amistades	4 años y medio	2001	Trabajadora sexual
Japonesa	49 años	Girardot	10 años	10 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero "al doble" y ahorro	24 años	1997	Údine	Bogotá	Amiga en Italia	Amiga	Familiares, amistades	3 años	2000	Trabajadora sexual y funcionaria pública
Susy	51 años	Anolaima	No aplica	16 años	Peluquería	Préstamo de dinero amistoso y familiar	35 años	1997	Roma	Bogotá	Amiga en Italia	Amiga	Familiares, amistades	2 años	1999	Peluquería
Diana Marcela	37 años	Armenia	No aplica	21 años	Peluquería y tráfico de drogas	Préstamo de dinero amistoso y ahorro	21 años	1999 (primera estancia) 2002 (segunda estancia)	Brescia	Bogotá	Amiga en Italia	Amiga	Familiares, amistades	1 mes (primera estancia) 2 años (segunda estancia)	1999 (primera estancia) 2004 (segunda estancia)	Trabajadora sexual
Coqueta	39 años	Bogotá	11 años	11 años	Trabajo sexual	Préstamo de dinero por agente intermediario y ahorro	25 años	1998	Roma	Bogotá	Amiga	Amigas	Familiares, amistades	9 años	2007	Activista

Datos generales de las entrevistadas

¿Desde dónde hablo y tejo la escritura?

Realizo en este trabajo un abordaje molecular con el que intento dar cuenta, tanto de las experiencias particulares de cada migrante como la historia social colectiva en la que están inmersas y que esas mismas construyen (Pujadas, 1992; Ferrarotti, 1993; Bertaux 1999). Me sirvo de los relatos biográficos como testimonios que pueden iluminar lecturas de lo social y de las relaciones de poder desde el presente. Cuando hablo de experiencias no me refiero entonces a una vivencia inmediata de la realidad que las travestis transmitan a través de la palabra, sino como un pasado mediatizado por el lenguaje y el marco cultural interpretativo disponible en el presente (Jelin, 2002).

Esta investigación está contaminada por las versiones que las travestis produjeron sobre su trayectoria en relación conmigo, por mi relación con ellas y con el tema en cuestión, lo cual pasa por relaciones de poder y sesgos que tienen que ver con mi lugar de enunciación en el mundo. Hice esta investigación desde mi condición de mujer socialmente construida, proveniente de una clase de mujeres subalternizadas. Por ellas y por el feminismo he encontrado una forma de dar palabras y deconstruir la vergüenza que genera habitar una clase, una raza y un género despreciados,

Despacio, dejé de andar cabizbaja, rechacé mi herencia y empecé a desafiar las circunstancias. Pero he pasado más de treinta años desaprendiendo la creencia inculcada en mí que ser blanco es mejor que ser moreno –algo que alguna gente de color nunca desaprenderá. Y es apenas ahora que el odio a mí misma, el que pasé cultivando la mayor parte de mi adolescencia, se convierte en amor. (Anzaldúa, 1988, pp. 162-163).

Si con las maricas he redescubierto la feminidad, una feminidad sin-vergüenza, estafalaria, que insiste desde la precariedad en mantenerse regia y en reírse a carcajadas en los lugares donde su presencia sigue siendo indeseada, el feminismo negro y del “tercer mundo” le ha dado un lenguaje a mis sentimientos, a mis contradicciones, a mi rabia. Es desde ese lenguaje que me alío con ellas.

Me alío en la disidencia a las normas de la heterosexualidad obligatoria, en el origen de clase, pues como las maricas que entrevisté hago parte de una familia que extiende su descendencia por los barrios populares de la capital, dependiente del trabajo asalariado.

Sin embargo, por la explotación laboral a la que se sometieron mi padre y mi madre y por los privilegios del cisgenerismo y la meritocracia he logrado encontrar la posibilidad de acceder a la formación superior. Esta diferencia en la acumulación de capital escolar puede explicar claramente por qué las travestis confiaron en mí sus historias. Creían que, quizá, yo podría decir algo sobre sus propias experiencias en el mundo académico del que han sido excluidas desde temprana edad. Por la misma razón no voy a restar importancia a la relación de poder implícita en el hecho que sea yo quien termine exponiendo sus historias: extraje tiempo, recursos y beneplácito de las travestis para expropiarlas de sus conocimientos, reflexiones y análisis sobre sus experiencias, para plasmarlo en un texto que por demás me permitiría hacerme a otro título de formación. Desmantelar los sistemas que permiten el ejercicio de este tipo de privilegios en la investigación es algo que como feminista y trabajadora social me parece necesario seguir repensando.

Realicé un análisis intratextual y otro intertextual de los relatos. En el primer sentido, retomé cada uno como una totalidad a través de la inclusión de un esquema sobre la trayectoria migratoria (preludio, inserción inicial, estancia, retorno) para comprender la forma como daban estas cuenta de cada uno de estos momentos. En el segundo sentido, a partir de un análisis de línea por línea para el cual fue útil el uso del Atlas Ti⁵: comparé los relatos para reconocer y analizar las coincidencias, diferencias y organizar el conjunto de relatos a través de una codificación o categorías emergentes, que en el proceso de escritura conforman lo que Biglia & Jordi Bonet-Martí denominan «narrativas discontinuas» o patchwork como « readaptación a los textos escritos de los que nuestras abuelas hacían con las telas» (Biglia & Bonet-Martí, 2009, párr. 39). Este tipo de tratamiento de los relatos busca alentar la existencia de diferentes voces, sus diferencias, puntos en común, incoherencias y contradicciones como alternativa a los textos homogéneos y continuos.

Sobrevuelo sobre las categorías usadas

Aunque la globalización promovió la reducción de barreras nacionales y el libre flujo de tecnologías, bienes y capitales financieros, las políticas migratorias asociadas no supusieron la misma libertad para la movilidad de personas dentro de los mercados internacionales de trabajo, especialmente en los flujos migratorios de Sur a Norte (Micolta,

⁵ Software o herramienta para la investigación cualitativa que permite un tratamiento de la información, la cual facilita el análisis posterior de datos.

2005). No obstante, la intensificación de redes transnacionales y translocales, el desarrollo de tecnologías de la comunicación poco reguladas, la formación de mercados globales, entre otras dinámicas de la globalización (Sassen, 2003), han constituido el escenario propicio para el afianzamiento de una «industria de las migraciones», configurada a través de un conjunto de actividades que abarcan la economía legal e ilegal (Rodríguez, 2003). Debido en parte a la infraestructura generada por estas dinámicas globales, diferentes personas, entre ellas las travestis⁶, han podido desarrollar algunas estrategias a través de las cuales activar entre ellas y otros agentes intermediarios redes para el acceso a recursos organizacionales y materiales para migrar al exterior⁷.

Tanto la industria transnacional del sexo como la industria de las migraciones se ha expandido en gran parte gracias a la globalización. Aún cuando varias de sus operaciones suceden como parte de la economía sumergida, informal o incluso ilegal, estas no son una desviación del sistema, sus actividades se encuentran imbricadas con algunas dinámicas de la globalización. En este sentido, son también componentes estructurales de la economía globalizada (Sassen, 2003). De estas actividades extraen ingreso tanto traficantes, empresarios, países altamente endeudados como Colombia que se benefician de las remesas, así como familias y personas, tal como ocurre las travestis entrevistadas,

⁶ Si bien resulta imposible encontrar en los registros oficiales algún dato que ratifique el número de travestis que salieron del Colombia conformando la población migratoria de la oleada de los años noventa, mi trabajo de campo y los estudios sobre travestis migrantes en Brasil (Silva, 1993; Kulick 1998; Pelúcio, 2008, 2009; Teixeira, 2008, 2011) Venezuela, (Voguel, 2009) Ecuador (García y Oñate, 2010) y Perú (Álvarez, 2012), confirman que en esta época las migrantes encontraron en varias ciudades de Italia, una infraestructura configurada por la migración de travestis de otras nacionalidades para la realización del trabajo sexual, quienes fueron claves al momento de proporcionar los recursos para el viaje (información, dinero, contactos).

⁷ Entiendo la migración internacional como el desplazamiento de una o varias personas que tiene lugar en el cruce de fronteras geográfico administrativas de un país a otro, acompañado de un cambio de residencia relativamente duradero y la reorganización vital en lo que, quien migra, puede reconocer como un nuevo entorno político, social y cultural (Blanco, 2000). Este desplazamiento se diferencia del que tiene lugar en el turismo porque el tiempo considerado en la migración es más prolongado e implica la reorganización de la vida. Como argumenta Micolta « el fenómeno migratorio constituye un proceso complejo que por su extensión en el tiempo y en el espacio, no sólo abarca diferentes subprocesos sino que también afecta diferentes sujetos y colectivos humanos» (Micolta, 2005, p. 62). En este sentido la migración internacional no implica necesariamente la ruptura de vínculos con el país de salida, tampoco supone un migrante sometido a un proceso de asimilación en el país de acogida; los intercambios, relaciones, prácticas que mantiene el migrante entre un contexto y otro repercute en su vida pero también en la vida social, económica y política de las sociedades desde donde partió y en las de destino. Estas migraciones pueden darse en el marco de lo que se entiende como una migración regular cuando el migrante cumple todos los requisitos que los países solicitan para admitir y permitir la estancia en el nuevo país, o irregular cuando el migrante cruza las fronteras sin cumplirlos. Es importante aclarar que la regularidad o irregularidad es una condición de ingreso o estancia no un atributo identitario con el cual nombrar a las personas.

quienes han sido sistemáticamente excluidas a lo largo de su trayectoria vital de la mayoría de transacciones de la economía formal cuando de entrada es el trabajo sexual la forma que tiene la mayoría de participar en la esfera del trabajo remunerado.

En este sentido, las estrategias migratorias⁸ de las travestis y la inserción en el mercado del trabajo sexual transnacional fueron acciones posibilitadas principalmente por los circuitos alternativos de supervivencia, lo que Saskia Sassen denomina «contra geografías de la globalización». Con dicho concepto, la autora hace referencia a los circuitos alternativos de supervivencia transfronterizos que se encuentran ligados de forma directa o indirecta con las operaciones centrales de la economía global y las dinámicas constitutivas de la globalización, y hacen uso de la infraestructura institucional de la economía regular, aunque no pertenezcan al aparato formal o los objetivos de este.

Al hablar de las trayectorias migratorias de travestis me aproximó a algunas de las experiencias a las que las travestis accedieron con un uso estratégico/liminal de la economía global y de las dinámicas constitutivas de la globalización; haciendo de la migración una estrategia de sobrevivencia, pero también de acceso a capitales culturales y simbólicos, al respeto que no encontraban en sus países de origen por su identidad de género y a la posibilidad de transformar su cuerpo mediante las técnicas disponibles en los países de destino⁹ (Vartabedian, 2012).

⁸ Entiendo por estrategia migratoria el conjunto de prácticas y decisiones que toman las personas para salir de un país, donde habían establecido su residencia, hacia otro con la expectativa de permanecer en este durante un tiempo considerable, lo cual supone una inversión inicial, trámites para la documentación, el contacto con diferentes actores, redes y/o agencias, el desplazamiento, los controles fronterizos y la inserción inicial en el país de acogida (Oso, 2000). Estas prácticas y decisiones se realizan en función de los intereses y el cálculo de los posibles riesgos, pero también en relación con las proyecciones al futuro; se dispone el presente en aras de los beneficios que el sacrificio o costo asumido hoy pueda generar mañana.

⁹ Las investigaciones centradas en la migración internacional de travestis son mínimas en Colombia, donde, sin embargo, cabe destacar el trabajo de José Reyes sobre trayectorias migratorias de transgénero sudamericanas que ejercen la prostitución en París (CLAM, 2014). Algunos de los términos utilizados en la literatura migratoria para dar cuenta de las experiencias de desplazamiento de quienes con sus cuerpos, sus prácticas sexuales y sus formas de producción de placer ponen en cuestión el binarismo de lo masculino-femenino y la institución heterosexual han sido migración queer (Luibhéid y Cantú, 2005) migración transgender (Cotten, 2012), migración sexual (Cantú, 2009) y migración trans (Vartabedian, 2012) esta última pensada en el marco de migraciones de travestis brasileñas a Italia, la cual expone, según la autora, la particularidad existente en la migración de las travestis, quienes no sólo cruzan fronteras espaciales sino construyen su propia identidad en el viaje, modificando y feminizando sus cuerpos.

Trabajar dentro de la “industria del sexo”.

Los espacios de trabajo sexual constituyen los contextos en los que ha transcurrido gran parte de la vida de cada una de mis entrevistadas, los principales escenarios donde han tenido lugar sus tránsitos, ambientes en los que han establecido relaciones de amistad y donde aprendieron las habilidades necesarias para sobrevivir y enfrentar la vicisitudes de la calle. Aunque las travestis entrevistadas significan el trabajo sexual de diferentes maneras¹⁰, todas, independientemente de sentirse satisfechas en este o no, coinciden en reconocerlo como un trabajo. Esta consideración debe tomarse en el contexto de sus historias sumergidas en condiciones histórico-materiales, nutridas por una distribución desigual del poder mundial en la división nacional e internacional del trabajo.

Me parece pertinente hacer, entonces, las siguientes preguntas: ¿Podría el trabajo sexual de las travestis existir sin la jerarquización de género, raza y clase? ¿Podrían no existir estas jerarquías y sus relaciones desiguales derivadas y sin embargo existir el trabajo sexual? Lanzo estas preguntas para aclarar que cuando hablo aquí de la compraventa de servicios sexuales lo hago no refiriéndome a este como “el trabajo más antiguo del mundo”

¹⁰ Cada una de las travestis que entrevisté significaba el trabajo sexual de una manera particular, aunque con seguridad son concepciones que pueden variar, ambivalentes y contradictorias, para Martha, Victoria, Alejandra y Diana Marcela este era fundamentalmente una actividad con la cual podían procurarse los ingresos para vivir, Diana Marcela me explicaba: «es que yo pienso mami que todo lo que en la vida le implique a uno tiempo y energía en la vida es trabajo, y si funciona en lo económico pues con más veras». Para la Cinderella, Angelly, Coqueta, La Japonesa y Marcela el trabajo sexual era además de una actividad económica, el espacio donde se habían sentido admiradas, reconocidas, deseadas, -«yo nunca me sentí más admirada que cuando salía a trabajar y todos me miraban con mucho deseo y fascinación»- me decía Marcela. Y mientras La Cinderella reivindicaba el trabajo sexual como algo que había dignificado su vida «porque gracias al puteo es que yo hoy tengo lo que tengo y soy lo que soy, digan lo que digan piensen lo que quieran pensar». Lucy, Suxy y Yury por su parte, consideraban que el trabajo sexual representaba la realización de algo vergonzoso e indigno «bajeza, porque la prostitución es baja, tú sabes que sí, doloroso pero es cierto» afirmaba Lucy. Ninguna de estas significaciones es determinante o está ausente de contradicciones en el discurso de las maricas, sin embargo, a pesar de las distintas formas de darle sentido todas coincidieron en afirmar la prestación de servicios sexuales como un trabajo a través del cual pudieron en algún momento liberarse del yugo de sus familias o contar con los recursos para sostenerlas y asumir su feminización de la mano de otras maricas con trayectorias parecidas a las de ellas. Y así como Angelly quien a veces sentía rencor por no haber tenido otra oportunidad laboral en su vida «me hubiera gustado diseñar modas (...) porque yo ya estoy mamada, es que yo ya llevo muchos años en esto y es lo único que hay, toca eso, debían de haber otras cosas para nosotras» estas reconocían que realizar trabajo sexual desde su performance de género particular les otorgaba una posición económica mejor a haber asumido desde su condición de clase la masculinidad, como se revela en la respuesta que Angelly le daba a su padre cuando este le manifestaba su agradecimiento para con ella por proveerles económicamente: «imagínese papá, estaría por allá de cotero, por allá en la rusa, donde hubiera sido una chilindrina ¿si vio? (risas) y él a penas se ríe».

sino como un mercado que, inscrito en un pasado colonial, esclavista y configurador de jerarquías y desigualdades, asume nuevas formas dentro de la actual división sexual del trabajo y su articulación con la división internacional del mismo en la economía global. Las migraciones hacen parte de las dinámicas económicas transnacionales y geopolíticas amplias; están dadas en medio de un contexto de inequidad y desigualdad social estructurado por relaciones coloniales que reproducen y reactualizan en la globalización y la migración asimetrías de poder. Pensar el trabajo sexual transnacional en Italia es reconocerlo como un espacio transfronterizo, donde se da la confluencia de múltiples experiencias subjetivas inscritas en las condiciones estructurales de los países emisores, la capacidad de agencia de las personas que deciden migrar y los procesos económicos y políticos que trascienden las fronteras.

En este sentido, se trata de reconocer que si bien la relación entre trabajo sexual y migración está presente en la vida de mis entrevistadas desde su infancia, cuando muchas de ellas tuvieron que escapar de su hogar de origen para poder asumir su proceso de *generización*, lo particular de su trabajo en la migración a Italia es que este se da un espacio social transnacional donde confluyen una amplia variedad de ocupaciones y negocios que abarcan los mercados del sexo. Su interacción con otros mercados, su posicionamiento dentro de infraestructura institucional generada por las dinámicas de la globalización, múltiples escenarios, redes diversificadas al que las travestis colombianas se integran como mano de obra sexualizada y racializada principalmente por su origen geográfico y su género, marcas en razón de las cuales adquieren una posición dentro del competitivo mercado.

¿Por qué hablar de trabajo sexual?

He elegido el término "trabajadora sexual" partiendo de reconocer la compra-venta de servicios sexuales como trabajo, tal y como lo asumen teóricas como Laura Agustín (2000, 2005), Dolores Juliano (2002, 2005), Kamala Kempadoo (1998 y 2005), Hurtado (2011) y Sabsay (2011). Un trabajo que, inmerso en unas determinadas relaciones económicas de mercantilización de la fuerza de trabajo, supone, como todos los trabajos asalariados en el orden capitalista, la posibilidad de la explotación. Emprendo este tema a partir de un acercamiento nutrido por los aportes teóricos que desde el feminismo me permiten ir describiendo la manera como las entrevistadas se incorporan en la producción simbólica e inmaterial del sexo-afecto como bien de consumo. Lo anterior en el marco de un

capitalismo globalizado, donde se generan no sólo nuevas demandas de consumo de bienes materiales, sino nuevas emociones, símbolos, afectos, sensaciones y formas de vida en una escala local y transnacional.

Trabajo de cuidado¹¹, trabajo emocional¹² y trabajo corporal¹³ son algunas de las categorías que se han concebido desde los estudios feministas para abordar analítica y metodológicamente algunos trabajos entre los cuales ubico al *trabajo sexual*. Desde los aportes del trabajo emocional lo que se va a develar en el trabajo sexual es que las trabajadoras sexuales son agentes emocionales que logran instrumentalizar sus sentimientos y disposiciones corporales y faciales para maximizar su ganancia. (Agustín 2000, 2005, 2006; Kempadoo, 2008; Hurtado 2011). Lo sexual y lo emocional entonces pasan a ser objeto de lucro en el mercado capitalista incorporando las competencias y habilidades desarrolladas alrededor de estos, concretándose en el trabajo sexual en lo que Arango reconoce como una “ingeniería” en la que disposiciones emocionales son prescritas, exigidas y controladas dentro de la relación mercantil (Arango 2010).

Así, el trabajo sexual como una forma de trabajo emocional, que requiere y comercializa el cuidado sobre el cuerpo es también trabajo corporal que considera justamente estos intercambios comerciales en los que los servicios (en este caso sexuales) se realizan con y en el cuerpo. El cuerpo en este sentido cobra una importancia mayor en el trabajo sexual

¹¹ El trabajo de cuidado, tal y como lo define Arango y Pineda «se refiere a actividades destinadas a garantizar el mantenimiento cotidiano, físico y emocional de las personas y del entorno que lo hace posible, es decir, lo que habitualmente conocemos como trabajo doméstico y reproductivo» (2011, p. 11) pueden ser remuneradas o no pero sus labores son consideradas una extensión de las facultades naturalizadas como propias de ciertos grupos sociales como en el caso de las mujeres para quienes la satisfacción de las necesidades materiales, emocionales, reproductivas y de placer de quienes confirman su unidad familiar se enmarca a su vez en una asociación simplista de su género con la obligatoriedad o buen desempeño en estas. Como señala Arango (2011) el trabajo de cuidado es propio de personas ubicadas en ciertas posiciones de subordinación y según varias autoras, históricamente ha estado vinculado a formas de esclavización, explotación y servidumbre.

¹² Hochschild (1983) describe el trabajo emocional como aquel donde los sentimientos son controlados con el propósito de mantener expresiones corporales y faciales que se consideran apropiadas y son esperadas para el desarrollo de cierto servicio. Por otro lado Morris y Ferman (1996) describen el trabajo emocional como todas las operaciones que se ponen en juego subjetivamente para manifestar emociones deseables. Martínez-Iñigo et al. (2007) consideran entre los trabajos emocionales aquellos en los que se desarrolla una gerencia de las emociones y de las interacciones, de los procesos psicológicos y de las conductas que les son concomitantes. (Hurtado, 2011, p. 63)

¹³ Kang (2010) acuña el concepto de trabajo corporal para dar cuenta de los trabajos en los que se involucra directamente el cuerpo de las/os trabajadoras-es el cual va dirigido al cuerpo, propio o ajeno, en el que el acto de producción se consolida. Este supone un trabajo emocional.

en la medida que es este el lugar que “encarna” el producto y en el contacto con el cliente es ,además de instrumento, el eje desde y sobre el cual tiene lugar todo el proceso de producción, circulación y consumo. En este sentido, el cuerpo se convierte en el soporte no solo donde tiene lugar el trabajo sino además en el que puede o no generar la demanda. De este modo, todos sus “signos” basados en el fenotipo, el origen, la etnia, la raza, las características físicas y el género se convierten en patrones de consumo y bienes simbólicos e inmateriales que se ofrecen y solicitan como parte de los servicios (Kempadoo 1998, 2005, 2009)

Entiendo el trabajo sexual como trabajo porque de esta manera establezco distancia de las ideas denigrantes y moralizantes esencializadas en los imaginarios sobre “las prostitutas”, que ubican a éstas como sujetas sin agencia o que las configuran como una identidad cerrada y predecible en la que la persona que realiza la oferta de servicios ve confinada su subjetividad a una única relación: la prostitución. Al denominarlo trabajo, incorporo mi propuesta a los trabajos de otras autoras feministas, que se han valido de la utilización de esta categoría para descentrarla de su lugar identitario y ponerla en un plano que demanda una lectura global en términos de su funcionamiento dentro de sistemas económicos y políticos globales (Kempadoo, 1998). Como trabajo también le distingo de la explotación sexual, la trata de personas y otras situaciones en la que no sería posible reivindicar la agencia de las implicadas, que es el primer lugar desde donde yo enuncio el trabajo sexual de las travestis que he entrevistado, pues entiendo que a pesar de que este trabajo se encuentra en el marco de unas estructuras de dominación, hay en estas márgenes de resistencia y resignificación que son importantes dentro del análisis que propongo.

Reconocer entonces a las trabajadoras sexuales como agentes activas que hacen un uso estratégico del orden sexual existente (Chapkis 1997, 29–30, citado por Kempadoo 1998, p 9) y a las trabajadoras sexuales migrantes como agentes que despliegan estrategias migratorias haciendo uso de la infraestructura institucional dispuesta por las dinámicas de la globalización (Sassen, 2003), complejiza la discusión planteada por las «guerras

feministas del sexo»¹⁴ y por el *enfoque trafiquista*¹⁵, sobre si es voluntaria o no la oferta de servicios sexuales.

¹⁴ Diferentes posturas feministas han contribuido al debate sobre el trabajo sexual. A finales de los años 70's e inicios de los 80's del siglo XX las denominadas *guerras feministas del sexo* iniciaron una de las discusiones más complejas, antagónicas e inconclusas que se han dado en los feminismos en torno a la prostitución, la pornografía y el homoerotismo, entre otros temas concernientes a la sexualidad. En ese contexto surgieron dos posiciones teóricas y políticas que siguen predominando hoy en el debate. Por un lado, algunas feministas se organizaron en torno a una lucha antipornográfica, abolicionista de la prostitución y en apoyo a la censura y el reproche moral de las prácticas sadomasoquistas y homoeróticas. Para las feministas aliadas con tal postura, la prostitución era la derivación de unas relaciones desiguales de poder en las que la objetualización del cuerpo femenino, por parte del hombre, constituía un signo central de la dominación masculina y la opresión de las mujeres. A la cabeza de este feminismo también conocido como "*anti-sex*" estuvieron algunas teóricas como Catherine MacKinnon, Gloria Steinem, Kathleen Barry, Andrea Dworking y activistas que participaron de las campañas por la abolición de la prostitución dentro del gobierno de Reagan. Las trabajadoras sexuales debieron asumir las consecuencias de esta posición política, que se expresó en los métodos higienistas y criminalizantes que tomaron fuerza allí. Por otro lado, algunas feministas cuestionaron tanto la alianza de estas otras con los regímenes estatales de represión y censura, como la victimización que desde sus posturas hacían de las trabajadoras sexuales. Annie Sprinkle y Gayle Rubin, entre otras autoras, fueron las precursoras de posturas "*pro-sex*", desde las cuales se reivindicaron la autonomía y el agenciamiento de la sexualidad femenina en mujeres que han optado por esta y no otra actividad económica. Estas discusiones aunque tienen variaciones en sus argumentos siguen permeando hoy los discursos y las disposiciones políticas sobre el trabajo sexual. La controversia en las últimas décadas se ha enfocado en torno a si la oferta y prestación de servicios sexuales puede o no ser considerada un trabajo. Es en este sentido que el debate se ha orientado -y limitado- por cuatro propuestas legislativas realizadas en España, reappropriadas por los países latinoamericanos donde se erigen como posturas políticas y académicas a favor o en contra del trabajo sexual, las cuales, además, disponen una serie de estrategias estatales distintas en cada caso, estas son: abolicionismo, prohibicionismo, reglamentación y legalización. La reglamentación -modelo asumido por la mayoría de países de Latinoamérica y Centro América- prioriza el control sanitario, la delimitación de los espacios y horarios en los que es posible el ofrecimiento de servicios sexuales y la regulación de los derechos y deberes de sus ofertantes. El prohibicionismo busca sancionar a todos los agentes inscritos en la oferta y demanda de tales servicios. El abolicionismo pretende proteger a quienes realizan compra-venta de sexo voluntariamente y penalizar la explotación sexual y laboral. El modelo legalista, deudor de los feminismos "*pro-sex*", defiende el ejercicio como un trabajo que debe enmarcarse en la regulación correspondiente a los derechos y libertades laborales.

¹⁵ Las migraciones internacionales de personas para insertarse en el trabajo sexual transnacional han sido explicadas desde un discurso dominante que aquí se denomina "*enfoque trafiquista*", según el cual quienes realizan trabajo sexual en el exterior habrían migrado siendo engañadas y/o forzadas por redes mafiosas de tráfico, trata y explotación sexual (Solana, 2007). El enfoque trafiquista ha coincidido con el creciente interés de la Unión Europea por controlar los flujos migratorios; desde este se criminaliza o invisibiliza toda migración no controlada o autónoma, la cual se entiende *per se* vinculada al tráfico. La asociación directa entre migración-trabajo sexual-tráfico-explotación sexual, ha sido fundamental tanto para argumentar la existencia de políticas restrictivas de inmigración y control policial de las fronteras, como para legitimar la persecución y expulsión de migrantes, especialmente de mujeres quienes son victimizadas cuando se habla de su vinculación a la venta de servicios sexuales. Aunque la distinción entre la prestación de estos servicios entre voluntaria y forzada, como afirma Mestre (2005), resulta útil para condenar los abusos y violaciones de derechos de quienes son obligadas a realizar trabajo sexual o a quienes han decidido hacer de este una actividad económica, a nivel internacional y estatal este se materializa en discursos y prácticas de control y criminalización de la migración de "extracomunitarios" según los intereses de un mercado laboral de los países de destino. La imposición de este enfoque en la mirada de las

De ninguna manera doy por sentado que todas las personas que se dedican al trabajo sexual se han decidido autónomamente por este, o que, en determinadas condiciones de vulnerabilidad, su autonomía esté condicionada por el hecho que no hallen otras posibilidades de subsistencia. La trata de personas, la explotación sexual, el trabajo sexual como único medio de sobrevivencia se siguen dando. Sin embargo, reconocer todo el conjunto de prácticas sexuales que se dan en el contexto del mercado del sexo como consecuencia de una relaciones desiguales de poder en las que la oferente siempre es una víctima -consciente o no de ello de relaciones simbólicas o materiales estáticas y predecibles- es acallar las voces y experiencias de muchas trabajadoras sexuales donde estas relaciones pasan por modulaciones del poder del que no siempre carecen. Además entenderlo como trabajo, implica trascender el aspecto victimizante y permite también abrirse a la escucha de las múltiples y contradictorias razones que llevan a alguien a emprender una migración con el propósito de realizar trabajo sexual en otro país, y no otras actividades que podrían concebirse también feminizadas- como el trabajo doméstico o el cuidado de personas, entre otras.

¿Por qué hablo de travestis y maricas?

A lo largo de este documento utilizo las categorías travesti y marica pues son estas, entre varias, las formas de auto reconocimiento utilizadas por mis entrevistadas en sus relatos para dar cuenta de sí mismas, de sus pares y de la construcción de sus identidades, en tanto múltiples y heterogéneas, en el tránsito de lo masculino hacia lo que culturalmente se entiende como femenino. La primera es actualmente una categoría con un uso extendido por la academia y el activismo en diferentes países de Latinoamérica¹⁶, como reivindicación de unas subjetividades atravesadas por particularidades del contexto social, cultural e histórico (Vartabedian, 2014). En palabras de la activista argentina Lohana Berkins «sostenemos la identidad travesti no sólo recurriendo al regionalismo lingüístico,

migraciones de trabajadoras sexuales impide reconocer los casos de quienes se insertan en el mercado del sexo al margen de organizaciones criminales (Solana, 2007) e impide mejorar sus condiciones para el ingreso y la permanencia regular.

¹⁶ Son varios los trabajos que defienden el uso de esta categoría en Latinoamérica: en Argentina (La Asociación de Travestis Transexuales Transgeneristas Argentinas –ATTTA- ; Lohana Berkins, 2003, 2012; Josefina Fernández, 2004; Diana Maffia, 2009, 2015; Marlene Wayar, 2012), en Brasil (Silva, 1993, 1996; Kulick, 1998; Pelúcio, 2009; Texeira, 2008, 2011, Vartabedian 2012, 2014), en Chile (Hija de Perra, y Lemebel), en Perú (Campuzano, 2008, 2009), en Venezuela (Vogel, 2009), en Costa Rica (Schifter Sikora, 2012), en Ecuador (Camacho, 2009), en Colombia (Ovalle, Martínez y Correa, 1996; García 2010; Prada, Herrera, Lozano y Ortiz, 2012).

sino a circunstancias y características que hacen del travestismo un fenómeno diferente de la transgeneridad norteamericana y europea» (2012, p. 223). La segunda es el término más usado por mis entrevistadas, para denominarse así mismas, el cual es enunciado dentro de unas condiciones particulares de clase, sexualidad y origen geográfico ligadas principalmente a los contextos de socialización y trabajo sexual callejero.

Como sugiere Andrea García (2010), estas categorías más que consistir en formas de clasificación derivadas de instituciones de poder constituyen «categorías prácticas de reconocimiento» o «taxonomías inmediatas», empleadas por los sujetos para nombrarse en los procesos cotidianos de construcción de sí. Retomando el trabajo de Judith Halberstam, Becerra señala que «Las taxonomías inmediatas son categorías que usamos a diario para interpretar nuestro mundo y que funcionan tan bien que en realidad no las reconocemos» (Halberstam, 2008: 31 citado por García, 2010, pp. 6-7). En este sentido definirse como “las locas”, “las travestis”, “las maricas”, constituye un acto de apropiación y re significación que hacen mis entrevistadas de términos derivados de los discursos de la criminología, las ciencias médicas o de insultos cotidianos con los que se ha buscado ridiculizarlas y evidenciar su fuera-de-lugar del orden social y sexual aceptable.

Como subraya Berkins (2012) no es posible hacer un análisis de lo travesti sin reconocer la criminalización a la que dicha identidad se ha sometido históricamente y lo que ha significado esto para la subjetividad y cotidianidad de quienes así se nombran. Josefina Fernández (2004) quien realiza una historización del término travesti, señala que este estuvo desde los últimos años del siglo XIX y principios del siglo XX vinculado a la denominadas “desviaciones sexuales” cuyos primeros registros existentes, afirma la autora, pertenecen al campo del derecho penal y la criminología. Estas “desviaciones” eran concebidas como una amenaza, en un periodo en el que por razones de nacionalidad, inmigración, clase social y mercado laboral se establecían los principios de un control poblacional basado en el ordenamiento político y social de la sexualidad y el género. Según Fernández (2004) la tipificación de tales desviaciones fue una práctica de regulación de la población, sostenida por los Estados, cuya arma principal estaba en la mayoría de casos en las manos de los médicos criminólogos quienes se dedicaban a la investigación e impugnación de quienes conformaban, según estos, una clase identificable de delincuentes, entre cuyos rasgos distintivos se destacaba la homosexualidad y el travestismo (Fernández, 2010, pp. 23-24). Así , mientras el concepto transgénero nació en

la academia y el activismo estadounidense el origen de los términos “travesti” y “travestismo” se atribuyen al ámbito de la criminalización, las ciencias médicas y sexuales.

No obstante, los sujetos diagnosticados como desviados, « materia de escándalo público, punición, y/o terapias medicas» a lo largo de la historia también han hecho oír su voz (Fernández , 2010, p. 22). En ese punto es importante resaltar los sentidos políticos que en Latinoamérica ha adquirido el término “travesti”, cuestión que Berkins subraya a propósito de la movilización de travestis en Argentina «Nosotras decidimos darle nuevos sentidos a la palabra travesti y vincularla con la lucha, la resistencia, la dignidad y la felicidad».(Berkins 2012, p 222). La re significación del término “travesti” desde la enunciación de quienes habían sido con este insultadas, criminalizadas y patologizadas para hacer de este una insignia de auto reconocimiento y reivindicación es comentada por Diana Maffia (2009), como sigue:

Las travestis, al nombrarse como tales, no solo rechazan el valor denigratorio que se le había dado a este término y lo revierten en identidad en un gesto de subversión semiótica, sino que también rechazan la pretensión académica de subsumirlas en una categoría abarcadora como la de “transgénero”. Las travestis constituyeron un colectivo porque compartían una condición de identidad sexual, y se autodesignaron como gesto de apropiación del nombre para indicar el modo en que quieren ser reconocidas, un modo que subvierte la dicotomía masculino/femenino generando una enorme violencia sobre los sentidos prevaecientes que mucho tiene que ver con la violencia efectiva que los cuerpos de las travestis sufren cotidianamente. (pp. 222-223).

Aunque otros conceptos como *queer* y transgénero, pretenden ser abarcativos de las experiencias de tránsito que realizan las personas que se alejan de la producción de cuerpos y placeres hetero, la primera no es reconocida entre mis entrevistadas para reflejar sus experiencias¹⁷. En palabras de la perfromista chilena Hija de Perra « cuando tratan de

¹⁷ El riesgo de este tipo de colonización conceptual ya había sido enunciado por Vartabedian (2012) retomando las reflexiones de Valentine (2007): «la repercusión del movimiento transgenérico ha sido tal que este concepto se ha institucionalizado y convertido en la política identitaria “oficial” de las identidades de género no normativas, sobre todo, en un contexto social, histórico y cultural específico: los Estados Unidos, a través del sólido vínculo establecido entre el activismo político y la literatura académica. Sin embargo, como crítica, la instrumentalización que se le da a esta categoría no permite dar cuenta de la complejidad del deseo de los sujetos y de las diferentes

catalogarte con un nombre botánico, como que me tachan de queer, y yo les digo que eso no existe en Latinoamérica, que aquí hay maricones, no hay queers» (Entrevistada por Wayar, 2014) y aunque la segunda se ha incorporado a su lenguaje a través, entre otras, de la participación de algunas en escenarios académicos y estatales, la mayoría reconoce que el uso término “marica” es la forma de reconocimiento más extendida en la cotidianidad desde tiempo atrás; aunque en la actualidad la noción “mujeres trans” se haya instalado también en sus contextos cotidianos como parte de un lenguaje “políticamente correcto”. Como lo explicaba Martha al decir –«antes era marica, marica para allá y marica para acá, así vulgarmente, ahora dicen que trans porque no suena como tan vulgar »–, algo similar exponía al respecto Coqueta, cuando le pregunté como prefería autodenominarse

Pues mujer trans ya porque me toca, es que entre nosotras ya la costumbre es hablar así como –ay, mira la marica aquella–. Para mí eso es algo nuevo que trans, que trans y trans. No, es que cuando vienen a capacitarnos que una cosa que del VIH y vienen y nos capacitan... hace un tiempo vinieron niñas de Sucre, que de la Costa y estos hablaron del trabajo trans y pues ¿eso con qué se come?, ¿se le echa mantequilla? ¿eso qué es?, ¿cómo así?, ¿de qué hablan?. Entonces ellos hablando de un proyecto en los cuales están incluidas las mujeres trans y ¿cómo así que mujeres trans? ¿qué es eso? y venga me explica, entonces que tarará.

El término marica que ha sido uno de los insultos más comunes para quienes socializados en la masculinidad se salen de la representación regular de esta y de su precepto sexual, ha estado presente dentro de las trayectorias de mis entrevistadas desde temprana edad. En este hablan sus vidas transcurridas y construidas principalmente en la calle, en escenarios de compra y venta de servicios sexuales, marcadas por la expulsión de la casa y de la escuela, destinadas al trabajo sexual o la peluquería como únicas fuentes de ingreso económico y reconocimiento social (Josefina Fernández, 2004). En este sentido, la denominación “marica” opera desde la apropiación y re significación del insulto, pero

experiencias involucradas en toda identificación. Como se verá a continuación, no todas las travestis, transexuales o transformistas se identifican como transgéneros. Como apunta Valentine, existe el riesgo de colonizar, mediante la representación de la categoría, a aquéllos/as que no tienen los intereses ni la información para identificarse como transgéneros. En última instancia, el peligro reside en que la categoría “transgénero en sí (debido a su vida institucional, su implicación en agencias del estado, su incidencia en los factores de clase y raciales) pueda convertirse, sin intención, en otra herramienta de «exclusión», aunque prometa «incluir», liberar y buscar reparación” (Valentine, 2007, p. 245)» (Vartabedian, 2014, p. 302).

también desde un lugar de clase y de origen geográfico que resiste aún a los lenguajes académicos e institucionales. Teixeira (2011) y Vartabedian (2012) describen que el uso de los términos “travesti” y “maricón” en Europa están asociados a un origen geográfico, con la prostitución y la marginalidad, en Italia, Teixeira describe «las travestis y las transexuales son reconocidas (y nombradas) como personas trans o transexuales. El uso del término maricón o incluso travesti generalmente posee un importante marcador de nacionalidad»¹⁸ (2011, p. 246)

Ruta de capítulos

Este trabajo está dividido en dos partes: la primera sobre la emigración y la segunda sobre inmigración. Ambas partes constituyen la trayectoria migratoria de las travestis observada en dos espacios geográficos conectados (Colombia como lugar de origen e Italia como destino). La experiencia de las travestis como emigradas e inmigradas conforma las dos caras indisolubles de la migración, pues como propuso Abdelmalek Sayad (2010) «no pueden explicarse la una sin la otra» (p. 19). Se trata entonces de dos dimensiones de un mismo fenómeno que se presentan separadas solo para facilitar su abordaje.

Cada una de las partes consta de tres capítulos. Los tres capítulos que conforman la primera parte ponen su foco sobre las condiciones del entorno donde se origina la migración y sobre las trayectorias sociales de las travestis en las que se construye la posibilidad y la decisión de migrar. Esta parte es, en otras palabras, la historia de las travestis como emigrantes. **El primer capítulo** aborda las condiciones generales – políticas, económicas y sociales- que prevalecían en Colombia en los años noventa y la materialización de estas en la vida de las travestis, así como el impacto que tuvo el retorno de *Las Italianas*, las primeras maricas colombianas que fueron a Italia, en las comunidades de origen y en las vidas de aquellas que se quedaron y/o que más tarde buscaron migrar. Esto último en tres puntos específicos: las corporalidades, el trabajo sexual local y las relaciones de poder y jerarquía entre travestis. **El segundo capítulo** trata las trayectorias sociales de las travestis, las cuales permiten reconocer la posición que ocupaban en su grupo de origen antes que cualquier pensamiento sobre la migración a Italia surgiera, pero que de alguna manera las produjeron como potenciales migrantes internacionales. A partir

¹⁸ La traducción es mía, en el original «Na Itália, as travestis e as transexuais são reconhecidas (e nomeadas) como pessoas trans ou transexuais. O uso do termo viado ou mesmo travestito geralmente possui um importante marcador de nacionalidade».

de la temprana expulsión de su familia de origen y su vinculación a la compra-venta de servicios sexuales, presento la migración como algo indisociable a sus itinerarios de vida y a sus tránsitos corporales, como parte de sus múltiples desplazamientos asociados a la supervivencia entre los que la migración internacional se levanta como un hito. **El tercer capítulo** se centra en lo que dentro del análisis de los procesos migratorios se conoce como preludio migratorio en el cual se construyen las representaciones sociales, expectativas que animan el deseo de migrar así como las estrategias para salir de Colombia y entrar a Italia. Analizo también las políticas migratorias y las normativas de ingreso a Italia y las diferentes prácticas que experimentan los cuerpos de las maricas en el tránsito migratorio por los controles aeroportuarios.

Los tres capítulos que conforman la segunda parte se concentran en el estudio de la migración de las travestis en Italia, es decir en su condición como inmigrantes, trabajadoras sexuales. **En el cuarto capítulo** se analiza la inserción de las travestis en el trabajo sexual en Italia como parte de un mercado constituido a través de la demanda de mano de obra migrante, organizada con base en la segmentación del sector ocupacional según la condición migratoria, la nacionalidad, la clase, la etnia y el género de las inmigrantes. Se presenta la política migratoria y la normatividad sobre prostitución que regía en el momento de la llegada de las travestis colombianas a Italia y las prácticas de abuso y explotación que estas promueven al margen del tráfico y la trata de personas con fines de explotación sexual. Presento además algunas de las condiciones en las que se desarrolla el trabajo sexual de calle y pisos de contacto. **El quinto capítulo** expone los procesos de inserción inicial y la manera como las travestis experimentan las marcas de opresión/ privilegio en Italia durante su estancia como maricas colombianas migrantes sin papeles, ocupadas en el trabajo sexual. Este capítulo hace alusión a algunas de las dinámicas asociadas a la reorganización vital de las travestis en Italia, sus condiciones de hábitat, el aprendizaje del idioma, las rutinas establecidas entre el tiempo de ocio y el tiempo de trabajo, el uso de sus ingresos económicos, su contacto con Colombia y las intervenciones corporales. Finalmente, **El sexto capítulo** plantea el retorno a Colombia a partir del análisis de las condiciones estructurales y las condiciones subjetivas/objetivas que permearon las razones y motivaciones por las cuales las travestis decidieron o tuvieron que regresar, y presenta las experiencias de reinserción en los contextos de origen, el encuentro con los familiares y amistades, las inversiones realizadas con el dinero ahorrado, la valoración

actual de la experiencia migratoria en términos del capital cultural acumulado y las ideas sobre volver, o no, a migrar.

1. Italia-noventa: el apogeo de las maricas colombianas

Italia-noventa podría verse así: hay una historia antes y otra después. Antes, una es la historia de las maricas y la prostitución aquí; después, la historia tiene que ser contada con la de *Las Italianas*. Si en la historia del hombre hay una historia antes y otra después de la venida de Cristo, pues para nosotras hay una historia antes y después de la venida de La Visconti, de Trina, La Plutarca, la finadita Luca... de finaditas ni le hablo...
Coqueta

Las historias de las maricas colombianas que migraron a Italia constituyen un hito histórico dentro de la memoria colectiva de las travestis en Colombia. Estas historias se abren con *Las Italianas*¹⁹, quienes un día, entre finales de la década de los ochenta e inicios de los noventa, partieron hacia Italia y con su migración comenzaron a generar algunas transformaciones en sus contextos de salida y en las subjetividades de las maricas que acompañaron su travesía desde la distancia y las vieron, años después, volver. Como explicaba Coqueta, en el fragmento del epígrafe, la migración y el retorno de *Las Italianas* marcó un antes y un después en las prácticas, creencias, ideales y sueños que impregnaban la vida cotidiana de las maricas en Colombia, hubiesen sido migrantes o no. Es por esto que aunque mi propósito en esta investigación fue, en principio, abordar específicamente las trayectorias migratorias de once travestis colombianas, quienes durante la segunda década de los años noventa viajaron a Italia a realizar trabajo sexual, me pareció preciso iniciar enfocando primero el telón de fondo sobre el cual se fue conformando este fenómeno migratorio; es decir, el momento en el que la llegada de *Las Italianas* impactó las comunidades de origen y preparó el campo de despegue para que algunas travestis, como mis entrevistadas, desearan partir.

Este capítulo es una mirada parcial sobre el contexto nacional en el que se originó la migración de las travestis colombianas en los años noventa y del impacto que tuvo la migración de las primeras

¹⁹ En el trabajo que realiza Teodora Hurtado en el 2008 sobre las trayectorias de mujeres negras de Buenaventura que migran a Europa a realizar trabajo sexual, esta habla del caso de 'las italianas' para referirse al modo como eran conocidas esas mujeres migrantes en sus contextos de origen. Aunque la razón de este calificativo tiene un uso similar en el caso que yo abordo: travestis migrantes que regresan de Italia y son reconocidas como *Las Italianas* en sus contextos locales, es importante señalar que se trata de dos casos diferentes.

maricas colombianas tanto en los entornos locales como sobre las vidas de aquellas que se quedaron o que más tarde buscaron migrar. En otras palabras, este capítulo hace un análisis inicial y generalizado sobre Colombia como productor de travestis deseosas de migrar. En este sentido, busco entretener las condiciones políticas y económicas que prevalecían en ese entonces en el país; con el impacto que la migración de *Las Italianas* tuvo en los contextos locales de socialización de las maricas. Para esto último recurro a algunos de los relatos de Coqueta y Juan Andrés²⁰ quienes a través de sus interpretaciones me permitieron señalar en este trabajo algunos de los hechos que caracterizaron la vida de mis entrevistadas antes de migrar y lo que a la luz de estos supuso la llegada de *Las Italianas*, esto en tres puntos específicos: las corporalidades, que con las intervenciones quirúrgicas devinieron en ideales y posibilidades para construir el cuerpo y la subjetividad marica hecha hasta entonces de espuma²¹ y hormonas; la transformación de los cuerpos de las travestis, en fuerza de producción cualificada para la generación de fantasías en el marco del trabajo sexual; y la constitución de algunas maricas en *madres*, posición de poder e influencia que otorgó el viaje a algunas de las migrantes.

1.1. Colombia años noventa: escenario sociopolítico de la partida

Al abrirse la década de los años noventa, el país figuraba como una de las naciones latinoamericanas con más violaciones a los Derechos Humanos (Comisión Andina de Juristas, 1991; Pécaut, 2001b; Grupo Memoria Histórica, 2013). Las cifras de la violencia se repartían entre las muertes y las agresiones ocurridas en el marco de un conflicto armado arrastrado e intensificado durante décadas y las vidas vulneradas de un porcentaje en aumento de población cada vez más empobrecida como consecuencia de la expansión de las políticas neoliberales en boga.

²⁰ Juan Andrés puede reconstruir, desde su experiencia, parte de la historia de las maricas y el trabajo sexual en Bogotá desde 1995, tiempo en el que llegó a la capital tras seis años de haber permanecido raptado por una red de explotación sexual infantil de Medellín. A los doce años le hicieron subir en una camioneta, perdió la conciencia y cuando se despertó «le habían robado la infancia» dice él, se la habían vendido a un individuo por quinientos mil pesos de los que recibió a cambio un conjunto de ropa. Más adelante, cuando los clientes ávidos de menores de edad prescindieron de sus servicios sexuales adolescentes, Juan Andrés fue progresivamente transformado, por la red, en María Ximena; en ese entonces le llevaron a Ecuador para inyectarle silicón líquido en el pecho y formarle unos senos que pudieron capitalizarse en otra área del comercio sexual, donde ya no tanto por la edad, fue su cuerpo generizado como marica el que siguió siendo lucrativo. En 1995, cuando cumplió 18 años, superada la edad límite con la que sus tratantes negociaban, Juan Andrés fue puesto en libertad. De Medellín se trasladó a Bogotá, llegó como María Ximena y se sumergió junto con mis otras entrevistadas en la historia que narra la venida de La Visconti, de Trina, y otras Italianas. Aunque nunca migró a Italia, Juan Andrés se convirtió en una voz clave en la comprensión de algunos elementos que configuran ese antes y ese después de las primeras maricas migrantes a Italia en Colombia, por lo que varios datos y relatos aquí registrados proceden de conversaciones sostenidas con él, de su historia vivida como María Ximena.

²¹ La espuma es un material mullido conocido también como "Poliuretano Espumado", "Esponja", "Foam" en inglés, generalmente usado como relleno de almohadas, peluches, colchones, entre otras y usado por las travestis para moldear senos y dar volumen a sus nalgas.

Desde la década de los años ochenta, la priorización de la globalización de los mercados financieros y de bienes habían dado lugar a la crisis de la deuda y al arribo de las políticas de ajuste macroeconómico en Colombia. Los programas de estabilización y ajuste estructural, promocionados por el Fondo Monetario y el Banco Mundial, se lograron instalar en el país, así como en casi toda Latinoamérica, con la promesa de asegurar la expansión y el crecimiento económico equilibrado, garantizar la competitividad del Estado y ofrecer políticas de gobierno y financiación que permitieran cumplir con los pagos correspondientes a la deuda externa y conducir la sociedad colombiana hacia el crecimiento económico (Escobar, 1986; Arango 2004).

El Estado colombiano, cada vez más endeudado²², pretendió sobrellevar la crisis económica a través de la implementación de políticas que estaban inscritas en el patrón de una globalización neoliberal dominante. Algunas de las reformas estatales que se dieron en Colombia, entre las que se cuenta la adopción de la Constitución Política de 1991, implicaron una reorganización administrativa orientada a disminuir la intervención del Estado en la economía y a promover la eliminación de barreras para la inversión de capital extranjero en el país. A medida que incrementaba la deuda externa, las políticas neoliberales de globalización entraban al territorio nacional y producían recortes en los gastos sociales, procesos de privatización de las empresas y los servicios públicos, el desmonte de los derechos laborales, la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores, la flexibilización y la precarización laboral, así como la pobreza por el aumento del desempleo o el subempleo (Ahumada, 2002).

En esta década, el recrudecimiento del conflicto armado, arrastrado desde décadas anteriores e imbricado con el fenómeno de la globalización, se caracterizó por la expansión nacional, el fortalecimiento militar de las guerrillas, la incursión de grupos paramilitares y la propagación del narcotráfico y su irrupción dentro de la esfera política del Estado. Las autodefensas comunitarias, las guerrillas, las milicias, las bandas paramilitares, los sicarios, el narcotráfico, la fuerza pública y los agentes estatales fundaron en la violencia sus principales estrategias de control y de gobierno, realizando, en algunos casos, alianzas entre uno y otro como parte de las tácticas pactadas para defender intereses económicos y políticos. La confluencia de estos diferentes actores definió las diversas modalidades de violencia que se desplegaron afectando, en todos los casos, principalmente a la población civil como estrategia de guerra²³.

²² A inicios de los años noventa la deuda externa en el país era aproximadamente de USD 18.000 millones, USD 11.000 millones más que en la década anterior. En 1997 la deuda era de USD 31,440 millones (Clavijo, 2001).

²³ A lo largo de la década en cuestión reinaba un ambiente de corrupción, impunidad, ineficiencia de la administración de justicia, retraimiento del Estado ante las problemáticas y demandas sociales, así como crecimiento de la violencia en la ciudad y en el campo (Palacio y Rojas, 1990). Las personas temían a los homicidios y las masacres perpetradas, principalmente, por los grupos al margen de la ley y las fuerzas armadas; a los asesinatos selectivos, las desapariciones forzadas, la violencia sexual, la sevicia y la tortura, adjudicada a los grupos paramilitares; la población temía también a los secuestros, el reclutamiento forzado

Según Chomsky (1995), el aumento de la tasa de violencia en el país y la intensificación del conflicto armado desde la segunda mitad de la década de los ochenta coincidió, por un lado, con la expansión de la compleja organización productiva y comercial de cocaína²⁴ y, por otro lado, con la ayuda militar emitida por Estados Unidos a Colombia en septiembre de 1989, bajo el pretexto de la “guerra contra las drogas”²⁵. A raíz de esta ayuda, la nación recibió el envío de armamento más grande que alguna vez el país norteamericano hubiera realizado a Colombia, con lo que, este último, alcanzaba el equipamiento militar más considerable de su historia, ya suficientemente militarizada desde tiempo atrás.

Para la década de los noventa, la guerra contra las drogas en el país contenía varias guerras: la de los productores legales de droga contra productores ilegales nacionales y transnacionales; la de los empresarios de la cocaína aliados con la guerrilla contra los órganos estatales dedicados a combatir el crimen organizado; al igual que la de los productores y comercializadores de cocaína, constituidos en grupos antisequestro y paramilitares aliados con las fuerzas armadas y algunos agentes estatales, contra la guerrilla, las organizaciones sociales y la población civil (Pécaut, 2001). El tráfico de drogas había propiciado, además, varias dinámicas en las ciudades donde muchos jóvenes de barrios

y los ataques a bienes civiles, propios del repertorio de las guerrillas; así como a los atentados y los crímenes ordenados por narcotraficantes; a las detenciones arbitrarias, las torturas, los asesinatos y las desapariciones, atribuidas a las fuerzas armadas; a los asaltos y las agresiones de la delincuencia callejera; a los enfrentamientos armados entre bandas barriales; a los homicidios de los grupos de la, mal llamada, “limpieza social”; al aumento de consumidores de drogas en las calles y, en general, a un entorno en el que la violencia se fue naturalizando como la forma de tramitar conflictos sociales o imponer el dominio y control sobre la población, ante el abandono del Estado o en complicidad con el mismo. (Grupo de Memoria Histórica, 2013).

²⁴ En la primera década de los años noventa, el papel del narcotráfico fue protagónico en la financiación y fortalecimiento militar de los grupos armados ilegales (guerrillas y paramilitares); en la conformación de bandas de población proveniente, principalmente, de barrios marginados para el control territorial y la protección de rutas de drogas; en la filtración de la economía ilegal, y en fuentes de economía formal y expresión política estatal. Los narcotraficantes, en algunos casos, estuvieron aliados con la guerrilla en contra de los órganos estatales dedicados a combatir el crimen organizado y, otras veces, aliados con el Estado y las Fuerzas Militares para combatir grupos guerrilleros. Junto con los agentes estatales, las fuerzas armadas y los paramilitares, el narcotráfico aparece como un actor clave en la ejecución de líderes de izquierda, líderes populares, campesinos, obreros, profesores, militantes de derechos humanos y miembros de ONG asesinados y desaparecidos (Leal, 1995).

²⁵ El gobierno colombiano había aceptado la mitad de la ayuda militar norteamericana a la región, bajo el pretexto de luchar contra los comerciantes de cocaína. Sin embargo, al tiempo que aterriza la concesión de equipos y entrenamiento militar, los grupos organizados en torno a los Derechos Humanos empezaron a reportar con más frecuencia bombardeos, masacres y tomas paramilitares a varios pueblos. Tiempo después, empresarios de la cocaína, agentes estatales, fuerzas armadas y paramilitares aparecerían como los actores clave en el asesinato y desaparición de candidatos presidenciales, activistas sindicales, líderes campesinos y de izquierda, docentes, militantes de Derechos Humanos y miembros de la ONG (Chomsky, 1995). Además, como describe Ahumada (2002), la implantación del modelo neoliberal en el país estuvo acompañada del reforzamiento de la capacidad represiva del Estado para contener la protesta y la movilización social que se dio como producto de la insatisfacción de sectores de trabajadores organizados y de los sectores populares sociales sobre quienes recayeron los graves costos sociales y económicos de las reformas. Chomsky (1995) afirma que uno de los modos como se propició y se mantuvo un clima favorable para la inversión extranjera fue la implantación de una *democracy-tutorship*, trayendo un concepto de Eduardo Galeano, para mantener un estado de desigualdad basado en la naturalización de la tortura, los asesinatos y la limpieza social, mientras los inversionistas extranjeros se beneficiaban.

marginados conformaron también bandas que funcionaban en torno al comercio callejero, el control territorial y la protección de rutas de drogas; para estos, el negocio de la cocaína se convirtió en una de las estrategias con las que podían desafiar su subordinación económica, lo cual era suficiente para arremeter contra cualquiera que intentara obstaculizar sus posibilidades de obtención de ingresos rápidos, ansiada acumulación, ascenso y estatus social²⁶.

Junto con el narcotráfico y la escalada del conflicto armado nacional se potenciaron otros procesos de violencia agenciados por grupos de justicia privada, grupos de extrema derecha e integrantes de algunas instituciones de seguridad del Estado que conformaron los llamados «escuadrones de la muerte» o grupos de la, mal llamada, “limpieza social”, dedicados al asesinato de sujetos que tenían en común pertenecer a sectores económicos marginados u ostentar comportamientos moralmente reprochables para un orden sexual, social, cultural, económico y político dominante (Rojas, 1996). La eliminación violenta de personas desposeídas, sometidas a vivir en la calle, de jóvenes de escasos recursos, de trabajadoras y trabajadores sexuales, de quienes sostenían prácticas homoeróticas, de quienes convivían con VIH y de personas con antecedentes judiciales se convirtió en una práctica común en las ciudades más importantes del país, a la cual se recurría para imponer una visión particular del orden social, al igual que como una práctica ejemplificante para el resto de la sociedad, a la cual, de esta manera, se le ilustra sobre los comportamientos deseables e indeseables dentro de dicho orden.

1.2. La memoria forma parte de la historia: las travestis en el panorama nacional

Los grupos de la llamada “limpieza social” y la policía fueron dos actores cuyas prácticas de violencia disciplinante marcaron la vida de las travestis colombianas entre la década de los años ochenta y la década de los años noventa. Durante esta época, si bien las travestis, con las que conversé a lo largo del trabajo de campo que realicé para esta investigación, expresaban haber experimentado o visto cómo sus compañeras eran vulneradas a través del desplazamiento forzado y la violencia sexual –entre otras prácticas infringidas por parte de grupos paramilitares, guerrilleros y fuerzas

²⁶ Es importante señalar que en Colombia el tráfico de cocaína ha sido uno de los modos de integración económica del país al mercado internacional, su ilegalidad ha sido uno de los principales factores de su rentabilidad y el desarrollo de economías ilegales altamente rentables se ha dado de la mano de la necesidad de las economías nacionales de buscar fuentes alternativas para hacer frente al pago de la deuda. La compleja red de poderes de carácter nacional y transnacional alrededor de la cocaína y la fusión de capitales ilegales a la economía formal involucra a diferentes sectores, desde propietarios de capitales nacionales e internacionales, personas de sectores rurales, hasta personas de barrios populares empobrecidos que encuentran en el narcotráfico una forma de responder al ansiado deseo capitalista de consumo, acumulación y estatus a través del dinero. Queda por establecer el vínculo entre las actividades ligadas al tráfico de cocaína con el trabajo sexual, la migración y las travestis; pues si bien, en algunas trayectorias sociales de las travestis, su participación en estas actividades va desde el consumo, su vinculación erótico/afectiva con algunos traficantes, la prestación de servicios sexo-afectivos a clientes ubicados en varios niveles de la cadena de producción y distribución de cocaína, hasta el papel de mulas, este no es un tema que haya abordado específicamente en esta investigación.

armadas— en razón específica de su sexualidad (Prada, Herrera, Lozano & Ortiz, 2012), ninguna de ellas estuvo exenta de haber sido objeto de persecución, extorsión, acoso sexual y maltrato por parte de agentes de la policía o de los grupos de “limpieza”. Estos últimos, en los que ellas reconocían se encubrían las acciones de paramilitares, agentes policiales, sicarios o asesinos a sueldo, grupos de extrema derecha y delincuentes comunes.

Las travestis hicieron parte de las personas y grupos poblacionales que por la visibilidad de su desobediencia al régimen heterosexual y cisgenerista se convirtieron en un blanco frecuente de la denominada “limpieza social”, con la que los grupos mencionados pretendían mantener un orden social y sexual. A lo largo y ancho del país, las maricas quedaban sentenciadas bajo el fallo que estos actores garabateaban en algunas paredes o volanteaban por los barrios y pueblos, con un mensaje que advertía: «muerte a las maricas, las putas, los ladrones y los adictos...». Algunas de mis entrevistadas explicaban que estos grupos ejecutaban, principalmente, asesinatos individuales o masacres selectivas; el cadáver de alguna marica asesinada podía amanecer arrojado en algún potrero o basurero, o las maricas podían ser atacadas cuando se encontraban reunidas en alguna de sus zonas comunes de socialización. Ellas señalaban, además, que estos asesinatos no ocurrían de manera esporádica ni aislada, las amenazas y las noticias de las compañeras que cada madrugada eran halladas sin vida eran suficientemente conocidas por todas. Coqueta lo recordaba así:

Caían por todo lado, las mataban aquí y allí y allí y allí, en Chapinero, Norte, Centro; pero aquí en el Centro, en especial aquí en el barrio Santa Fe, en la diecinueve con quince. Todas las noches caían y caían, y moría la fulana y la zutana y la una y la otra (...) Las encontraban muertas, aquí en la Circunvalar las tiraban a diario (...). Pero las matanzas fueron terribles: cayó La María, cayó Lucero, cayó La Joaquina, cayó La Sofía, cayó la finada Cinderella; bueno y si hablamos con la Cindy, ella se acuerda de otras ochenta más: la Africana, la finada Cúcuta, la finada Pereira, la finada Wilson, la Paola, la Angie. ¡Uy es que son tantas, tantas! Y acordarme de tantos nombres es imposible, pero todas cayeron; la finada Eduardina, que de ella me acuerdo mucho porque era una niña que era un celador gordo, grande y se propuso ser una chica trans y su cambio lo hizo como en cuestión de tres años y se puso tan bonita, tan bonita y entonces ya ella después dijo: «mientras acabo de hacer como mi tránsito, trabajo en la séptima», pero ya muy finita, muy moldeada, murió bellísima, un cabello hermoso, porque ella no quería [realizar trabajo sexual], pero ella vio como en esto su salvación de tantas cosas y... mentiras.

Ordoñez (1995) también reportó varios asesinatos y masacres perpetradas contra personas gay, lesbianas y travestis durante los años ochenta y noventa por parte de grupos paramilitares, *skinheads*, grupos de delincuencia común o sicarios a sueldo amparados, en algunos casos, por el

narcotráfico u organizaciones de ultraderecha. Asimismo, en una noticia de la Revista Semana, publicada en el 2012 y titulada *Matar maricas no es noticia*, se afirmaba que entre 1986 y 1989 se reportaron asesinatos de travestis a manos de grupos paramilitares como *Manonegra*, *Amor a Medellín*, *Amor a Manizales* y *Muerte a homosexuales*.

La indiferencia o, en ocasiones, el beneplácito de la población civil hacia las acciones de “limpieza” contra las travestis, en un ambiente generalizado de transfobia cultural e institucional, contrastaba con la negligencia estatal de la época para detener estos asesinatos; inclusive, el Estado a través de su normatividad y del cuerpo armado policial perpetuó, en algunos casos, la violencia. Ordoñez (1995) afirma que, en el momento de su estudio, las redadas policiales en espacios de encuentro de homosocialización eran frecuentes, especialmente, en establecimientos ubicados en barrios pobres o en las periferias de las zonas urbanas, adonde los policías llegaban esparciendo gases lacrimógenos y bombas incendiarias. Los policías aparecen en el informe como los responsables de varios asesinatos en masa y masacres a personas con sexualidades y construcciones del género no normativas. Ordoñez (1995) describe:

En 1992, una delegación de la Comisión de Derechos Humanos de Colombia en Washington D. C. y el Comité de Abogados para los Derechos Humanos entrevistó a un grupo travestis trabajadoras sexuales. Una de sus quejas era que la policía reunía a la gente como ellas y las llevaba a un sitio conocido como el "Camino de Choachí", un camino sinuoso con precipicios afilados, desde el cual eran arrojadas a la muerte. Parece ser que esta práctica ha disminuido considerablemente, y sustituida por asesinatos en el lugar de trabajo, a menudo cerca de las estaciones de policía. A principios de 1994, en Bogotá, por ejemplo, yo escuché de un travesti quien había sido asesinado en presencia de agentes de policía uniformados, quienes no hicieron nada. Además de las redadas continuas, el acoso, el abuso, y la confiscación forzosa de sus pertenencias, sus derechos humanos son también violados cuando ellas son llevadas a las estaciones de policía donde se realizan los trabajos de limpieza y, si las tropas están interesadas, ellas se convierten en el objeto sexual de hasta doce policías en una noche. En otras ocasiones son llevadas a los lugares donde viven los indigentes, donde son violadas por los estos en presencia de la policía(pp. 26-27)²⁷.

²⁷ La traducción es mía, en el original: «In 1992, a delegation from the Colombia human Rights Committee of Washington, D.C. and Lawyers Committee for Human Rights interviewed a group of transvestite sex workers. One of their complaints was that the police would round up people like them and take them to a site known as the "road to Choachi" a winding road with sharp precipices, from which they were thrown to their death. It appears that this practice has diminished considerably, replaced by assassinations in the work place, often near police stations. In early 1994 in Bogotá, for example, I heard reports of a transvestite who had been assassinated in the presence of uniformed police officers, who did nothing. In addition to the continuous round-ups, harassment, abuse, and forceful confiscation of their belongings, their human rights are also violated when they are taken to police stations where they perform cleaning work and, if the troops are interested, they become the sex object of as many as twelve policemen in one night. On other occasions they are taken to

Hasta los años noventa había existido en Bogotá, dentro de la Cárcel Distrital, un pabellón destinado a las travestis donde eran recluidas, entre otras, por una supuesta Ley reconocida entre ellas hasta el día de hoy como la *Ley de Prendas*, según la cual se les sancionaba por deambular por las calles usando indumentaria femenina. Si bien como argumento en el siguiente capítulo dicha ley no registraba formalmente dentro de la normatividad nacional (Código Penal o Código Nacional de Policía) ni en la normatividad distrital de la época, fue con base en esta ley que las maricas recordaban que los policías habían argumentado todas las prácticas de persecución, abuso y encarcelamiento a la que la sometieron durante varios años en Bogotá. Al parecer, con base en esta presunta ley, los policías habían reproducido una amplia tradición de intervención penal sobre las desviaciones sexuales y de género masculinas que había arrastrado el Código Penal desde 1936 hasta 1980. Coqueta recordaba que el pabellón mencionado era el pabellón Sabio Caldas el cual describía de la siguiente manera:

Era terrible, ¡uf!, allá nos llevaban por batidas, por prendas femeninas y era el último patio, ese patio quedaba sobre la calle novena y desde por allá... O sea, en ese tiempo no había esa seguridad, no es esa cárcel de cemento cerrada, no, sino era al aire libre el patio y habían unas rejas, eso más parecía como una cochera, más que otra cosa, y ¡era horrible! y tenía uno, imagínese, que pasar desde el túnel el primero, el segundo, tercero porque pasaba todos los patios de los hombres para poder llegar al último que era el de las maricas.

Tiempo después de haber realizado las entrevistas de mi trabajo de campo, en una conversación con Coqueta, quien estuvo presente en cada una de las entrevistas y conversaciones que mantuve para esta investigación, le comenté, con el entusiasmo de haber hecho un descubrimiento, que no había hallado en ninguna parte la *Ley de prendas* que cada una de ellas me había mencionado durante las entrevistas, a lo cual respondió inmediatamente sin vacilar:

¡Nunca existió! Era algo que las inspecciones de policías se montaban para poder detenernos por algo. ¿Cómo iban a decir que vestir prendas femeninas era un delito? Si no, pero sí es gracias a la Constitución del 91 que eso cambia porque antes de eso la situación era macabra (...). Era dependiendo, dependía del teniente y el turno que estuviera, así la aplicaban esos malparidos, o sea, era una ley que no existía, pero era una ley propia que cada quien hacía a su antojo (...). Pero también es que desde el momento en que se promulga la nueva Constitución y de todo, hacia nosotras cambia esa represión que tenía la policía; no el machismo de ellos, no la segregación de tantas cosas, no la discriminación

hacia una. No, porque era peor entonces; pero era la rabia de eso, de ver que ya no te podían encerrar allá porque, para ellos, el triunfo era coger a cincuenta, setenta y todas las que hubieran y todas encerrarlas allá. Y me pregunto si el Estado tenía en el momento tanto dinero para mantener y sostener una cosa de esa porque no hacían cosas diferentes en favor nuestro, que nos favorecieran, que verdaderamente fuera un cambio de vida diferente. No, todo lo contrario, mandan la policía motorizada, es el tiempo en que empiezan a planear todo lo de los nuevos CAI y a buscar los sitios y entonces la policía empieza a generar más violencia (...). Me acuerdo tanto, tanto un policía, un teniente, perdón, el teniente Fierro que la mamá de él fue prostituta y lo abandonó. Él estudio... fue policía y llegó a ser teniente, odiaba a las mujeres trabajadoras sexuales, pero a las trans sí que mucho más, porque él decía que eso era algo inaceptable, eso no estaba dentro de las leyes, eso no podía existir porque eso eran aberraciones, entonces, nos ponía a trabajar. Esa quinta estación que hoy es la décima primera, que está al frente de la Universidad de los Andes, nosotras, muchas de nosotras, ayudamos a construir esa malparida cosa, ¿para qué? Para que nos generaran terror, miedo, violaciones allá dentro, que era lo peor. No, yo hablo mucho de estas cosas a veces cuando me encuentro con las otras niñas, nos ponemos como en el recorderis, porque la memoria forma parte de la historia y es que muchas de esas niñas ya no cuentan la historia porque ya se han ido y de las pocas que quedamos, así, nos acordamos.

Según Coqueta, fue la constitución de 1991 la que frenó, en parte, el hostigamiento de la policía hacia ellas y la violación generalizada de sus derechos. El reconocimiento de esta carta en la memoria no solo de Coqueta sino de las travestis como una plataforma jurídica para la reivindicación de sus derechos, competía con el panorama de empobrecimiento que la apertura económica y la disminución de la intervención del Estado de Bienestar también estaba generando por medio de la reorganización administrativa que esta había desplegado. Sin embargo, tanto las condiciones de empobrecimiento que se derivaron de la reformas políticas y económicas nacionales de corte neoliberal condicionadas por las instituciones financieras internacionales, como el ambiente de inseguridad e incertidumbre instaurado por el afianzamiento de la violencia y las lógicas delictivas profundizadas por los distintos actores del conflicto armado, fueron procesos que tuvieron efectos diferenciados para las personas de acuerdo con sus características sociales en términos de clase, género, etnia, edad, origen, lugar de residencia, sexualidad e ideología, entre otras.

Si bien, las travestis que yo entrevisté, eran, en su mayoría, descendientes de familias rurales y urbanas empobrecidas; habían sido expulsadas del dispositivo escolar; exiliadas del ámbito familiar de origen desde temprana edad; sometidas al trabajo sexual o la peluquería como fuentes de ingreso económico; y llevaban en la memoria y en el cuerpo el recuerdo de toda clase de penurias y maltratos que la crisis económica y la violencia estructural en el país exacerbó en sus vidas, decir que el desmonte de los derechos laborales, la flexibilización y precarización o el desempleo

extendido las afectó de manera radical, puede ser cuestionable a no ser porque la pérdida de poder adquisitivo de las y los trabajadores repercutió en la demanda de sus servicios sexuales o estéticos.

Para las travestis empobrecidas, un Estado endeudado económicamente daba lo mismo que uno próspero, si la transfobia era la base de la política de gestión y control de sus vidas. A ellas, desde décadas atrás, les había sido esquiva cualquier inversión social, cualquier servicio de salud, sin recaer en la patologización y rechazo de sus existencias. Desde que iniciaron sus tránsitos corporales habían sido desempleadas del sector formal del trabajo; en especial, aquellas que estuvieron siempre vinculadas al trabajo sexual o a la peluquería, pues nunca habían tenido derechos laborales, ni un espacio para reivindicarlos. De esta manera, el impacto de la globalización y sus repercusiones económicas en el país fueron, para ellas, la continuidad de unas condiciones de existencia, ya de por sí precarizadas. En cualquier caso por fuera de la crisis de la deuda nacional y del conflicto armado, las travestis eran igual de pobres y vulneradas; las distintas formas de discriminación a las que eran sometidas daban cuenta de una vida arrastrada en medio de una crisis más extendida en el tiempo y en el corazón de la construcción nacional. Si alguien tenía la esperanza de que con el fin del conflicto y de la crisis económica llegara la paz y la prosperidad, estas no eran precisamente las travestis.

Fue en ese contexto nacional en el que, durante la segunda mitad de la década de los noventa, se presentó un incremento acelerado y sin precedentes en los flujos migratorios de Colombia al exterior. Según los datos del Programa Colombia Nos Une (Ministerio de Relaciones Exteriores, 2005) entre 1980 y 1990 la población colombiana en el extranjero aumentó en un 27,5 %, mientras que entre 1990 y 2000, lo hizo a razón de un 70%. Estos flujos se encuentran caracterizados, principalmente, por la pluralidad de destinos y diversificación de personas en términos de edad, género, etnia y clase que migraron. A diferencia de oleadas migratorias de décadas previas asociadas a factores externos, como la oferta laboral o políticas migratorias permisivas, tal oleada es atribuida, por autores y autoras como Gómez y Guerrero (2003), Cárdenas & Mejía (2006), Guarnizo (2006), Puyana, Mota y Viviel (2009), y Cirulo (2013), a factores internos como la agudización de la crisis económica en el país, la agudización del conflicto armado y la falta de oportunidades.

En el caso de las travestis entrevistadas es la imbricación de los factores mencionados con otros que responden a las particularidades de sus trayectorias sociales y a la gestación de una suerte de «cultura migratoria» –como denomina Pedone (2006) a la generación de un ambiente en el que la circulación de representaciones sobre la vida y el trabajo en otro país prepara un terreno fértil para la producción del proyecto migratorio–, en la cual se puede vislumbrar la migración de estas hacia Italia como una estrategia de resistencia y dignificación ante las situaciones de empobrecimiento y

exclusión que recayeron durante la década en gran parte de la población del país y en ellas, en particular, como errantes empobrecidas desde su infancia.

1.3. El aterrizaje de Las Italianas: la encarnación del sueño italiano

En el momento en que el país se debatía entre la violencia y la pobreza, y la mayoría de las maricas en Colombia se levantaban cada día para intentar sobrevivir, con expectativas mínimas sobre una vida mejor, fueron llegando de Europa, a lo largo de la década, *Las Italianas* para desfilarse ante las maricas locales sus cuerpos siliconados, sus narices respingadas, sus joyas, y una serie de historias sobre una vida mejor. Estas fueron reconocidas como *Las Italianas* y se distinguieron de las que permanecían sin cruzar las fronteras nacionales porque, además de ostentar varios bienes suntuosos como símbolos de su presunto éxito migratorio, a Colombia volvieron armadas; «armadas de tetas, armadas de culo, armadas de nariz», como decía Juan Andrés.

La exhibición del dinero obtenido en Italia en bienes de consumo y, en algunos casos, de bienes inmuebles –a pesar de que invisibilizaba los esfuerzos y el trabajo realizado durante la migración para obtenerlos– fomentaba la producción de significados alrededor de la migración; las imágenes y representaciones sobre *Las Italianas*, ligadas a la belleza, al éxito y al bienestar, estimularon la imaginación de las travestis en Colombia, quienes proyectaron, a través de estas, otras oportunidades de vida, imposibles de obtener permaneciendo en el lugar de origen.

Entre los bienes, prácticas, ideas y sueños importados por *Las Italianas* desde Europa a sus contextos de partida, la puesta en circulación de nuevos ideales corporales fue lo que quizá tuvo mayor impacto en las vidas de las travestis locales. *Las Italianas*, con sus cuerpos intervenidos, llegaron a Colombia exhibiendo corporalidades modeladas por las últimas técnicas de producción del cuerpo y la subjetividad marica, ante la mirada fascinada de los cuerpos hormonados y armados con espuma de las travestis de las comunidades de origen. Aunque en ese tiempo, en Colombia, ya era común entre ellas el uso de hormonas para feminizar el cuerpo, las únicas que tenían algún tipo de intervención con prótesis o modelantes estéticos²⁸ eran las pocas maricas colombianas retornadas de París, quienes habían migrado a finales de los años ochenta, o las que habían sido víctimas de trata de personas con fines de explotación sexual, a quienes, según Juan Andrés, mandaron a operar en Ecuador.

En Colombia, desde los años setenta, las hormonas anticonceptivas habían conquistado los organismos de la mayoría de las maricas que configuraban los contextos de trabajo sexual. Las

²⁸De acuerdo con Peralta y Espitia (2013), “modelantes estéticos” es el término médico para referirse al uso de sustancias como silicona líquida, silicón industrial, biopolímeros, aceite mineral y vegetal, entre otras, para el modelado de diferentes partes del cuerpo.

píldoras que se expandían como parte de la cruzada por la planificación familiar habían sido reapropiadas por ellas suministrándose las dosis sin ningún tipo de supervisión médica, bajo la inducción de las travestis veteranas y lejos del patrullaje psiquiátrico de la sexualidad y sus diagnósticos sobre la disforia de género. En los cuerpos de *Las Italianas*, antes de partir, y en los cuerpos de las maricas que permanecieron en Colombia, circulaban los compuestos químicos que inyectables y orales ingresaban en ellas con una carga capaz de generar la modificación interna, molecular y autoinducida de su flexible equipaje hormonal. La misma materia usada para reforzar la feminización de los organismos codificados como mujeres era, en las manos de las maricas, una dosis capaz, incluso, de dinamitar las estructuras biológicas de los cuerpos binarios y los discursos médicos.

Con la llegada de *Las Italianas* en los años noventa, al uso de hormonas se superpuso el deseo de acceder a los modelantes estéticos, a los implantes de senos y de glúteos y a las cirugías plásticas para feminizar el cuerpo y el rostro. Ya las hormonas habían procurado que en los organismos de las maricas se produjera la modificación rápida de su producción hormonal a un nivel de *travestismo molecular*, como denomina Preciado la construcción de la feminidad que desde las hormonas anticonceptivas supuso «la transformación de la estructura de la vida y no simplemente de un disfraz o una máscara» (Preciado, 2008, p. 137). Con estas hormonas, las maricas habían probado que podían disminuir sus niveles de testosterona, elevar sus cantidades de estrógeno o progesterona y modificar sus fenotipos hacia el diseño visual de la feminidad (menos vello facial y corporal, acumulación de tejido graso, emergencia de unos senos pequeños y redondez en las facciones). Sin embargo, los pechos, caderas y narices exhibidas por *Las Italianas*, tras su llegada, mostraron una versión perfeccionada de la feminización de los cuerpos. Los implantes de senos y caderas, los modelantes estéticos y las cirugías cobraron, desde entonces, una relevancia sustancial en la construcción prostética de los cuerpos maricas, pues a través de tales procedimientos las travestis podían tomar segmentos corporales claves en la construcción cultural de la diferencia sexual, y quitar, levantar, estirar, aumentar, disminuir, en fin, intentar manufacturar sus propios cuerpos sexuados a su antojo.

Los cuerpos de *Las Italianas* exponían formatos corporales diferentes de los *Cuerpos París* (Pelúcio, 2005) que las travestis brasileras habían logrado obtener en Francia entre los años setenta y mediados de los años ochenta, a donde migraron muchas de ellas hasta que las expulsiones por visados irregulares las orientó hacia Italia (Klulick, 1998; Vartabedian, 2010; Pelúcio 2005). Estas últimas, según Vartabedian (2012) y Pelúcio (2005), habían buscado moldear formas voluminosas que no pasaban desapercibidas y se reconocían como una marca registrada que las distinguía entre el resto de travestis en Europa, Pelúcio describe esto señalando que: «Cuando París era el sueño de ascenso de las travestis, imperaba el estilo “traveção” caderas abundantes, senos grandes, boca

carnosa, muslos voluminosos. La exageración es la marca de ese “cuerpo París”²⁹ (Pelúcio, 2005, p. 227). Los *cuerpos Italia* de las colombianas, en cambio, mostraron una imagen del cuerpo afín al ideal noventero de belleza en Colombia, materializado en los iconos de feminidad nacional “modelados” en las pasarelas de los concursos nacionales e internacionales de belleza. Según Juan Andrés, las siluetas de las maricas colombianas en esa época eran más armoniosas que voluminosas, como lo dejaba entrever la siguiente conversación que mantuve con Juan Andrés y Coqueta:

Mary: ¿Y las cirugías que se hacían qué tan voluptuosas eran?

Juan Andrés: Eran más pequeñas. Pues revisa tú los noventa, el tema de la cirugía plástica, el tema de la mujer cuerpo de guitarra ¿sí? Aparte de eso nuestras casi... las tres primeras casi Miss Universo, los cuerpos eran perfectos. Mujeres de cintura pequeña, cadera grande y senos grandes y eso quedó en la memoria de las chicas trans.

Coqueta: ¡Hum! No nos los perdíamos mami, nosotras veíamos los reinados y esas mujerotas con esos cuerpotos, tan divinas. Eso ninguna se lo perdía, nadie, eso era un evento que... ¡hum!, para alquilar balcón. Igual, aquí también llegaron a haber maricas lindas con esos cuerponones. Es que igual, Italia fue grande mami, habían maricas muy divinas.

En tres años consecutivos de la primera década de los noventa, participantes colombianas “virreinas” en Miss Universo habían desfilado una noción de belleza posible de ser equiparada a unos estándares “universales” de lo percibido como bello. Lo anterior, en unos cuerpos claramente forjados de acuerdo con los principios de la diferencia sexual. En Paola Turbay, Paula Andrea Betancourt y Carolina Gómez –“virreinas” en 1992, 1993 y 1994, respectivamente–, las maricas vieron con reiteración la apología hecha a un conjunto específico de atributos y rasgos físicos que, dentro de su construcción perceptual del cuerpo, se presentaron como “naturalmente” femeninos y “naturalmente” bellos³⁰.

²⁹ Traducción mía, en el original: “Quando Paris era o sonho de ascensão das travestis, imperava o estilo ‘traveção’ –ancas fartas, seios grandes, boca carnuda, coxas volumosas. O exager é a marca desse ‘corpo Paris’” (Pelúcio, 2005, p. 227).

³⁰ Cabe señalar que aunque las concursantes del Reinado se presentaran como los ejemplares de una belleza concedida por obra y gracia de la naturaleza, sus cuerpos, aplaudidos dentro de las pasarelas de la percepción nacional de lo bello, operaban como representantes de una ideología sedimentada en la jerarquización de los cuerpos a partir de sus inscripciones de clase, género, raza y etnia, condiciones psicofísicas, entre otras. Hasta 2001, con la elección de una representante negra, sobresalió en el Concurso Nacional de la Belleza la participación solamente de representantes colombianas blanco-mestizas provenientes de los centros urbanos sociales, políticos y económicos con más poder en el país (nunca se ha elegido como representante una indígena). El reinado en Colombia ha promovido los cuerpos de las clases urbanas medias, altas y blanco-mestizas, como parte de una supuesta esencia de la estética nacional. En los cuerpos de las reinas aludidas se destaca la encarnación de unos criterios de belleza previamente jerarquizados en los ámbitos regionales, los cuales compiten en lo nacional y se toman como aptos para presentarse en el contexto transnacional. Estos son los cuerpos que se exhiben como parte de una trayectoria familiar de preeminencia nacional y privilegios sociales (Bolívar, 2007) y materializan una belleza comprendida a partir de marcadores de clase y étnicos desde los cuales se extienden los criterios de inclusión y exclusión de la representación simbólica, icónica, de la identidad nacional y de la “imagen” de la nación (Pequeño, 2004; Moreno, 2007).

Las Italianas, «ellas hechas unos muñecones, unas reinas, las maricas un éxito mostrándole al resto hasta dónde era posible llegar», como decía Coqueta, revelaron con sus figuras la disponibilidad de toda una tecnología dispuesta a intervenir sobre los cuerpos para llevarlos a materializar esos ideales de belleza exportable y hacerlos dignos exponentes de la belleza “universal”. No quiero, sin embargo, deducir tranquilamente con esto, que las maricas hicieron una reproducción de los ideales de la corporalidad femenina, como si pensar esta corporalidad remitiera a un estado natural y único de la materia los cuerpos de las mujeres cisgénero. De hecho, los tránsitos corporales de las travestis no son homogéneos ni lineales y no siempre remiten a la feminidad como su referente principal, como lo trabajaré en otro capítulo. Si retomo la alusión a las representantes del Reinado Nacional es porque en los discursos de las maricas que no habían migrado, la admiración por las corporalidades exhibidas por *Las Italianas* –en el mismo período de la coronación de las “virreinas universales”– estuvo asociada a ver que algunas maricas lograban encarnar, sin recurrir a la espuma y a los tramoyos³¹, un tipo ideal de corporalidad apreciado dentro de los cánones de belleza y deseabilidad, aplaudido socialmente.

Los implantes de silicona y el silicón fluido se convirtieron en el ingrediente somático clave para la producción de maricas durante los años noventa. No obstante, las travestis brasileras habían hecho uso de estas técnicas desde la segunda mitad de los años setenta en París, fue hasta los años noventa que tales se establecieron en Colombia. Mientras Julieta Vartabedian (2012) ubica en París la nueva “gestación” de las travestis brasileras y señala que: «Si se recuerda la historia del “descubrimiento” de París por parte de las primeras ‘travestis’ brasileñas, se aprecia que fue en Europa donde comenzaron a transformarse en ‘travestis’» (Vartabedian, 2012. p.289), en Colombia, sin caer en una afirmación colonialista que pueda ahora atribuir la gestación de las travestis latinoamericanas a Europa, los modelos de feminización procurados por las prácticas de intervención corporal fueron facilitados en Italia-noventa.

Unas representaciones específicas sobre la forma en que la maricas deberían transformar su cuerpo se afianzaron con la llegada de *Las Italianas*. Haber recurrido ,o desear acudir, a las técnicas de transformación permanente de los cuerpos era muestra de ser una “verdadera” marica, a diferencia de otras quienes sin recurrir a las hormonas, a los modelantes o implantes y a las posibilidades cosméticas, pretendían ser “maricas verdaderas”; es decir: *las payasas, los hombres con tetas, las fingidas de mujer, las chilindrinas, los barbudos y los travestidos*. Así, la generización del cuerpo a lo *Italia-noventa* distinguió a las maricas de las décadas siguientes de quienes, al no haberse realizado ninguna transformación corporal irreversible, estaban excluidos de su universo de género,

³¹ Este es un término que las travestis se apropian de la noción “tramoya” del teatro, para designar el acto por el cual transformaban sus cuerpos recurriendo a diferentes trucos que los hacían tomar ciertas formas feminizadas. pero que en últimas respondía a una apariencia “trucada”.

como era el caso de los *gays serios* y de los *pirobos*, así como de las transexuales, quienes, según Juan Andrés, «llegaron de Italia ya feminizadas, llegaron ya transexuales (...), llegaron armadas, ya mujeres, se camuflaban entre las mujeres y se olvidaban de que habían ejercido prostitución». También, las diferenció de las transformistas, las que eran consideradas un asunto del pasado travesti, antes de Italia, antes de las cirugías, cuando para la transformación se usaban pelucas, senos postizos y otros objetos que eran transitorios.

Las Italianas también se sirvieron de la técnica quirúrgica para blanquear en sus rostros migrantes los marcadores socialmente construidos de la diferencia racial, y proponer estos como un rasgo de distinción en Colombia, porque como decía Juan Andrés: «si hubo una época en que el furor era la hechura de nariz. Llegaban acá... Maricas que llegaba uno a los bares y veía con la nariz hecha decía: “¡uy!, las italianas”. ¿Sí?».

Al finalizar la década, la proliferación de lugares identificados para el acceso a las intervenciones corporales hizo que varias maricas prescindieran de Italia o discriminaran entre las transformaciones a hacerse allá y aquellas practicables en otras partes. Por lo menos dos eventos promovieron la búsqueda de otros canales de acceso a las cirugías y las prótesis: por un lado, en Italia se dio un endurecimiento de las medidas de control, regulación y sanción a las prácticas quirúrgicas ilegales, que eran a las que un número considerable de *Las Italianas* se habían sometido por su falta de documentación regular, y, por otro lado, en Colombia y otros países latinoamericanos sobrevino una multiplicación de las posibilidades de acceso a una oferta, por demás, mucho más variada de técnicas que la de los primeros años de la década, debido a la demanda patrocinada por el dinero del narcotráfico.

Sin embargo, *Las Italianas* divulgaban que viajar a Italia permitía no solo reunir a través del trabajo sexual un monto suficiente de dinero para pagar el costo de las intervenciones, sino que eran mejores aquellas *interventi* italianas –como se referían aun a las intervenciones por modelantes o cirugías realizadas en Italia–. Los senos, las caderas y las narices respingadas hechas en Italia cobraron valor por toda la cadena de símbolos culturales asociados a estas; decir implantes o rinoplastia, entrados los noventa en Colombia, era, dentro del mundo de las maricas trabajadoras sexuales, decir Europa-riqueza-belleza. En Italia hubo, además quienes aprendieron a inyectar silicón líquido y otros modelantes estéticos y reprodujeron este saber y esta práctica en los contextos de origen, como el caso de Yolanda quien, según Juan Andrés, conoció en la cárcel a una marica que había estado en Italia y aprendió la técnica del *bombeo*: «La marica le enseñó, la marica se murió en la cárcel. Yolanda salió y salió a hacer cuerpos. Yolanda le enseñó a otras dos más (...). Y empezaron a hacer los cuerpos» aquí en Colombia.

1.4. Mujeres «con algo más»: Las Italianas en el trabajo sexual local

Las corporalidades de *Las italianas* en el mercado del trabajo sexual de la década del noventa en Bogotá no pasaron desapercibidas tras su llegada. Que las maricas trabajadoras sexuales se desnudaran y sus formas femeninas no quedaran regadas por el suelo antes de prestar los servicios sexuales atrajo a muchos clientes quienes, en parte, buscaban los servicios de estas por la curiosidad y las fantasías sexuales que la ambigüedad de sus cuerpos les generaba. La puesta en circulación de los cuerpos de *Las Italianas* apareció como una novedad en la oferta acostumbrada, esto supuso en los contextos de trabajo sexual y por fuera de estos la difusión de estereotipos erótico-sexuales, de los deseos, los gustos, las curiosidades y las repulsiones asociadas al hecho que estos cuerpos con pene se aproximaran cada vez más a una de idea de feminidad esperada solo en las mujeres cisgénero.

Las Italianas, con sus cuerpos siliconados, ofrecían a los clientes una corporalidad cuidadosamente feminizada junto con una genitalidad penetradora, cuestión que las distinguía radicalmente de la oferta hecha por mujeres cisgénero y de maricas menos *armadas*. El aumento de senos, caderas, glúteos y partes del cuerpo significadas como zonas de producción de excitación y placer sexual implicó la fabricación de “bienes” de consumo inscritos en el cuerpo para ser ofrecidos como parte de los servicios sexuales (Hurtado 2011). En otras palabras, *Las Italianas* habían capitalizado las zonas corporales que, como ya ha sostenido Butler (2002) y Preciado (2008), han sido objeto de una operación cultural previa que fracciona –acaso desmiembra– el cuerpo y, en la división, distingue de la totalidad del mismo solo algunas partes como zonas erógenas. Así, las áreas corporales en las que *Las Italianas* y las migrantes posteriores centraron su inversión fueron aquellas relacionadas con la producción o generización de su cuerpo, asociadas también a superficies codificadas como lugares para la producción del deseo sexual.

La significativa inversión que *Las Italianas* habían hecho sobre sus cuerpos supuso entonces que tales cobraran más por sus servicios y tomaran una posición ventajosa en relación con las maricas sin intervenciones. El impacto que tuvo ese hecho sobre las maricas locales no fue menor, pues si la mayoría había sido destinada a realizar un trabajo en el que la apariencia física era altamente valorada, el deseo de acceder a estas intervenciones se convirtió en un asunto no solamente identitario sino de posibilidad para obtener mejores ingresos y competir en un mercado que con *Las Italianas* se había vuelto más reñido.

Si el tamaño del pene era un atributo que siempre había valorizado o devaluado a las travestis en el trabajo sexual, con la incorporación de las nuevas técnicas corporales se expandió la demanda de ciertos tipos de feminidad materializados en cuerpos con nalgas y pechos voluminosos. Juan Andrés señalaba que la llegada de *Las Italianas* coincidió, en los espacios de trabajo sexual en

Colombia, con el aumento de clientes dispuestos a comprar los servicios sexuales de estas: «más hombres llegaban con la curiosidad y el trabajo se mejoró para todas y como era el boom, el apogeo de las maricas, pues los hombres quedaban así [con la boca abierta]». Estas mujeres «con algo más», como denomina Pelúcio (2007) a las travestis en el mercado del sexo, prometían además experiencias sexuales diferentes a la que los clientes podrían haber tenido antes. Como han explicado Piscitelli (2005; 2007), Hurtado (2008; 2011) y Pelúcio (2005;2011), en la industria sexual hay una serie de productos simbólicos e inmateriales integrados a la oferta de servicios sexuales, que le proporcionan valor agregado a la venta, tal y como lo son las características corporales (étnico/raciales, de género y edad) y las prácticas sexuales que los cuerpos insinúan poder brindar, tomando las palabras de Pelúcio: «Lo exótico, en este caso, podría estar relacionado no solo con los cuerpos, sino también con la prácticas. En ellas lo exótico y lo erótico coinciden. Los cuerpos son lo que se puede hacer con ellos»³² (Pelúcio, 2011, p. 260).

Aunque los cuerpos de las maricas en Colombia fuesen en la cotidianidad objeto de múltiples maltratos y diferentes formas de discriminación, su ambigüedad también instigó a la curiosidad y al deseo de transgresión sexual de muchos de esos maltratadores; como lo declaraba Coqueta: «los mismos que te pegaban en el día, eran los que te deseaban en la noche». Esta ambivalencia constituida por actitudes y sentimientos de rechazo-atracción y aversión-deseo hacia lo “extraño”, lo “raro”, lo “exótico”, ha sido explicada por Bhabha (2002, [1994]), Young (1995) y Pelúcio (2011), entre otros, como constitutiva, de la producción discursiva de la otredad arraigada en la práctica y la ideología de los proyectos coloniales e imperialistas, cuya imposición tuvo un eje central en la sexualidad, evidente en la exotización e inferiorización de los cuerpos colonizados³³. La exotización de “el Otro”, describe Kempadoo (2004), construyó los cuerpos colonizados y esclavizados como lugares para el placer sexual y la fantasía pero también para la violencia y la opresión.

Investigaciones como la de Fernando Urrea y La Furcia (2013) en Colombia presentan la exotización de las maricas –cuerpos connotados como “cuerpos candentes”, “cuerpos provocadores”– como producto de una racialización que ha recaído, principalmente, sobre las mujeres trans de pieles más oscuras y por la representación del placer que connotan estos cuerpos como penetradores

³²Traducción mía, en el original: «O exótico, neste caso, estaria relacionado não só com os corpos, mas também com as práticas. Nelas o exótico e o erótico coincidem. Os corpos e o que se pode fazer com eles.»³² (Pelúcio, 2011, p. 260).

³³Esta ambivalencia es central en la lectura psicoanalítica que hace Bhabha (1994) sobre la obra de Said para explicar que el discurso colonial descansa, por un lado, sobre «un nivel consciente y disciplinado sobre la Otredad y, por otro, un deseo fantasmagórico inconsciente hacia el Otro» (Gómez, 2009, p. 70) o, en palabras de Robert Young (1995), quien destaca que Bhabha demostró que en el discurso colonial hay «[dos niveles fusionados y que son, en funcionamiento, inseparables. Él ha demostrado cómo el discurso colonial, del tipo que sea operado, no solo es una construcción instrumental del conocimiento sino que, también, está de acuerdo con los protocolos ambivalentes de la fantasía y el deseo] two levels fused and were, in operation, inseparable; he has shown how colonial discourse of whatever kind operated not only as an instrumental construction of knowledge but also according to the ambivalent protocols of fantasy and desire» (Young, 1995, p. 161).

potenciales. Sin embargo, las narrativas sobre la llegada de *Las Italianas* en los años noventa resaltan la exotización temprana de sus cuerpos asociada también a su género y a su sexualidad, codificada como desviada y transgresora, y a la racialización y sexualización de sus cuerpos en el ámbito transnacional, más allá del color de la piel y más afianzada en el origen y la condición migratoria, como analizaré en un capítulo posterior. El exotismo asociado con las maricas se ha construido en relación con que sus cuerpos reúnan un pene y uno senos, algo impensable durante mucho tiempo; incluso para ellas, «porque es que una cosa es creerse Thalía y empelotarse y quedarse toda tirada por el piso y, otra bien distinta, quedarse con las tetas bien puestas y decirse: “¡uy! y todo esto es mío”», afirmaba Coqueta.

La exotización de "el Otro", arraigada en relaciones de dominación cultural y económica de las Américas y el Caribe (Pelúcio, 2005), se reactualizó en las relaciones del trabajo sexual en que las travestis participaban sobrellevando la lujuria, concupiscencia y curiosidad de decenas de heterosexuales, al tiempo en que recaía sobre sus cuerpos la reafirmación de un poder regulatorio encarnado en paramilitares, guerrillas, limpieza social, civiles transfóbicos, quienes con la violencia y el maltrato preservaban las fronteras de la sexualidad aceptable en el régimen de la heterosexualidad y el cisgenderismo.

Sin embargo, el incremento generalizado de la demanda de servicios sexuales a todas las maricas redujo la brecha inicialmente instalada entre las maricas de hormonas o “espuma” y aquellas que se habían *armado* con cuerpos siliconados. *Las Italianas* por sus transformaciones corporales y por su experiencia como trabajadoras sexuales en el exterior adquirieron un status de prestigio dentro de los contextos de trabajo sexual en Bogotá. Ellas por su experiencia migratoria comenzaron a ocupar una posición privilegiada en relación con sus pares, de la cual se desprendió una reorganización de las relaciones de poder entre maricas trabajadoras sexuales. En una conversación con Juan Andrés y Coqueta, él y ella describen esta reorganización a partir de la distinción entre las maricas que regresaron de Italia y aquellas que nunca habían salido del país:

Juan Andrés: Entonces ya cuando empezaron a llegar, ya empezó a ver como rivalidades, ¿sí? Pues estábamos las que nunca habíamos viajado y estaban las que habían viajado, ¿sí? Entonces muchas de las que viajaron llegaron con el poderío de madres; entre esas Ingrid, entre esas Trina, Visconti, Sandra Lionela. Llegaron: “yo soy la madre”. ¿sí? Pero por obvias razones, porque a parte de que llegaban con plata nos barrían en experiencia, llegaban armadas.

Coqueta: Pero de valor.

(Risas)

Juan: No, en cuerpos. Llegaban armadas ¿sí? muchas acá... Habíamos poquitas que teníamos silicona. pero muy poquitas y era silicón fluido. Éramos muy pocas. si éramos

quince para cuando empezaron a llegar las italianas, éramos muchas... Pues claro marica, empezó todo el furor y ya entonces se armaron combos, el combo de la India, el combo de la Ingrid, el combo de Karla... Y ya en la quince, cuando nos parábamos en la quince era así... Tú las veías por madres.

1.5. Madre solo hay una: Madres Italianas hijas colombianas

Que Italia se hubiese erigido en la memoria de las travestis como el apogeo de la maricas colombianas y que la llegada de La Visconti, de Trina, La Plutarca, la finadita Luca... *Las Italianas*, se reconociera como un tiempo de ruptura entre lo que era la vida de las travestis en Colombia y lo que podía llegar a ser fuera de las restricciones soportadas en las fronteras nacionales, implica reconocer que para la travestis la migración a Europa se perfiló, desde sus inicios, como un proyecto a través del cual muchas maricas imaginaron poder alcanzar un punto de realización personal y colectiva por encima de cualquier logro conseguido hasta ese momento en sus historias.

Definido como un territorio “civilizado”, “desarrollado” y “moderno”, Italia adquirió entre las travestis una valoración colectiva significativa, atribuible también a las maricas que habían logrado atravesar las fronteras nacionales para cruzar el Atlántico y asentarse en la que se conocía como la meca de las travestis en los años noventa (Vartabedian, 2012; Pelúcio, 2009; Voguel 2009). *Las Italianas* fueron guardadas en el recuerdo como las primeras representantes de los ideales construidos en torno a Europa; ellas eran el lujo, la distinción, el refinamiento, el “*glamour*”, la prueba viviente de que la pobreza podía convertirse en un asunto del pasado, como solo le estaba sucediendo en ese entonces en Colombia a algunos de los que se vinculaban al narcotráfico y a las protagonistas de las telenovelas de moda.

Fueron los bienes que *Las Italianas* exhibían como muestra de haber vivido y triunfado en Italia, independientemente de lo que hubiera implicado realmente su estancia allí (Agnoleti & Sousa, 2003), los que les otorgaron a cierto capital simbólico altamente valorado entre las maricas.

Distintivos tales como parecer sofisticada, vestir ropa de diseño, hablar en italiano, mostrar más saber sobre el trabajo sexual, portar un cuerpo modelado, tener la nariz a *la italiana*, conocer el “extranjero”, entre otros, situaron a *Las italianas* en una posición privilegiada de autoridad, dominio, liderazgo e influencia sobre las maricas locales. Las migrantes retornadas llegaron, como describe Juan Andrés, con el “poderío de madres”, llegaron diciendo: «yo soy la madre» y a partir de esto, en torno a ellas, se organizaron grupos de maricas locales –combos– que las reconocían como sus nuevas lideresas, algunas de las cuales se mantienen aún hoy.

La madre era una figura de liderazgo presente en las relaciones entre maricas mucho tiempo antes de la llegada de *Las Italianas*. Estas eran travestis veteranas que aprovechaban su experiencia en el tránsito de género y en el trabajo sexual para extraer beneficios de las maricas más jóvenes o novatas, de las *pollas* que generalmente eran menores de edad. A estas últimas, *Las madres*, en algunos casos, las explotaban sexualmente y les asignaban labores asociadas al trabajo doméstico y al trabajo de cuidado que no les remuneraban. Si bien *Las madres*, en algunos casos, se habían mantenido durante años en el liderazgo recurriendo, incluso, a las mismas lógicas criminales y delictivas que estaban extendidas en el país, como me decía Coqueta que había sucedido a finales de los años ochenta en la *Época de la Chamba*³⁴, la época en que *las madres* decían: «o me das la plata o toma tu chamba o yo tengo suficiente dinero y te puedo mandar a hacer algo si no me pagas», *Las Italianas* cuando llegaban se hacían fácilmente al poder reproduciendo las mismas prácticas o consolidando *combos* para defenderse de la explotación y el maltrato que les venía de afuera.

Las Italianas que se volvieron *madres* se atribuyeron y adquirieron dicho estatus dentro de las jerarquías internas, no necesariamente porque volvieran al país con más dinero, hecho que desmienten varias de las entrevistadas, sino porque parecían tenerlo; sus cuerpos exhibían signos de fastuosidad y prestigio que no necesariamente estuvieron, siempre, ligados al ascenso socioeconómico pero que, en el marco de las relaciones de las maricas, sí las distinguieron y le dieron su “poderío”. Podría pensarse que ante la llegada de *Las Italianas*, la materialidad del cuerpo se erigió en un “estandarte” capaz de reorganizar las posiciones de poder, estatus, dominación, subordinación y rivalidad entre maricas.

La denominación reapropiada de la nomenclatura del parentesco familiar fue utilizada tras su llegada por las maricas migrantes para autonombrarse y tomar un lugar dentro de la organización jerárquica de las relaciones de poder de las maricas locales. Esta figura que se mantiene aún hoy en los contextos de trabajo sexual, se define, de acuerdo con Pelúcio (2009), Vogel (2009) y Prada et al. (2012), alrededor de por lo menos cinco características:

1. Las *madres* son maricas veteranas que, debido a su experiencia y algunas veces por sus medios económicos, detentan una posición de poder y prestigio dentro del sistema jerárquico de las relaciones entre maricas.
2. Estas *madres*, debido a su trayectoria en el trabajo sexual y en los procesos de asunción de género, han acumulado un conjunto de conocimientos sobre la transformación corporal, las dinámicas de la compra/venta del sexo y las reglas locales de la calle, los cuales transmiten oralmente a maricas más jóvenes y a las recién llegadas a sus zonas de influencia.

³⁴ La chamba es una herida o cicatriz profunda.

3. La transmisión de estos conocimientos y la protección que ofrece *la madre* comporta un vínculo que abarca desde su solidaridad y apoyo a las maricas más jóvenes hasta su explotación, maltrato y hostigamiento. Las maricas más jóvenes por su parte establecen hacia las madres lazos sustentados en la admiración, el respeto, la gratitud, pero también de resquemor, rabia, desprecio y desafección, entre otras.
4. Generalmente, cada *plaza* –lugar en el que se da el intercambio de servicios sexuales por dinero– está bajo la influencia y reglas de una *madre* que se adjudica haber *abierto la plaza* –iniciado un espacio como lugar para el trabajo sexual– o llevar más antigüedad en su asentamiento allí que el resto.
5. La “gestación” de nuevas maricas es lo que permite a una *madre* conservar su posición y su legitimidad en el control de un territorio, para esto recurren tanto a prácticas de cuidado, apoyo, solidaridad a otras maricas, como al despliegue de prácticas de coacción y violencia.

Sin embargo, es importante señalar que no todas las maricas que retornaron de Italia fueron reconocidas como *madres* o quisieron serlo. Algunas no fueron *madres* porque consideraban no tener las habilidades necesarias para erigirse en una; otras no fueron valoradas porque volvieron sin intervenciones en su cuerpo y sin ningún símbolo de la distinción europea; unas no volvieron a participar de las dinámicas del trabajo sexual, porque llegaron a instalar un negocio propio, trabajar en una peluquería o simplemente permanecieron por fuera de los contextos de trabajo sexual por algún tiempo mientras vivían de sus ahorros; algunas, sencillamente, no quisieron asumir las prácticas de liderazgo, protección o coacción que empezaron a desplegar las que sí aspiraban a ello. Aunque esta figura la habían asumido y la siguieron asumiendo también, maricas que no habían sido migrantes internacionales, fueron las que regresaban de Europa las que tuvieron más posibilidad de portar alguno de los capitales altamente estimados entre las maricas de la época, pues en *madres* se erigían solo quienes lograban acumular un capital económico, un capital cultural y un capital simbólico (así fuera a través del uso de la violencia) que les otorgara una posición de influencia y poder sobre otras maricas, como expresaban Juan Andrés y Coqueta:

Juan Andrés: Hubo una época, a mí me pasó, me pasó muchísimas veces, que una entaconada, parada y la malparida: «¿qué mucha teta? ¿Mucho culo hijueputica?» y de una la gaseaba [con gas pimienta]. Era una porquería, ni siquiera cobraba el impuesto.

Coqueta: Y cuando decidió cobrarlo, también les cobraba.

Juan Andrés: Cogió a un poco de mariquitas... Tenían la maña de coger a una marica de flecha y se la montaban y se la montaban y hubo una a la que se la montaban... a la finadita... La Colchón (...), a Marimar también, se la aplicaban porque físicamente no eran muy atractivas, entonces, las cogían de flecha: les cobraban el impuesto, las cacheteaban, las tiraban, las empujaban. Y esas mariquitas una vez, hasta aquí fue, se acabo. Plutarca...

Coqueta: Cuando yo llegué acá, de ella se hablaba allá en Roma y todo (...) cuando que viene la madre Plutarca, y yo algo que he tenido toda la vida y que me han criticado, me han dado duro y he sufrido por eso y de todo, es que yo no doy si no se me da la puta gana, quien me obligue o me pide el impuesto le advierto, es que yo ya estoy muy vieja, no, ¿qué tal? Y cuando llega la Plutarca a cobrarme ese día y que todo, y yo le dije : «no, mami, yo no vengo para pelear, pero si usted se pone a ver yo traigo más necesidades que usted, antes mire a ver en qué me puede colaborar» (risas). Y la marica me dijo: «no, vieja, todo bien, en la buena, sino que tú sabes que yo no puedo perder mi rango».

La figura de *madre* no ha sido una posición que se asuma de una vez y para siempre y que haya tenido influencia sobre todas las maricas en los contextos de trabajo sexual. Ser *madre* nunca ha sido un posición fija e inmodificable, ni un lugar desde el cual se dinamicen relaciones en las que siempre se haya ostentado poder e influencia. Así como el “embellecimiento” del cuerpo, la migración hacia diferentes países, el alarde de símbolos de lujo y refinamiento, la propiedad de bienes muebles e inmuebles, la vinculación con algún cargo por fuera del trabajo sexual y la peluquería, los títulos académicos, entre otros, han operado como capitales para erigirse en *madre*; sin embargo una *madre* puede perder su lugar de prestigio, no ser reconocida como tal por otras que ostentan capitales similares pero no se reconocen como *madres* y no ser respetada por quienes se asumen como parte de un *combo* o hijas de una *madre* diferente, pues ellas transponen a sus contextos de socialización el adagio popular que declara que «madre sólo hay una», en cada momento aunque puedan tener varias a lo largo de su trayectoria vital.

Aunque en la actualidad impere en algunos discursos institucionales o académicos una idea sobre las *madres* que las asocia únicamente a la figura de la proxeneta, en las historias de vida de las maricas que se han socializado desde la infancia en los escenarios de trabajo sexual, la presencia y las relaciones asociadas a estas no pueden verse como formas exclusivas de dominio y explotación. De hecho, algunas características asociadas a *las madres*, tales como aprovecharse de las más jóvenes, cobrar impuestos en ciertos territorios, usar la violencia para imponer su poder, rivalizar con otras madres, obtener beneficios económicos y de cuidado del trabajo de otras maricas, y otras halladas también por Nancy Prada et al. (2012), son interpretaciones que se pueden modular con una lectura tamizada por la experiencia migratoria y los impactos de esta sobre las migrantes y las que nunca viajaron.

Las acciones atribuidas a las *madres*, pueden verse en el horizonte histórico y transnacional de la migración, como prácticas equiparables y contextualizadas de las dinámicas experimentadas por *Las Italianas* y las posteriores migrantes en los contextos de trabajo sexual de Italia. *Las italianas* reproducían en los escenarios de trabajo sexual locales algunos de los aprendizajes que habían adquirido o forjado a lo largo de su migración: estos iban desde efectivamente sacar provecho de

las maricas novatas y cobrar impuestos a través de la coacción, como lo habían hecho con ellas antes de la migración, o como lo habían visto hacer a algunos extranjeros que tenían bajo su dominio alguna *plaza* en Italia, hasta el despliegue de formas organizativas-colectivas de resistencia para demarcar/defender territorios, protegerse ante la presencia constante de asaltantes y estafadores y esquivar el cobro de impuestos u otros abusos. Los siguientes relatos corresponden, uno, a una anécdota de Coqueta sobre el pago de impuestos en Italia y, el otro, a los acontecimientos que Juan Andrés señala que sucedieron en Bogotá tras el arribo de *Las Italianas*. Ambos suceden en escenarios de trabajo sexual y su lectura conjunta puede evidenciar la continuidad entre las formas de organización asumidas por las travestis para resistir a la explotación y controlar su territorio tanto en Italia como en Colombia una vez retornaron y asumieron el papel de *madres*.

<i>Relato de Juan Andrés sobre Bogotá</i>	<i>Relato de Coqueta sobre Italia</i>
<p>Cuando <i>Las Italianas</i>, ya los ladrones se empezaron a dar cuenta acá en Bogotá que el tema de la prostitución empezó a dar muchísima plata y los ladrones del resto del país se la empezaron a pillar y nos secuestraban, nos secuestraban. Iban en un taxi, la cogían a una de la greña y la jalaban al carro y la marica perdida una semana encerrada y si no era en la Cachaca era en la residencia del negro Felipe, sino en la Venus. Una semana encerradas a punta de chimbo porque ni siquiera le daban a una de comer y cuando ya la sacaban a una a la 15 [la carrera 15 con calle 93] y se parqueaban con uno para que uno produjera. Las <i>madres</i> se empezaron a dar cuenta de eso, entonces ya empezó el tema de que... por ejemplo conmigo fue K [una de <i>Las Italianas</i>]. Entonces K fue: «bueno mariquita te parás, te agarrás o te apuñaleo, te saco las tetas ¿tus veras?, pero usted no puede ser mariquita de nadie». Y me hizo agarrar; conmigo fue El Chicle y me tocó agarrar y encendernos y encendernos con todo y cuchillo. Ya cuando ella vio que el man ya me estaba ahorcando, ya me estaba... Lo cogió y lo</p>	<p>Tú llegabas de primerizo y cuando te veían lógico que te caían, pero como uno no... ¿uno qué va a saber? Pero la Coca era la que sabía y ella me dice: «marica, ya vienen por allí, entonces prepárese». Cuando: «¿prepárese?», es que no me alcanza a decir, cuando ¡pum!, muy bonito el pajarito, y ahí mismo me dicen: «<i>si ti spezzo le gambe</i>». Y yo: «¿qué me están diciendo?». Me dice la marica: «que te van a romper las piernas». Y yo le dije: «no, no, pues arreglemos, no hay problema». Y me dijo: «no, es que esto tampoco me lo van a llenar de maricas». Me lo dijo todo en italiano. Entonces me dijeron que cómo prefería, que si diario o semanal, y yo le dije: «¿diario qué?». Cuando me hice entender, les dije que a diario y sí señora que llegaban a la hora o a las dos horas; ya habían pisteadado que una hubiera trabajado, que ya hubiera hecho para poder llegarle (...), es que esos hijueputas cobraban por todo y aprovechaban el terreno (...). Esas cosas mami, esas cosas que ¡uy! yo bien muerta de la ira y toda esa mano de <i>maniquís</i>³⁵ por allá. Yo con ganas de rebuscarme el dinero y que me pasaran esas cosas ¡ay! Entonces, por eso</p>

³⁵ Travestis que han recurrido a distintas prácticas y técnicas de transformación corporal, cuya apariencia es estimada y reconocida como bella.

<p>macheteó, y el man santo remedio. Y así fueron todas, entonces fue cuando todas empezamos a sacar las uñas, entonces ya fue cuando todas empezamos a coger fama de las agresivas, de las que no se aguantan un cólico, de las peleonas, de las matonas. Porque, en efecto, ya no nos aguantábamos nada y además también porque muchas pirobas eran muy odiosas. Muchas pirobas eran súper odiosas, sobre todo las pirobitas del Parque Nacional, las pirobitas del Terraza Pasteur eran muy hartas, muy hartas porque entonces eran [les decían]: «la marica entetada, la payasa, la fingida de mujer». Buscándonos pelea entonces los agarrones eran mortales. Entonces, ya después, fue cuando nos agarramos con las pirobas entonces alguna vez la Pinocho, fue la Pinocho, La Chuqui, David, que él está vivo todavía. Y nos dábamos porque ellos comenzaron a transvestirse y a bajar al trabajo de nosotras, entonces, fueron más peleas y fue más sangre y más sangre.</p>	<p>empecé a pagar pero esos días que pagué, se lo juro mami, que si me conseguí en esos tres días unos cincuenta, no me conseguí más de estar pensando en lo que tenía que darles a ellos y en que si conseguía me iban a quitar mi plata y de todo. Entonces, un día, le dije a la Coca: «marica yo estoy harta, estoy aburrída y no voy a volver a pagar y nos vamos a agarrar». Y la Coca que era severa gonorreíta, también me dijo: «¿verdad usted es capaz?». Y yo le dije: «¿qué no? Quiero probar, denunciemos estos hijueputas y los mandamos a la cárcel y lo que toque pero no más, ¿cuál?, marica, ¿por qué tenemos que estarle trabajando a estos hijueputas?». Y la coca: «yo estoy con usted». Y había una mariquita que le decían la Wonder Woman que, ¿quién iba a creer?, pues yo la veía a ella toda langaruta y la engañada era yo, mamita, se ha convertido esa marica en severo demonio pero es que mejor dicho Chuqui le quedó pendeja. Mami... Nos agarramos, nos revotamos ese día y no pagamos y no pagamos.</p>
--	--

Entre los distintos actores que atrajo el *apogeo* de las maricas de Italia-noventa a los escenarios del trabajo sexual de Bogotá estuvieron además de clientes, los ladrones, como lo evidencia el relato de Juan Andrés. Los ladrones quienes en el informe sobre trabajadores sexuales en el centro de Bogotá, realizado por la Cámara de Comercio en Bogotá en 1995, fueron referenciados como los principales agentes de maltrato, abuso sexual y cobro de impuesto a pirobos y travestis, buscaron devenir en proxenetas y explotadores sexuales recurriendo a “secuestrar” a las travestis para obligarlas a vender servicios sexuales y quedarse con las ganancias. Lo anterior, lo hacían bajo dos modalidades perfectamente comprensibles dentro de las prácticas delictivas que impregnaban el ambiente social en Colombia en ese momento: la primera, consistía en raptar las maricas y encerrarlas en alguna residencia durante varios días, obligarlas a trabajar y dejarlas en libertad con la condición de quedarse con todo el dinero producido; mientras, la segunda, radicaba en *parquearse* –permanecer cerca– con una de ellas en alguna de las zonas de trabajo sexual y a través de diferentes formas de coacción obligarlas a entregarles al final del día sus ingresos.

Las Italianas que ya habían resistido y enfrentado formas similares de violencia (como aparece en el relato de Coqueta) lideraron la organización de maricas por combos para la defensa y la protección. La organización por *combos* suponía una líder *Italiana* a la cual se iban adhiriendo algunas maricas, quienes generalmente eran más *pollas*, tenían menos experiencia en el trabajo sexual, eran recién llegadas a las zonas de trabajo, no habían salido del país, entre otras. Los *combos*, en principio, como lo describía claramente Juan Andrés, se organizaron con el propósito de defenderse de los ladrones que las hostigaban y se mantuvieron por la efectividad con que les permitió protegerse y liberarse colectivamente de los secuestradores. Este tipo de organización emergió como una forma de cardumen marica, la agregación de un número de maricas a un *combo* configurado, dentro de los contextos de trabajo sexual, para la protección y ofensiva contra los ladrones y otros predadores, para defenderse de los policías y grupos de limpieza social, para expulsar a otras trabajadoras y trabajadores que buscaban quitarles los clientes o perjudicar sus ingresos.

El embate marica, también, se organizó contra los *pirobos* –niños y jóvenes involucrados en el trabajo sexual masculino–, puesto que las zonas de trabajo sexual estaban claramente generizadas; si un *pirobo* decidía entrar en la zona, debía demostrar su autenticidad como marica o «agarrarse». Lo primero, le exigía iniciar un tránsito con el acompañamiento, regulación y control de algunas maricas (a su imagen y semejanza); mientras, lo segundo, suponía que se disputara con estas la zona de trabajo. Las maricas, en los años noventa, tuvieron muchas riñas con los *pirobos*; peleaban por los clientes, por las zonas, por las habitaciones de hotel y por las discotecas. Sin embargo, muchos *pirobos* se feminizaron bajo la influencia de alguna marica veterana y por el gusto que adquirió para ellos el semblante marica o porque así mejoraron su posición e ingresos dentro del trabajo sexual.

Las *madres* aparecen, entonces, en las narrativas de las travestis como figuras de explotación, maltrato, protección, apoyo, solidaridad, amor, amistad, complicidad, admiración, respeto, resentimiento, rivalidad y envidia. De hecho, la extrapolación de los términos madre-hija, ligados al parentesco, al contexto de la relaciones entre maricas, da cuenta como señala Voguel (2009) de la “naturaleza ambigua” que convive en esta relación en tanto afectiva y económica. La relación de *las madres* con las hijas en el contexto de trabajo sexual de las travestis es equiparado con la relación que mantienen algunas maricas con sus progenitoras, cuando con estas se traza una relación económica de explotación argumentada en saldar/retribuir/pagar a la madre por haber transgredido el género asignado por esta. (Voguel, 2009, p. 368). En este mismo sentido, para Pelúcio (2009), la denominación de madre puede ser una metáfora de las atribuciones de cuidado, protección, “gestación” y castigo que se le hacen a *la madre* marica como representante de la maternidad y que convierten el vínculo madre-hija en una versión construida, “deslocalizada” de referencias biológicas

que, sin embargo, se encuentra sostenida por varias reglas instauradas de manera vertical (Pelúcio, 2009).

El lazo establecido entre *madres* e *hijas* travestis se puede observar como un vínculo de explotación, si se reconoce este solo en su dimensión económica; pero tal también comporta una fuerte dimensión afectiva, de apoyo, solidaridad y gratitud que se evidencia en el empleo de los términos de parentesco para nombrarlo. De hecho, serán *Las italianas madres* quienes se convertirán en las principales facilitadoras del viaje y la estancia en Italia de muchas maricas migrantes posteriores, entre las que se encuentran algunas de mis entrevistadas, debido, inicialmente, a su apoyo o préstamo económico para la realización de viaje y, después, por haberlas acompañado, en algunos casos, en la estancia en el país de destino. Según Coqueta, fue en medio de ese tiempo de tanta violencia hacía ellas y entre ellas que «muchas al verse tan atosigadas más volaron y fue también el momento en que muchas dieron la mano la una a la otra, a la otra, a la otra y empezaron a salir voladas desde el noventa hacia Italia».

2. Inmigrar es inmigrar con su historia

Así, inmigrar es inmigrar con su historia (siendo la inmigración misma parte integrante de esta historia), con sus tradiciones, sus maneras de vivir, de sentir, de actuar y de pensar, con su lengua, su religión así como las demás estructuras sociales, políticas y mentales de su sociedad, no siendo las primeras más que la incorporación de las segundas, en suma, con su cultura.

Abdelmalek Sayad

Es que lo de Italia no se entiende si no se conoce la historia de nosotras porque para nosotras esta vaina del tránsito que hicimos aquí [en Colombia], el cambio, fue duro, porque nosotras... Fueron otras épocas.

Para nosotras la vida aquí era imposible:
el maltrato de la policía, los asesinatos,
la discriminación de la gente,
el repudio, todo.

Coqueta

Desde el primer momento en que abordé a La Cinderella con el interés de conocer su experiencia como inmigrante en Italia –donde había permanecido por quince años consecutivos, desde 1996–, fue enfática: «Si usted me pregunta por mi vida yo le diré que ha sido un viaje con muchísimas partidas, pero si la cosa es de viajes, mi vida no ha sido sino un solo ir y venir de un lado al otro. Entonces ¿por dónde empezamos primero?». Para La Cinderella, así como se me fue revelando con cada una de mis entrevistadas, la migración a Italia no podía ser narrada partiendo desde un único lugar de origen hacia un solo lugar de destino; la migración se fue manifestando a través de los relatos de las maricas indisociable a sus trayectorias sociales, a sus tránsitos corporales y a las vueltas que tempranamente tuvieron que empezar a dar cuando los caminos lineales del cisgenerismo no amarraron su deseo; y, sin muchos atajos posibles, fue casi un imperativo que asumieran la construcción de su existencia en la errancia, en un «solo ir y venir de un lado al otro», como decía La Cinderella.

A la idea inicial de emprender este viaje analítico desde lo que la teoría migratoria ha definido como las etapas o los momentos para el estudio de la migración: preludio, movilización, consolidación y retorno (Berubé, 2005; Gómez, 2008; Puyana, Mota y Viviel, 2009; Rojas, 2011), las maricas me mostraron otra necesidad; si casi todas ellas habían empezado a tejer sus relatos sobre la migración a Italia partiendo de describir una serie de acontecimientos y desplazamientos remotos a dicha

migración, antes de abrirse al tema que les estaba proponiendo de entrada, había algo en ese “tiempo pasado” que ellas querían que yo escuchara y comprendiera. Fue así como al abordaje de la migración a Italia le nacieron recorridos imprevistos; caminos por los lugares de infancia y por los distintos espacios del suelo colombiano que las travestis conquistaron con sus tacones a lo largo de diversos tránsitos corporales y geográficos. De la mano de ellas entendí que, antes de llegar a Italia en sus historias, era fundamental que yo también transitara por las experiencias de destitución y resistencia que configuraron sus vidas en Colombia antes de emigrar; desde las cuales Italia se levantó como un hito dentro de las múltiples estrategias libradas en su batalla cotidiana por lograr en la vida algo más que un plato de comida y un lugar donde dormir cada noche.

En este capítulo me interesa analizar las trayectorias sociales de las travestis que preexisten a los cuatro momentos de la migración mencionados; dichas trayectorias permiten reconocer las condiciones y procesos que, desde una perspectiva subjetiva, permearon los itinerarios de vida de mis entrevistadas, antes de que cualquier pensamiento sobre la migración a Italia surgiera pero que de alguna manera las produjeron como potenciales migrantes. Este apartado es, entonces, un recorrido por las experiencias que constituyen algo que propongo como una suerte de exordio migratorio, como se denomina en la literatura a la primera de las cinco partes que conforman el discurso oratorio; en el cual, si bien aún no se entra en la materia a tratar, se justifica lo que se dirá en el resto del discurso y se procura disponer el ánimo del público a escucharlo con atención y a sumergirse dentro del sentido que el orador propone (Munguía, 2004). Retomo esta noción porque en parte fue la descripción de toda la trayectoria previa a la migración la que me preparó para entender el viaje a Italia, en el sentido que las maricas me lo proponían, y porque la intención de este capítulo es preparar la explicación de la migración dentro de ese mismo derrotero.

El exordio en este capítulo constituye, entonces, un tiempo que antecede y es indisoluble a lo que dentro del análisis de los procesos migratorios se conoce como preludeo remoto –en el cual se construyen los imaginarios y expectativas frente a la migración, aun cuando las posibilidades de emigrar se consideran lejanas– (Gómez, 2008, p. 18). En este sentido el exordio, como lo propongo, está más cerca de considerar la invitación que Sayad (2010; 1999) hace de integrar en el estudio de los fenómenos migratorios las condiciones de origen de los emigrados, procurando evitar así una visión parcial y etnocéntrica. En palabras de Sayad (2010): “Únicamente las trayectorias emigrantes reconstituidas íntegramente pueden dar cuenta del sistema completo de determinaciones que, habiendo actuado antes de la emigración y siguiendo actuando, con una forma modificada durante la inmigración, han llevado al emigrado a la actual situación” (p. 57).

En este sentido, abordo las trayectorias de vida de las entrevistadas, antes de su emigración a Italia, a partir de la aproximación biográfica a los relatos de vida de tres de ellas: La Cinderella, Martha y Lucy. Puesto que cada historia está construida en una red de relaciones con lógicas y dinámicas

particulares en las que cobró sentido la migración, realizo un sobrevuelo por algunas de las características que permitirán apreciar la posición que las travestis ocupaban en su grupo de origen (condiciones de trabajo, hábitat, migraciones internas, origen social) antes de la migración internacional. De esta manera, sitúo los tránsitos corporales y geográficos en tres momentos que anteceden y estructuran la posibilidad –necesidad– de emigrar: el séxodo de la familia de origen, la migración interna dentro de la cartografía sexualizada de Colombia y el desplazamiento en Bogotá en medio de normas, bolillo y las ganas de partir.

2.1. Pueblo chiquito es infierno grande: Las redes de vigilancia local

La Cinderella guardaba un recuerdo muy feliz de su infancia cuando tumbado al sol como Carlos Armando, al lado del río Meta, esperaba a los pollos³⁶ que, como ella, se volaban de la escuela «para llegar al río a bañarse, a jugar, a tocarse». Aunque eran felices, me expresó, «pueblo chiquito es infierno grande», así que un día el papá cansado de que le dijeran: «Don Ernesto es que su hijo es como raro» vendió la casa en Orocué-Casanare, donde La Cinderella había nacido. Su «ir y venir de un lado al otro» comenzó cuando toda la familia se desplazó a Puerto Gaitán-Meta; en ese destino ella afirma se le terminó la infancia, cuando la hermana le «descubrió propiamente» y «empezó la tragedia», pues se dieron cuenta de que ya nadie podría «enderezar» su deseo que desafiaba la heterosexualidad desde su estatura de los ocho años. Entonces ahora, La Cinderella con cuarenta y cinco años, tras dos años de haber regresado de Italia, me explicaba que su historia era muy triste porque ella había «dañado» la familia y aunque tuvo que trabajar desde los ocho años, cuidar a sus dos hermanos menores y «darles hasta para el mercadito», en su infancia todos le «hacían la guerra» y le decían que la mataban; «que preferían mejor matarme, que yo no existiera», expresaba.

A los doce años La Cinderella se desplazó de Puerto Gaitán para Villavicencio-Meta con Esperanza, «La Puta», a la zona de trabajo sexual. Esperanza era la amiga con la que inventaban en Puerto Gaitán «el drama de ser novios para calmar a la gente» que se intranquilizaba con el homoerotismo; sin embargo, Esperanza realmente era quien la maquillaba y le guardaba los vestidos con los que salía a escondidas cada noche. La Cinderella dejó atrás su familia de origen a los doce años para poder hormonarse, dejarse crecer el pelo y las «peloticas de los senos». Cuando años después volvió a ver a su madre «iba más marica» y esta ya no le dijo nada «porque ¿ya qué?, ¿qué podía hacer?, ya estaba más grande».

³⁶ Este término dentro del argot de las travestis hace referencia a las personas que son muy jóvenes o que tienen poca experiencia en relación con algo: es en el primer sentido que La Cinderella lo menciona aquí.

Los rumores sobre *el hijo raro* también le llegaron a Raquel, la mamá de Martha, a quien las amigas le decían: « ¡ay doña Raquel!, su hijo parece una mujer». Aunque Martha asumió su tránsito como travesti a los diecinueve años, tras la insistente sugerencia de varias maricas veteranas que al verle le gritaban: « ¡ay!, usted tan bonito, ¿por qué no se viste de mujer? usted queda bien, con ese pelo tan divino». Ella ahora, desde sus cincuenta y cuatro años, resignificaba toda su vida a la luz de su experiencia travesti y recordaba ciertas características, que aunque pueden estar presentes en las experiencias de cualquier persona, para ella eran una prueba fehaciente de una suerte de “feminidad connatural” que la habitaba desde siempre: «me gustaba hacer el oficio, no salía así con chicas ni nada sino con amiguitas, no me gustaba el fútbol y esas cosas, y a mí me molestaban mucho en la escuela», me decía.

A los diecisiete años Martha se fue de casa a vivir con un amigo llamado Dulio «un muchacho gay, un muchacho serio» quien, esta manifestaba, «tenía más cosas de varón» en comparación con ella. Partió en el momento en que los vecinos le empezaron a gritar a sus hermanos: «ahí van con ese... En ese tiempo se decía marica», el mismo período en que sus parientes dejaron de salir con ella a la calle y en el que ella vio a través de las paredes de tela que dividían los cuartos de la casa familiar, translucirse el rechazo y la necesidad de marcharse.

Martha trabajó de mesero durante dos años cuando aún era un *gay serio*³⁷ y aunque siempre esquivó el trabajo sexual, a los diecinueve años, junto con Dulio y otros *pirobos*³⁸, comenzó a ejercerlo en el Centro de Bogotá, en el *Terraza Pasteur*³⁹, los viernes y los sábados, hasta el día que Dulio dejó la capital y ella decidió trasladarse a la zona de las travestis para empezar a usar senos postizos y el pelo largo. A diferencia de mis otras entrevistadas, Martha nunca se desplazó por fuera de Bogotá, la ciudad en la que nació; sin embargo, ella aseguraba que «para tener que andar desplazándose de un lado al otro no había ni que salir de Bogotá». Se quedó en la capital hasta el día que Dulio, el que tenía «más cosas de varón» que ella, volvió irreconocible a buscarla «hecha toda una marica» y le dijo: «es que usted no sabe que yo me fui para Italia (...) pero allá si me tocó lo que usted está haciendo acá», es decir, trabajar como travesti. Gracias a Dulio hecho «toda una marica», Martha pudo emprender también, más adelante, su emigración a Italia.

Lucy, por su parte, migró por primera vez a los dieciséis años dentro de Colombia, cuando partió de su lugar de origen porque la madre le dijo que prefería no volverla a ver a que ella «con su maricada

³⁷ Sujetos homoeróticamente inclinados que guardan una performatividad masculina.

³⁸ Los *pirobos*, de acuerdo con García (1999) son niños y jóvenes masculinos de estratos bajos que mantienen intercambios sexo-afectivos con hombres generalmente mayores que ellos, por dinero.

³⁹ El Centro Comercial Terraza Pasteur, ubicado en la zona céntrica de Bogotá era una de las principales zonas de trabajo sexual de *pirobos*.

deshonrara la raza»⁴⁰, pues en Barranquilla, explicaba, «si el homosexualismo está dentro de la casa está totalmente rechazado; que lo sea el vecino, que lo sea el amigo, pero que no lo sea el hermano» y todos sus hermanos, *costeños*⁴¹ y mulatos, como ella, decían sobre la homosexualidad que «eso era un invento de cachacos». Entonces, a sus cincuenta ocho años, ella recordaba el día en el que comenzó su «trasegar» por la costa atlántica para realizar trabajo sexual, el día en que salió de la casa familiar a donde nunca más volvió «porque eso dejó secuelas sentimentales (...) ya el daño estaba hecho y uno no debe volver adonde uno no puede ser».

Seis años antes de marcharse de casa, Lucy ya había empezado a consumir hormonas escondidas. El inicio de su tránsito corporal tuvo lugar en la época en la que la cruzada por el control de la sexualidad de las mujeres cisgenderistas y su capacidad de reproducción se infiltró en la producción de los cuerpos maricas, de modo que ella afirmaba: «Desde que comenzó la planificación familiar en Colombia eso hace que yo soy travesti, cuarenta y dos años». Para Lucy siempre fue muy importante su transformación corporal, de hecho, parte del relato sobre su adolescencia giró alrededor de su experiencia con los anticonceptivos orales que luego fueron inyectables y conjugados, del precio que tenían, de lo valiosos que eran, de lo costoso que resultaba para una marica pobre en ese tiempo conseguir el dinero para pagarlos y de la insistencia en que yo entendiera que me estaba hablando de hace de más de cuarenta años atrás, cuando yo no había nacido aún; «tu sabes, imagina aquellos tiempos» –me decía– «si es que yo siempre recalco aquellos tiempos porque hemos avanzado, nena yo te estoy hablando de hace cuarenta y dos años ¿si me entiendes? Atrás, cuando las cosas eran... El rechazo era marcado». A pesar de las dificultades económicas de la época, ella siempre logró la suma de dinero necesaria para pagar las hormonas, buscando alcanzar con estas su «propia identidad», sentirse bien y expresar con orgullo: «yo soy de las pioneras, de las transgeneristas pioneras en Colombia del uso de hormonas».

⁴⁰ En la voz de la madre y los hermanos de Lucy se reafirmaba una ideología de la sexualidad negra, construida desde las potencias coloniales durante siglos atrás, la cual ha girado alrededor de una serie de prejuicios y estereotipos, no solamente racistas sino en relación directa con el heterosexismo. Como explica Hill Collins (2005) entre los mitos que los europeos crearon sobre África, había uno argumentado en la ausencia de la homosexualidad entre los negros africanos; si se suponía que estos se encontraban más cerca de la naturaleza, estaban, por eso mismo, protegidos de la considerada “enfermedad blanca” del homoerotismo porque su sexualidad, meramente reproductiva, les inclinaba a una “heterosexualidad natural”. Los supuestos racistas sobre una sexualidad negra heterosexual, promiscua, excesiva, como señala Collins han “blanqueado” la homosexualidad al entender esta como una práctica posible solamente entre “blancos”. Lo anterior complica las posibilidades que tienen las personas LGBT negras de asumir abiertamente su sexualidad como encuentra María Díaz (2006) en Brasil y en Colombia, donde personas negras con experiencias homoeróticas o sexualidades no normativas han denunciado a lo largo de varias décadas ser acusados por su “propia gente” de desertores o “traidores de raza”. Las prácticas sexuales homoeróticas concebidas como prácticas de “blancos”, cuestionan la autenticidad de raza cuando suceden entre personas negras. En palabras de Collins «Either Black people could not be homosexual or those Blacks who were homosexual were not “authentically” Black. [Los Negros no podían ser homosexuales o los negros que eran homosexuales no eran “auténticamente” Negros]» (Hill Collins, 2005, pp. 105-106).

⁴¹ En Colombia se denomina *costeño* o *costeña* a quien ha nacido en la Costa Caribe.

2.2. El séxodo como umbral migratorio

Fue la familia de zona rural o de barrio obrero urbano, socioeconómicamente empobrecida, la que estuvo presente en los discursos de La Cinderella, Martha, Lucy y en la historia de cada una de mis entrevistadas. Fueron estas familias, las escuelas y los barrios o veredas en los que se estaban gestando las nuevas generaciones de trabajadores potencialmente explotables, los escenarios donde la infancia de ellas transcurrió enfrentando ya los primeros ataques correctivos de la heterosexualidad y el binarismo de género. En tales espacios las maricas comenzaron a lidiar con los defensores barriales o provincianos del orden de la diferencia sexual, con los vigilantes cotidianos del dimorfismo del género y el régimen hetero que llegaban hasta ellas en la forma de sus compañeros de clase, profesores, vecinos y parientes. Desde entonces se hizo evidente que su vida íntima y sus cuerpos estarían expuestos a un constante allanamiento y a un viaje entre el anonimato de la calle y la híper-vigilancia de un orden «panóptico» de la sexualidad que, como explica Stanley (2011), está presente en toda la vida de las personas que transgreden el género binario y la heteronormatividad. Con el rumor, el chisme, la habladuría, la burla, el castigo, la censura, la culpa y la expulsión, entre otros, *estas redes de vigilancia* de las comunidades de origen intentaron «enderezar» o castigar el deseo y los cuerpos en los que apenas se asomaba un mariconaje recién inaugurado. Por eso, cuando los rumores sobre el cuerpo «raro», el que «parecía una mujer» y el que desafiaba la norma racial y sexual interna, comenzaron a correr, La Cinderella, Martha y Lucy se abrazaron a su singularidad y también corrieron.

En estos tres casos y en los de otras historias que se reúnen en esta investigación, los primeros años de transformación corporal o el inicio de la vida erótico-afectiva fueron el correlato de las experiencias que giraban en torno a la familia y al lugar de origen como espacios de expulsión o acogida. Aunque no todas vivieron el destierro de su entorno familiar, este fue excepcionalmente un lugar donde las maricas pudieron quedarse y “ser”. Como lo expresaba Lucy el núcleo familiar fue más un paraje, un punto de despegue y fractura, de partida y resquebrajamiento, un ámbito al que algunas aspiraban siempre poder volver, mientras otras lo habrían relegado a algún rincón poco frecuentado de su memoria. En la mayoría de los relatos, la salida de casa se convirtió en el movimiento obligatorio para continuar un viaje corporal y la asunción de una sexualidad por fuera de la fronterización territorial y simbólica de la heterosexualidad obligatoria y el cisgenerismo, proclamada por los parientes. En otra palabras, la partida fue la condición para iniciar un tránsito espacial y corporal a favor de la propia existencia (Vartabedian, 2012) .

Hubo viajes identitarios e itinerarios corporales que se hicieron posibles en las historias de las maricas una vez rompieron los lazos con sus vínculos primordiales, desafiando las posturas que han hecho recaer en estos vínculos la supuesta base de la identidad o la estructura personal. Estos viajes se dieron en medio de las múltiples migraciones internas asociadas a la supervivencia

económica y a la posibilidad de, en términos de La Cinderella, Martha y Lucy, «nacer de nuevo», «empezar una vida nueva».

En los relatos de mis entrevistadas la familia y, en general, las instituciones vinculadas a las comunidades de origen aparecen como un potenciador de *séxodos*; trayendo a colación el lapsus de Reshert, una travesti chilena, quien mientras conversábamos alguna vez sobre su estancia en Colombia me decía, a propósito de la expulsión de travestis de sus familias por sus sexualidades y géneros, que en Chile también era común que muchas de ellas emprendieran la migración para poder asumirse lejos de sus familias, esta explicaba: «uno por su sexo tiene que salir porque las familias no aceptan, entonces esa salida para muchas es un séxodo... perdón, un éxodo». Si bien la primera alusión a este término me vino de Reshert, en la literatura sobre la migración *Séxodo* y *Sexilio* han sido justamente los conceptos utilizados para denominar la migración de personas que se alejan de la heterosexualidad y normatividad del género prescritas, cuya motivación se presume asociada directamente a su sexualidad (Peña, 2010).

Manolo Guzmán (1997) acuñó el término *sexilio* para referirse al «exilio de quienes han tenido que dejar sus países de origen por su orientación sexual» (p. 227)⁴², desde entonces este ha sido utilizado para subrayar la responsabilidad del Estado y otras instituciones, especialmente la familia, en las migraciones emprendidas para escapar de la opresión sexual. En el marco de esta investigación utilicé el término *séxodo* para aludir la salida forzada de un porcentaje numeroso de travestis de sus familias de origen, pero también para dar cuenta de este hecho como un acto radical de resistencia que ellas asumieron a favor de sus existencias. Fue a riesgo de quedar por fuera de la fotografía donde se congregaban los retoños de la reproducción heterosexual y donde se exhibían las mejores poses de las masculinidades y las feminidades del árbol familiar que las maricas decidieron persistir en la construcción de sus performatividades del género y en sus experiencias homoeróticas. Si bien en algunas ocasiones del *séxodo* quedó una sombra llamada culpa o transfobia internalizada, como cuando La Cinderella insistía en que ella había dañado la familia, de este se derivaron también otras configuraciones de lo familiar entre *madres*, *hijas* y amigas travestis, las cuales renegociaron o fisuraron el retrato único de la familia consanguínea.

2.3. La migraciones internas de plaza en plaza

La Cinderella tenía doce años y Lucy dieciséis cuando iniciaron su travesía migratoria dentro de Colombia. En ese entonces no solo atravesaron fronteras familiares y territoriales sino también fronteras etarias; la infancia y la adolescencia, si una vez la hubo, había quedado atrás y se hicieron cargo no solo de sí mismas sino que además algunas, tuvieron que, desde la distancia, hacerse

⁴² La traducción es mía, en el texto original: «A *sexile* is a neologism of mine that refers to the exile of those who have had to leave their nations of origin on account of their sexual orientation» (Guzmán, 1997. p. 227).

cargo de sus familias expulsoras. No eran infantes ni adolescentes porque atravesado el armario de la morada de la sexualidad familiar, estas edades como un supuesto espacio delimitado y seguro, separado de la edad adulta, se les habían escapado y ya nadie pudo reconocerles así, ni siquiera el Estado del que ninguna recibió algún tipo de apoyo o protección⁴³.

Después de la salida del núcleo familiar, los destinos de los desplazamientos para Lucy, Martha y La Cinderella fueron fundamentalmente escenarios en los que se habían configurado *plazas* para la realización del trabajo sexual. En esas zonas estaban, además, otras travestis con más experiencia, con sus saberes empíricos sobre la transformación, con los trucos que tenían para que *las pollas*⁴⁴ recién llegadas se vieran como mujeres. Allí, La Cinderella, Martha, Lucy y mis otras entrevistadas, cada una en su momento, aprendieron que era posible transformarse en lo que querían y además garantizarse el sustento diario, las hormonas semanales y la compañía cómplice de otras travestis con historias similares.

Aún cuando la expulsión de la familia en algunos casos, como el de Lucy, vino acompañada de la inserción inmediata en el trabajo sexual como estrategia de sobrevivencia, no en todas las experiencias se dio este vínculo causal. Como en la historia de Martha, hay, entre mis entrevistadas, quienes al ser expulsadas de casa no se incorporaron a la venta de servicios sexuales de inmediato; hay otras quienes, como La Cinderella, ya antes ofrecían servicios sexuales a cambio de dinero, y están también quienes siendo aceptadas obtuvieron desde la infancia sus ingresos fundamentalmente a través del trabajo sexual. Señalo esto porque explicar la inscripción de travestis en el trabajo sexual basándose en la idea unicausal de la familia como eje expulsor, puede reducir el horizonte analítico sobre un mercado que, como señalan Hurtado (2011) y Arango (2010), se erige en medio de una estructura amplia de desigualdades y relaciones de dominación basadas en el entrecruzamiento del género, la clase, la raza, la etnia, la condición de inmigración y la sexualidad.

⁴³ ¿Qué cuerpo y que sexualidad tenían que exhibir las maricas para ser reconocidas como infantes y reparadas en sus derechos? ¿Lo que algunas de ellas hacían para su manutención o proveer a su familia podía concebirse a esas edades, como pregunta Petherson (2004), como «trabajo, explotación, sexo, abuso, obligación filial, delito, castigo o sacrificio» (p. 137)? ¿Ante el hecho de estar en la calle vendiendo servicios sexuales y, en algunos casos, consumiendo sustancias psicoactivas, las maricas eran inocentes o culpables, dignas de protección o merecedoras de abuso?. De acuerdo con Diana Navarro, abogada y activista trans, El Instituto Colombiano de Bienestar Familiar –ICBF– que sería el ente estatal encargado de garantizar los derechos de niños, niñas y adolescentes en Colombia desde 1968, no había brindado un acompañamiento ni a las familias ni a cada una de las maricas que emprendieron la salida de sus hogares y, con ello, la venta de sus servicios sexuales desde muy temprana edad. En el documental *Cuerpos en Tránsito* realizado por Guillermo Camacho, se escucha decir a Diana: «Muchas de nosotras abandonamos nuestros hogares siendo menores de edad y estando en el ciclo etario de la niñez-adolescencia (...) el Estado no garantiza el derecho de los niños, eso es mentira, eso es una mentira, es una falacia» (Camacho, 2013).

⁴⁴ Término utilizado entre las travestis para denominar a aquellas que están iniciando sus procesos de transformación.

Que la mayoría de maricas expulsadas de su familia hayan terminado trabajando en el mercado del sexo no indica que esta sea la causa fundamental por la cual ha existido el trabajo sexual travesti. Que muchas de las travestis sean en su mayoría trabajadoras sexuales revela a la expulsión familiar como un referente de exclusión aliado y prolongado en otras instituciones y relaciones de dominación, en las cuales la estratificación de los cuerpos y la exclusión sistemática de algunos de estos se reproduce⁴⁵. Además es importante reconocer también a las travestis como agentes sociales que iban tomando decisiones sobre los lugares a los cuales ir y en los cuales permanecer, sobre las formas de obtener ingresos o lo que De la Garza (2000; 2008) denomina las *estrategias de empleo*, aún cuando estas estuvieran restringidas por múltiples condiciones estructurales que cambiaron poco a lo largo de su trayectoria social, antes, durante y después de Italia.

En el caso de las maricas que se insertaron en el trabajo sexual tan pronto fueron expulsadas de sus familias de origen, hubo muchas variables en juego: La Cinderella no terminó la primaria, no sabía leer ni escribir; desde los ocho años tuvo que trabajar para contribuir al ingreso minúsculo de una familia de origen rural sin tierra; fue mesera, tendera y trabajadora doméstica. Antes de partir de casa había ofrecido servicios sexuales a cambio de dinero y sabía que el trabajo sexual le permitía obtener ingresos altos de manera rápida, además, su única amiga cercana, en el municipio en el que vivía con su familia, era Esperanza, «La Puta», con quien comenzó a migrar a varias ciudades por zonas de trabajo sexual donde conoció a varias maricas con las cuales aprendió a hormonarse y a ofrecer servicios sexuales.

Lucy, por su parte, no terminó la básica secundaria; cuando salió de casa ya estaba hormonada y el único espacio que encontró para poder seguir realizando su tránsito y obteniendo el dinero para hacerlo fue el trabajo sexual. En *las plazas* de cada ciudad localizó la compañía de otras maricas quienes, como ella, habían encontrado lejos del núcleo familiar la posibilidad de construir su identidad, aun cuando eso le hubiera implicado cambiar de entorno, de amistades y de modo de vida, porque, como explicaba, ella pasó «de ser un adolescente, hijo de familia, a tomar la prostitución como un medio de vida; entonces eso fue un cambio muy brusco, muy brusco».

Martha, a su vez, cuando se separó de su familia, tras terminar el bachillerato, pasó de vivir en el inquilinato de uno de los barrios obreros al sur de la ciudad, donde su madre pagaba arriendo, a vivir con Dulio, su amigo, en piezas que alquilaban a diario en el Centro de Bogotá. No se hormonó entonces, ni lo hizo después porque no le gustaba, como tampoco le gustaba la calle y el trabajo

⁴⁵ La naturalización de la participación de las travestis en la industria del sexo y la peluquería quita la mirada sobre las pocas oportunidades de promoción y ascenso que tienen para desenvolverse en otras áreas y que convierte estas ocupaciones en *trabajos transfeminizados*, como denominan Prada (2013) aquellas fuentes de generación de ingreso que no solo han sido los principales nichos de ocupación de las travestis sino porque, aparte de estas, ellas no cuentan con otras opciones laborales.

sexual. Sin embargo, con Dulio aprendió a comercializar sus servicios sexuales como *pirobo* hasta el día que prefirió pararse en la zona de oferta sexual de las travestis con unos senos postizos y su cabello largo.

Las travestis no solo encontraron en las zonas a donde se desplazaron el trabajo sexual y el estilismo como fuentes de sobrevivencia, sino que, además, allí hallaron la posibilidad de insertarse en el circuito de circulación de diferentes capitales –culturales, sociales y simbólicos– que les interesaban⁴⁶ (Urrea, 2013, 2014), escapando de las imposiciones sociales de sus contextos de nacimiento. En algunos trabajos, como los de Sepúlveda (1970), de Wills (1979), Callejas (1990), y Trifiró (2003), se ha argumentado también cómo, en la primera y segunda mitad del siglo XX, muchas mujeres cisgeneristas migraron de lugares rurales a Bogotá para realizar trabajo sexual huyendo del control y el autoritarismo de sus figuras paternas para mejorar su posición económica, por el rehúso a matrimonios pactados o la resistencia a asumir maternidades no consentidas⁴⁷. La migración vinculada al trabajo sexual podría entonces ser comprendida en Colombia durante el siglo XX como una estrategia de subjetividades en *séxodo* o *sexilio*; especialmente, aquellas que enfrentaron –y enfrentan– regulaciones inflexibles sobre sus cuerpos y sexualidades.

Sin embargo, que las maricas hayan encontrado en el trabajo sexual uno de los pocos lugares en los cuales obtuvieron un recurso para contribuir al ingreso familiar, acceder a los productos cosméticos, a las hormonas para modificar sus cuerpos, a un techo donde dormir, a viajes por el país, a un espacio en el que además fueran aceptadas por unas pares, a un lugar en el que se sintieran deseadas, reconocidas, admiradas, entre otras, habla de la estrechez de los canales de realización personal que en Colombia había para quienes asumían una construcción de su género y sexualidad no normativa en condiciones de empobrecimiento afrontadas desde temprana edad.

Lucy, La Cinderella, Martha y mis otras entrevistadas hicieron parte de la trayectoria emprendida por sus antecesoras, otras maricas migrantes que se desplazaron constantemente, desde la primera

⁴⁶ Hay quienes dicen haber empezado a ofrecer servicios sexuales por necesidad; así como para acceder a bienes asociados al lujo o para poder financiar estudios universitarios; para huir del control y autoritarismo de sus figuras paternas o con el propósito de conocer lugares lejanos al de nacimiento; para asumir subjetividades y sexualidades negadas en otros espacios, para embellecer sus cuerpos o para sentirse un foco de reconocimiento, admiración, deseabilidad y respeto; lo mismo que para obtener placer, o conocer una pareja erótico-afectiva, entre otras razones (Kulick, 1998; Agnoletti & Sousa, 2013; Vogel, 2009; Vartabedian, 2012). Estos dos últimos elementos son invisibilizados casi siempre en los estudios sobre trabajo sexual, pero muy frecuentes en los relatos de las maricas.

⁴⁷ Trifiró (2003) explica que en los años treinta fenómenos como la reestructuración de la fábrica y la estructura desigual de tenencia de la tierra promovió la masiva migración de mujeres a las ciudades en busca de oportunidades laborales, pues eran los hombres de las familias quienes heredaban las tierras y accedían a las oportunidades laborales, mientras se esperaba que las mujeres “subsistieran” a través del matrimonio. Algunas mujeres de origen rural buscaron ubicarse en las ciudades como trabajadoras sexuales debido a las condiciones de explotación, tratos humillantes, acoso sexual de patrones y compañeros que experimentaban siendo empleadas domesticas.

mitad del siglo XX, entre diferentes ciudades de Colombia o dentro de estas en busca de los proclamados beneficios de los procesos de urbanización, industrialización y anonimato de las ciudades (Sepúlveda, 1970). Ellas también cuentan entre las personas que fueron en algunas ocasiones desplazadas forzosamente desde contextos de violencia política y conflicto armado hacia otros destinos donde tuvieron que reorganizar una vez tras otra toda su vida (Bustamante, 2008; Prada, Herrera, Lozano & Ortiz, 2012). Como otras migrantes, las maricas también integraron las cifras de las trabajadoras con las que se fue forjando lo que Sepúlveda (1970) definió como el desarrollo del trabajo sexual de forma migratoria y simultánea a la concentración de capital y mano de obra principalmente masculina⁴⁸ (Sepúlveda, 1970, p. 13).

Aunque se carece de datos gruesos sobre la magnitud del flujo migratorio de las travestis migrantes y es escasa la investigación sobre el tema⁴⁹, lo que revelaron los distintos relatos de las entrevistadas es que, en los destinos de estas migraciones internas, la presencia y movilidad de sus cuerpos y sus sexualidades estuvo restringida a las zonas específicas en donde se realizaba trabajo sexual. Los cuerpos en tránsito de las maricas hablan entonces de una cartografía colombiana de la sexualidad ilegítima a mediados y finales del siglo XX, la cual fue borrada o se fue formalizando con la reglamentación de las zonas para el trabajo sexual a través de los acuerdos de Consejos Municipales y de las ordenanzas de Asambleas Departamentales antes y después del Código Nacional de Policía de 1970.

Las maricas, a través de sus desplazamientos, destacaron una espacialización de lo urbano y lo rural, organizada en lugares para la circulación de las sexualidades y las corporalidades legítimas, al igual que en otros lugares sexualizados, empobrecidos y delimitados para las sexualidades censuradas, los cuerpos rechazables y las subjetividades segregadas. Las zonas que las travestis señalan en sus relatos como zonas de destino de sus múltiples migraciones internas fueron, la

⁴⁸ De la simultaneidad entre los procesos organización de nichos para el trabajo sexual y el desarrollo de la industrialización en Colombia da cuenta la organización de zonas trabajo sexual en la primera mitad del siglo XX en lugares como La Hoya del río Cauca, segunda arteria fluvial de Colombia; en los puertos del río Magdalena, en la zona minera de Segovia, Zaragoza y Remedios; en las líneas de las carreteras Medellín-Cartagena, Medellín-Turbo y Medellín-Armenia-Manizales; en Barrancabermeja, donde al mismo tiempo que se instalaron pozos petroleros llegaron trabajadoras sexuales, nacionales y europeas –*Las Francesas*–, buscando el dinero de obreros e inmigrantes para solventar los impactos de las crisis económicas y la violencia de las guerras sobre sus vidas (Hoyos, 2002).

⁴⁹ En Colombia el análisis sobre la migración interna se ha abordado desde diferentes aristas para comprender tanto los impactos económicos, políticos, sociales, culturales y las reestructuraciones territoriales que ha tenido el fenómeno durante diferentes épocas, así como la caracterización de la población migrante y las experiencias de sus protagonistas. Sin embargo, las investigaciones sobre la migración de personas con orientaciones sexuales o experiencias de género diversas es un tema apenas emergente. Siguen siendo necesarios estudios reflexivos sobre las dinámicas que las migraciones de personas con sexualidades no normativas han generado en las construcciones de la sexualidad, el género, la raza, etnia y, en general, las estructuras culturales y políticas en el país. Las miradas heterocentradas sobre las experiencias migratorias han omitido las voces de personas con sexualidades no normativas y pocas veces se ha tenido en cuenta cómo estructuras políticas como la heterosexualidad obligatoria dan forma a los procesos de migración, a las estrategias de control de migración y a la construcción de ciudadanía.

mayoría de veces, zonas marginales; las zonas rojas de la moralidad nacional, que se encontraban al margen de la sexualidades lícitas de la heterosexualidad, la reproducción y la monogamia. De esta manera, sus cuerpos destinados a la clandestinidad, a lo semipúblico y a la guetificación fueron el correlato de la constitución de una arquitectura política de las ciudades y la producción de sus ciudadanos bajo unas fronteras tanto de la clase como de la sexualidad y el género.

Algunos estudios han hecho referencia a la presencia de travestis desde los años setenta, principalmente, en las ciudades en las que la consolidación de zonas industriales estuvo acompañada de la constitución de *plazas* para el trabajo sexual. El análisis de Walter Bustamante sobre el homoerotismo y la homofobia en Colombia entre 1936 y 1980, habla sobre las travestis que se encontraban en los sectores de trabajo sexual de Lovaina y Guayaquil de Medellín en los años setenta; Blanca Ovalle, Fabián Martínez y Noelba Correa (1996) en su trabajo *Los Travestis iconoclastas del género* localizan estos mismos barrios en la segunda mitad de la década del noventa como las principales zonas de travestis en Medellín. Por su parte, Francisco Vélez (1986) sitúa a algunas travestis en las avenidas o en algunos sitios de diversión nocturna de Cali, donde se ofrecía trabajo sexual en los años ochenta. Carlos Iván García (1999) señala la presencia de travestis en Bogotá en los años setenta, en algunos bares del Centro y Chapinero. Asimismo, un estudio de Nancy Prada, Susana Herrera, Lina Lozano y Ana Ortiz (2012), a través de los relatos de mujeres trans desplazadas forzosamente, permite identificar también algunas trayectorias de travestis desde municipios afectados por dinámicas concretas del conflicto armado hacia la capital del país a algunas zonas reconocidas por la oferta y la venta de servicios sexuales (pp. 197-244).

Según mis entrevistadas, cuando las travestis habían nacido en zonas rurales o pueblos, generalmente, hacían sus primeros tránsitos hacia ciudades ubicadas cerca de sus lugares de origen, las ciudades más grandes del país: Medellín, Cali y Bogotá u otras ciudades más pequeñas como Manizales, Villavicencio, Pereira Armenia. Algunas plazas de Cali eran La Calle del pecado, la Carrera Octava Norte, La 14 de Calima, Paseo Bolívar y La Ermita; de Medellín, Guayaquil, El palo con el huevo, El edificio Coltejer, Lovaina y la Terminal de Transportes de Villavicencio, al lado del cementerio del Barrio el Porvenir y La salida a Villavicencio hacia Puerto López; de Manizales, el Parque Caldas y el Teatro Manizales; de Pereira, Parque Caldas y Teatro Manizales; así como de Armenia, La Plaza Bolívar.

¿Qué era lo tolerable en esas zonas de tolerancia?, ¿qué cuerpos y qué sexualidades eran tolerables en el espacio público del país antes de finales del siglo XX?, ¿cuáles eran las necesidades urbanas colectivas que se dejaban de satisfacer con la exposición del trabajo sexual y las travestis? Para Sabsay (2011), la delimitación de zonas para el trabajo sexual ha sido una producción que organiza espacialmente un imaginario sociosexual de distribución diferencial de la legitimidad de la

diversidad sexual, esta expresa que «el exilio de las trabajadoras sexuales trans de las calles, y su reclusión imaginaria en un espacio legalmente cercado parecería funcionar como un gesto simbólico mediante el cual garantizar la ‘pureza’ de lo público» (Sabsay, 2011, p.71). Esta moralización de los territorios fue descrita por Navarro y Gil a través de la categoría de “emplazamiento”. En su investigación realizada en el 2009 sobre la situación de las travestis en el Barrio Santa Fe, localidad de los Mártires en Bogotá, se señalaba que uno de los principales problemas que han tenido que sobrellevar las maricas es su manera diferenciada de habitar la ciudad y su confinamiento a este tipo de barrios donde aparentemente todas sus necesidades son satisfechas y de donde algunas nunca han salido. La categoría de emplazamiento espacial sirve entonces para nombrar justamente la territorialización que confina a las maricas a estos espacios marginales, en las fronteras al margen del “sexo bueno” donde se encontraron mucho tiempo antes de la migración internacional y donde la posibilidad de la misma se configuró.

Aunque Martha, Lucy y La Cinderella emprendieron sus desplazamientos con el fin de asumir con libertad y autonomía la construcción de sí mismas, no tuvieron un acceso completamente libre al espacio público –asépticamente definido como el espacio del bien común– sin enfrentar el prejuicio y la violencia dirigida hacia ellas por parte de los cuerpos que se creían los representantes y vigilantes del género coherente y la sexualidad bien regulada. Los relatos de ellas sobre sus destinos en las migraciones internas fueron evidenciado una fronterización de las ciudades y del “espacio público”, a partir de los cuerpos y las sexualidades posibles en estos, con el correspondiente uso de la exclusión y estigmatización para mantener dichas fronteras. Después de las expulsiones del espacio privado de la vida familiar, ellas tuvieron que aprender a vivir con las expulsiones del espacio público del que fueron también excluidas muchas veces; de hecho, Lucy comentaba que ella había conocido maricas que vivían en un hotel y pagaban para que les llevaran allí toda la comida y no dejarse ver, pues «en aquellos tiempos, prácticamente, habían muchas que se metían en la clandestinidad porque no soportaban todo ese rechazo y, muchas, solo se dejaban ver de noche en horas de trabajo».

2.4. Bogotá: entre normas, bolillo y las ganas de migrar

Cuando La Cinderella llegó a Bogotá con veinte años, finalizando los años setenta, su amiga Esperanza tenía pareja y «prefería el marido que no la familia», entonces a la Cinderella le tocó subir cerca a Monserrate y «hacer chocita allá para poder dormir». Durante algunos años, vivió en un chamizo construido por ella misma hasta que la despechada Esperanza la buscó y le pidió que se fueran a vivir juntas a Cinco Huecos, cerca de la *Estación de la Sabana*, donde La Cinderella permaneció quince años seguidos antes de partir para Italia.

Cerca de los años ochenta, con veintidós años, Lucy también llegó a vivir a Bogotá y se asentó en

la misma zona donde Martha y La Cinderella trabajaban. Para La Cinderella y Lucy, la llegada a Bogotá fue un momento significativo dentro de sus trayectorias vitales, trazadas por múltiples recorridos; estancias cortas, estancias largas, partidas y retornos a diferentes ciudades, barrios y viviendas. Los itinerarios por diferentes ciudades de Colombia convergieron en el caso de las tres, y de las otras entrevistadas, en la llegada a Bogotá como un destino donde pasaron varios años, con idas y regresos, hasta el momento de salir para Italia.

Según Martha, un alto porcentaje de las maricas que habitaban las zonas de trabajo sexual de Bogotá en los años ochenta y noventa provenía de otros lugares del país. Bogotá era un destino importante para las maricas que habían nacido o crecido en otros lugares, pues la mayoría de ellas pensaban que allí, en la capital, encontrarían muchas más oportunidades para mejorar sus condiciones de vida y asumir sus identidades entre una población que, ellas imaginaban, podía estar más abierta a ellas que las personas de sus lugares de procedencia. Las tendencias registradas en las estadísticas sobre la configuración del trabajo sexual de mujeres cisgenderistas y pirobos en la capital coincide con que muchas de las travestis del país estuvieran reunidas en las zonas de trabajo sexual en Bogotá. Los censos realizados por la Policía, desde 1924, revelaban que más del 50% de trabajadoras sexuales en Bogotá habían nacido en la provincia, porcentaje que en los años sesenta y setenta se elevó y siguió siendo una tendencia en las siguientes décadas (Sepúlveda, 1970; García 2002; Urrego 2002; Hoyos, 2002). Así mismo, el estudio sobre los pirobos realizado por la Cámara de Comercio de Bogotá (1995) exponía que un 72,8 % de los entrevistados habían nacido en diferentes ciudades del país y el 24,4 % en Bogotá.

Según los relatos de las maricas, cuando ellas llegaron a Bogotá, las zonas de prostitución se ubicaban, durante el día, en el Centro de la ciudad y en Chapinero. En el Centro, en la calle 24 con carrera 4, hasta la 22 con carrera 4; desde la Av. Caracas con calle 23, hasta la Av. Caracas; desde la carrera 13 con calle 23, hasta la carrera 13 con calle 25; al frente del antiguo edificio de Telecom; asimismo, algunas se paraban junto con *pirobos* en la calle 23 con carrera 7.^a y en los bares de la calle 5 con carrera 10, la calle 8 con carrera 10 y la Calle 1.^o con carrera 10. En Chapinero, en la calle 60 con Av. Caracas.

En la noche, en cambio, manifestaban que el trabajo sexual se realizaba al norte de la ciudad, en la calle 72 con Av. Caracas, la calle 77 con Av. Caracas, la calle 77 con carrera 15, la calle 85 con carrera 15 y entre las calles 93 y 100.

Fue en Bogotá, principalmente, donde Lucy, Martha y La Cinderella vivieron y trabajaron durante los años previos a su migración hacia Italia. Allí, el trasfondo de sus experiencias, en lo concerniente al trabajo sexual, estuvieron enmarcadas por un escenario configurado por todo un conjunto de decretos, ordenanzas, resoluciones, normas penales y códigos de policía, cuyo alcance regulatorio,

en algunos casos, se aplicó solo hacia las mujeres quienes eran concebidas como las únicas sujetas involucradas en la oferta de servicios sexuales; del Acuerdo 95 de 1948 –donde se definía la prostitución como «el tráfico que una mujer hace de sí misma»–, se pasó, en 1970, a hablar de «mujer prostituida» en el Código Nacional de Policía y luego con una modificación realizada, en 1971, al Artículo 178 del Código Nacional se incluyó la definición de «persona prostituida».

En Bogotá, la década del setenta se abrió, en lo tocante al trabajo sexual, con una contradicción significativa entre las disposiciones de la normatividad distrital y la normatividad nacional. El Acuerdo 36 de 1962 del Código de Policía del Distrito Especial de Bogotá había ratificado el Acuerdo 95 del Consejo de Bogotá de 1948, con el que se inhabilitaba el funcionamiento en todo el municipio de casas, tiendas, o establecimientos para el trabajo sexual y se prohibía demarcar zonas en lo urbano o lo rural en las que se tolerara su ejercicio. El Acuerdo 36 de 1962 mantuvo la prohibición de los establecimientos de trabajo sexual y ordenó al Estado tomar medidas eficaces para la rehabilitación de personas que se dedicaran a este; sin embargo, estuvo en contradicción hasta 1989, año en que fue derogado, con la expedición del Decreto 1.335 de 1970⁵⁰ del Código Nacional de Policía, puesto que en este último se señalaba que el solo ejercicio de la prostitución no era punible, por lo que ninguna persona podía ser objeto de arresto o sanción por estar realizándolo. Por medio del Código Nacional se consideró, entonces, lícita una actividad que el Código Distrital prohibía a través de la inhabilidad de lugares y zonas para su realización.

Dicha contradicción hizo que, según autores como Romero (1996) y García (2002), la aplicación de la normatividad sobre prostitución tuviera muy poco alcance durante las décadas del setenta y el ochenta, sin embargo, la prohibición de Código Distrital explica, en parte, por qué el trabajo sexual de las maricas era, durante la década de los setenta y los ochenta, realizado principalmente en calle esquivando la normatividad que sancionaba los establecimientos. Más adelante el Código Distrital de Policía de 1989 (Acuerdo 18 de 1989) derogado hasta el año 2003, en correspondencia con el Código Nacional, revalidó la existencia del trabajo sexual y dispuso, a través del Artículo 344, que nadie podría ser «molestado, detenido o capturado, ni su domicilio o alojamiento registrado, so pretexto de ejercicio de la prostitución». En este sentido, aunque las maricas hicieron constantemente alusión a escenas de violencia y abuso policial ejercido sobre ellas en sus zonas de trabajo, no hay nada en la normatividad sobre prostitución en la que el cuerpo policial hubiese podido respaldar los actos a los que sometió, según los relatos de mis entrevistadas y las denuncias realizadas en otros trabajos⁵¹, a travestis y mujeres cisgeneristas.

⁵⁰ Su vigencia es *plena*, es decir que se aplica totalmente, pues no ha habido norma alguna que lo derogue ni limite su aplicación, si bien ha tenido algunas reformas desde su ya casi quincuagenaria aparición en 1970.

⁵¹ Leonor Callejas (1990) también expresa que en sus dos años de trabajo de campo fue informada, en varias ocasiones, sobre detenciones injustificadas a mujeres cisgeneristas por parte de la policía, ella describe situaciones similares a las que fueron sometidas las travestis: «A pesar de que las mujeres tengan sus papeles

No fue, entonces, por el control que hicieran sobre el trabajo sexual los policías, por lo que las maricas, durante más de una década y media, corrieron a esconderse cada vez que los veían. Lucy huía de los policías que la cogían de noche y se la llevaban para la Calera, de quienes la desnudaban mientras iban arrojando cada una de sus prendas por los rastrojos, de los que la llevaban a las afueras de la ciudad y le hacían cumplir «miles de penitencias» para poder dejarla ir a su casa, «sin dinero, golpeada, desnuda». La Cinderella corría de los policías que la arrastraban en las motos, de los perros que le echaban detrás cuando la soltaban llevando los tacones rotos en las manos, de «tener que compartir una celda con veinte, treinta ñeros, desechables que tenían que comernos para podernos dejar soltar». Martha también se escabullía de los policías para que no le «dañaran la espuma del cuerpo», cuando la llevaban al Chorro de Padilla y, mientras le lanzaban baldes de agua a la materia prima de su contingente identidad, le gritaban «vuélvanse hombres hijuepu... ¡Uy no!».

Una respuesta generalizada en todas mis otras entrevistadas cuando les pregunté por qué las arrestaban en los años setenta y ochenta cuando las encontraban en las zonas de trabajo sexual, fue que existía una *Ley de Prendas* con la cual se sancionaba a todo hombre que apareciera en público con prendas femeninas. El hecho, entonces, que ellas estuvieran feminizadas en espacios públicos, explicaba que las arrestaran y las llevaran a la Cárcel Distrital de Bogotá, donde en ocasiones podían permanecer, según ellas, desde 15 días hasta dos o tres meses, según los dispusiera el juez de turno.

Torres y Vázquez (2012) afirman que durante el gobierno del Presidente Misael Eduardo Pastrana Borrero, entre los años 1970 y 1974, «a causa de su ideología conservadora y a la prevalencia de dogmas religiosos católicos, apostólicos y romanos, las conductas consideradas como homosexuales, concretamente el hecho de vestir prendas femeninas fue considerado una contravención» (Torres y Vázquez, 2012, p.23). Según estos autores, «el vestir prendas femeninas por personas de sexo masculino» (Torres y Vázquez, 2012, p. 33) se sancionaba con un arresto temporal en las cárceles municipales, puesto que dicho acto se consideraba contrario a la moral y a las buenas costumbres. Torres y Vázquez (2012) sostienen además que en 1980, a partir de la reforma del código penal de 1936, se vivió la despenalización de la homosexualidad y con ello la derogación de este tipo de contravenciones.

en orden (ficha médica al día y cédula de ciudadanía) las llevan detenidas, les rompen los papeles, las violan (cuatro o cinco policías a la misma mujer) les piden un tipo de prácticas sexuales a las que generalmente no acceden con sus clientes, les quitan el dinero ganado con su trabajo, las golpean e insultan y con cierta frecuencia después de violarlas las dejan tiradas, desnudas, sin papeles y sin dinero, de noche en el Chorro de padilla o en los potreros cercanos a la carrera 30 v debaio de la Alcaldía de los Mártires» (Calleias. 1990).

Sin embargo, en mi búsqueda de la prescripción sancionadora del uso de prendas femeninas, no encontré nunca ni la contravención a la que hacen mención Vázquez y Torres (2012), ni otra parecida que hubiera estado vigente hasta finales de los años ochenta, más allá del período mencionado entre 1970 y 1974, época en la que mis entrevistadas señalan haber sido vulneradas por los más humillantes ataques policiales. Aunque puedo estar ignorado algunas normas jurídicas que efectivamente hayan dispuesto dicha sanción, el desconocimiento generalizado sobre esta por parte de personas expertas a las que consulté (activistas LGBT, abogados y abogadas especializadas e investigadores/investigadoras), su ausencia en los estudios sobre la regulación de la sexualidad en Colombia y su inexistencia en las normatividades nacionales y distritales aplicadas en la época en estudio, tales como el Código Penal y los Códigos de Policía Distrital y Nacional, me llevan a sostener que, lo que se reconoce como una contravención por el uso de prendas femeninas, es la aplicación de otras normas que fueron sobreinterpretadas o aplicadas arbitrariamente por la policía de la época.

El Artículo 44 (Capítulo 7) del Decreto 522 del 27 de marzo de 1971, el cual modificó varios artículos del *Código Nacional de Policía* de 1970, señaló como causa de contravención de la moral pública la ejecución de un hecho “obsceno” «en sitio público o abierto al público», la cual debía ser sancionada con arresto de uno a seis meses. La contravención consideraba “obsceno” un hecho que, sin ser delito, conllevaba un factor “perturbador” de la “convivencia social”. Según Bustamante (1998) este artículo fue el que se utilizó en Medellín para intervenir en los actos de homoerotismo público durante los años setenta⁵² (Bustamante, 1998). Este autor, en su trabajo sobre *Homofobia y Agresiones Verbales: La sanción por transgredir la masculinidad hegemónica. Colombia 1936-1980*, señala que en las cárceles habían sujetos homoeróticamente inclinados que, si bien no estaban allí por desafiar los modelos binarios de la sexualidad, podían ser sometidos a castigos movilizados también por la homofobia; para ejemplificar esto el autor referencia un fragmento extraído del periódico *Sucesos Sensacionales* de 1963 en el cual se utiliza el “escándalo” como elemento justificatorio de la persecución y detención de unas travestis. En el periódico citado se señala que «Aunque las batidas de homosexuales son frecuentes y la mayoría de ellas van a parar a la cárcel por el término de 30 días, cuando se les sorprende usando atuendos femeninos o causando escándalo» (Bustamante, 1998, p.124).

¿Cuáles eran los indicadores que orientaban a la autoridad policial para descubrir un hecho como obsceno, escandaloso o perturbador de la “convivencia social”? Lo que se conoce, según los relatos

⁵² Bustamante en el pie de pagina N°52 de su trabajo un fragmento extraído del periódico *Sucesos Sensacionales* de 1,963 que dice lo siguiente «Aunque las batidas de homosexuales son frecuentes y la mayoría de ellas van a parar a la cárcel por el término de 30 días, cuando se les sorprende usando atuendos femeninos o causando escándalo» y afirma a continuación el autor «Aquí se menciona el escándalo como elemento que iustificaba la persecución y detención» (Bustamante. 1998. p. 124).

de las maricas y algunas alusiones hechas por Bustamante (1998), es que en cada uno de los agentes del orden (civiles y policiales) quedó la determinación de lo que podía concebirse como una ofensa o perturbación al pudor; en palabras del autor: «La posibilidad de determinar el hecho contraventor se pone en manos de los sujetos que presencian los hechos, los cuales tienen una percepción, una sensibilidad, una estética y un orden introyectado que consideran vulnerado en determinados momentos» (Bustamante, 1998, p. 128).

Esta última medida se vinculó con otra que ya llevaba treinta y un años regulando la sexualidad en Colombia: el Código Penal de 1936, que se derogó –en lo legal– hasta 1980. En el Artículo 323 tal código sancionaba como delito el «acceso carnal homosexual»⁵³ y penalizaba con 6 meses a dos años de prisión a los involucrados independientemente de su edad. El Código también sancionaba con uno a tres años de prisión a quien destinara algún espacio para cometer allí prácticas homoeróticas, pena que aumentaba en caso de que la persona implicada extrajera lucro de ello. Aunque en la década del ochenta y la primera mitad de los años noventa el Artículo 323 el Código Penal de 1936 había sido derogado, la sanción a la ejecución de hechos obscenos en un sitio público o abierto al público del Decreto 522 del 27 de marzo de 1971 facultaba a la policía para determinar una conducta como sancionable, proceder al arresto y determinar el tiempo de la sanción.

Cada Marica tenía entonces una versión sobre las razones de su arresto, la cual se argumentaba en el mencionado *uso de prendas femeninas* pero que, en los relatos, se mezclaba en algunas ocasiones con la persecución sobre el trabajo sexual también. Lucy, por ejemplo, lo describe así: «me llegaron a sacar de un almacén porque alguien llamó y dijo que adentro había un marica vestido de mujer comprando algo, llegó el policía y me llevó a la quinta estación, me dejó veinticuatro horas, delito: ser transgenerista». Y aunque Lucy tenía claro qué era lo que estaban los policías concibiendo como delito en su caso, Martha expresaba: «aquí la prostitución era tenaz. No nos podían ver en un restaurante porque donde nos vieran en un restaurante nos sacaba la policía».

⁵³ La consumación del “acceso carnal” era entendido como la penetración del genital masculino en el ano de una persona con la misma genitalidad, es un acto definido por los integrantes de la comisión redactora del Código Penal como una «intromisión viril contra natura», en tanto lo “natural” sería una “intromisión viril” en una vagina. El Artículo en ese sentido, siguiendo a Bustamante (1998), tiene una capacidad performativa para construir el cuerpo y la sexualidad desde una lógica heterosexual y, a mi parecer, para estratificar los cuerpos de acuerdo con sus prácticas sexuales situando en la cima el cuerpo y la sexualidad para la reproducción. El Artículo es también una pedagogía, si se quiere, sobre la sexualidad; enseña qué se debe y qué no se debe hacer con el cuerpo y con los genitales y cuál debe ser el fin de cualquier encuentro sexual (Bustamante, 1998, p. 122).

2.5. Antesala al preludio migratorio

Parte de la estancia de La Cinderella, Martha y Lucy en Bogotá transcurrió, entonces, entre detenciones arbitrarias que restringían su libertad de circulación y movimiento; corriendo del constante patrullaje a su cuerpo, hecho la mitad de hormonas y la mitad de espuma, por parte de los ciudadanos de a pie, los policías, los asesinos a sueldo, los grupos armados legales e ilegales y los vecinos de los barrios del Centro de la Ciudad, especialmente el Santa Fe, quienes en defensa de la moral pública les echaban agua caliente y piedras desde las ventanas.

En Bogotá, Martha y La Cinderella vivieron en piezas alquiladas a diario, en alguna de las residencias de los arrendatarios a los que la gorda moral les dejaba una ranura por la cual meter los pesos que las travestis les podían pagar; a ellas les cobraban más que a las mujeres cisgenderistas, puesto que en el caso de las maricas parte del arriendo consideraba, entre otros costes, los techos en falso a los que tenían que saltar cuando llegaban a sacarlas los policías, “los motorizados”. Lucy, en cambio, a los treinta y tres años se retiró del trabajo sexual en calle y, antes de Italia, estuvo once años trabajando en su peluquería; «aunque la verdad sea dicha», me decía, «yo también a la peluquería le revolvía trabajo sexual porque yo tenía mis amigos que me habían conocido como trabajadora sexual y que me contactaban, y tú sabes que la plata nunca está demás». Lucy, entonces, pagaba una casa con local; en el local tenía la peluquería y en el resto de la casa vivía junto con las peluqueras travestis a quienes les arrendaba.

A Lucy la idea de migrar le vino encarnada en los cuerpos y las historias de *Las Italianas* «y también pues de lo económico con ganas de lo que todas, que vienen que invierten, que la casa, que los carros, que las cuentan en los bancos, que la joyas». Cuando le pregunté por qué decidió viajar a Italia me respondió, sin titubear, que porque allá estaba un grupo numeroso de travestis colombianas y algunas de las que habían regresado contaban varias maravillas: se ganaba en Liras que estaban al triple del peso colombiano, pero además también se cobraba el triple por servicio de lo que se cobraba en Colombia y ella soñaba con las cirugías y la casa para la vejez, también con comprarse los vestidos, el maquillaje y los perfumes, todo eso que afirmaba: «no veía en ninguna niña que fuera dueña de peluquería como lo era [ella] (...) en ese tiempo, en ninguna niña que trabajara aquí [en Colombia de] trabajadora sexual como lo [fue ella] (...) en dicho momento».

A Martha su amigo Dulio la convenció que en Italia podría obtener mejores ingresos. Le prometió que allá le iría muy bien, pues - «aunque se sufre y la vida es muy dura»-, le dijo, «los hombres lo valoran mucho a uno». Ella, como todas mis entrevistadas, sabía que a Italia se iba a realizar trabajo sexual y fue cuando Dulio le contó sobre las ganancias que allí podía obtener y sobre el contacto que podría facilitarle para que pudiera también migrar, que ella aceptó la ayuda sin pensarlo dos veces.

La Cinderella, por su parte, al recibir un segundo impacto de bala en su cuerpo por parte de un civil transfóbico, sintió como una revelación. El primer disparo se lo había propinado, en los años ochenta, un celador que le pidió un servicio sexual cuando ella se alistaba para viajar de una ciudad de Colombia a otra y aunque no estaba trabajando, esa platica era lo del pasaje, lo de la gallina para comer durante el viaje, lo de los pan de bonos para llevarle a las maricas, era dinero de más para gastar. Y con esas ganas se metió dentro del matorral al que el supuesto cliente la llevó y del que ella salió cuando la bala le pasó unos milímetros encima del corazón. Cuando un segundo tiro le atravesó un pie, diez años después, La Cinderella entendió que podía seguir en Colombia y morir en cualquier momento; pero ella soñaba con la posibilidad de llegar lejos, tan lejos como a Italia y tener el dinero suficiente para montar un negocio en Colombia que le permitiera volver y no tener que pararse en ninguna esquina; soñaba también con darse una vuelta por Europa y conocer el Vaticano, que era lo primero en lo que pensaba cuando le mencionaban Italia. Además, había escuchado que los Italianos «las trataban divino» y que eran muy apetecidas, entonces ella creyó que a Italia «llegaba a recoger del palo y listo».

Cuando La Cinderella buscó a La Moncho, la marica a la que ella había ayudado a montar el mejor negocio de Villavicencio, *La Casa de las Reinas*, donde «los coqueros tenían a su disposición ciento veinte putonones, porque eran mujeres putonones», contaba, ella esperaba que el esfuerzo de «cargar timbaos de agua de cinco litros de un caño, pa cocinar, pa bañarse el culo ciento diez mujeres», le dejará algo de lo que la bonanza coquera le estaba dando a todo el mundo. Su propósito era que La Moncho le facilitara el dinero para poder viajar a Italia, así que le dijo: «yo necesito que me hagas un favor, yo me quiero ir». Y aunque La Moncho le respondió que ella no tenía ninguna necesidad de irse –«¿pa Bogotá? ¿pa Armenia? ¿pa Pereira? ¿pa dónde se va?»–, si junto a ella no le faltaba nada. La Cinderella le confirmó que quería irse era para Italia y si bien este le respondió: «¿es que está loca?, ¿usted es que esta güevoniando?, ¿usted, qué es lo que está pensando?, ¿de qué es lo que está hablando?, ¿usted qué sabe de por allá esos países?, ¿por allá de esas otras lenguas?». Ella le insistió: «nunca es tarde Mocho, yo me quiero ir y usted sabe que yo necesito plata y no tengo ni un peso (...) entonces, hágame el favor, me los regala o me los presta».

Aunque Martha, Lucy y La Cinderella no habían dejado de ver los riesgos que suponía migrar y empezar, como muchas veces antes, una nueva vida en un entorno desconocido, podría afirmarse que ellas, como la mayoría de mis entrevistadas, antes de migrar a Italia, ya sabían cómo se sentía dejar atrás un lugar de origen, una familia, unas amistades para hacerse una vida nueva, una y otra vez. En algún sentido, antes de salir para Italia muchas, como ellas, ya le habían perdido el miedo a aquello a lo que la mayoría aún tememos: la separación, el desamor, el maltrato, la miseria, la

soledad y la muerte, de modo que lo que les quedaba era inmigrar una vez más con esa historia que cada una llevaba a cuestas.

3. Preludio migratorio: cuando todos los caminos conducen a Italia

Nosotras que hemos sido excluidas de todo, ¿cómo no íbamos a querer irnos a Italia?. Para la gente adinerada eso puede ser muy normal. Un día puede que ellos digan: «nos vamos» y se van y listo. A los pobres, en cambio, soñar nos cuesta mucho más, la misma infelicidad de no poder hacer muchísimas cosas. Y dígame, ¿a qué pobre no le gusta viajar? salir, conocer otros lugares, darse sus lujos, hacerse un dinerito. Yo, por ejemplo, qué iba a creer que un día iba a estar en Europa. Si yo, por ejemplo, fui la primera en viajar de mi familia y date cuenta que fueron mis amigas, las propias maricas de la calle, las que me brindaron la mano para como dicen... «saltar el charco».

La Japonesa

Transitar de un lugar a otro; atravesar fronteras geográficas, culturales y subjetivas; desplazarse a través de construcciones geopolíticas e imaginarias sobre la nación; experimentar en las relaciones cotidianas, el cuerpo marcado por categorías de clasificación y diferenciación, dentro de las cuales es producido como cierto inmigrante (regular e irregular); inscribirse en una red de intercambios, conexiones y prácticas transfronterizas que trascienden los espacios geográficos y las identidades fijas. Estos elementos están presentes en la experiencia de toda persona migrante; sin embargo, en el caso de las maricas: ¿cómo pensar su desplazamiento por la fronterización territorial y la fronterización imaginaria de lo nacional en su tránsito hacia otras fronteras nacionales?, ¿qué lugar entran a ocupar ellas cuando su tránsito es hacia otros países con sus correspondientes prácticas de control y vigilancia?, ¿por qué se van?, ¿qué esperan encontrar?, ¿cómo se van?, y ¿cómo son “expuestos” sus cuerpos durante el tránsito?

En este capítulo sitúo algunos de los elementos que están presentes en el preludio migratorio de las travestis entrevistadas. Inicialmente, abordo algunas de las razones por las cuales Italia se convirtió en un destino para las colombianas en la década de los noventa, a partir de las redes transnacionales que se fueron tejiendo entre maricas latinoamericanas, a las cuales estas se enlazaron para, a su vez, migrar y tejer sus propias redes. Valiéndome de algunos relatos, en especial el de La Japonesa y el de Yury, expongo cómo la decisión de migrar se tejió, especialmente, a través de *redes narrativas* y *redes de ayuda*; por medio de las cuales circularon

recursos económicos e informativos con los que se fue materializando para muchas el viaje como una posibilidad real. Las redes son presentadas aquí como una estructura social configurada principalmente por travestis, mediante la cual tuvo lugar la comunicación e integración de una serie de saberes, recursos y personas, tanto en Colombia como en Italia. En esas redes se configuraron algunos sueños y algunas promesas y, por las mismas, se tejieron las condiciones para migrar gracias a «las propias maricas de la calle» u otros agentes que, así como a La Japonesa, les brindaron a las maricas emigrantes «la mano para como dicen... “saltar el charco”». Como argumenta Pedone estas redes «se convierte[n] en una fuente de información que otorga una cierta seguridad para impulsar la migración, esta dinámica, en algunos casos, puede llegar a ser más importante que las causas de expulsión» (2006, p. 121).

En la segunda parte, me concentro en el análisis en las políticas migratorias y las normativas de ingreso a Italia; así como en los controles aeroportuarios y las diferentes prácticas a las que son allí sometidos los cuerpos de las maricas. Expongo cómo, a pocas horas de distancia de las fronteras de sus contextos de origen, sobre los cuerpos de las ellas recaen otros ojos vigilantes y prácticas de patrullaje asociadas a la lectura que se hace de estos por su expresión de género, clase y nacionalidad. Una lectura a partir de la cual los cuerpos de las maricas son producidos como cuerpos *peligrosos* y auto percibidos como temerosos, como cuerpos *fuera de lugar*.

3.1. La “conquista” de Italia por las maricas latinoamericanas

Cuerpo fajado con cinta pegante, corsé y calzón prestado, medias de malla, botas de caña alta hechas con una bolsa negra, cabello recién teñido y rostro maquillado con mi ayuda. Así aparece La Japonesa en la foto que guardo del momento en que nos encontramos por primera vez, en 2009, en un Hogar de Paso en Bogotá a donde llegan las personas sin hogar ni recursos para pagar un lugar dónde pasar la noche. Yo hacía parte del *Tacón Rojo*, un proyecto abortado tempranamente, conformado por algunas personas que deseábamos discutir el tema del trabajo sexual de travestis en Bogotá. Ella pertenecía a un grupo de personas desobedientes al régimen heterosexual y al cisgenderismo, quienes ese día se vistieron de oropel y celofán para desfilan su disidencia ante toda la concurrencia del Hogar. Esa vez, como otras, las maricas habían elegido la pasarela y la fiesta para exhibir su existencia y sus resistencias; en el Hogar de las desposeídas, las maricas prendieron el festejo una tarde más y allí estábamos todas celebrando la vida a pesar de todo.

A La Japonesa la volví a ver dos años más tarde en la casa de La Cinderella, otra vez de fiesta, otra vez entre tintes y maquillaje. En ese entonces fue Coqueta quien me advirtió: La Japonesa estuvo con nosotras en Italia. Durante el evento La Japonesa me facilitó su número de teléfono para acordar la entrevista y a los pocos meses nos reencontramos las tres en su domicilio; Coqueta, La Japonesa y yo dentro de un cuarto alquilado, en un edificio esquinero ubicado en una de las zonas de trabajo

sexual de Bogotá. La habitación, de menos de tres metros cuadrados, había reemplazado su antiguo hospedaje en el Hogar de Paso; allí estaba ella con todas sus pertenencias que ocupaban menos de la mitad del espacio: lo máspreciado, me dijo, eran las fotos pegadas en la pared donde posaba sola o con sus amigas, en Colombia, Francia, España, Suiza y en Italia, muy embellecida en todas, fuera de la crisálida y con los brazos extendidos.

Desde sus 49 años actuales, La Japonesa comenzó a narrar, como casi todas lo hicieron, el inicio de sus tránsitos corporales y geográficos desde el *séxodo* familiar. Nació en Girardot y desde los 10 años el relato sobre su vida estaba acompañado de múltiples migraciones internas para vender servicios sexuales en Colombia. En Medellín fue donde se «lanzó como mujer» a los doce años, cuando la «finadita Polanita», le dijo que «tenía carita de mujer» y luego la sacó de la calle para llevarla a un establecimiento de trabajo sexual en Lovaina-Medellín, en donde la escondían cuando llegaba la policía. De Medellín viajó a Cali, donde permaneció quince años; luego se radicó en Girardot, montó una peluquería y, cuando se aburrió, se desplazó hacia Bogotá, donde conoció una ecuatoriana, «la Vicky, que en paz descanse», quien le ofreció toda la ayuda para que a finales de los años ochenta, con 24 años, La Japonesa viajara a París-Francia.

De las once travestis migrantes que entrevisté, La Japonesa fue la única que vivió la migración de travestis colombianas a París en la década del ochenta. París, desde los años setenta, había sido un destino importante para las travestis latinoamericanas, antes de que Italia se convirtiera en el destino principal de aquellas dispuestas a perseguir el *sueño europeo* a través del trabajo sexual transnacional⁵⁴. Fue en París y en las *plazas* que las travestis brasileñas abrieron en los ochenta, en Pigalle y Bois de Boulogne, donde se encuentran los eslabones que comenzaron a configurar algunas de las redes transnacionales a las que las travestis colombianas se enlazaron para, a su vez, migrar y tejer sus propias redes durante los años noventa.

La migración de las travestis brasileñas a Francia, específicamente a París, es situada por Don Kulick (1998) y Julieta Vartabedian (2012) a finales de los años setenta. Según Vartabedian, las travestis brasileñas llegaron al país europeo como bailarinas de las casas cabaret de alto nivel, *Madame Arthur* y *Carrousel de París de Monsieur Marcel*, donde antes habían trabajado celebres transexuales europeas. Estas casas habían sido las escuelas donde las travestis fueron feminizando sus cuerpos de una manera cada vez más radical; las espumas y los *tramoyos* dieron paso, en estos escenarios, a la ingesta de hormonas y a las transformaciones corporales cada vez más permanentes con el acceso a modelantes estéticos e implantes. Mientras en sus lugares de origen asumir una apariencia feminizada era motivo de sanción y violencia, en París las brasileñas

⁵⁴ Caracterizado, según Pelúcio (2011), por situarse en varios lugares nacionales conectados por medios de comunicación. flujo de personas, bienes y significados.

cantaron y bailaron frente a un aburguesado público europeo que aplaudió la ambigüedad de los cuerpos de esas primeras *vedettes hormonadas*⁵⁵ (Vartabedian, 2012, p. 276).

La admiración y el respeto que las travestis pioneras en París recibieron en estos shows, aún es recordado como parte de las razones que motivaron a varias travestis brasileras, y de otras nacionalidades, a migrar a dicho destino durante los años subsiguientes. Sin embargo, fueron muchas las maricas que migraron y pocos los espacios a los que estas se pudieron integrar como artistas. Las travestis brasileras, que al principio no se pudieron vincular a ninguna casa de shows, pronto comenzaron a deambular por las calles parisinas ofreciendo sus servicios sexoafectivos. Como Vartabedian (2012) señala, rápidamente el negocio del sexo se volvió lucrativo para ellas y al regresar a Brasil exhibiendo los símbolos de su “éxito” económico: joyas, vestimenta, “feminidad” y “glamour”, se convirtieron en los referentes que marcaron el inicio de una oleada migratoria de travestis dispuestas a ocuparse en el inaugurado mercado sexual francés.

Entre las maricas que migraron en los años ochenta a París y que fueron importantes para impulsar el ciclo migratorio de colombianas a Europa estuvieron también las ecuatorianas, quienes, según mis entrevistadas, llegaron a Colombia, entre finales de la década de los ochenta e inicios de los años noventa, a realizar trabajo sexual. La Vicky, amiga de La Japonesa, fue una de esas ecuatorianas que aterrizaron en el país y que en algún momento migraron a París. Estas se convirtieron en las impulsoras del viaje de algunas colombianas. Divulgaron en el contexto local que «París era divino, que se conseguía mucho dinero», como decía La Japonesa, de modo que unas cuantas colombianas, como ella, se decidieron a migrar.

En la década de los años ochenta, cuando las expulsiones por visados obligaron a muchas travestis brasileras indocumentadas a abandonar las ciudades francesas⁵⁶ donde se habían establecido para realizar trabajo sexual, Italia se esbozó como el nuevo destino. La migración y el trabajo sexual se había extendido en el universo de las travestis como una estrategia para la obtención de ingresos y para escapar de países que como Colombia, además de experimentar problemas económicos, políticos y sociales, les ofrecían pocas posibilidades de realización personal. En 1987, tiempo en el

⁵⁵ A finales de los años sesenta, los cuerpos de las brasileñas aún no estaban transformados y feminizados como ya lo estaban en los años noventa en Italia; para esa época, en Brasil, no se contaba aún con las técnicas quirúrgicas de feminización y, al igual que en Colombia, las travestis no podían permanecer las 24 horas bajo una apariencia femenina en los espacios públicos sin ser reprimidas. Aunque habían quienes, vinculadas al teatro y al transformismo, ya habían tenido acceso a la ingesta de hormonas; la mayoría recurría a las pelucas, la indumentaria y la espuma para feminizar temporalmente su cuerpo (Vartabedian, 2012).

⁵⁶ A lo largo de la década de los ochenta, desde la promulgación de la Ley Bonnet 80-9 (loi Bonnet) que modificaba por primera vez la ordenanza del 2 de noviembre de 1945, la cual regia las condiciones de entrada y residencia de extranjeros en Francia, se establecen en este país normativas más estrictas para la prevención de la inmigración ilegal y la deportación de quienes se encontraban de manera irregular dentro del territorio. Esto, sumado a la puesta del sistema Schengen a finales de los años ochenta, constituyó un período de rediseño de los mecanismos nacionales y supranacionales de control de las fronteras en Francia. Don Kulick (1998) subraya, además, que en 1982 el gobierno francés impuso restricciones de visado a los brasileros.

que La Japonesa migró a Francia con 24 años, Italia ya se estaba consolidando como un nuevo destino migratorio para las travestis, quienes reconocían a las brasileñas la proeza de haber abierto las puertas de Europa a las maricas latinoamericanas. En palabras de La Japonesa: «las *brasilianas* habían hecho una historia en París, ellas habían abierto la plaza y le habían mostrado al mundo que existíamos, aunque ya no quedaban tantas, como se decía que habían hacía unos años, porque ya varias se estaban yendo para Italia noventa que era el otro destino de la época».

En los años noventa, lo que había sido París en sus mejores años para las travestis brasileñas, lo empezó a ser Italia para las travestis latinoamericanas en general y las colombianas en particular⁵⁷. En la memoria de las travestis colombianas, las brasileñas son celebradas como las precursoras de las cadenas migratorias y como las pioneras en la apertura del mercado sexual transnacional de travestis en Europa, como se puede constatar en la siguiente conversación que mantuve con Juan Andrés y Coqueta:

Mary: ¿Por qué se iban a Italia?

Juan Andrés: Primero, porque en Italia ya había un reconocimiento trans porque la primera que viajó a Italia fue una brasileña, para esa época, y fue famosísima porque empezó a trabajar en cabarets, no prostituyéndose sino en cabarets haciendo revistas musicales, ¿sí? Fue tan famosa que empezaron a buscar más, entre eso a colombianas y se las empezaron a llevar.

Mary: ¿Y era gente que se las llevaba?

Coqueta: Sí, inicialmente era gente que se las llevaba. Ya después fue el bum de la prostitución de las chicas trans porque la plaza, realmente que se sepa, la plaza la abrieron, si no estoy mal, fueron las brasileñas; ya después fueron llegando las colombianas, las ecuatorianas, las peruanas, las venezolanas. Me atrevo a decir que las últimas en llegar allá fueron las filipinas, porque ellas en su país son tratadas como mujeres y se prostituyen allá pero es legal la prostitución.

3.2. La obsesión migratoria: el mito del migrante triunfador en la decisión de partir

Desde que las travestis colombianas –*Las Italianas*– comenzaron a migrar a Europa a inicios de los años noventa, la migración impactó no solo las vidas de las inmigrantes sino la de aquellas que se mantuvieron en los contextos de partida. El efecto de ver que otras travestis con trayectorias de

⁵⁷ El informe de TAMPEP (*European Network for HIV/STI Prevention and Health Promotion among Migrant Sex Workers*) de 1996 redactado en lo que concierne a Italia por las activistas Silvia Corve y Carla Corso destaca la presencia de travestis y transexuales, quienes, según se señala allí, se habían abierto las compuertas de la emigración sin cadenas (Corve y Corso, 1996, p. 85).

discriminación, pobreza, desescolarización, marginalización laboral, entre otras, pudieran acceder a una casa propia, portar los ideales de belleza deseados por la mayoría, obtener más ingresos, ser admiradas por sus pares y quizá aceptadas por sus familias, contribuyó a forjar una serie de aspiraciones que parecían no poder lograrse sino a través del viaje. La migración se proyectaba como una necesidad –obsesiva si se quiere– que se debía satisfacer a toda costa para lograr el ascenso social, el disfrute y la aceptación, pues la vida actual (antes de la migración), vista a la luz de esos ideales, se veía limitada y sin posibilidades de un mejor futuro.

Como explica Walmsley (2001), el impacto de la migración internacional en las comunidades de origen puede generar la creación de un ambiente sociocultural acompañado de la aparición de varios «mitos migratorios», sobre los cuales se teje, lo que el autor denomina, un «síndrome migratorio» o, lo que Kibreab (2007) identificaba como, una «poderosa obsesión por migrar». Esto último hace referencia a ese conjunto de signos o síntomas relacionados con el deseo de migrar que se presentan en la población autóctona ante los logros reales o aparentes de los y las migrantes. Los mitos que se producen en las conversaciones cotidianas entre migrantes retornados, familiares y amistades son la fuente de esa especie de *síndrome migratorio*, el cual puede explicar el aumento del éxodo, más allá de las diferencias de ingreso o estatus en el país de origen en relación con el destino (Walmsley, 2001).

Uno de los mitos que contribuyen a generar este «síndrome» es identificado por Acosta, López y Villamar (2006) como el «mito del emigrante triunfador», el cual está basado en un imaginario social que consiste en la idea que el emigrante «automáticamente encuentra trabajo en el exterior, accediendo a un trabajo superior al doméstico. Asimismo, supone que el proceso de socialización, adaptación e integración es inmediato. De hecho, es raro que un emigrante acepté que atraviesa problemas, aun cuando así sea» (Acosta, López y Villamar, 2006, p. 83). El mito se crea y se sostiene en un patrón de comunicación, en el que los problemas asociados a la estancia se atenúan y, en cambio, otras cuestiones ligadas a la oportunidad de conocer nuevos lugares, costumbres diferentes y de obtener mayores ingresos se exaltan (Reist y Riaño, 2008). La experiencia migratoria, contada desde lo grato a expensas de las historias de frustración, decepción y discriminación, reproduce el mito en los contextos de origen y, con esto, el deseo de migrar. Como señala Acosta: «el sueño por llegar a algún paraíso impulsa las emigraciones, estos flujos alimentan a su vez, en las mentes de los “que se quedan”, el sueño que cobra mayor fuerza como impulsor de la emigración» (Acosta, 2006, p.16).

Debido al *síndrome migratorio* generado en los contextos de las travestis con la llegada de *Las Italianas* a Colombia, las que no habían migrado adquirieron la visión de una vida posible para las maricas, alejada de los problemas sociales del país, la abyección y su precariedad económica y social. Los mitos en torno a lo económico, pero también, en relación con cuestiones como el

reconocimiento y el respeto, alimentaron su ilusión sobre lo que podían ellas obtener en Italia y conseguir para su futuro, esto fue fundamental en la toma de su decisión. Lo imaginado se constituyó dentro de un universo simbólico en el que, según me decía La Japonesa, «uno se imaginaba todo lo lindo, todo lo bello para uno. La marica con todas sus cositas como la Barbie».

De París, La Japonesa se había imaginado volviendo con el dinero suficiente para comprar una casa; sin embargo, esto no ocurrió y en 1997, a su 34 años, esta imagen volvió a revivir cuando una amiga travesti que realizaba trabajo sexual en Italia le envió el dinero para los pasajes y los trámites del viaje y le dijo: «usted ya sabe cómo es. En Italia nos va mejor, eso se lo aseguro o míreme a mí que pude comprar el apartamentico para mis viejos». Y si bien, La Japonesa ya había tenido una migración a Europa, siempre realizó trabajo sexual y seguía soñando con la posibilidad de migrar.

No todas mis entrevistadas partieron de estas mismas condiciones. Yury, quien nació en Buenaventura pero su familia migró a los pocos meses de su nacimiento a Bogotá, no tenía una amplia experiencia migratoria en el país, pues siempre había vivido con su familia y obtenido ingresos de la peluquería adonde llegaban las maricas que ya habían migrado a contar sus experiencias sobre el extranjero. Ella había visto «que todas las maricas llegaban de viajar y todas llegaban pues con mucha plata»; entonces, imaginó que migrando podría brindarle una casa a su familia, donde siempre la habían apoyado en su feminización desde la infancia. Hasta 1998, cuando Yury decidió migrar a Italia con 24 años, muy pocas veces había realizado trabajo sexual, no le gustaba, pero sabía que allá esa iba a ser su principal fuente de ingreso, de modo que un día lo decidió: «me arriesgo todo», en la prostitución uno siempre va a estar propenso a que le pasen cosas, chascos, entonces, yo decía: “pues yo me arriesgo por mi familia, porque yo le quiero comprar una casa a mi mamá”.

Varias de las motivaciones que configuraron la decisión de migrar, de las maricas entrevistadas, se produjeron dentro de una suerte de *redes narrativas*⁵⁸ que fueron tejidas, entre las travestis retornadas, las inmigrantes en Italia y las no migrantes, alrededor de unas representaciones sociales dominantes sobre el éxito de la migración; estas *redes narrativas* hablaban y prometían sueños cumplidos, constituyendo un relato dominante. Para la segunda década del noventa, todas las maricas entrevistadas habían escuchado algo sobre Italia y *Las Italianas*; aunque algunas solo las habían visto y admirado, otras tenían un vínculo cercano con estas y ayudaron a reproducir sus historias ciertas o adornadas. Además, estas narrativas iban acompañadas de la exhibición de

⁵⁸ Yolanda Puyana (comunicación personal, 10 de junio, 2014) utilizó esta expresión en una sesión de la dirección de tesis para hacer referencia a las historias que los migrantes y no migrantes van tejiendo sobre las experiencias ligadas a la migración. Cabe señalar que, en el marco de este trabajo, las redes son entendidas como una urdimbre de vínculos de amistad, parentesco y otras relaciones que conectan a los no migrantes, a los que permanecen en el país de destino y a los que retornaron en su área de origen y de destino. Estas redes son dinámicas y se transforman según la época, el contexto y los actores en cuestión.

algunas materializaciones del “éxito migratorio” alcanzado por las retornadas. Aun cuando la migración hubiese sido un proceso difícil, muchas de *Las Italianas*, antes de volver al país, se habían equipado con los símbolos para sostener el *mito de la migración triunfante*: ropa de diseño, joyas, productos de belleza, cuerpos moldeados por silicón líquido y prótesis de silicona, rinoplastia y la compra de algunos bienes e inmuebles, como la casa o el apartamento soñado por todas.

A la pregunta por aquello que las motivó a migrar, muchas de las travestis que entrevisté iniciaban su respuesta diciendo: «yo había escuchado», «yo había visto», «me habían contado». Martha expresaba que de Italia ella «veía que traían mucha plata, que la gente lo valoraba mucho a uno. Porque uno oye el runrún de que lo valoran mucho a uno». Lucy también recordaba que su idea de migrar apareció como algo que se apoderó de ella: «el bichito de que mis compañeras iban que venían, que hablaban maravillas, que esto y lo otro». Coqueta, por su parte, manifestaba que ella «veía los cuerpos, la ropa, la elegancia y pues decía: tan regias *Las italianas*, yo quiero también largarme».

La producción de los significados sobre la migración se soportó, entonces, en las historias forjadas por las migrantes retornadas o por las amigas de las inmigrantes, las fotografías y todos los símbolos con los cuales se afianzó poco a poco un mito: que toda marica que viajara hacia Italia a realizar trabajo sexual lograría, a través de esto, una vida mejor en contraste con su vida en Colombia; que cada migrante podría en Italia *hacerse* un cuerpo soñado; que Italia era [configurado desde relaciones coloniales históricas] desarrollo, progreso, “cultura”, elegancia, belleza y riqueza, en contraste con un país sumergido en la crisis, la violencia y la pobreza; que, además, el viaje les permitiría estar lejos de quienes en su país de origen las habían humillado y a quienes ellas después podrían alardear, como bien lo expresaba La Japonesa, «la única, mami, que había salido del país era yo y ellos [refiriéndose a sus parientes] tenían que ver que, con toda la guerra que me hicieron, yo ahora había ido más lejos».

Aunque las representaciones sobre la vida en Italia fueron resignificadas por cada una a la luz de su propia experiencia migratoria; inicialmente, las historias o mitos triunfantes que circularon en el contexto local, fueron fundamentales para gestar en muchas la decisión de migrar buscando alcanzar objetivos parecidos a los que las otras expresaban haber logrado a través de la migración. En ese momento, como describía Yury, «uno no se va a poner a pensar que le puede ir mal, uno en lo que piensa es en todas las cosas que puede lograr allá que aquí no puede». A pesar de que, como La Cinderella, luego pudieran afirmar: «es que uno allá se mata mucho, no es como yo creía que uno llega a recoger del palo y salió, no, uno tiene que comer mierda». O como Lucy que se dio cuenta de «que el tigre no era como lo pintaban sino que era diferente, era feroz».

La motivación de migrar no estuvo solamente argumentada en un cálculo racional sobre los costos-beneficios que a nivel económico podían derivarse del desplazamiento, sino que se encontró configurada en un entrecruce de factores sociales, culturales y relacionales en que los imaginarios o las representaciones sobre el éxito en Italia cobraron un significado personal a la luz de cada trayectoria social. Entre las aspiraciones de cada una de ellas estaba dejar atrás la discriminación de una cultura transfóbica; huir de la violencia, las torturas y las amenazas por parte de grupos al margen de la ley; escapar tanto de la violencia estatal como de la explotación y el maltrato de parejas erótico afectivas; salir de la pobreza; montar un negocio; dejar en algún momento el trabajo sexual como fuente primaria de ingreso; ser deseada en otro país; “Hacerse el cuerpo” en Italia y llegar a Colombia regia como lo habían hecho *Las italianas*; conocer Europa y, por ello, ser admirada entre las travestis y aceptada por la familia; comprar ropa de diseño, zapatos, perfumes, joyas y cosas inaccesibles para una travesti de esquina en Colombia; conocer personas de diferentes países, distintas comidas, diversidad de paisajes; aprender otros idiomas, otras formas de vivir y maneras múltiples de ver las cosas; y, sin excepción alguna entre mis entrevistadas, poder comprarse una casa para sí al retorno y comprarle una casa a la mamá. En esto último me interesa hacer énfasis por la frecuencia y generalidad que tuvo en cada una de las entrevistas que realicé.

Poder conseguir los ingresos para comprar una casa fue fundamental en la decisión de todas mis entrevistadas. Antes de la migración, ninguna de ellas tenía casa propia, algunas vivían solas o compartían cuartos alquilados por noche, por semanas o por meses, solo en dos casos las maricas vivían con sus familias, pero también en arriendo. Como se describió en el capítulo dos, la mayoría de ellas tuvo que dejar su casa en la infancia-adolescencia; el *séxodo* propiciado por las familias condujo a la mayoría a asumir la construcción de su identidad en la experiencia de migraciones constantes. Hacer “casa” en distintos lugares y en ninguno, en medio de los desplazamientos por diferentes ciudades y dentro de las ciudades mismas fue común en casi todas las historias que constituyen el antes (durante y el después) de la migración internacional. Fueron tantos lugares en los que vivieron, incluso las que estuvieron la mayor parte de su trayectoria en Bogotá, que, sin sentirlos como propios, algunos se perdieron en sus recuerdos. Los destinos múltiples de las travestis antes de la migración fueron destinos contruidos en medio de una suerte de errancia sexual; partir de donde eran expulsadas, partir para encontrar nuevas *plazas* de trabajo sexual y vivir partiendo, porque para algunas no había un lugar específico adónde llegar. Como me lo dejó claro La Cinderella desde nuestro primer encuentro:

Cuando yo miro para atrás, pienso en todos esos viajes, en todos esos lugares de los que tuve que salir por una cosa o por otra, y vea que siempre tuve la misma sensación, no sé, como esa cosita de no ser de ahí, ¿si me entiende? Como que uno siente que si está ahí es porque alguien le está haciendo un favor. Yo siempre andaba como con esa pregunta, con eso de ¿será que puedo estar aquí?. como con esa angustia de que en cualquier momento

le van a decir a uno que se vaya ¿si me entiende? Usted sabe, como que todo el mundo tiene sus vidas pegadas a algo, como que tienen algo, un lugar, cualquier cosa y uno... ¿Sabe que llega un momento en que ya ni le importa? Entonces, estar aquí o en la puta mierda es la misma vaina. Yo sé que perdí la raíz, en el momento en que me torcí la raíz se quedó en alguna parte, pero yo me fui.

¿A dónde iban La Cinderella y todas las otras que fueron expulsadas para recobrar algún sentido de pertenencia o de raíz? Si bien muchas de ellas hacen de sus múltiples experiencias migratorias formas de pensar la vida sin hogar, la mayoría no experimenta precisamente la “conciencia” nómada que reivindica Rossi Braidotti (2000). Existe una gran diferencia entre quien elige un estilo de vida o un pensamiento nómada haciendo del mundo su casa y quien elige irse de casa (o es expulsado de esta) para defender la propia existencia, lo que Angelly, una de mis entrevistadas, expresaba diciendo: «Cuando uno vive de trastear, trastear y trastear, con el video que es conseguir alguien que le arriende a uno, uno sabe lo que significa tener una casa, algo propio, de donde nadie la vaya a sacar». Lo anterior concuerda con la crítica que Sarah Ahmed (2000) hace a Braidotti, con la cual coincido, pues el sujeto nómada de esta última puede que no sea alguien transgresor sino un sujeto privilegiado, en palabras de Ahmed:

Lo que se ofrece aquí [en la propuesta de Rossi Braidotti] es una narración liberal de un sujeto que tiene autonomía y es libre de elegir, incluso si lo que elige es el rechazo de un tipo de subjetividad que podríamos reconocer como clásicamente liberal. El sujeto que ha elegido estar sin hogar, mas que estar sin hogar debido a la contingencia de las circunstancias externas, es sin duda un sujeto que es privilegiado, y para quien tener o no tener un hogar no afecta a su capacidad de ocupar un espacio determinado⁵⁹. (2000, p. 62).

Para las travestis que entrevisté, hacer del mundo su hogar resultaba difícil cuando del mundo se esperaba y se recibía poco, menos de lo que alguna vez esperaron recibir en “casa”. Así, el deseo de regresar a una casa propia en su país fue algo frecuente en sus narraciones sobre la idea de partir. Parafraseando a Sara Ahmed (2000), la casa puede parecer un lugar reconfortante porque aparece en ella la seguridad de un destino. Por ejemplo, aunque La Cinderella señalaba que estar aquí o en cualquier parte era la «misma vaina», después de 15 años de migración se devolvió para Colombia antes del 2012: «porque yo ya he oído tanto que el dos mil doce, que se acaba el mundo, y si me voy a morir me quedo en mi país propiamente». De hecho, al retorno, a sus 45 años, sin

⁵⁹ La traducción es mía, en el original: «what is offered here is a liberal narrative of a subject who has autonomy and is free to choose, even if what is chose is a refusal of the kind of subjectivity we might recognise as classically liberal. the subject he has chosen to be homeless, rather than is homeless due to the contingency of external circumstances, is certainly a subject who is privileged, and for whom having or not having a home does not affect its ability to occupy a given space» (Ahmed. 2000. p. 62).

ganas ya de volver a moverse, se compró una casa cerca de la zona de prostitución de Bogotá con sus ahorros de Italia, con un par de pisos para vivir de la renta y poder, como decía, «después de viejo uno, sentarse propiamente a echar raíces».

Lo anterior también debe ser leído a la luz de la edad de mis entrevistadas, pues si bien, como señala Coqueta, en la juventud, en el caso de ella, estaban «esas ganas de estar en otros lares, de vivir esa vida gitana que a veces uno tiene también, hace que vaya a muchos lugares»; ahora ella agradecía contar con la posibilidad de tener un techo cuando no tuviera la misma vitalidad, así lo expresaba:

«Italia también me dio la oportunidad de conocer algo que (tal vez lo hubiera hecho, no sé, pero creo que no hubiera sido de la misma manera)... Conocer un techo propio donde poder vivir el día de mañana. Pues en el momento pago arriendo pero porque quiero, porque tengo un trabajo y me gusta vivir de mi trabajo, pero el día que me toque meterme a mi rancho ya sé que nadie me va a sacar de allá, ya sé que es mío, es como una garantía también. Entonces también es agradecerle a Italia, a los italianos que fueron muchos los que colaboraron (risas)».

Para otras de mis entrevistadas era fundamental, antes de comprarse una casa para sí, comprarle una casa a la madre. Esto último también es observado por Goulart (2011) en el caso de las travestis brasileras inmigrantes en Italia; según este autor, este hecho ya ha sido subrayado por otras investigadoras brasileras y por la investigadora argentina Josefina Fernández(204). Al igual que yo lo encontré en los relatos de las travestis colombianas, Goulart señala que la ayuda económica que las travestis ofrecen a las familias, a partir de los ingresos obtenidos en la inmigración, pasa por "pagar un tributo" para reparar a la familia por haber quebrado la expectativa de la normatividad de género de sus parientes, aun cuando, no sea suficiente para su reintegración, él dice: «No son infrecuentes los relatos sobre la expulsión de las travestis de las casas que fueron compradas por ellas, o sobre el envío de dinero a sus familias, incluso mantenido la prohibición de regresar a la casa de su padre» (Goulart, 2011, p. 89)⁶⁰.

En algunos de los casos que yo abordé, comprar una casa a la madre aparecía como un modo de reparar el lazo afectivo resquebrajado ante el *séxodo*; lograr ser aceptadas, poder "entrar" al lugar de donde habían sido alguna vez desterradas. En otros casos era una forma de retribuir a sus madres por haberles aceptado o compensarles el esfuerzo hecho por sacar adelante a toda una

⁶⁰ Traducción mía, en el original: «Não são incomuns relatos sobre a expulsão das travestis das casas que foram compradas por elas, ou sobre o envio de dinheiro para a família mesmo mantida a proibição de retornar à casa do pai» (Goulart. 2011. p. 89).

familia. En la casa reposaba la idea de adquirir un nuevo estatus dentro de la unidad familiar y ser aceptadas en la “casa” física como lugar simbólico de pertenencia a algo.

En una conversación con Diana Marcela y Coqueta, tuve la oportunidad de preguntarles cuál era la importancia que tenía comprar una casa a la madre y asociado con lo que venía exponiendo estas fueron sus respuestas

Mary: Ven, a mi siempre me inquieta eso, ¿por qué para parte de la alegría y del deseo de irse es poderle comprar la casa a la mamá? ¿Por qué es tan importante?

Diana Marcela: Pues porque me parece que nosotras las trans como que las madres...

Creo que todas, yo escucho... que una mamá no quiere a una marica. Es difícil que nos acepten. Entonces como que hay una situación más profunda... y todas, yo creo, que pensamos en eso es porque a la final el homosexualismo es algo como duro, ¿no? Para mí, para mi forma de pensar, es cuestión de que a veces uno no se acepta uno mismo ¿Si me entendés? Uno llega y comete ese error de que «¡ay mi tía!, mi abuelita, mi mamá va a saber» y se está ocultando, no se está aceptando. ¿Quién lo va a aceptar entoes? Es difícil y ya la mayoría de mamás veo que empiezan a aceptarlo.

Mary: Coque, le estaba preguntando a Marcela que me causa mucha inquietud que todas siempre dicen «voy a conseguirle la casa a mi mamá». ¿Por qué es tan importante?

Diana Marcela: Y yo le estaba respondiendo de que es como, porque la mamá es como que siempre es la que acepta y es muy poca la persona o la marica que yo escuche, sobre todo en nosotros los travestis, que es rechazado, ninguno, pues yo no sé...

Coqueta: será que es aceptado.

Diana Marcela: eso, que es aceptado, sí eso. Pero el que es aceptado como más familiarizado con la mamá entoes tal vez...

Coqueta: Y, a parte de eso, pues porque uno ve por todos los sufrimientos por los que ellas pasan, pagando arriendo, pagando servicios.

Diana Marcela: Y criando chicos.

Coqueta: Y de todo, yo siempre dije de antes de nosotras tener algo, yo, yo siempre decía eso «dios mío, ay que rico uno poder conseguir plata, ¡no sé como!, pero yo quiero una casa para mi mamá».

3.3. Los requisitos de ingreso a Italia y las redes de ayuda para el viaje

Antes de 1998, el fenómeno de la inmigración había sido tratado por el Estado italiano a través de leyes y decretos dispersos, sin una mirada de conjunto (Idos Study and Research Centre, 2011; Cirulo, 2013; Bonetti, 2005); lo que, en palabras de La Japonesa y otras maricas, convertía a Italia «en el

relajo de Europa». Si bien los flujos de inmigrantes se incrementaron en este país desde la mitad de los años ochenta hasta la mitad de los noventa, convirtiendo tal periodo en una fase de emergencia en lo que tocaba a los flujos de inmigración, el Estado italiano no intervino a partir de una visión estructural de mediano o largo plazo y la normatividad aplicada fue poco eficaz a nivel operativo (Pittau, 2000; Idos Study and Research Centre, 2011). Las leyes que regulaban el tema de la inmigración se mostraron efectivas para la regularización de inmigrantes trabajadores sin papeles, cuestión que evidenciaba la demanda en aumento de inmigrantes para trabajar en las labores de más bajo nivel del mercado laboral italiano, pero no para organizar y planear la migración que se veía aumentar a largo plazo (Bonetti, 2005).

Eran la Ley Martelli de 1990 y la Ley Turco-Napolitana de 1998 las que estaban vigentes cuando las travestis que conforman el trabajo empírico de esta investigación ingresaron a Italia tras su salida de Colombia entre 1996 y 1999, tiempo que coincide con el periodo en el que Alessandra Cirulo (2013), a través de su investigación, identifica el mayor número de ingresos de personas de origen colombiano a Italia. Estas leyes estipulaban algunas disposiciones para regular los términos y condiciones para la entrada al Estado; la posesión de pasaporte, el sello que garantizaba la regularidad en la entrada y la solvencia económica que debían demostrar quienes argumentaban su viaje en el turismo con la Ley Martelli, y los mismos requisitos más un visado de entrada con la Ley Turco-Napolitana. Cirulo señala que entre 1996 y el 2002 la elevada cifra de ingresos a Italia pudo estar ligada a la facilidad que tenía durante ese periodo entrar al país antes de que las restricciones sobre los visados impuestas por la Ley Bossi Fini⁶¹ (189/2002), entraran en vigencia. Igualmente, esta autora identificó que, antes de 2003, el ingreso de personas de nacionalidad colombiana se dio principalmente a través de la visa de turismo. Así mismo sucedió en la migración de las travestis, quienes ingresaban con esta categoría y tres meses después quedaban en condición de irregularidad y sujetas a las redadas policiales. Con la Ley Bossi Fini, que entró en vigor en el 2003, el ingreso como turista se volvió menos viable, debido a mayores requisitos establecidos para obtenerla bajo los acuerdos de la Unión Europea o Europa Fortaleza, metáfora utilizada para señalar el endurecimiento de los controles fronterizos de los países europeos para personas extra-comunitarias.

⁶¹ Bajo el gobierno de Silvio Berlusconi (coalición centro derecha) se aprobó la Ley Bossini-Fini (189/2002). Esta ley introdujo medidas más exigentes en el sistema de visas, el control fronterizo, la permanencia en el territorio y la expulsión. Lo anterior, con el propósito de disminuir los flujos de inmigrantes, limitar los ingresos por motivos laborales y detener la presencia de extranjeros en situación irregular o la inmigración clandestina (Cirulo, 2013; Mendoza, 2005). Por lo demás, la entrada y la permanencia de inmigrantes se circunscribió a la oferta laboral y "contrato de estancia" o contrato de trabajo –diferente al permiso de estancia–, el cual era renovable cada dos años y limitaba la permanencia en el país a duración del contrato de trabajo. De perder el trabajo y no encontrar uno nuevo durante seis meses la ley determinaba la expulsión del territorio nacional. Esto supuso el reconocimiento de los migrantes solo en su carácter de mano de obra. Con esta ley aumentó de 5 a 6 años el tiempo necesario para obtener un permiso de residencia permanente, mientras se redujo el tiempo de los permisos temporales de residencia. También, aumentó el periodo en los centros de detención (30 a 60 días) para extranjeros sin permiso de residencia.

Todas mis entrevistadas entraron con visa de turista a Italia. La información y el dinero que requirieron para la realización del viaje les vino en parte de *Las Italianas* u otras migrantes retornadas, quienes fueron uno de los vínculos fundamentales en la constitución de *redes migratorias*; conformadas también por familiares y amistades, por las cuales fluyeron los recursos necesarios, antes del viaje, para lograr atravesar las fronteras (Pedone, 2006). Estas redes operaban de manera transnacional vinculando las travestis en Colombia con las que estaban Italia. Frecuentemente, se trataba de travestis que habían compartido de manera muy próxima parte de su trayectoria vital y que compartían vínculos de cooperación y solidaridad antes del viaje. Podría afirmarse, junto con Pedone (2006), que estos vínculos tenían su fundamento en una suerte de *capital social* (Bourdieu, 2000) acumulado a lo largo de la trayectoria vital. En este sentido, *Las italianas* y otras travestis que estuvieron involucradas en la motivación de la migración, también participaron en la reproducción de la misma proporcionando a las nuevas migrantes información y algunos contactos para la realización de los trámites, sugiriendo estrategias de desplazamiento, encomendándolas a sus contactos en Italia e indicándoles algunas plazas donde podrían trabajar o apartamentos u hoteles dónde trabajar o residir.

Estas redes migratorias conformadas fundamentalmente por travestis, fueron fundamentales para que las potenciales migrantes, a pesar de las restricciones por sus condiciones materiales y por la regulación migratoria, adquirieran una serie de recursos sociales y económicos, añadiendo experiencias alternativas a las versiones dominantes sobre las estafas, la extorsión y la explotación con las que se acompañan las historias de latinoamericanas que se desplazan hacia otros países para insertarse en la industria del sexo.

La travesti que le proporcionó a La Japonesa el dinero para el viaje, se lo prestó a condición de cobrarle el doble de la suma facilitada. Yury también reunió la suma para el viaje con un préstamo, más el dinero que la hermana le facilitó sin cobrarle intereses. Además, Yury vendió la peluquería que pocos meses antes había instalado. Ambas tuvieron que sacar el pasaporte y en los dos casos afirmaron haber viajado con visa de turista. La suma de dinero para el viaje comprendió el monto para la realización de los trámites (pasaporte, tiquetes, visa de turista) y el dinero para *la bolsa de viaje*. Esta última era la suma de dinero que las migrantes debían acreditar en los controles migratorios para sustentar su ingreso como turistas (1500 dólares, aproximadamente).

Para procurarse el costo que tenía la visa, el pasaporte, el tiquete y la *bolsa de viaje*, algunas vendieron sus bienes, tomaron sus ahorros y contactaron, solas o con la ayuda de otra travesti, una agencia de viajes para realizar los trámites. A varias, sus amigas les enviaron el dinero o les facilitaron el contacto de una prestamista residente en Colombia o en Italia. A algunas, los familiares también les ayudaron a reunir el dinero suficiente. Unas pagaron *al doble* el préstamo. otras tuvieron

que llevar un *regalito* por el favor que les había hecho alguna marica enviándoles el dinero desde Italia. Unas afirmaron haber pagado el doble de la suma de dinero solicitada sin ningún problema, pues sin este préstamo hubiese resultado imposible su viaje y la inserción inicial. Otras, como Coqueta, de alguna manera fueron embaucadas y reconocen el componente de explotación que tenía el vínculo de la financiación; pues, en este caso, Coqueta a la agencia de viajes que contactó le tuvo que devolver más del doble de dinero que le habían prestado, ella dice que «como veinte veces de lo que realmente era (...), porque es una mafia lo que tenían».

Si bien, en los años noventa la circulación “pública”, entre las travestis, de la información clave para la realización del viaje y sus posibles dificultades impidió que muchos agentes privatizaran la información y sacaran algún beneficio económico de esta, también existieron agencias de viaje informales o agentes intermediarios que tomaron provecho del deseo de las travestis de migrar y establecieron redes en Colombia y en Italia para prestar el dinero a cambio de recibir una suma multiplicada. La coerción, la extorsión y la amenaza en el destino fueron algunas de las prácticas comunes de estos agentes hacia las travestis endeudadas, con el fin de obligarlas a pagar las sumas exorbitantes que exigían. No obstante, no se trataba generalmente de grandes organizaciones delictivas sino de pandillas o cuadrillas que participaban, sobre todo, en el préstamo del viaje y el posterior cobro, más que en un proceso de reclutamiento, transporte, instalación en el país de destino y control de la actividad económica, como se le suele atribuir a las redes de trata de personas.

A la luz de esto, es preciso aclarar que cuando afirmo que las trayectorias migratorias de mis entrevistadas y de otras migrantes cuyas experiencias pude conocer, no corresponden necesariamente con la figura de la travesti traficada, no quiero decir que quienes han asumido de manera voluntaria la decisión de viajar y trabajar ofreciendo servicios sexuales hayan estado exentas de ser sujetas de abuso o de prácticas de explotación ejercidas por terceras personas y mucho menos del contacto con redes o individuos que se beneficiaron económicamente de la situación de vulnerabilidad propiciada por las mismas políticas migratorias restrictivas hechas bajo la premisa de proteger a las migrantes de la explotación y el engaño (Oso, & Ulloa, 2001; Agustín 2004, 2005; Rojas, 2011).

Lo que resulta discutible es la asociación dominante entre el engaño/explotación y los desplazamientos de personas que buscan realizar trabajo sexual; cuando, como explica Agustín (2004, 2006), estas situaciones también pueden estar presentes en los desplazamientos de otras y otros migrantes que buscan vincularse a otras labores. En este sentido, el trabajo sexual se construye como una fuente de obtención de ingresos completamente diferente a las otras; y la “explotación” que podría estar presente de muchas maneras en otras ocupaciones asociadas, con

frecuencia, a la migración, como el trabajo doméstico, las maquilas y los trabajos estacionales, se reduce a la preocupación única por la “explotación sexual” (Agustín, 2006).

Vale la pena mencionar que es en el marco de la instauración de políticas migratorias cada vez más restrictivas que se han expandido algunas estrategias, redes y circuitos alternativos, a través de los cuales las personas siguen migrando. La búsqueda de alternativas de supervivencia congrega migrantes y agentes intermediarios, quienes coinciden en el cruce de fronteras como una estrategia para mejorar sus ingresos. Esto hace parte de los circuitos alternativos de supervivencia que Saskia Sassen (2003) denomina «contrageografías de la globalización», los cuales se encuentran ligados de forma directa o indirecta con las operaciones centrales de la economía global y las dinámicas constitutivas de la globalización; estos suponen el uso de la infraestructura institucional de la economía regular, aunque no pertenezcan ni respondan al aparato formal o a los objetivos de esta.

De acuerdo con esto, la intensificación de redes transnacionales y translocales, el desarrollo de tecnologías de la comunicación poco reguladas y la formación de mercados globales han sido el escenario propicio para el afianzamiento de una «industria de las migraciones» configurada por un conjunto de actividades legales o no y orientadas a hacer posible la migración de personas con escasos recursos económicos o sociales (Rodríguez, 2008). Además, como señala Agustín (2001), los servicios que pueden distinguirse como informales son, en algunos casos, ofrecidos por agencias de viajes en el sector formal.

3.4. Devenir sujetas del “control” migratorio.

La Ley Martelli, bajo la cual entraron La Japonesa, La Cinderella, Martha, Angelly Tatiana y Suxy, señalaba, en su Artículo 3 numeral 5, que la policía fronteriza debía rechazar de la frontera a las personas extranjeras que, aun portando los documentos, fueran identificadas como *peligrosas* para la seguridad del Estado italiano; aquellas pertenecientes a bandas implicadas en el tráfico de drogas, organizaciones mafiosas, terroristas y a todo extranjero que manifiestamente estuviera desprovisto de medios de subsistencia para vivir en Italia. Además de estas causas de expulsión, el Artículo 7 disponía también la deportación de aquellas personas que fueran encontradas utilizando documentos falsos; las que no tuvieran todos los documentos exigidos; quienes por su comportamiento pudieran considerarse dedicadas a promover o explotar la prostitución, la trata de mujeres o la corrupción de menores; aquellas quienes ejercieran el contrabando, el tráfico ilegal de sustancias tóxicas o estupefacientes, y las personas que realizaran otras actividades normalmente contrarias a la moral pública y las buenas costumbres. En cualquier caso, se disponía a la policía a «aprehender a quienes fuesen tomados en el acto durante la ejecución de algún delito o, si se justificaba, por la peligrosidad del sujeto deducida de su personalidad».

Por otra parte, Yury, Lucy, Coqueta, Marcela, Diana Marcela y Alejandra ingresaron bajo la Ley Turco-Napolitana, la cual entró en vigor el 27 de marzo de 1998. Según Bonetti (2005), esta siguió siendo el texto básico del Derecho italiano de la inmigración, aun con los cambios que instauraron las leyes posteriores. De acuerdo con los compromisos asumidos por Italia en el marco de la Unión Europea, en 1998 el Estado, bajo el gobierno de Romano Prodi (coalición centro-izquierda), estableció esta ley, reconocida como la primera en Italia que abordó la inmigración como un fenómeno estructural. En términos generales, esta ley afianzó la lucha y represión de la inmigración clandestina y la explotación de inmigrantes y creó un centro de permanencia temporal para inmigrantes detenidos destinados a la expulsión, ya fuera por haber ingresado clandestinamente o por no contar con el permiso de estancia requerido (Mendoza, 2005). Si bien, dicha ley ha sido reconocida como un modelo de referencia para la integración de los inmigrantes en Italia hoy (Calavita, 2006), los derechos civiles que proponía a las personas extranjeras, en igualdad a cualquier persona italiana, tenían la condición de regularidad en la estancia. Al igual que la Ley Martelli, ordenaba la prohibición de la entrada a quien fuese considerado «una amenaza para el orden público o la seguridad del Estado». Esta ley rigió la entrada de quienes viajaron entre 1999 y 2003, antes de que entrara en vigencia la Ley Bossi Fini. Comparada con esta última, la aplicación de la ley de 1998 presentó diferentes dificultades a nivel administrativo y las medidas tuvieron efectos limitados; por lo que, aún con esta, el ingreso con visa de turista seguía siendo fácil (Cirulo, 2013).

El *enfoque securitario*⁶² (Campesi, 2012; Balaguer, 2012) de la migración que proyectaban estas leyes se enmarcaba dentro de una mirada de la regularización de los flujos; el cual comenzó a argumentar el control de fronteras en Europa, como parte de la protección de la seguridad de los Estados ante al incremento de los flujos migratorios y en relación con la persona inmigrante representada como problema y amenaza a la ciudadanía e identidad nacional (Cossarini 2010; Balaguer 2012). El recurso de lo *peligroso*, señalado en las políticas, fue útil para justificar el control y la vigilancia de los cuerpos, y para que la migración deviniera en un problema de seguridad (Wagman, 2002). Esta mirada, que se hizo mucho más rígida en la construcción de la Europa Fortaleza en el 2002, ya en los años noventa había puesto en marcha, en Italia y en otros países

⁶² De acuerdo con Campesi (2012), tres han sido los paradigmas de securitación de la migraciones en Europa a partir de 1989, cuando la migraciones fueron incluidas en la lista de las «nuevas amenazas globales». En el primer paradigma la migración se concibe como un peligro para el orden público. En un sentido se asocia la inmigración de ciertas personas y grupos sociales con las actividades de las mafias, con el tráfico y la trata de seres humanos. El vínculo entre migraciones e incremento de la seguridad, se consolida a través de la idea de la migración de estos seres humanos como disparadores de la delincuencia común o como potenciales amenazas a la seguridad nacional, parte del crimen organizado u organizaciones terroristas. El segundo paradigma centra la mirada sobre las migraciones como una amenaza para el equilibrio étnico y cultural de la sociedad de destino, promoviendo los discurso y prácticas de diferenciación (denominadas también racismo diferencialista) entre lo extraño y lo familiar. El tercer paradigma describe la migración como una amenaza de tipo socioeconómico, por lo que la inmigración se reconoce como la llegada al país de mano de obra que va a competir de manera “ilegítima” en el mercado de trabajo de destino favoreciéndose además por los sistemas de Estado del Bienestar.

Europeos, la relación entre seguridad-fronteras-migración, desde la cual se transversalizaron prácticas de seguridad en las políticas y los controles migratorios (Naranjo, 2014).

El desplazamiento de las travestis de un país a otro debe ser leído en ese marco regulatorio de los flujos migratorios, en el que un conjunto de prácticas y actores transnacionales, presentes en los espacios de tránsito, tenían la función de garantizar una presunta “seguridad nacional”. En ese contexto de securitización global de las fronteras que construyó la movilidad como una actividad que podía amenazar el equilibrio y la seguridad nacional; la policía, por ejemplo, había sido atribuida de poderes de coacción e invasión sobre los cuerpos. En ambas leyes se indicaba que la policía debía rechazar de la frontera a las personas extranjeras que aun portando su documentación fueran *identificadas como peligrosas* para la seguridad del Estado italiano, pero era la policía misma quien tenía la función de *deducir de la personalidad* de los sujetos su *peligrosidad*. De esta manera, la policía estaba autorizada para restringir algunas formas del ejercicio de la libertad personal de las y los migrantes bajo la idea de estar realizando acciones de carácter “preventivo” (Cossarini, 2010; Pizarro, 2013).

Esto último confirió a los agentes policiales el poder de determinar las características que “identificarían” a una persona como *peligrosa* para proceder a su aprehensión. Estas características, como lo han demostrado investigaciones como las de Ahmed (2000), Wagman (2002, 2005), Luibhéid y Cantú (2005), Mora y Montenegro (2009) y Cantú (2009), entre otras, han obedecido a la aplicación de «perfiles» desde los cuales son estereotipos de clase, étnicos, de género, raciales, sexuales los que se utilizan para distinguir los cuerpos sobre los cuales se “justifican” las prácticas de vigilancia y control; lo cual revela el control migratorio no como una tecnología de vigilancia generalizada para todas las personas que atraviesan las fronteras sino de gestión selectiva y vigilancia aplicada, específicamente, a unos cuerpos otrificados⁶³ que estos mismos reproducen como tales (Campessi, 2012; Luibhéid y Cantú, 2005).

Desde ese marco esbozado es que puede entenderse que las maricas asumieran el tránsito por las fronteras como un desafío que era necesario enfrentar a través de varias estrategias orientadas a tamizar en sus cuerpos las marcas que las podrían hacer sujetas de expulsión. Antes de migrar parte de la información, que circulaba por las redes configuradas entre travestis, era aquella ligada a esas estrategias que las aspirantes a la inmigración debían poner en práctica para poder ingresar

⁶³ Lo anterior permite focalizar la intervención policial en ciertos lugares geográficos y sobre determinadas transgresiones. Además, como argumenta Giuseppe Campessi: «permite gobernar los problemas de seguridad generados por el régimen liberal de circulación impuesto por la globalización sin que sea necesario establecer límites excesivos a la libertad de los risky-free riders» (Campessi, 2012, p. 11) El fortalecimiento de las medidas de seguridad en el control fronterizo del espacio europeo implican, en los encuentros cotidianos con agentes, la actualización e intensificación del régimen de diferenciación de los *otros* – peligrosos, extraños, fuera de lugar– en contraposición del *nosotros* –nacional, familiar–.

en el país de destino sin dificultades o sin ser deportadas. Así, estereotipos relacionados con las marcas “homosexualidad”, “travesti”, “latinoamericana-colombiana” y “pobre” como posibles marcas de una personalidad asociada al tráfico de drogas, al uso de la ilegalidad para la entrada, a la falta de medios suficientes para estar en Italia, a la prostitución, al tráfico ilegal de estupefacientes, a la transgresión de la “moral pública” y “las buenas costumbres” y, en general, a la mencionada *peligrosidad* fueron tomadas por ellas o por quienes las estaban ayudando, para construir una mascarada que les permitiera gestionar los estigmas y estereotipos sobre sus cuerpos.

La Japonesa recuerda que su amiga antes de enviarle el dinero para que realizara los trámites para el viaje, le dijo: «-Japonesa ¿quiere viajar?-. La Japonesa le manifestó que sí, y ésta le expresó - «le mando la plata pero con una condición, se me corta el pelo-». Yo le pregunté a La Japonesa que por qué se lo había hecho cortar, y ella me respondió «que para poder pasar, que para no correr el riesgo de ser devuelta». Si bien, ni la Ley Martelli vigente en el ingreso de La Japonesa, ni la Ley Turco-Napolitana establecían alguna prohibición explícita para la admisión de migrantes en razón de su género o su sexualidad, como sí lo hizo Estados Unidos a lo largo de varias décadas (Luibhéid y Cantú, 2005)⁶⁴, según La Japonesa, a algunas travestis las habían devuelto a Colombia debido a que en los documentos oficiales su nombre y su sexo legal registraban como masculinos y algunos agentes de migración se valieron de esto para decirles que no podían admitir su ingreso, pues su apariencia no correspondía con la foto y los datos registrados en los documentos. En otros casos, al verlas feminizadas las sometían al escrutinio de su cuerpo desnudo para verificar que en este no escondieran algún tipo de sustancia, especialmente cocaína u otra sustancia, por la cual pudieran incriminarlas por tráfico de drogas.

En este aspecto, la primera estrategia migratoria utilizada, por lo menos en su primer viaje a Italia, tanto por La Japonesa y Yury como por todas las inmigrantes con las que hablé, fue intentar adecuar el cuerpo a una *norma somática* implícita en el control migratorio: por un lado, hacerse legible dentro del sistema de bicategorización del género representando el sexo y el nombre de la identidad legal y, por otro lado, performar un cuerpo poco «llamativo» del que, en términos de las mismas leyes, no se pudiera deducir una presunta “peligrosidad”.

La Japonesa no solo se cortó el cabello sino que el día del viaje se vistió con saco y corbata «me fui como un ecuatoriano, mamita» me dijo, haciendo referencia a la manera como se percibía bajo la indumentaria masculina. Ella y cada una de las otras diez entrevistadas adecuó su cuerpo según consideraba que este podía resultar menos «llamativo» a lo largo de su tránsito por las fronteras. Como argumentaba La Cinderella, a ella le habían dicho que desde que se subiera al avión todo el

⁶⁴ Ver el trabajo de Luibhéid Eithne and Cantú Lionel (Ed.). (2005). *Queer Migrations Sexuality, U.S. Citizenship, and Border Crossings*. Minneapolis: EE. UU. University of Minnesota Press

mundo la iba estar analizando «porque cuando uno va viajando las azafatas y todo, todo el mundo lo va analizando a uno», entonces ella también se había ido «de hombre. Me tocó engominarme el pelo y metérmelo para atrás y con chaqueta y corbata, me tocó como una arepera, ahí como una cacorra».

Lucy, por su parte, explicaba que todas las travestis migrantes debían, en esa época, disfrazarse para viajar; así que ella se fue «como siendo gay peluquero (...) sin maquillaje, con una colita de cabello negro y ropa como que sí, como que no, pero sí, con cejas depiladas (...) y pues lógico se daban cuenta que era como un gay, como un peluquero». Mientras La Cinderella declaró haber mantenido la pose de la masculinidad hasta que llegó a Roma para evitar que le miraran demasiado y le pusieran problema, Lucy señaló que, si bien no se había ido «como mujer, tampoco ¡ay que el señor! [engrosando la voz]».

Lo primero que ellas sabían era que la *norma somática* pasaba por verse como “hombres”, aunque para ellas reconocerse como tales diera lugar a una serie de metaforizaciones desde su propia agencia de género y se denominaran «como una cacorra», «como un gay peluquero» o «como un gay serio». Pero además, si el *capital corporal* en los cuerpos de las maricas podía devenir negativo dentro de los espacios de control migratorio en tránsito, era porque esos cuerpos históricamente han sido marcados desde el campo médico, el derecho penal, la criminología y desde una historia colonial en tanto desviados, peligrosos y enfermos (Fernández, 2004). Portar un cuerpo nacido en Colombia era, también, llegar desde un país reconocido globalmente por la producción y el tráfico de cocaína, y por expulsar mano de obra feminizada para el trabajo sexual.

Coqueta, por ejemplo, fue la única en señalar que, aunque la mayoría de maricas decían que era mejor viajar masculinizada para no tener problemas con el control migratorio, eso era solamente por «hacerlas pasar un oso grande»; es decir, por exponerlas a la burla o al ridículo, pues cuando ella siguió este consejo, recuerda que en el aeropuerto colombiano uno de los policías la detuvo y le dijo: «que por qué hacía ese ridículo, que me vistiera tal cual era, porque me tocó y claro me sintió las peloticas de los senos y dijo: ¡ay! otro marica para fuera del país». Sin embargo, en otra conversación señalaba que mientras viajó sin prótesis «no fue tan terrible porque yo me fui superficial y me miraron y todo y ya, y me dieron a tomar coca cola y otra cosa a ver si yo la rechazaba y yo sí, no, bien», cuando las tenía «me tomaban rayos x al pompis, a los senos a todo, decían que ahí llevaba la droga, que la llevaba por kilos (risas)».

Martha también pensaba que por ser una travesti colombiana iban «a sospechar mucho» de que iba a prostituirse, por eso se fue «como un gay serio». Sin embargo, ella argumenta que fue por su cabello largo que en Alemania, en una de sus escalas, la hicieron desvestir para ver si tenía senos; le dieron pastillas. la metieron a un cuarto. le pidieron que orinara y le repetían «que si era un

travesti, que si iba a prostituirme o que si yo llevaba droga», expresaba. Marcela, otra de mis entrevistadas, además de llevar indumentaria asociada a lo masculino, se tinturó el cabello de negro, «pues no se podía ir rubia, ni (...) pelirroja, (...) tocaba irse con el cabello lo más natural que fuera porque como saben que uno va a prostituirse si una de trans además va rubia obvio no la dejan entrar jamás, la devuelven ahí mismo». Además, Marcela también señalaba algo que estuvo presente en la mayoría de relatos durante el tránsito y a lo largo de la estancia en Italia: «eso sí, apenas decía que era colombiana: que la coca, que la raqueteada, eso es tenaz. Y ¿y yo, ¡ay dios mío!, por colombiana».

En una época de transnacionalización de las normatividades y actores en torno a la lucha contra el tráfico de drogas y su correlato en la lucha contra la delincuencia organizada, los cuerpos migrantes de origen colombiano eran un blanco de vigilancia especial al estar asociados a dicha actividad, pues ya desde la década de los ochenta en Colombia la expansión de la compleja organización productiva y comercial de cocaína había estado asociada a una oleada migratoria para la expansión del negocio por fuera de las fronteras nacionales (Cárdenas y Mejía, 2006).

Por esto último era que La Cinderella había seguido los consejos de «la finadita de la Ingrid», quien le dijo que comprará tres manzanas porque eran tres las escalas que le esperaban antes de Italia, entonces cada manzana era para que se la comiera en cada una de las paradas: Bogotá a Venezuela, Venezuela a Frankfurt, Frankfurt a Praga. Ingrid le dijo: «se pone a comérsela despaciecito [la manzana] que así no la mira nadie (...) si usted no toma, no come, ni nada de esas cosas la ponen de vuelta, la bajan, la llevan, le hacen radiografía, la hacen miar, la hacen tomar cosas». Entonces La Cinderella hizo lo indicado y confirmó que haciendo eso nadie la miraba y le agradeció siempre a «esa marica tan regia (...) porque ese es un detallazo divino».

Todas las maricas habían, además, viajado con documentos en regla porque, si bien esto aumentaba el costo económico del desplazamiento, también incrementaba las posibilidades de entrar en el territorio italiano y poder recuperar no solo lo invertido, sino de lograr allí las diferentes expectativas con las que cada una había partido. Sin embargo, aunque La Japonesa y Yury, como casi todas mis entrevistadas, viajaron masculinizadas, con los papeles en regla, por una aerolínea europea para parecer más *cachezudas*; es decir, con el dinero suficiente para poder sostenerse en Italia, con ropa masculina en el equipaje por si se la revisaban en el control migratorio y con suficiente dinero en la bolsa de viaje, igual, no fueron eximidas de convertirse en sujetas de prácticas de allanamiento y “examinación” intensiva de sus cuerpos.

La Japonesa	Yury
-------------	------

Me dice una mujer policía –*passaporto*–. Yo le pasé el pasaporte, entonces se quedaron mirándome. Me dijeron que me fuera... que fuera al baño y me llevaron unos tarritos y tuve que hacer chichi y eso lo llevaron de una vez al laboratorio y ¡ay! me hicieron acostar en un cuartico a esperar que llegaran los resultados. Cuando llegaron los resultados, resulta que estaba contaminado de droga. ¡Claro! Lo que yo había fumado, lo que había consumido, el licor, todo eso, todo me salió ahí y ¿sabe qué creían ellos? Que era que yo venía cargada de droga y usted no se imagina el susto tan tenaz que pasé ¿ah? (...) Entonces vienen y me ponen un policía español, el policía pa qué, un policía chévere, me hablaba y me decía: «no, tranquila, no te desesperes, si usted no tiene droga, si no tiene nada, de una vez la dejan salir». Entonces otro dijo «¿cómo que no? Eso la tiene que llevar al hospital». (...) Me llevaron... Entonces fue cuando me hicieron los exámenes y ahí pues, mi amor, me dijeron que me tenían que llevar a una clínica, a un hospital para hacerme unas radiografías, sacarme radiografías para ver qué tenía yo. Y resulta que en las plaquetas salieron tres bolitas así de grandes (...). Ellos decían que era droga, que era que yo venía cargada de droga. Entonces el médico me dijo que iba a tocar echarme bisturí. ¡Ay! usted hubiera visto, yo casi me muero cuando me dijeron que tenían que rajarme la barriga. Yo lloraba y el policía español al lado mío, él me consolaba, para qué... Se manejó muy bien, les decía que no me martirizaran de esa manera, que él veía que yo era una gran persona, que el no veía que yo fuera... De pronto que sí consumía pero que fuera como una mula, no. Y decían: «pero es que ¿por qué aparecieron esos dos nudos así de grandes?». ¿Te imaginas?. Entonces dijeron que la única forma es que me llevaran de nuevo para allá y me dieran cítricos, ¿sí? Jugos de naranja, mucho jugo y cada rato a orinar para ver qué pasaba y que descansara, que tenía que dormir por lo menos

Yo llegué al aeropuerto de Milán pero entonces ahí ya me estaban esperando, porque ellos saben quién viene en el avión y como yo era la única colombiana que iba. Entonces cuando yo comienzo a buscar tránsito, ahí mismo la policía me echa mano, me estaban esperando. Y yo iba con la plata prestada porque me habían prestado dos mil dólares pero me tocaba a mi devolverle tres mil. Y acá me habían prestado otra plata, entonces yo decía no, yo no me puedo devolver ¿si me entiende?. Imagínese que yo decía: «pero no, ¿yo qué hago?, ¿yo qué les voy a decir?», porque allá es prohibida la prostitución y por eso es que a mí me gustan mucho los ángeles, porque yo pienso que una siempre tiene un ángel ¿si me entiende? Entonces no, yo llegué allá y la policía ya me cogió y yo decía: «me quiero devolver, me quiero devolver», y entonces a lo último como yo veía que no me querían dejar pasar ni nada y el policía le decía que no, que yo me iba para Colombia y que mandaba para Colombia, entonces a lo último yo dije: «ay no, pues que mi ángel me proteja». Entonces, el policía decía que yo venía cargada de droga y me dijo: «vamos al baño y tiene que hacer del cuerpo allá». Y yo ahí sentada en la taza, pero yo no quería hacer nada porque yo no tenía ganas de hacer nada, y yo ahí sentada y el policía míreme ahí y dígame: «¿ya?, ¿ya?, ¿ya?», y yo dígame: «ahí con usted ahí mirándome, yo no puedo hacer nada». Y un policía más lindo me decía: «hágame así en la boca» a ver si yo tenía droga, y yo: «yo no traigo nada, yo sé que eso es peligroso». Bueno, a lo ultimo yo dije al charco o a santa rosa, y entonces yo le dije al policía la verdad: «yo vengo acá a trabajar en prostitución». Me dijo: «siga». ¡Por dios lindo! me dijo así. Marica es que yo soy muy de buenas.

<p>unas tres o cuatro horas. Pues así fue. Me llevaron otra vez para el aeropuerto, me metieron a ese cuarto, me dieron vasados de ese jugo de naranja, comida no, puro jugo, puros cítricos y en seguida me dijeron que tenía que dormir. Yo de todas maneras estaba cansada entonces aproveché y ¿sabe a qué hora me despertaron? A las cinco de la tarde del mismo día. Me dijeron que ahora sí fuera y hiciera chichi al baño y volvieron en un momentico, llevaron eso al laboratorio y en un momentico volvieron a decirme que yo no tenía nada. ¡Imagínate! Pues a las cinco y media, a las seis de la tarde vine a salir ya, ya estaba oscuro, salí del aeropuerto, me dijeron... Antes me dijeron, el español me dijo: bienvenida a Italia.</p>	
--	--

Los cuerpos de La Japonesa, de Yury y otras maricas podían no cargar con la materialidad de la droga en sus estómagos, pero sí con toda su corporalidad observada, tocada, escuchada, cuestionada e incluso examinada como si así fuera. Su estomago, si se quiere, era un estomago siempre *cargado* pero con representaciones de una naturaleza ontológica que racializaban a las personas provenientes de Colombia como inmigrantes siempre cargados de cocaína. Así, custodiar y examinar estos cuerpos parecía estar justificado, más aún, cuando se trataba de cuerpos ya de por sí transgresores de una normas naturalizadas como las del género; como la misma Japonesa lo reflexionaba: «si va una mujer o un hombre de pronto no se queda mirándolo tanto, pero de pronto que si es marica entonces eso lleva droga, viene ilegal y quién sabe qué más cosas».

De esta manera, los espacios de control migratorio se encontraban permeados por nociones racistas y prácticas racializadoras de los cuerpos, en los cuales las categorías sociales del género y la nacionalidad se aplicaron sobre algunos cuerpos para construirlos como portadores de lo ilícito y lo irregular. Categorías de diferenciación que, aunque se sirvan de características particulares asociadas a la apariencia física, al fenotipo y la portación de un *cuerpo de clase* (Bourdieu, 1986), son construcciones sociales basadas en el rechazo de un determinado grupo social por parte de otro que se configura como lo hegemónico. De este modo, la prácticas del control migratorio y las leyes que las apoyan dan cabida legal a la examinación y la expulsión basada en los prejuicios y los estereotipos. De tal manera que la política de control migratorio deviene una política identitaria que distingue, desde una mirada etnocéntrica, nacionales de no-nacionales, ambos reducidos a una imagen homogénea e invariable por su vinculación a un territorio.

Los relatos de las travestis sobre su paso por los controles migratorios aeroportuarios revelan que

estos espacios operaban, entre otras, como mecanismos selectivos de control y producción de cuerpos en los que las construcciones alrededor de la sexualidad y el género, junto con la nacionalidad y la clase, se toman de forma imbricada para determinar algunos cuerpos, en tanto examinables y expulsables. En otras palabras, el control migratorio se revela no solo en su función de verificar el cumplimiento de los requisitos de ingreso al país y la validez de los documentos, sino en la necesidad estatal de garantizar a través de este mecanismo un orden racial, sexual, de género y de clase dentro de los límites territoriales de la nación, así como reproducir los privilegios de nacionalidad y ciudadanía a partir de técnicas diferenciadoras que marcan a algunos sujetos y sus cuerpos como Otros.

El espacio aeroportuario se convierte durante el viaje en un conjunto de espacios físicos, pero también en espacios donde los cuerpos se exponen dentro de un orden que entraña una lógica histórica de jeraquización de los sujetos que son concebidos como más adecuados a ciertos intereses vinculados con la pertenencia al Estado-Nación y aquellos que no. Es un orden social el que se objetiva en los espacios físicos que constituyen el control migratorio. En sus desplazamientos, los cuerpos de las travestis ponen en evidencia las estructuras sociales que se hacen físicas en el espacio aeroportuario como lugares de entrada (admisión, inclusión, aceptación) o lugares de deportación (exclusión, expulsión, rechazo). Cada uno de estos con su correlato en el cuerpo: hay lugares para revisar los cuerpos y sus bienes, lugares a donde se dirigen los cuerpos expulsables, lugares a donde se llevan los cuerpos sospechosos que deben ser examinados, lugares de detención temporal, lugares donde se garantiza el orden y la seguridad nacional.

3.5. Bien por dentro se siente cuando a uno le miran como un bicho raro: el cuerpo temeroso en el cruce de las fronteras

A pesar de emprender la migración atendiendo a las indicaciones de otras travestis inmigrantes y a sabiendas de que eran más las que lograban cruzar las fronteras que las que eran deportadas antes de hacerlo, todas las entrevistadas recuerdan haber experimentado miedo antes y durante el tránsito entre Colombia e Italia; miedo fundamentalmente a ser expulsadas antes de llegar al destino o a no ser admitidas en el mismo. La Japonesa decía que ella sentía el «miedo bien por dentro (...), porque bien por dentro se siente cuando a uno le miran como un bicho raro, cuando uno es el mosco en leche de la fiesta», y así se sintió observada ella desde que emprendió el vuelo. ¿Cuáles son los cuerpos para los cuales la posibilidad de ingresar en determinado territorio se convierte en una sucesión de advertencias, previsiones, cálculos y estrategias, por lo general, desplegadas desde la posibilidad latente de ser expulsados? ¿Cuáles son los cuerpos que temen el rechazo y la expulsión antes de poder ingresar a su destino? ¿Cuáles son los cuerpos que se sienten el mosco en leche de la fiesta a lo largo del tránsito migratorio?

La referencia común de las entrevistadas al miedo da pistas para entender que no son solo cuerpos anónimos o personas sujetas a demostrar la oficialidad de su identidad individual en pasaportes, visas y otros documentos los que transitan a través de los controles migratorios, sino son cuerpos que se perciben a sí mismos y son percibidos desde afuera a partir de un conjunto de signos distintivos construidos culturalmente e integrados a un sistema jerarquizado dentro del cual adquieren un valor y una posición. Si bien, el mecanismo regulatorio trabaja sobre un individuo-cuerpo que puede ser vigilado y expulsado, lo hace también sobre el cuerpo-múltiple que ese cuerpo individual encarna. No se trata entonces de cuerpos individuales desplazándose sino de, por un lado, cuerpos integrados a cuerpos sociales racializados bajo ciertas esencialidades, características y comportamientos, y, por otro lado, a la manera como la historia se ha materializado en esos cuerpos individuales que incorporan determinados signos y que “se desplazan por el mundo” de una forma particular, de acuerdo con el valor y la posición que ocupan en relación con los signos que ven en los otros y cómo creen que ellos mismos son vistos.

De hecho, la sensación de temor en el cuerpo puede ser pensada como el encuentro entre, por un lado, la jerarquización inscrita en las estructuras sociales y, por el otro, como orden incorporado que se experimenta con la sensación de *fuera de lugar*. Como argumenta Bourdieu (1986), la representación subjetiva del cuerpo tiene lugar a través de las categorías de percepción y los sistemas sociales de clasificación que no son sino un análisis del cuerpo socialmente objetivado – producido– por la mirada y el discurso de otros; lo que el autor llama la experiencia del «cuerpo alienado». En palabras de este: «la relación con el propio cuerpo es una forma particular de experimentar la posición en el espacio social mediante la comprobación de la distancia que existe entre el cuerpo real y el cuerpo legítimo» (Bourdieu, 1986, p. 184).

La sensación de temor en el cuerpo puede ser vista como una de esas experiencias del «cuerpo alienado», que se hace posible de explicar a partir del grado de adecuación o inadecuación que sienten las maricas entre la percepción social del cuerpo propio y la percepción del cuerpo legítimo; tal y como es definido por un determinado esquema de percepción palpable en el control migratorio. En consecuencia, la comodidad o incomodidad que experimentan en relación con su cuerpo, allí, es una expresión de la relación de concordancia o discordancia entre su cuerpo-real y el cuerpo-legítimo. Para Nirmal Puwar (2001; 2004), la experiencia de *fuera de lugar* supone la sensación de estar ocupando un espacio social y físico destinado a la presencia de los cuerpos entendidos como *la norma somática* (los cuerpos sin marca, el cuerpo universal, colonizador). Es en relación con los cuerpos que se erigen como quienes tienen el derecho de pertenencia que el cuerpo de las travestis siente miedo y adquiere la sensación de fuera de lugar, en tanto «Space Invaders» o como presencia extraña.

En este sentido, el cuerpo de cada una de ellas no solo fue custodiado desde afuera por el control migratorio que, como se trabajó arriba, actuaba a partir de la lectura y la producción de las marcas de clase, raza, género, etnia y edad; además, fue custodiado por ellas y por sus compañeras a partir de la reactualización de una serie de experiencias previas que lo han modelado sobre la vivencia de *fuera de lugar* en ciertos espacios. Los cuerpos que temen ser expulsados hablan de una historia que ha impreso sobre estos una economía de valor negativo. Asimismo, algunas de las estrategias que utilizan las travestis para el desplazamiento pueden ser entendidas como prácticas que trabajan sobre el cuerpo, haciéndolo apto dentro de lo que se considera como la *norma somática* que rige el control migratorio, y para maquillar, en lo posible, los signos por los cuales estos cuerpos reconocen no encajar dentro de las *normas somáticas* de los cuerpos legítimos.

En este sentido, la vivencia del cuerpo temeroso en el cruce de las fronteras es, parcialmente, resultado de la observación del cuerpo propio, como si fueran los ojos de quienes tendrían allí el poder de admitirlas o rechazarlas los que las miraran, en relación a la apariencia y definición dominante del cuerpo y del cuerpo dominante. En estos ojos, que en este caso serían los ojos de ellas mismas, está toda la experiencia de un cuerpo vivenciado al lo largo de la trayectoria vital como un cuerpo *fuera de lugar*. La presencia corporal de las maricas, experimentada antes de la migración a partir del exilio, el despojo, la marginación por parte de las autoridades y la sociedad civil, y los relatos sobre las travestis que fueron expulsadas antes de llegar a su destino, cobra una materialidad en el cuerpo de estas a través de la experiencia del miedo. El miedo, entonces, es tanto un sentimiento que da cuenta de la materialización de la historia en el cuerpo, de la forma cómo se ven las maricas a sí mismas ante los ojos de los otros y en relación con la imagen que han construido de este para sí; todo esto jugado en los espacios de tránsito, a unas pocas horas de distancia de su país y contextos de origen.

4. Trabajar cada día como si fuera el último: El Trabajo sexual en Italia

Yo me esclavicé mucho allá, por lo que yo entre mí decía –mi dios no lo quiera me deportan y no tengo con qué comprar una casa o así sea un lote– . Yo me esclavicé mucho al trabajo y las locas me decían –¡ay! Martha, usted parece un caballo–. Y yo les decía –mi hermana, no ve que yo no tengo...–, porque es que allá se consigue, o sea, los hombres allá más que todo miran que uno tenga su cuerpo, que tenga senos, que tenga cosas y yo como nunca me puse eso. Entonces, si hoy había de pronto mañana no, porque no se consiguen clientes, porque de pronto la deportan, porque se enferma o le pasa algo, porque allá la vida no es fácil, mami, son muchas cosas las que nos pueden pasar, es como una carrera a contrarreloj entonces qué descanso ni qué nada, es por eso que yo digo que yo llegué a trabajar cada día como si fuera el último.

Martha

En una conversación con Daniela Maldonado, una marica joven quien hasta el momento de la charla nunca había salido del país, ella me decía que en la «carrera de puta» la migración internacional se hacía equiparable a la maestría que yo estaba haciendo: «ustedes van al colegio, van a la universidad y luego hacen la maestría, nosotras comenzamos en nuestros pueblos, luego llegamos a Bogotá y nos graduamos si logramos salir del país». Prescindiendo de mis consideraciones para alegar al «ustedes», el cual limpió de mi currículo todo el esfuerzo por encontrar en la meritocracia lo que, con su salario minúsculo, mi madre y mi padre no me podían brindar, lo cierto es que el itinerario descrito por Daniela como una secuencia lógica de las trayectorias de supervivencia de las travestis trabajadoras sexuales, no solo se fue materializando en cada una de las historias reunidas para esta investigación sino, además, en este el viaje a Europa sobresale como un evento significativo dentro de las estrategias utilizadas por ellas para mejorar su calidad de vida en el presente y poder pensar en un futuro mejor.

En la migración de mis entrevistadas, independientemente de las motivaciones y las expectativas al migrar, el trabajo sexual fue el eje fundamental alrededor del cual se organizaron los proyectos migratorios. Todas, incluidas aquellas que en el momento de la migración no se dedicaban a la venta de servicios erótico/afectivos sino a la peluquería, emprendieron el viaje a sabiendas que a Italia llegarían a realizar trabajo sexual y fue bajo esta condición que tomaron la decisión de irse.

Como se ha abordado hasta acá, la disposición de las travestis como mano de obra para el mercado sexual de Italia forma parte de un corolario que desborda los límites de la sola decisión de migrar. La experiencia del trabajo sexual en Colombia en algún momento de sus vidas y desplazarse para realizarlo en otro país, son dos momentos de una trayectoria social organizada sobre unas relaciones en las que se ha naturalizado la inscripción de las maricas en esta labor, dentro de la división social y sexual del trabajo, tanto en el país de origen como en el de destino.

En este capítulo abordo la incorporación de las travestis al trabajo sexual en Italia como parte de las oleadas migratorias de mujeres cisgenderistas y travestis latinoamericanas, del Centro de Europa, Europa del Este y el norte de África que entre los años ochenta y noventa configuraron dicho trabajo en su forma transnacional. Explico la inserción de las maricas en esta ocupación como la mejor opción que ellas encontraron en medio de un mercado cuya demanda de mano de obra se ha organizado con base en la segmentación del sector ocupacional según la condición migratoria, la nacionalidad, la clase, la etnia y el género de las y los inmigrantes.

A pesar que la política migratoria y la normatividad sobre prostitución que regía en el momento de la llegada de mis entrevistadas a Italia, construyen la migración para el trabajo sexual necesariamente vinculada con el tráfico y la trata de personas con fines de explotación sexual, expongo con los relatos de las travestis algunos de los matices que complejizan dicha visión y muestran que las prácticas de abuso y explotación fueron protagonizadas no tanto por proxenetas o traficantes sino por agentes de seguridad, arrendadores u otras travestis quienes administraban a su favor las fronteras jurídico-políticas en los principales escenarios en los que mis entrevistadas desarrollaron el trabajo sexual: la calle y los pisos.

Por último, examino algunas de las imágenes sobre la masculinidad que sobresalieron en los relatos de las travestis al hablar de los clientes italianos y colombianos. Explico cómo las características y cualidades asociadas a unos y otros pasan por construir en torno a estos una imagen que remite al establecimiento de jerarquías y rangos de valor entre clientes y masculinidades basadas en las prácticas sexuales de tales y en un conjunto de características esencializadas bajo el origen nacional, étnico/racial y cultural.

4.1. La organización de la mano de obra migrante en Italia

A mediados de los años setenta del siglo XX, Italia que desde la segunda mitad del siglo XIX se había caracterizado por la emisión de emigrantes hacia otros países, principalmente a Francia, Alemania, Estados Unidos, Brasil y Argentina, experimentó un saldo migratorio positivo en relación con otros países europeos y con su propia experiencia en materia de inmigración antes (Idos Study and Research Centre, 2011). Quienes años atrás habían abandonado el país comenzaron a retornar

y el Estado estimuló el ingreso intensificado de inmigrantes extranjeros en busca de oportunidades laborales⁶⁵ (Calavita, 2006; Mendoza, 2006). Desde el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, Italia había concebido la inmigración como una estrategia económica para fortalecer su estructura industrial y superar su atraso en el sector agrícola. Fue así que entre los años cincuenta y setenta, al mismo tiempo que experimentó el incremento de inmigrantes en su territorio, pasó de ser una nación principalmente rural a posicionarse como una de las mayores potencias industriales del mundo (Del Boca & Venturini, 2013). De los escombros de la guerra, el país se levantó experimentando un período de crecimiento económico sostenido, conocido como el «milagro económico italiano» (Idos Study and Research Centre, 2011).

El incremento del ingreso económico en el país y su industrialización implicó también la reorganización de la oferta y la demanda laboral extranjera y nacional (Bonifazi, 2006). Los cambios en la economía italiana, inscritos en lo que desde los años setenta parecía ser un “nuevo orden económico mundial”⁶⁶, generaron también una serie de transformaciones en la gestión de la vida cotidiana de la sociedad, tales como la especialización de la fuerza de trabajo de la clase media, la inserción masiva de mujeres al mercado de trabajo formal, una nueva administración del tiempo y la tercerización del trabajo reproductivo (Calavita, 2006). Tales alteraciones incrementaron la necesidad de mano de obra en trabajos a los que los nacionales estaban renunciando (Mendoza, 2006).

La presencia de mano de obra barata migrante que fue clave en el despegue económico italiano se mantuvo en aumento durante los años subsiguientes⁶⁷, a pesar que de la crisis del petróleo de 1973 significó un descenso importante en la tasa de crecimiento económica alcanzada y un incremento en el desempleo estructural en los países europeos. Si a mediados de los años setenta se hizo evidente en Italia la presencia masiva de personas de Marruecos, Magreb, Túnez, Argelia, Senegal, antigua Yugoslavia, Filipinas, El Salvador y Cabo Verde, todas estas ocupadas principalmente en

⁶⁵Por estos años, cuando los países del centro y el norte de Europa pusieron fin a una larga historia de apertura a la inmigración a través de políticas basadas en el control de fronteras y la disminución del flujo de inmigrantes, parte de la corriente migratoria se reorientó hacia Italia u otros países europeos como España que hasta el momento no realizaban una regularización sistemática del ingreso y de la permanencia de extranjeros dentro de sus fronteras (Carchedi, 2000; OIM, 2011; Cirulo, 2013).

⁶⁶En términos generales la referencia a un nuevo “orden mundial” comprende un conjunto de hechos que han transformado las relaciones internacionales de manera radical durante las últimas cuatro décadas, algunos de estos son: la ampliación del mercado mundial a través de la nueva infraestructura facilitada por las tecnologías de la información y la comunicación; mayor interdependencia de las economías nacionales y la injerencia creciente de estas de compañías transnacionales y del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial; intensificación de intercambios e interconexiones mundiales en cabeza del mercado financiero, la transnacionalización de la producción y la liberalización del comercio de bienes y servicios (Arango, 2004).

⁶⁷Basado en algunas cifras de La Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico, Mendoza (2006) describe que entre 1988 y 1998 el incremento de los niveles de captación legal de migrantes en Italia fue del 93.8 %, pasando de 645.000 residentes con documentos en regla en 1988 a 1.250.000 en 1998, cifras significativas que sin embargo no tienen en cuenta los flujos migratorios no regulares que debieron haber sido también importantes.

los trabajos del más bajo nivel del mercado laboral italiano (Mendoza, 2006), en 1990 la migración en estos nichos laborales se caracterizaba por la presencia de migrantes de Asia, América latina, Europa del Este, y África. (Mendoza, 2006; Lagomarsino y Torre, 2007; Grasso, 2010; Cirulo, 2013). El crecimiento de sectores informales, el aumento de la flexibilización y la segmentación de los mercados de trabajo desplegaron en Italia una oferta de actividades poco calificadas y mal remuneradas que la población autóctona, ocupada en otros nichos laborales, no estuvo dispuesta a asumir (Cirulo, 2013).

El país construyó así una demanda de mano de obra principalmente migrante tanto en situación de regularidad e irregularidad, esta última preferida en algunos sectores debido al bajo costo de su fuerza de trabajo y su escasa licencia para exigir normas laborales que solo los ciudadanos y las personas con toda la documentación podían reclamar (Mendoza, 2006). Como afirma Pizarro a propósito de la mano de obra migrante «la irregularidad se produce desde el inicio de la migración como una condición de ella y no solo como una consecuencia» (Pizarro, 2012, p. 233). La atracción de mano de obra para el sistema de producción italiano se fue consolidando no solo en el sector formal sino informal. Servicios de limpieza, cuidado, construcción, agricultura y trabajo sexual se convirtieron en el horizonte laboral de muchos y muchas migrantes que llegaron a Italia en algunos casos sin un empleo preestablecido y que al quedar sin permiso de residencia permanecieron bajo las condiciones laborales establecidas arbitrariamente por sus empleadores. Conforme a lo señalado por Bonifazi(2006) aun cuando los y las migrantes enfrentaban en Italia situaciones de discriminación étnica y social se forjaron solidas cadenas migratorias a través de las cuales se incrementó la llegada de inmigrantes de diferentes orígenes. La demanda de mano de obra en Italia se organizó así con base en la «etnoestratificación», término usado por Parella (2000) para referirse a la segmentación laboral horizontal y vertical a la que quedan sujetos los trabajadores inmigrantes, por un lado, destinados a aceptar un conjunto específico de actividades rechazadas por una fuerza de trabajo autóctona y , por otro lado, condicionados a ocuparse en actividades —muchas veces bajo formas de economía informal—, ubicadas en sectores precarizados, desregulados y desvalorados social y económicamente,

Calavita (2006) revela que en una encuesta realizada a inmigrantes en 1991 por el *Consiglio Nazionale dell'Economia e del Lavoro de Italia*, el 40% de personas migrantes tanto en situación de irregularidad como de regularidad, afirmaban haber elegido Italia como destino por las oportunidades laborales que este ofrecía, mientras un porcentaje similar reconocía haber llegado allí por la facilidad en el ingreso. De Latinoamérica varias personas a lo largo de los años noventa se desplazaron para insertarse, como la mayoría de inmigrantes, en los sectores cuya demanda no estaba siendo cubierta por la mano de obra nacional (Mendoza, 2006; Lagomarsino y Torre, 2007; Grasso, 2010; Cirulo, 2013).

En la experiencia colombiana⁶⁸, la migración hacía Italia fue protagonizada principalmente por mujeres. Como Cirulo (2013) señala, la externalización del trabajo reproductivo por parte de las clases medias urbanas fue suplido en este país, así como en otros países de Europa, por mujeres inmigrantes o socioeconómicamente empobrecidas que se encargaron (y lo siguen haciendo) de la realización de las labores domésticas y de cuidado. Lo anterior poniendo en evidencia las desigualdades de género pero también de clase y etnia entre mujeres, promovidas y profundizadas por la división internacional del trabajo (Parella, 2003; Sassen, 2004), lo cual responde a lo que Hochschild ha denominado la «importación de cuidado y amor de los países pobres a los países ricos» (Hochschild, 2008, p. 271), caracterizada por una tendencia migratoria fundamentalmente feminizada⁶⁹, y a la transferencia de mano de obra en el marco de lo que se ha denominado el fenómeno de la feminización de los flujos migratorios.

En este mercado constituido a través de la demanda de mano de obra migrante para el sector de servicios y cuidados, se organizó también la oferta y la demanda para el trabajo sexual (Piscitelli, 2007). Como presentaba en el capítulo anterior, para la década en la que las travestis colombianas, incluidas mis entrevistadas, comenzaron a migrar a Italia, ya varias mujeres cisgenderistas y travestis de Brasil se habían dirigido hacia Italia desde los años ochenta con el propósito específico de incorporarse en el mercado del sexo⁷⁰. A la migración de estas, quienes constituyeron algunos de los primeros eslabones de las cadenas migratorias para el trabajo sexual de otras mujeres y travestis latinoamericanas, se fueron uniendo también las migrantes provenientes de otros continentes, con la cuales se fue construyendo y fortaleciendo el trabajo sexual en Italia en su forma transnacional

Francesco Carchedi (2000) con base en su estudio sobre la migración extranjera en Italia identifica por lo menos cuatro fases migratorias (vinculadas a oleadas grandes de diferentes países), las cuales, según él, hicieron que el trabajo sexual se volviera un asunto socialmente visible en los años

⁶⁸En el caso específico de la migración colombiana, de acuerdo con los hallazgos de la investigación de Alessandra Cirulo (2013), la incorporación de inmigrantes al mercado laboral italiano se dio principalmente en el sector terciario, «los hombres en el sector de servicios –una buena parte en la construcción– y las mujeres en el sector del trabajo doméstico y de cuidado de la persona, lo que se denomina “servicios de proximidad”» (Cirulo, 2013, p. 339).

⁶⁹El trabajo de cuidado, tal y como lo define Arango se refiere a «actividades destinadas a garantizar el mantenimiento cotidiano, físico y emocional de las personas y del entorno que lo hace posible, es decir, lo que habitualmente conocemos como trabajo doméstico y reproductivo» (Arango, 2011, p. 102). Estas actividades pueden ser remuneradas o no pero sus labores tienden a ser consideradas una extensión de las facultades naturales de las mujeres. El trabajo de cuidado es propio de personas ubicadas en ciertas posiciones de subordinación. Según varias autoras, históricamente ha estado vinculado a formas de esclavización, explotación y servidumbre. (Mies, 1986; Hill Collins, 2000; Barrig, 2001; Arango 2010, 2011).

⁷⁰El informe del TAMPEP de 1996 indica que «Italy and France were among the first countries of arrival for the numerous Brazilians who, together with other Latin American women, opened the floodgates of unchained emigration [Italia y Francia estuvieron entre los primeros países de llegada de numerosas brasileñas que, junto con otras mujeres de América Latina, se abrieron las compuertas de la emigración no encadenada]» (TAMPEP. 1996. p. 86).

noventa. La primera fase es situada por este autor a principios de la década del noventa cuando tras caída del muro de Berlín y la guerra en ex-Yugoslavia varias mujeres provenientes del Centro de Europa y Europa del Este se desplazaron hacia Italia para insertarse, entre otros nichos laborales, en la venta de servicios sexuales, junto con algunas húngaras y brasileñas que años atrás también habían llegado a abrir nuevas plazas para la comercialización de sus servicios. Según Lean Lim (2004) durante estos años la migración del Centro de Europa y Europa del Este desplazó entre 120.000 y 175.000 mujeres en busca de oportunidades de empleo y mejores condiciones de vida (Lean Lim, 2004, p. 66).

Más adelante, entre 1990 y 1993, una segunda ola identificada por Carchedi (2000) tuvo lugar con la llegada a Italia de mujeres nigerianas y peruanas, varias de las cuales ingresaron con visa de turista y se quedaron residiendo en Italia de manera irregular, trabajando en la oferta de servicios sexuales. Entre 1993 y 1995, el autor registra una tercera fase conformada por albanesas, quienes, junto con las nigerianas, llegaron de manera intensiva a ocuparse también en el mercado sexual, mientras la cuarta fase, dice este, fue protagonizada por mujeres provenientes de Rusia, Moldavia, Lituania y Rumanía en 1996 .

Carchedi (2000), Campani (1998), Leonini (1999) y Piscitelli (2007, 2009) coinciden en designar la década de 1990 como un período en el que se hizo evidente el aumento del número de extranjeras ofreciendo servicios sexuales en diferentes ciudades y provincias de Italia. A propósito de esto, Piscitelli argumenta que dicha “explosión de extranjeras” diversificó la oferta y estimuló el consumo de servicios sexuales por parte de una amplia variedad de clientes para quienes las diferencias fenotípicas, el lugar de origen, las características corporales, suministraban un valor agregado a los servicios sexuales que podían adquirir.

Los informes de TAMPEP –Transnational AIDS/STD Prevention Among Migrant Prostitutes in Europe/ Project– de 1994, 1996 y 1999, liderados en Italia por las trabajadoras sexuales y activistas fundadoras de la *Comisión de Derechos Civiles de las Prostitutas* (CCPE) Pía Covre y Carla Corso,⁷¹ indican que en la segunda mitad de la década de los años noventa, periodo en el que las travestis colombianas que yo entrevisté comenzaron a migrar, entre el 80% y el 90% de personas dedicadas al trabajo sexual de calle en Italia provenían del extranjero. Este era un panorama distinto al de décadas previas en los cuales era posible reconocer un mayor número de trabajadoras sexuales de origen italiano⁷² (Corso & Covre, 1994, 1996, 1999). No obstante, aunque como se precisa en cada

⁷¹ En 1982 Pía Covre y Carla Corso, según describe Petherson (1989), durante una manifestación de protesta contra la violencia ejercida por los soldados norteamericanos contra las trabajadoras sexuales italianas, ellas comenzaron a movilizarse por el reconocimiento de los derechos de las trabajadoras sexuales italianas exigiendo cambios en las leyes que las marginaban.

⁷² Como señalan cada uno de los informes de TAMPEP es poco factible contar con un registro preciso sobre el número de trabajadoras sexuales en Italia debido a diversas razones: las múltiples modalidades del trabajo

informe, en Italia las nacionalidades predominantes en la oferta de servicios sexuales variaban de una ciudad a otra. En términos generales, para la época en la que se dio la llegada de las travestis que entrevisté había presencia de mujeres cisgénero y travestis [ninguna de mis entrevistadas hace referencia a trabajo sexual masculino] del Oeste de África, Europa oriental, países de la antigua Unión Soviética, el sudeste de Asia y Latinoamérica (Leonini 1999, Piscitelli 2009). Para 1999 según los datos registrados por el TAMPEP el origen de los migrantes dedicados al trabajo sexual era de 54% de África, 30% Europa Oriental y 16% Latino América. De este último continente el 40% era de origen Colombiano, el 35% de Brasil, 20% de Perú y 5% de otros lugares (Corso & Covre, 1999).

4.2. La incorporación de las travestis al mercado laboral de Italia

Aunque las historias de personas que salen de su país de origen a realizar trabajo sexual en el extranjero engañadas, secuestradas, amenazadas y obligadas existen, con seguridad, esta no fue la realidad de las personas con las que yo me fui encontrando a lo largo de esta investigación. El discurso sobre la trata de personas o el tráfico no es suficiente para describir la realidad de las migraciones de las travestis quienes emprendieron su viaje a sabiendas que al destino llegarían a realizar trabajo sexual, cuestión que ha sido evidenciada también en los trabajos de otras investigadoras⁷³ quienes han abordado las migraciones internacionales de mujeres y travestis que se ocupan dentro de la *industria sexual*⁷⁴.

sexual, las cifras de la compra-venta de sexo clandestina que evaden controles y registros, el constante desplazamiento de las trabajadoras sexuales por diferentes ciudades y *plazas*, la declaración de nacionalidades distintas al lugar de origen, dificultades metodológicas de los proyectos que no utilizan mediación lingüística y cultural y la variación que presenta de una ciudad a otra la composición de trabajadoras sexuales que hace que mientras en algunas ciudades la mayoría son de una nacionalidad en otra tales sean una minoría.

⁷³Ver por ejemplo trabajos de: Agustín (2000, 2005, 2006); Juliano (2002); Osborne (2004); Piscitelli (2007, 2009, 2011); Holgado (2008); Teixeira (2008); Vogel (2008); Pelúcio (2007, 2008, 2009); Solana (2007); Camacho (2009); Rojas (2011); Hurtado (2011); Vartabedian (2012).

⁷⁴ Desde los textos de Robert, N. (1986), Delacoste, F. & Alexander, P. (eds.) (1987) donde apareció inicialmente escrito “Ya no puedo más con la industria del sexo de Soho” y *Sex Work: Writings by women in the sex industry*, respectivamente, hasta el informe sobre The Sex Sector la OIT realizado por Lean Lim (1998) donde tomó más fuerza, el término ‘industria del sexo’ viene siendo utilizado desde mediados de los años 80 para señalar la magnitud y la complejidad de las dinámicas que el mercado del sexo ha adquirido de la mano de los procesos de globalización (Agustín 2001, p. 534). Como industria es un sector de actividad económica en el que se efectúan, siguiendo a Agustín, un conjunto de intercambios para la satisfacción de necesidades humanas sexo/afectivas, mediados por contraprestaciones económicas. Su carácter de industria, según la autora, se lo da la multiplicidad de negocios de diferente índole relacionados con el sexo, su alta rentabilidad y su conexión directa o indirecta con otras industrias e infraestructuras –sector turístico, espectáculo, estética, entretenimiento etc.–, además, esta industria se encuentra integrada por diferentes agentes mediadores quienes facilitan el encuentro entre personas que ofrecen y realizan servicios sexuales y su demanda, una y otra diversificada en términos de género, raza, clase, edad, origen, entre otras. Conforme identifica Agustín (2000) “El término ‘industria del sexo’ incluye, como lugares de trabajo, burdeles o casas de citas, clubes de alterne, ciertos bares, cervecerías, discotecas, cabarets y salones de cóctel, sex shops con cabinas privadas, líneas telefónicas eróticas, muchas casas de masaje, de relax, del desarrollo del ‘bienestar físico’ y de sauna, muchos hoteles, pensiones y pisos, restaurantes eróticos, sitios con servicios de dominación o sumisión (sodomismo) y muchos parques y calles. El término incluye también servicios, y no ‘lugares’ en sí, como los de acompañantes (call girls, chicos de alquiler), algunas agencias matrimoniales y sus anuncios comerciales en periódicos y revistas y en formas pequeñas para pelear o dejar (como taretas), iuquetes y

Aun cuando tras su llegada algunas maricas hubieran experimentado un desajuste entre sus expectativas iniciales y el escenario laboral encontrado, al principio, para todas, la posibilidad de viajar fue motivo de alegría y celebración. La Cinderella, por ejemplo, recordaba su corazón latiendo a toda prisa en el momento de la partida. A sus veintinueve años, ella nunca había estado en un aeropuerto, nunca se había subido a un avión, nunca había atravesado el océano. Ese día, me dijo –«fue, yo creo, el día de más felicidad en mi vida»–. Como se iba a cumplir sus sueños «de conocer Europa, el Vaticano y hacer harta platica para la vejez», antes de partir organizó su propia fiesta de despedida, pues argumentaba «uno no se va todos los días para Europa, había que celebrar la ida, me emborraché, hice fiesta y todo eso».

La Japonesa también organizó una fiesta. Ella, quien ya había migrado a sus veinticuatro años a París, no se imaginaba que a los treinta y cuatro se le volvería a presentar la oportunidad de volver a Europa. El día previo al viaje organizó «la rumba, la fiesta, como se dice, la despedida, el trago, todo(...)con las maricas que –¡ay que se va! tan chévere La Japonesa–». Suxy, Yury y Martha, a su vez, buscaron la bendición de la madre y Martha guardó en su equipaje «la medallita» que esta le dejó como recordatorio y talismán. Otras se despidieron de sus amigos más cercanos, quienes en medio de la alegría de lo que percibían como un gran logro de las maricas, las acompañaron al aeropuerto y les desearon verlas llegar de nuevo con todos sus sueños cumplidos.

No voy a profundizar aquí, como también lo ha argumentado extensamente Laura Agustín (2000) a lo largo de sus análisis sobre el trabajo sexual, en el debate sobre si alguien puede “elegir” realmente cómo, dónde y en qué trabaja, sea en la *industria del sexo* como trabajadora sexual o en cualquier otro sector económico. Entiendo que la compra-venta de servicios sexuales de las travestis y de cualquier trabajadora sexual se encuentra inscrita dentro las estrategias económicas que ellas despliegan, dentro de las posibilidades que tienen, en medio de una división internacional del trabajo organizada con base en la instauración y reactualización, a escala internacional, de relaciones de dominación de género, sexualidad, clase y raza (Arango, 2010) soportadas en formas coloniales, producidas en el sistema-mundo capitalista moderno/colonial⁷⁵.

Las travestis, como otros migrantes, tenían en mente un proyecto de movilidad social y el anhelo de lograr condiciones de vida que en Colombia reconocían imposibles de alcanzar (Cirulo 2013).

aparatos, cines pornográficos y la venta de videos, libros y revistas pornográficos, además de servicios de sexo virtual por Internet. La industria ofrece una proliferación inmensa y creciente de posibles maneras de pagar una experiencia sexual o sensual » (Agustín, 2000, p.159).

⁷⁵ Como explica Grosfoguel «“colonialidad del poder” se refiere a un proceso fundamental de estructuración del sistema-mundo moderno/colonial, que articula los lugares periféricos en la división internacional del trabajo con una jerarquía étnico-global y con una inscripción de migrantes del Tercer Mundo» Grosfoguel (2006, p. 29).

Todas las que entrevisté sabían que en términos de rentabilidad no había otra actividad de la que pudieran extraer un mayor beneficio económico⁷⁶ y ,en parte, fue por esta razón que se animaron a emprender el viaje. En Italia, una travesti podía obtener a través del trabajo sexual en la segunda mitad de la década de los noventa, un promedio de uno o dos millones de pesos colombianos diarios (\$2.000.000). Un ingreso inconmensurable para las maricas colombianas y para la mayoría de personas en Colombia donde el salario mínimo legal establecido para 1996 era de ciento cuarenta y dos mil ciento veinticinco pesos (\$142.125). Mientras las maricas en Colombia apenas podían ocuparse en el trabajo sexual o en la peluquería, actividades que nunca les había permitido alcanzar ingresos de esa magnitud, las maricas migrantes ganaban en liras italianas que en relación con los mercados cambiarios en 1996 era una de las dos monedas, además del dólar australiano, más apreciada en relación con el dólar estadounidense. Para ese año el valor de la lira estaba 4 ½ % por encima de este último, según los datos del Fondo Monetario Internacional(1996, p. 37).

Aunque Coqueta afirmaba que en Italia existía «más la posibilidad de conseguir trabajo allá una como trans que aquí en este país [en Colombia]» e insistía junto con La Cinderella, Martha, Suxy en que allá, ellas tenían la posibilidad de acceder a otras labores diferentes al trabajo sexual, esta misma aclaraba: «Claro que no te van a dar un trabajo de secretaria pero sí en ventas, para hacer aseo en casas de familias, en las empresas, en los mismos colegios, donde sea. No es ese tabú hacia nosotras como acá». Los trabajos a los que se referían como ocupaciones remuneradas que las travestis podrían conseguir por fuera de la *industria del sexo*, eran aquellos que en un proceso de segregación ocupacional estaban reservados para la mano de obra migrante; trabajos situados en la base de la estructura ocupacional o actividades desvalorizadas socialmente, desreguladas, mal remuneradas y con condiciones laborales precarias. Dichas actividades eran asignadas y asumidas por los y las migrantes independientemente, a veces, de su trayectoria previa y de sus

⁷⁶Es preciso señalar que el trabajo sexual no es tan solo una economía aislada y local del que solo obtengan beneficios económicos las trabajadoras, como demostró Lin Lean Lim (1998) el sector del sexo representa una actividad económica conectada con la economía nacional e internacional que involucra tanto dinero que la Organización Internacional del Trabajo ha recomendado su inclusión en la contabilidad oficial de gobiernos nacionales y regionales « contribuye de manera importante al empleo, al presupuesto nacional, al intercambio de divisas extranjeras y a la reducción de la pobreza en muchos países» (Lean Lim, 2004, pp. 57-58). Son múltiples los agentes que extraen beneficio de las actividades ligadas al trabajo sexual desde vendedores de ropa, joyas, perfumes, cosméticos, peluquerías, estos instalados en las zonas de concentración de la oferta de servicios sexuales, pasando por productores de bebidas y tabaco, agencias de viaje, abogados, médicos, negocios de giros bancarios, además de «locales de entretenimiento (burdeles, salas de masaje, hoteles, bares, clubes nocturnos, discotecas, karaokes, clubes privados, cabarets...), el alquiler o el negocio inmobiliario de edificios y apartamentos utilizados en la industria, lo/as proveedores/as de comida, tabaco y bebidas alcohólicas que tienden a ser consumidos en grandes cantidades en el sector, los diversos segmentos de la industria turística (hoteles, empresas de transporte, guías turísticos), servicios de compañía, agencias que exportan mano de obra, médicos/as que practican chequeos regulares a las prostitutas, etc. Si incluimos a individuos tales como las/os limpiadoras/es, camareras/os, cajeras/os, vigilantes de aparcamientos, guardias de seguridad y demás empleados/as de los establecimientos dedicados al sexo, así como a los chulos, taxistas y otros intermediarios, el número total de personas que se ganan la vida directa o indirectamente con la prostitución sería de varios millones» (Lean Lim, 2004, p. 67).

habilidades. En esto último Coqueta fue enfática al precisar «Ya usted con un diploma allá es distinto porque con un diploma ya la reciben para trabajar en cualquier casa».

Entre mis once entrevistadas, Diana Marcela, quien migró a los 21 años, fue la única que en algún momento de su migración desempeñó una labor distinta al trabajo sexual. Ella logró obtener un permiso de trabajo a través de su pareja erótico afectiva, un italiano, quien se lo ayudó a gestionar. Fue con este permiso que Diana trabajó durante unos meses en una fábrica cosiendo un pantalón tras otro en una tarea repetitiva de cuatro horas diarias, retribuida a fin de mes con un salario que en los años noventa podía equivaler en Colombia a un millón de pesos. Ella se fue aburriendo de la fábrica porque, me argumentaba, con el trabajo sexual podía llegar a conseguir mucho más de eso en una noche. Aunque después de abandonar la fábrica mantuvo el permiso de trabajo, cuando «estaba viviendo una época de millón», una noche, mientras ofertaba sus servicios sexuales, un teniente la detuvo, le anuló el permiso de trabajo y le dijo—« este no es legal para prostituirse, usted está sin ir al trabajo tanto, tanto, tanto y va para Colombia »—.

Las leyes migratorias y la regulación del trabajo sexual en Italia cultivaron el campo para la persecución policial de las trabajadoras sexuales inmigrantes sin papeles, por su irregularidad en la estancia y por su actividad económica (Juliano 2002). Ante la promesa de los salarios más altos, el trabajo sexual se erigió como una buena alternativa pues, como explicaba en el capítulo tres, para las maricas el deseo de acumulación económica era importante en tanto este pudiera a su vez materializarse en símbolos y bienes que les procuraran un estatus entre sus pares, la aceptación, reconocimiento y cuestiones como concebir una vejez digna, además del gozo, el disfrute, el placer y la satisfacción que podía acompañar su acceso al consumo de diferentes bienes y servicios, pues como señala Oso (2008) a propósito de las mujeres que trabajan en la industria del sexo de los países de Norte, la migración de las travestis también está alimentada por unas lógicas de consumo establecidas en el marco del capitalismo global.

Ante otras opciones ofrecidas para migrantes, en un sector ocupacional segmentado con base en la condición migratoria, la nacionalidad, la clase, la etnia y el género (Hurtado, 2011), donde también podían ser llegar a ser explotadas, donde podían no gozar de mucho tiempo libre para otras actividades, donde tenían que enfrentarse también a la adaptación al idioma, al clima estacional, a la distancia de lo más conocido, a las costumbres y a la condición de irregularidad en la estancia, el trabajo sexual fue la actividad para la que ellas migraron. Coqueta explicaba esto diciendo

De todas maneras sigue igual y hablándolo a carta abierta todas las que vamos de acá de Colombia vamos es a prostituirnos allá, por allá no es que ninguna quiera ir a trabajar honradamente. Lo que le digo, ya las niñas pasadas de los cuarenta son las que ya cogen más conciencia. entonces va buscan un trabajo. que tienen sus documentos en regla. por

todas esas cosas, pero una niña de dieciocho a veinticinco a treinta años no va ir allá a hacerle oficio a nadie: si no lo hace para ella misma mucho menos se lo va a ir a hacer a nadie, eso es una mentira. Y pues la mayoría vamos a eso, a trabajo sexual, a ser trabajadoras sexuales.

El trabajo sexual era aquella labor que para las travestis con poca formación escolar y con un historial laboral de esquina en penumbra o de tijera en mano, resultaba más beneficioso: ingreso rápido y sin intermediarios cuando se ofrecía en calle, independencia de un jefe, manejo del tiempo, y pocos requisitos formales como educación y experiencia laboral (Agustín 2004). Esta decisión se puede leer como una estrategia de supervivencia desplegada en los circuitos de la economía informal o sumergida, a la que la mayoría habían sido vinculadas desde el *séxodo* familiar. Así, las travestis, a lo largo de su vida, habían desarrollado estrategias y habilidades en los márgenes de lo “formal”, lo “legal”, criminalizadas por la sociedad y el Estado, cuyo estigma, en ocasiones, era incorporado por ellas mismas, a espaldas de las desigualdades que naturalizaban su inscripción allí; como cuando Coqueta señalaba que a Italia ninguna iba a trabajar “honradamente”.

Si bien la migración para el trabajo sexual reproducía las relaciones de desigualdad y la naturalización de las travestis en estas actividades a nivel local/global, es allí donde, paradójicamente, estas encontraron la posibilidad de trascender la lógica de la inmediatez del trabajo ligada solamente a la satisfacción de necesidades urgentes y donde surgió la posibilidad de pensar-se en el futuro. Esta última no era una cuestión menor cuando la esperanza de vida o la probabilidad de una vejez digna de una travesti ha sido sumamente baja, como expresaba Marcela « allá yo no solo vivo al día y a la noche sino puedo pensar en un mejor futuro, no es solo trabajar para sobrevivir, yo creo que nadie trabaja solo para eso».

4.3. Los escenarios del trabajo sexual en Italia: la calle y los pisos de contacto

De mis entrevistadas, La Cinderella y Martha fueron las primeras en migrar en 1996. A estas las siguieron en 1997 Angelly, Suxy y La Japonesa. Luego, en 1998 migraron Coqueta y Yury y en 1999 lo hicieron Marcela, Lucy, Diana Marcela y Alejandra. Cuando estas aterrizaron en Italia, la ley que regulaba el ejercicio de la prostitución era la *Legge Merlin* n° 75/58, la cual entró en vigor en septiembre de 1958. Esta Ley que fue en principio una adhesión a *La Convención por la Supresión de la Trata de Personas y de la Explotación de la Prostitución Ajena*, adoptada en 1949 por la Asamblea General de las Naciones Unidas y ratificada por 72 Estados⁷⁷, puso en el centro de su normatividad la lucha contra el proxenetismo bajo el delito de explotación de la prostitución.

⁷⁷El convenio consta de 28 Artículos dispuestos para combatir « la prostitución y el mal que la acompaña, la trata de personas para fines de prostitución por considerarse estos incompatibles con la dignidad y el valor de la persona humana y poner en peliario el bienestar del individuo, de la familia y de la comunidad».

Con la Ley Merlin se prohibió el funcionamiento de casas para el trabajo sexual en cualquier lugar del territorio administrado por las autoridades italianas y se decretó el castigo con prisión de dos a seis años, más el pago de una multa, a quien tuviera bajo su propiedad, operación o administración una casa en la que se realizara cualquier actividad asociada a la venta de servicios sexuales o a quien facilitara, promoviera, reclutara o indujera su ejercicio. En relación específica con la trata, la Ley estableció el castigo de reclusión a cualquiera que indujera a una persona a desplazarse a un lugar distinto del de su residencia habitual con el fin de realizar trabajo sexual, o a quien se entrometiera para facilitar su desplazamiento. Lo anterior respaldado también por la Ley de inmigración Ley Martelli de 1990 y más adelante por la Ley Turco Napolitana de 1998 y Ley Bossi Finni en las cuales se imponían penas severas a las personas implicadas en el tráfico o explotación sexual de inmigrantes.

El cierre de casas, la persecución a la oferta y demanda de servicios sexuales y el *enfoque trafiquista* de la Ley que naturalizaba la asociación entre el desplazamiento para el trabajo sexual y la trata de personas con fines de explotación sexual, tuvo una repercusión violenta sobre las trabajadoras sexuales migrantes, quienes fueron producidas categóricamente como víctimas forzadas o engañadas por parte de redes de tráfico, trata, o explotación sexual (Solana, 2011) o como “cómplices” de su propia explotación (Oso, 2008). Bajo esta Ley, las redes de apoyo, a través de las cuales algunas migrantes habían viajado para realizar trabajo sexual, fueron clasificadas como redes delictivas aun cuando, como fue abordado en el capítulo 3, para todas las travestis [a excepción de Coqueta] las redes o personas que facilitaron el desplazamiento con información o dinero fueran asociadas más a lazos de amistad, solidaridad y ayuda que a formas administradas necesariamente a través del uso exclusivo de la fuerza, el engaño o la coacción. Como argumentan Martín, Miranda & Vega (2005), tras la calificación de los traficantes de personas, redes de trata o mafias se han invisibilizado múltiples vínculos que responden a las estrategias de empleo o las alternativas de supervivencia (Sassen, 2003) que las personas encuentran para insertarse en el mundo del trabajo⁷⁸ (Hurtado 2011).

La sanción de los espacios para el trabajo sexual llevó a las trabajadoras sexuales italianas a ocuparse principalmente en apartamentos, clubes y discotecas privadas, donde eran contratadas

⁷⁸ Como expresa Laura Oso (2008) citando Doezesma, en las leyes de extranjería cuando el destino del desplazamiento involucra el trabajo sexual, las redes migratorias son asociadas directamente a la “trata” y al tráfico de personas, sin embargo, esta asociación impide ver las múltiples organizaciones posibles que puede haber detrás de la etiqueta de la trata, pues como precisa la autora no toda la trata y el tráfico se organizan en torno al trabajo sexual y no todo el trabajo sexual se organiza siempre en relación con la trata y el tráfico. Por demás las corrientes migratorias orientadas por otros fines o la inserción laboral en otros trabajos como el trabajo doméstico, la agricultura, el cuidado de personas, por decir algunos, no han estado exentas de ser influidas por mafias, movilizadas a través del engaño, la criminalidad, la violencia y de implicar prácticas de explotación.

como artistas o acompañantes, lo que devino en una forma más subterránea del trabajo sexual para estas⁷⁹. Mientras que las trabajadoras migrantes mantuvieron la oferta y prestación de sus servicios sexuales en dos escenarios: 1) en las calles, donde se hacían excesivamente visibles tanto para los clientes como para las redadas policiales; y 2) en los pisos de contacto, donde debían afrontar cualquier tipo de riesgos solas debido a la prohibición de estos espacios según la Ley y al carácter clandestino de su funcionamiento.

En el trabajo sexual callejero, comentaba La Japonesa, cada marica debía buscar un espacio donde ofrecer y realizar sus servicios sexuales y defenderlo de quienes buscaban también ocuparlo. Mientras las autopistas y las carreteras eran los lugares donde con más frecuencia estas negociaban los servicios, la prestación de los mismos tenía lugar en zonas periféricas de las ciudades de provincia y en los automóviles de los clientes. Como a La Japonesa los automóviles le parecían muy incómodos, aprovechaba los viñedos de uva, los bosques y las arboledas a las afueras de las provincias para llevar allí a los clientes. En palabras de la propia Japonesa «se trabaja en carretera a las afueras de los pueblos donde usted ve monte, mamita, por ahí una que otra casa, donde el carrerío, uno se para en una división donde está el semáforo, se para uno así y posa». La Cinderella también advertía que se trabajaba «dentro del monte o donde botan las basuras o en los carros, en las máquinas de los hombres ». Como a ella el carro, al igual que a La Japonesa, le parecía muy incomodo, al llegar se apropió de un espacio a las afueras de Roma «entonces yo tenía mi monte, mi puesto, yo ahí no dejaba parar a nadie así me tocara agarrarme (...) pues allá cada una tiene su puesto, una misma cuida su puesto».

La oferta en calles y carreteras estaba organizada por zonas restringidas a las travestis de cada una de las nacionalidades que hacían presencia en las ciudades italianas. Como describía Marcela «había calle de peruanas, calle de colombianas, una sola para las brasileras, otra para las venezolanas, había de todo el mundo trans, hasta filipinas, japonesas y así se evitaban los encuentros y las peleas». De acuerdo con esto, las colombianas debían ubicarse específicamente en aquellos espacios que sus coterráneas se habían apropiado y que todas defendían de la irrupción de otras. A propósito de esto, Lucy contaba que: « hay de brasileras que donde uno llegue la cogen y le dan unas pelás, igualmente una plaza de colombianas donde llegue una brasilerá es el desquite».

Los pisos constituyeron otro escenario en el que algunas de mis entrevistadas prestaron sus servicios en algún momento de su inmigración. La oferta en estos se organizaba de manera distinta a la de la calle. De acuerdo con la descripción realizada por Vartabedian(2012) a propósito de los

⁷⁹ Según el informe de TAMPEP DE 1995 en algunas ciudades de Italia, había una serie de clubes en los que tenía lugar la oferta y demanda de trabajo sexual, estos, autorizados oficialmente, operaban bajo el pretexto de ser discotecas v escenarios de espectáculos. (TAMPEP. 1995).

escenarios de trabajo sexual de las travestis en España, sobre Italia también se puede afirmar que las travestis se emplearon, principalmente, en dos modalidades de pisos: los auto gestionados y los regentados por una tercera persona. Los primeros eran escasos y se trataba de apartamentos generalmente arrendados por alguna travesti que ya había logrado obtener los documentos de residencia o por grupos pequeños de trabajadoras que a través de algún arrendador, cliente, amigo etc., lograban hacerse a un piso pagando sumas elevadas. Los segundos pertenecían a alguien que subarrendaba las habitaciones a las trabajadoras y les cobraba un porcentaje de sus ganancias.

En los pisos autogestionados las travestis residían y además prestaban servicios sexuales a los clientes que las contactaban en la calle: en algunos casos, el arriendo era costeado por todas y sobre los ingresos obtenidos por cada una nadie ejercía ningún tipo de control. En otros casos, los pisos comprendían una estructura jerárquica según la cual la marica que detentaba el arriendo del lugar establecía las normas y recibía beneficios económicos y servicios domésticos de parte de quienes vivían con ella. Sin embargo, como Alejandra argumentaba, los apartamentos regentados por maricas era muy escasos mientras eran mucho más frecuentes aquellos como en los que ella trabajó. Estos pertenecían a italianos, pues según comentaba Alejandra «era más común que los apartamentos estuvieran a cargo de residentes italianos que tenían clandestino, porque como la prostitución es ilegal siempre era clandestino todo».

Mientras Alejandra, Lucy y La Japonesa consideraban que trabajar en pisos era más seguro que en la calle, donde carecían de condiciones mínimas para la higienización del cuerpo tras la atención de cada cliente, por la constante persecución de los policías y por los riesgos que implicaba la calle en sí misma: ladrones, transeúntes transfóbicos o xenófobos y homicidas, Coqueta, La Cinderella, Marcela y Angelly pensaban que en los pisos cualquiera podía estar también expuesta a riesgos porque, como explicaba Marcela, «usted por allá sola qué va a saber quién puede llegar, la coge sola, le hace algo y ¿quién se dio cuenta?». Además estas últimas reiteraban que si preferían la calle a los pisos era porque en esta tenían la posibilidad de trabajar por cuenta propia, definir el tiempo de trabajo, el número y el tipo de clientes, además de negociar los servicios que estaban dispuestas a ofrecer.

En los pisos el cliente pagaba por el tiempo que quisiera pasar con la trabajadora y no por cada servicio, como era propio del trabajo en la calle, lo que para algunas resultaba mucho más provechoso. Sin embargo, los arrendadores y arrendadoras cobraban un alto precio a las travestis o mujeres cisgénero trabajadoras sexuales, muy por encima del valor promedio que cobraban a otras personas por el mismo lugar, argumentando que este costo compensaba el riesgo que asumían por permitir la realización de servicios sexuales en el inmueble, aun con la prohibición explícita de la ley sobre esto.

Si en la calle las trabajadoras se encargaban de establecer el contacto con los clientes, acordar los términos y costos de los servicios, en los pisos quienes arrendaban se encargaban de mediar el contacto entre trabajadoras y clientes. Estos o estas hacían la publicidad principalmente en periódicos, ya que para poder poner los anuncios había que contar con un código fiscal –*codice fiscale*– que detentaban solamente los residentes. También se encargaban de proveer el apartamento de lo necesario para que las maricas no tuvieran que salir en ningún momento. Así evitaban levantar sospechas entre vecinos o habitantes del sector. La suma exigida por el espacio para trabajar (generalmente también para vivir), la comida y la publicidad, era del 50%, 60% o hasta 70% de las ganancias de cada trabajadora. Esta circunstancia era considerada por, algunas, como declara Alejandra, como «siempre costoso, siempre se aprovechaban de eso», de su condición de inmigrantes sin papeles y de la normatividad sobre su actividad económica.

Mientras en los pisos la seguridad y la evasión de la policía eran asuntos que debían procurarse las trabajadoras mismas, en la calle, algunas veces, estas pagaban protección a algunos migrantes que permanecían en las zona, vinculados en algunos casos al trabajo sexual de mujeres cisgenderistas de varias nacionalidades. Las maricas pagaban también a algunos policías quienes les avisaban de antemano sobre los días de las redadas.

Así como en las calles el desplazamiento de una zona a otra era una estrategia del trabajo para eludir las redadas, el traslado continuo de domicilio era una estrategia frecuente de los arrendadores para evadir la eventualidad de una denuncia realizada por residentes del sector. Si en las calles las maricas estaban expuestas a la vigilancia y control policial, en el espacio privado de los pisos quedaban en riesgo de ser denunciadas ante la policía por parte de vecinos. Además, en los pisos, el sistema de rotación de trabajadoras era promovido por los mismos dueños de los negocios para renovar la oferta cada uno o tres meses. Como sucedía generalmente en las calles, a los pisos las maricas llegaban por medio de alguna amiga o conocida, así entre trabajadoras se iban tejiendo redes de contacto en la medida que cada una se trasladaba de provincia en provincia e iba conociendo nuevos escenarios para trabajar.

Las maricas generalmente planeaban sus horarios y lugares de trabajo de acuerdo con las estaciones del año. En verano, la mayoría se desplazaba hacia las playas, destino turístico de la época para varios italianos, extranjeros y trabajadoras sexuales; mientras en invierno, algunas trabajaban en la calle a merced de los intensos fríos que en muchas ocasiones perjudicaron su salud, otras buscaban la posibilidad de trabajar en pisos. Alejandra, por ejemplo, quien primero trabajó en las calles de Milano y en cinco Provincias del Véneto al noreste de Italia, aprendió el idioma para trabajar durante el invierno en apartamentos y poder desenvolverse bien por teléfono cuando los clientes la contactaban. Mientras en el verano, ella salía a trabajar entre las doce de la noche y las seis de la mañana a las calles, en invierno, por el frío, buscaba trabajar en algún piso

porque afirmaba –«el invierno es muy cruel para trabajar en la calle, podía enfermarme, me dio miedo y comencé por las casas, aprendí un poco más a contestar el idioma, entonces ya comencé todo el norte de Italia, hasta que me devolví».

En los apartamentos, por su carácter clandestino, las maricas soportaban la soledad y el encierro. Según manifestaban las que habían trabajado en estos, allí debían mantenerse confinadas para evitar que alguien pudiera advertir su presencia, debido a que, como explicaba Alejandra –« como era inmigrante cualquier vecino, cualquier individuo me podía echar la policía»–. Y si bien en los pisos era muy difícil sobrellevar la soledad porque, decía Alejandra, –«se deprime uno (...) porque pasan veinte días sola en un apartamento, no te puedes asomar ni a la puerta de la ventana porque el vecino ya echó a los de migración,(...)» opinión en la que todas las que trabajaron en pisos coincidieron, en las experiencias de ella y Lucy tener que pasar de trabajar en pisos para volver al trabajo en la calle significó la decisión del retorno a Colombia.

La Japonesa también trabajó una temporada en pisos, pero esta aunque tenía la orden de no salir a la calle, intercalaba su trabajo entre los clientes que llegaban al apartamento y los que ella conseguía en sus escapadas a la calle. Gracias a una amiga, ella había conseguido el contacto de un napolitano, quien le arrendó con la condición de que a la calle no saliera nunca, este le dijo –« no salga que yo le mantengo todo acá para que mantenga encerrada»–. Sin embargo, La Japonesa explicaba –«usted sabe que una encerrada en una apartamento también se mama»– , entonces, – «yo me entaconaba, mijá, y me ponía regia y todo y me bajaba y me paraba ahí, de pie ,a la entrada del edificio me hacía mis cuadros, mis dos, tres máquinas y después ¡rum! me subía pal apartamento»–. Aunque La Japonesa tenía que pagarle al napolitano la mitad de sus ingresos, el dinero que se ganaba contactando a algunos clientes en la calle lo reservaba para ella sin decirle a nadie: pues argumentaba–«no crea que yo iba a ser estúpida que le iba a dar la mitad, mi amor. Yo si me hacía veinte al rato yo le decía que me había hecho dos. ¡Eh claro! yo no era boba»–.

Las que trabajaron en apartamentos debían mantenerse todo el día disponibles para el trabajo – «dos, tres, cuatro, cinco de la mañana levantarse a atender los clientes porque si llegan a esa hora no puedes dejar pasar tampoco»– manifestaba Alejandra. El “contrato” de permanencia en el piso variaba mucho de una experiencia a otra: en el caso de Alejandra fue de un mes en cada apartamento y para La Japonesa de seis meses. Lucy permaneció tres meses en dos ocasiones distintas, no por las estaciones, sino porque ella intercalaba el trabajo de calle en Roma con el trabajo en un piso de contacto en Suiza donde le renovaban las visa en periodos intercalados de tres meses.

Lucy, a diferencia de La Japonesa y de Alejandra, quienes trabajaron en un apartamento sin compañía de ninguna otra trabajadora, trabajó en un Palacio (*palazzo*) que ella definía como «un

edificio de prostitución de niñas latinas. Allá [en el apartamento] había mujeres dominicanas, brasileras, venezolanas, panameñas y el señor aceptaba cuatro travestis como por muy, muy a escondidas de las autoridades de allá». Lucy estuvo en dos ocasiones en Suiza trabajando en el piso, tres meses cada vez, y en los intermedios se desplazaba a Roma a trabajar en las calles. En Suiza tenía un cuarto con baño privado donde vivía y atendía a los clientes. Por este pagaba el equivalente a dos millones de pesos colombianos de la época, suma que ella sabía era alta por su condición de trabajadora sexual migrante pero que, sin embargo, consideraba justa –«Sino fuéramos trabajadoras sexuales no valdría sino 100 dólares, en ese tiempo, entonces sí, nos explotaban, pero había para él [refiriéndose al arrendador] y para nosotras también ¿sí? »–.

No obstante, cuando Lucy se desplazaba hacia Italia, específicamente a Roma, para trabajar en la calle, la dificultad de disponer de un espacio para el aseo o la higiene personal después de atender cada cliente, excedía lo que ella creía poder soportar mientras esperaba los tres meses que la harían volver a Suiza. Para ella, quien se imaginaba que el trabajo sexual en Italia era igual que en Colombia «que puede una entrar al menos a una residencia» la diferencia entre el trabajo realizado en la calle y aquel realizado en un piso, más que el tiempo para la realización de los servicios y la ganancia, estaba en el cuidado de su cuerpo y en tener que estar «en estos rastros semidesnuda (...) con todo esos riesgos, no, y llegaba la temporada de invierno otra vez la nieve, el frío. Todo eso, entonces tomé la decisión: no más que yo en Colombia no tengo riquezas pero tampoco tengo la necesidad de estar yo... ». Lucy fue, entre mis entrevistadas, la que menos tiempo permaneció en Italia, a los once meses de su migración se devolvió para Colombia porque no quería realizar más trabajo sexual callejero.

4.4. De la explotación y la autoexplotación laboral en la realización del trabajo sexual

Aunque todas las maricas que entrevisté sabían que llegarían a realizar trabajo sexual y aunque todas lo habían realizado ya en algún momento de su vida, como argumenta Laura Agustín (2000) que alguien conozca algunos tipos de trabajos sexuales en su país y las condiciones asociadas a estos, no significa que sepa de antemano cómo se va a sentir realizándolo en las condiciones que encuentre en el destino« El trabajo sexual que los migrantes han hecho o visto en casa puede tener muy poco en común con lo que ellos esperan en Europa⁸⁰» (Agustín, 2006, p. 36). Sobre todo cuando se trata, como señala esta misma autora, de formas de trabajo sexual que pueden entenderse como «industriales» por las modalidades, tiempos, escenarios, servicios y condiciones que implican.(Agustín, 2000, 2007)

⁸⁰ La traducción es mía, en el original: «It can be argued, however, that 'knowing beforehand' is a poor measure of exploitation and unhappiness, since it is difficult, if not impossible, to know what working conditions will feel like in future jobs (a characteristic not limited to sexual labour). The sex jobs migrants might have done or seen at home may have little in common with what they are expected to do in Europe» (Agustín, 2006, p. 36).

Cuando las travestis migraron ya cansadas de tanto correr en Colombia a causa de los vecinos chismosos, los matones a sueldo, la guerrilla, el ejército, los paramilitares, los policías, las detenciones arbitrarias que restringían su libertad de circulación y el constante patrullaje a sus cuerpos, no imaginaban que a Italia llegarían a seguir corriendo: de los vecinos que las podían denunciar; de las trabajadoras sexuales u otros agentes que controlaban las plazas usando la violencia; de los migrantes reconocidos en las zonas de trabajo por asaltar y golpear a las travestis; de los transeúntes transfóbicos o xenófobos. También de los casos de desapariciones y asesinatos y de los policías quienes, al patrullar sus cuerpos previamente marcados como peligrosos o indeseables, ejercían sobre estos el control de los estados fronterizos y la seguridad pública. Como argumenta Rubin (1989) para transexuales, travestis, fetichistas, sadomasoquistas, trabajadores del sexo, quienes se consideran parte de la «chusma sexual» o de «las castas más depreciadas» dentro de un sistema jerárquico de valor sexual que estima la heterosexualidad, la reproducción, la monogamia y el matrimonio, «el sistema sexual es una pesadilla kafkiana, en la que las desgraciadas víctimas se convierten en rebaños humanos cuya identificación, vigilancia, detención, trato, encarcelamiento y castigo producen trabajo y autosatisfacción para miles de policías antivicio, funcionarios de prisiones, psiquiatras y trabajadores sociales (Rubin, 1989, p.159)»

Aunque, como señalaban Pia Covre y Carla Corso en el informe TAMPEP de 1999, el trabajo sexual de calle y la oferta de servicios sexuales ejercidos de manera independiente había estado en Italia, hasta el año 2008, fuera de toda normativa, las personas que realizaban trabajo sexual en este país se encontraban en una situación de “semiilegalidad” (Covre & Corso, 1999). Si bien las trabajadoras sexuales eran en cierta medida toleradas, la industria tendió a mantenerse en la clandestinidad, lo que aumentaba la posibilidades de explotación y autoexplotación laboral de las trabajadoras y empeoraba sus condiciones de trabajo.

Mientras las migrantes adoptaban jornadas extenuantes de trabajo sin descanso, produciendo, como indica Preciado (2008, p. 217), placer masificado para los países ricos, seguían siendo igual de estigmatizadas y marginadas de su condición de ciudadanas en el destino, sin derechos ni garantías laborales, sin posibilidad de organización política. La normatividad en torno a la prostitución, a la migración y a la seguridad pública, operaban como un tecnología gracias a la cual la mano de obra de las travestis, su capacidad de generar placer, excitación y bienestar, «fuerza orgásmica» o *potentia gaudendi* en palabras de Preciado (2008), era fácilmente utilizada para beneficiar a múltiples sectores; mientras tanto estas ofrecían sus servicios en condiciones de riesgo para su salud y sometían sus cuerpos a jornadas agotadoras. Además rivalizaban entre ellas, se escondían y temían a las redadas y a los abusos policiales y se exponían a situaciones de explotación por parte de otros agentes que, a pesar de no ser descritos precisamente como proxenetas, chulos, tratantes o traficantes, sacaban provecho económico de estas y otras

trabajadoras sexuales migrantes, valiéndose de la situación de vulnerabilidad facilitada por las mismas políticas restrictivas sobre migración y prostitución, hechas bajo la premisa de defender a las migrantes (principalmente aquellas en situación de irregularidad) de la trata y la explotación sexual.

A continuación, abordo algunos de los casos de «paponaje» o de participación de *Pappones* – término italiano que traduce chulo o proxeneta– a los que las travestis hacen referencia para hablar de los policías, de los arrendadores, de algunos migrantes extranjeros y de travestis colombianas quienes obtenían beneficios económicos del trabajo que ellas realizaban, en un ejercicio cercano a la explotación. También introduzco una breve reflexión sobre lo que percibí en los relatos bajo una forma de autoexplotación, pues si bien, ha sido la explotación por terceros la que se evidencia con frecuencia en las reflexiones sobre el trabajo de las personas migrantes trabajadoras, lo cierto es que la normatividad en torno a la prostitución y a la migración, junto con el peso de lograr una migración “exitosa” propició un ambiente de exigencia para varias de mis entrevistadas quienes por temor a ser deportadas se vieron avocadas a trabajar hasta el cansancio alcanzado, algunas veces, estados depresivos. Estos casos no caben dentro de una interpretación en el sentido tradicional de la explotación laboral o sexual, sujeta a una coerción externa. Así, la optimización del trabajo propio en este caso es enunciado en términos mismos de algunas de mis entrevistadas, como decía Martha, bajo la forma de una «esclavización propia», «una carrera a contrarreloj» que las lanzaba a trabajar «cada día como si fuera el último».

La Autoexplotación: entre el miedo a la deportación o al fracaso migratorio:

El mismo día que pisaron por primera vez suelo italiano, Martha, La Japonesa, Marcela y Alejandra comenzaron a trabajar. Cada una buscó o recibió de las otras la ropa para arreglarse, el maquillaje, las indicaciones sobre las zonas de trabajo y las palabras básicas para saludar y cobrar a los clientes. Sin más, dependiendo de la estación climática de llegada, cada cual salió *al ruedo* a hacerse con el frío o el calor extranjero, con las desconocidas calles y con el mayor número de clientes que fuera posible. Con tanta deuda o sueño por realizar a cuestas, la mayoría señalaba que habían pocas probabilidades de descanso: «no se puede descansar», me decía La Japonesa «tenía la deuda, Mami, y es que allá no la dejan a una descansar». Así pues, tras doce o veinticuatro horas de viaje, como La Japonesa describía, había que llegar a «pegarse un baño y ya irse montando peluca, ya irse montando pestañas y todo, y ya salir al ruedo a producir».

Detenerse y descansar, reponerse y verse a sí misma, es como señala Marisa Belausteguigoitia (2009) un derecho que las y los migrantes generalmente no tienen, a menos que sean “detenidos” en un Centro de Detención o se enfermen. El derecho a descansar puesto sobre la mesa en el

debate sobre las Leyes Revolucionarias de las Mujeres,⁸¹ por quienes describían el paso de sus horas limpiando, alimentando, lavando, es un derecho que también se pone en duda en la migración de las maricas trabajadoras sexuales. Si bien, estoy de acuerdo con Agustín (2003) al considerar que el turismo y la búsqueda de placer no solo son algo que hagan las personas de los países “desarrollados” y aún en el caso de las trabajadoras sexuales y de otros migrantes su inmigración esté acompañada de momentos de ocio y diversión, la condición de migrante irregular latinoamericana travesti y trabajadora sexual de cara a las políticas de migración, seguridad y lucha contra la explotación y el proxenetismo, imponía una carrera contra el tiempo que no trazaba el mejor panorama para que las travestis pudieran dedicarse a trabajar y a disfrutar de su estancia en Italia.

Las travestis con las que trabajé descansaban poco. Y no lo hacían porque estuvieran sujetas a una forma de esclavización, explotación o trabajo forzado por parte de un tercero fácilmente identificable en un/a proxeneta o una red que las obligara realizar horas extenuantes de trabajo. A pesar que ellas podían regular sus horarios, adoptaban jornadas de trabajo extenuantes en una suerte de “autoexplotación”, deseando poder adquirir en Colombia algunas propiedades o un ahorro para la vejez que ninguna ocupación en este país les ofrecía si decidían retornar o eran de repente deportadas.

Alejandra decía que en Italia «nunca había un día libre, no, no se podía, un día libre costaba mucho», por esta misma vía La Cinderella afirmaba que a ellas si les tocaba «meter el culo de domingo a domingo (...) era tanto la esclavitud del trabajo que se agota el cuerpo, se agota la maquina, usted sabe que nosotros somos una maquina, el cuerpo se nos va acabando». Pero mientras La Cinderella y Coqueta aprovechaban el mes de agosto para descansar, viajar al mar o conocer otros países, pues en este mes se celebraba *ferragosto*, época en Italia para vacacionar en las playas o en la montaña; Lucy consideraba que el tiempo de descanso era cuando el cuerpo le gritaba «¡no más!, ¡déjame dormir!» y ella se quedaba durmiendo ese día «tratando de recuperar sueños que nunca se van a recuperar porque la noche que se va eso es una mentira que se recupera» además Lucy argumentaba:

allá no hay ni domingos ni festivos para uno, allá el trabajo bajo la nieve y bajo lo que se sea tocaba salir a trabajar (...)vacaciones para los europeos, para nosotras no, antes es la época

⁸¹La Ley Revolucionaria de las Mujeres reivindicada por la mujeres indígenas zapatistas fue publicada el primero de enero de 1994, aunque el artículo en el que ellas reclamaban el derecho a descansar no fue tenido en cuenta en el texto final, queda en la historia la voz de la indígena que en el debate de la Leyes se levantó y dijo “No vamos a poder hacer nada si no nos permitimos descansar, nos levantamos a las cuatro de la mañana y no nos acostamos hasta después de haber limpiado, alimentado, lavado, eso no es antes de las doce de la noche, quiero solicitar que en esta Ley Revolucionaria se incluya el *derecho a descansar*” (Marisa Belaustequioitia. 2009. p. 151).

de más trabajo porque ellos no tienen compromisos laborales, ni de horarios, tienen su dinero que han ahorrado (...)entonces es el tiempo de bonanza para las trabajadoras sexuales.

Si bien, la escasez del tiempo de ocio, las condiciones precarizadas de trabajo, la eventualidad de la deportación y el afán por conseguir ingresos suficientes para cumplir con las expectativas propias y ajenas no fue [ni es] exclusiva de los inmigrantes, ni de las travestis trabajadoras sexuales en particular, la carrera “a contrarreloj”, como expresaba Martha, por mejores condiciones de vida, cobraba un marco particular para las trabajadoras sexuales sin papeles en relación con la normatividad de inmigración y prostitución vigente en Italia. Ya que debido a la condición irregular de la migración, la permanencia y el trabajo en Italia siempre eran inseguros, cuestión que las redadas se encargaban de recordarles todos los días.

Arrendadores y policía, el paponaje italiano:

De acuerdo con los relatos de las travestis, las prácticas de abuso y explotación fueron protagonizadas principalmente por arrendadores y agentes del orden quienes coaccionaban y chantajeaban en general a todas las trabajadoras sexuales, y especialmente a aquellas ubicadas en los sectores más marginados, como lo eran las trabajadoras sexuales migrantes, más cuando estas se encontraban en una situación de irregularidad en el país (Hurtado. 2011).

Los arrendadores, como señalaba arriba, sacaban provecho del trabajo de las travestis cobrando por el arriendo de los lugares en los que están vivían o en los pisos donde trabajaban, sumas muy superiores a las que solían pedirle a las personas con ciudadanía italiana. Como Don Kulick (1998) también describe en su investigación, los propietarios de habitaciones cobraban a las travesti tarifas altas, les quitaban el alquiler sin previo aviso y mantenían las habitaciones en mal estado, en sus palabras «Los propietarios saben que pueden seguir exprimiendo a las travestis y muchas de las otras personas quienes viven en la zona, porque la mayoría de esas personas no tienen posibilidad de ser aceptadas como inquilinas en otras partes del centro de la ciudad»(Kulick, 1998, párr.10)⁸²

Si bien, como argumenta Piscitelli (2008), este tipo de “contratos” no se restringen a inmigrantes de una nacionalidad en particular ni al trabajo en la prostitución, son pactos que se convienen valiéndose de la desigualdad de poder que es efecto de la propia legislación. En los casos de las trabajadoras sexuales migrantes, la ley de migración y la ley sobre prostitución restringían su acceso a una vivienda y a realizar su trabajo de manera abierta: el obstáculo para tomar por cuenta propia

⁸²La traducción es mía, en el original: «Landlords know that they can continue squeezing travesties and many of the others who live in the area because most of those people stand almost no chance of ever being accepted as tenants in other parts of the city center» (Kulick. 1998. párr. 10).

un espacio generaba las condiciones para que quienes pudieran acceder o tuvieran en su propiedad este, sacaran provecho y extrajeran rentas de lo que resultaba una desventaja para las travestis.

Como afirma Agustín (2004,) a propósito de sus investigaciones, es más común encontrar que las trabajadoras sexuales se quejen del abuso de otros actores y del maltrato o de la explotación policial que de los clientes o la existencia de proxenetas. Corso y Covre (1999) denunciaban que la lucha contra el proxenetismo, bajo el delito de explotación de la prostitución de la *Legge Merlin* n° 75/58 junto con las Leyes de inmigración, desplegó a lo largo de la década de los años noventa una ola de represión contra las trabajadoras sexuales inmigrantes y los clientes. Las primeras, según Covre y Corso (1999), fueron el foco de redadas y órdenes de expulsión, mientras los clientes eran multados al ser hallados en vía pública negociando con las trabajadoras sexuales y amenazados de recibir la multa en casa si se negaban a pagar. Durante estos episodios de aplicación de la ley las autoras denunciaron casos en los que la policía confiscó el dinero de las trabajadoras declarándolo ilícito por provenir de un trabajo ilegal en el marco de una estancia irregular. (TAMPEP, 1999). Corso expone haber elaborado y publicado junto con otras trabajadoras sexuales y activistas un documento manifestando su oposición a las medidas represivas de los alcaldes y a las acciones de los policías⁸³.

Coqueta confirmaba los casos de confiscación y de extorsión de parte de agentes policiales hacia las maricas migrantes. Para ella, las prácticas de maltrato y extorsión eran desplegadas por los policías, aprovechando su posición de poder y la vulnerabilidad de las travestis, no tanto para dar cumplimiento a la normatividad sino por las represalias que tomaban contra ellas por la rabia que les producía que ellas, como migrantes y maricas, obtuvieran mayores ingresos que ellos: «se ofenden porque tu ganas mucho más que ellos (risas) entonces eso es un dolor para ellos ». Coqueta explicaba « te cogen una noche –la ver, deja ver la bolsa!– uno le abre el bolso, y verle un millón, millón y medio de liras al momento o de euros (...)-¿Cómo así, usted gana todo eso? ¿y yo como policía tengo que trabajar un mes?-»

Angelly, por su parte, describía la situación de la detención: «como decir acá ir a la UPJ, por allá más cachezudo». Aunque la detenían unas horas, le tomaban huellas y la soltaban semidesnuda lejos de

⁸³En palabras de las activistas «Estas leyes son la causa fundamental de prácticas represivas que afectan a los clientes en un grado mucho menor de lo que afecta a las mujeres inmigrantes, quienes, después de todo, en muchos casos, ya han sido víctimas de la trata. Esta realidad está en un marcado desacuerdo con la charlatanería moral con fines evasivos de cierta periodista de prensa que engañosamente argumenta que estas leyes son una bendición, ya que afectan principalmente al cliente. Sin embargo, en aquellas ciudades donde se han aplicado las leyes, el número de expulsiones perentorias y el número de mujeres extranjeras que han sido llevadas hacia las fronteras es tres veces mayor que el número de clientes que han sido multados. No sería una exageración hablar de una operación verdadera y propia de limpieza étnica que las autoridades comunales han instigado en complicidad con la policía. En algunas ciudades la policía se ha involucrado incluso hasta apoderarse de los condones que los equipos móviles de intervención que operan en las calles han distribuido como una medida de reducción de daño» (TAMPEP, 1999. p. 87).

su vivienda, ella salía contenta porque no la devolvían para Colombia. Sin embargo, Angelly declaraba que era común que en las detenciones ellas les tuvieran que prestar servicios sexuales a los policías, sin remuneración, para que no las deportaran: «cuando me pillaban, me tocaba dárselo, gratis, y yo para que no me cogieran... Bueno, eso, pero no me pagaban ni nada».

«La adrenalina que se vive allá es terrible» decía Marcela, «la adrenalina es de todas las noches porque tú tienes que estar pendiente mirando para lado y lado que no vaya a caer la policía y le eche mano a uno». Ella se recordaba «entaconada y así empelota acurrucada en el jardín de la iglesia como a las tres de la mañana » durante varias redadas policiales porque trabajaba cerca de una iglesia y cada vez que llegaba la policía saltaba junto con otras la verja « y ¡pam! allá íbamos a caer a las matas hasta que una vez los curas se dieron cuenta y ya ellos nos llamaban la policía también».

Alejandra decía que había que esconderse debajo de los carros y subirse a los árboles porque cuando se trabajaba en calle la policía las «molestaba» mucho. Ella comentaba que «habían ocasiones que antes de las estaciones le tocaba a uno tirarse de los trenes, mejor dicho, hacerse invisible, porque los controles siempre son grandes en las ciudades así, en las estaciones de tren». La Japonesa, por su parte, expresaba que ante las redadas policiales ella volvía a sentirse como en Colombia, pero mientras consideraba que en Italia no la maltrataban tanto «Ellos lo llevan a uno a *caserma* ¿sí? y le miran el pasaporte, la tienen dos o tres horas a uno y después la sueltan». Marcela describía su experiencia de manera distinta:

Allá nos toca también duro, allá a las trans también nos tiran durísimo. A las trans nos tiran durísimo en extranjería siempre todo. Porque la llevan a una así empelota Mami, la pasan por enfrente de esas colas de extranjeros que están haciendo papeles, la pasan a una a reseñarla, a tomarle las fotos, así empelotas con las tetas afuera y de todo. A mí me tocó una vez, me soltaron pero un verano me cogieron y a mí la hora de salida, allá son diecisiete horas de la *questura*, y la hora de salida me tocaba a mí como a las tres de la tarde en ese sol de ese verano y yo en meros calzones. No tenía más puesto porque como era verano no nos ponemos abrigo ni nada, una deja los abrigos en la casa de una amiga que viva cerca para ya irse a cambiar pa irse pa la casa. Y me llevaron así y me tocó un paseo por el frente de una fila de extranjeros. Fuera de eso me tocó salir a las tres de la tarde así, subirme a la metro. Una señora me regaló un saquito, una italiana, porque yo estaba esperando el metro y lloraba.

Aunque las condiciones de trabajo en Italia variaban de acuerdo con la ciudad o provincia, y con ello las relaciones entre maricas en cada lugar, una idea generalizada en los discursos de todas mis entrevistadas es sintetizada por Coqueta, al contar que «allá entre las colombianas la guerra era más grande todavía, porque la que más harina tiene más harina come, mi amor». Esto implica que en Italia las relaciones de competencia y rivalidad se intensificaban pues cada cual estaba, en última instancia, bajo condiciones similares buscando alcanzar el máximo beneficio y lograr cada uno de los objetivos por los cuales había decidido migrar. Esto en un mercado donde la incertidumbre reinaba dada la variedad de trabajadoras ofertando sus servicios y la posibilidad de ser detenida en cualquier momento.

Entre las travestis colombianas había en Italia una jerarquía basada en el tiempo y condición de la estancia. Si bien, como Lucy manifestaba, en cada nueva provincia las maricas siempre buscaban las zonas donde se encontraban las colombianas, ya que –«uno siempre hace su círculo entre sus paisanas y trabaja entre sus paisanas»–, entre las antiguas y las recién llegadas y entre las documentadas e indocumentadas las dinámicas de competencia, rivalidad y riñas laborales por los espacios de trabajo, clientes y ganancias fueron comunes a lo largo de la experiencia migratoria .

Al principio, me explicaba Alejandra, las travestis se valen de muchas prácticas para obstruir el trabajo de las recién llegadas: «vienen las habladurías para que uno se vaya, son personas violentas, quieren agredirla a uno. Hay unas ya con documentos que quieren llamar a inmigración, tú sabes, la rabia de que no haya trabajo, comienzan los conflictos». Esto lo reafirmaba Marcela, quien comentaba que «unas demasiado envidiosas, las que llevaban ya muchos años allá, que tenían en ese entonces ya documentos italianos» le habían hecho «la vida imposible» como cuando se quedó sin documentos y le enviaron la policía migratoria a los lugares donde se paraba, esperando que la deportaran.

Haber «abierto plaza», llevar un tiempo considerable en Italia o detentar una estancia regular, era aprovechado por algunas maricas para hacerse a una posición de liderazgo y dominio entre las trabajadoras sexuales. Sin embargo, en el mercado del trabajo sexual la “novedad”, de acuerdo con Laura Oso (2008), era [y sigue siendo] atribuida de valor en sí mismo. Así, la rotación constante de las travestis por las calles de diferentes ciudades y provincias formaba parte de las estrategias que estas utilizaban para aumentar las posibilidades de atraer más clientes. El efecto “recién llegada”, que como Oso(2008) argumenta, podía convertirse en el mejor atributo para tener éxito en el mercado, contrarrestaba lo que Vartabedian (2014) denominaba el efecto «cara quemada» resultado de permanecer en una zona durante mucho tiempo.

Prácticas como la denuncia de las sin papeles por parte de las documentadas; la atribución de enfermedades de transmisión sexual a las recién llegadas o a las más cotizadas. a oídos de los

clientes; la tergiversación de las traducciones, para que quienes no manejaban aún el idioma llegaran a pésimos acuerdos sobre los precios y los servicios con los clientes, fueron generalmente utilizadas por las travestis antiguas. Esto, ya fuera, como explicaba Lucy, «pa reírse, por la maldad» o para compensar algo inevitable dentro la oferta de servicios sexuales: la depreciación de los servicios ofrecidos por las antiguas ante la renovación constante del personal. Esto último lo señalaba Alejandra diciendo: –«igual uno llegando de nueva siempre es dura la competencia para ellas, le baja el trabajo a ellas porque ellos ya cansados de ver las mismas y llega un personaje nuevo y quiere probar, entonces se baja el trabajo».

Pappone, un término italiano que en castellano se refiere al proxeneta o “chulo”, comúnmente utilizado por las maricas para designar a algunos agentes quienes según estas extraían algún beneficio abusivo de sus ingresos, era en ocasiones usado para referirse a algunas travestis. Estas según mis entrevistadas, ya fuera por el conocimiento del idioma, la experiencia en las dinámicas propias del trabajo sexual en Italia, el tiempo de estancia, la documentación regular o el liderazgo de lo que Vartabedian (2013) denomina «la geografía del espacio sexual callejero», cobraban una especie de “impuesto” a quienes quisieran u ocupar su área de dominio o beneficiarse de algún tipo de favor particular que estas pudieran ofrecer (información, dinero, ayuda en alguna situación, protección, entre otras), que es similar a la figura de *las madres* en Colombia

Sin embargo, el “impuesto” que cobraban esta travestis no consistía, necesariamente, en un tipo de cuota regular de carácter coactivo. Como Diana Marcela señalaba el “impuesto” podía ser, en sus términos, un «préstamo-ganancia», es decir, un interés extraído, por ejemplo, del dinero suministrado a quienes deseaban viajar y por el cual se cobraba un interés considerable. En este sentido, para las travestis el “impuesto” podía ser la retribución que esperaba cualquiera que hubiese puesto a favor de otra su capital social, simbólico o económico. En consecuencia, en algunos casos, el impuesto que cobraban algunas era la retribución a algo concebido por ambas partes como un favor o una ayuda. En palabras de Diana Marcela «el impuesto es casi siempre una liga que usted no ve como impuesto: usted me presta una ayuda y yo le devuelvo algo, esa es una especie de liga me imagino yo ¿no?. Claro que si uno lo ve a lo otro, pues es un impuesto».

Liga es un término común entre las travestis para referirse al tributo con el que se paga o gratifica algo. Si bien es más frecuente que este tipo de transacción se realice a travestis con más edad, estatus, dinero, también sucede entre pares. La *liga* comprende un gran número de intercambios económicos y simbólicos; y puede estar asociada, en el relato de cada travesti, con la figura del proxeneta como alguien que extrae abusivamente beneficios económicos del trabajo de ellas o con la imagen de la *madre*, quien por su amparo recibe presentes de sus protegidas. Su cobranza puede abarcar el uso de la violencia, la intimidación y la coacción o puede ser significada como una

retribución que se hace con amor y gratitud. Diana Marcela hacía un análisis sobre el significado de la liga en los siguientes términos:

La liga pues no sé si todos estamos de acuerdo, la liga... no y es en plural, es como una donación, algo que uno quiere regalar (...) o de pronto es como impuestos, de todas las formas, u otras por la energía, por los favores, por la solidaridad. Impuesto, lo digo yo que, por ejemplo, la que más sabe a la más novata le puede decir –hola, dame la liga– y es porque necesita o de pronto puede ir por la energía o por atracar. Es que son... lo que decías vos, hay muchas formas de ver algo desde puntos de vista diferentes. Otra liga que nace con amor y toma... toma la liga. Pues es que es en diferentes... mi amor, en diferentes estilos. Vea, hay personas que lo cobran directamente, otras con un regalito, como dicen en francés –*cadeau pour la mère*– o sea, un regalo para la madre, pues supuestamente cogen y discretamente... queda uno ¿cómo le explico? comprometido. Pongamos en el momento no están cobrando nada pero como está funcionando el dinero, a la persona le gusta un regalo y uno se lo da, se paga un impuesto, eso es pagar impuesto digo yo, a pesar de que uno muchas veces lo hace es con amor ¿si me entendés? (...) De pronto de agradecimiento o también el impuesto de como se usa acá que tenga le regalo dos mil o cinco mil pesos, tenga la liga, o sea, ¡jaz! pelada tenga la liga. Hay personas que por ejemplo uno dice – tenga doscientos pesos, la liga– o sea ¿si me entendés? yo lo veo así, yo no sé pues. Esa es la liga supuestamente pues me parece que no suena a... es regálame la liga, como dándola, como sin obligación.

A pesar de las riñas y «maldades» entre travestis, las relaciones entre estas no siempre se definieron en términos de rivalidad y competencia. Existe en los relatos una clara diferenciación de las dinámicas ligadas a las relaciones en el ámbito del trabajo y aquellas del orden de la amistad. En este sentido, La Cinderella me decía: «si yo siempre he tenido mi puesto y usted llega a metérseme ahí entonces tengo que agarrarme con usted, qué pena Mami, la amistad es una cosa y el trabajo es otra» y aclaraba que «en la amistad usted se puede hasta cagar en la cabeza mía pero en el trabajo no, porque cada uno tenemos que respetarnos nuestro trabajo y así cada uno su regla».

De esta manera, si bien al referirse al trabajo son frecuentes las alusiones a la envidia, la rivalidad y la competencia, en la vida cotidiana la soledad y la distancia con lo más conocido posibilita que se afiancen también lazos de amistad y solidaridad. Como señalaba Alejandra, a pesar de los conflictos iniciales, «las otras en algún momento deben entender que uno también necesita, que uno va a luchar, que una también tiene sus sueños y que todas llegamos en la misma situación». Del mismo modo, al tiempo que La Cinderella recordaba «la guerra, la envidia, cochinas la una a

la otra siempre» expresaba también que «a la hora del té para una u otra cosa si estábamos reunidas, ahí sí para qué» y argumentaba:

En el trabajo es que no nos conocemos, en el trabajo nos agarramos, tiramos botellas, rompemos los carros, la una con la otra se gasean, todo eso, todos esos relajos sí, pero en el momento del trabajo. La guerra entre travestis, mamita, es la que más se quiere lucir, que es la más linda, que es la más polla, que eso, es una guerra, pero también estamos pendientes algún accidente, alguna cosa. Si alguna se muere la mandamos para el país de nosotras, hacemos la recolecta o si la persona tuvo y esto, pues con la misma plata de ella se manda a la familia, si tiene contacto con la familia, si verdaderamente la quiere la familia, porque todas nosotras no somos queridas por la familia.

Lejos de la familia a kilómetros y, en algunos casos, a años de distancia (como era el caso de Lucy quien desde que salió de su ciudad natal nunca más volvió a saber de ningún pariente), las maricas manifestaban que en Italia lo más cercano a una familia lo encontraban en las otras travestis. Ella expresaba que –«sabía que la familia en ese momento son las mismas maricas aunque también haya agarrones, polémicas y envidias y todas esas situaciones que nadie va a decir que nunca se presentan en ningún hogar»–.

Migrantes comunitarios y extracomunitarios: el “paponaje” extranjero

Mientras varias de mis entrevistadas afirmaban que el «paponaje», definido estrictamente bajo la figura del proxeneta, no existía entre las travestis, pues a partir de su propia experiencia consideraban que eran ellas quienes se apropiaban de la mayor parte de la ganancia y ejercían el control sobre su sexualidad; también afirmaban que sí habían algunos casos de explotación sexual aunque ellas nunca hubieran sido víctimas de tal. Como Angelly quien afirmaba «yo sí escuchaba casos de otras que les sucedía eso, pero a mí nunca me pasó eso», o Alejandra que si bien reconocía que en Italia habían mafias de prostitución ella nunca se sintió explotada –«porque siempre trabajé para mí»–. Así explicaba que –«siempre tenía mi dinero. Como se gana en liras, se gasta en liras pero no que me hayan explotado mafias o que una amiga me haya sacado esto, no, no, para qué, no puedo decir eso».

En los relatos de Lucy, Coqueta, La Japonesa, Martha, Angelly y Victoria, los *pappones* eran hombres árabes, yugoslavos, rumanos, uruguayos, paraguayos y alemanes quienes, según estas, controlaban en varias ciudades y provincias de Italia algunos espacios para el trabajo sexual y en estos a un gran número de mujeres cisgénero o travestis. En la explicación de La Cinderella un *pappone* podía ser «por ejemplo, que yo me busque unas cinco, siete, diez mujeres, *pollas* mujeres,

y írmelas a llevar allá al Santa Fe y lo que consigas tienes que repartirlo conmigo, controla los condones, controla que si no tiene mozo, eso es *pappone*».

Mientras las travestis reconocían no haber sido explotadas en la realización del trabajo sexual, los casos de «paponaje» se los atribuyeron frecuentemente a las mujeres cisgénero. Marcela por ejemplo declaraba que solo estas tenían paponos «porque nosotras somos como muy independientes y nosotras no nos la dejamos montar de un *pappone*». Angelly por su lado declaraba

Nosotras nunca tenemos paponos, yo nunca, ni acá, ni allá. Eso es para las mujeres o para las travestis atembadas, bobas que...¿si me entiende?(...) a las mujeres es más que todo que las cogen como de distraje, con *paponos*, que las cogen y las ponen a trabajar. Imagínate uno trabajando para otra... ¡ay no!, me hubiera quedado acá. Pero yo no, no he sabido de ese problema. Yo no me dejo tampoco de nadie, ni nada, yo no le pago a nadie nada, para una travesti es difícil, tiene que ser una tonta. A las mujeres si las cogen, porque las ven mujeres, mientras que uno es más... no sé, como se dice, se le sale aquel. Porque a la mayoría de mujeres si les pasa eso, les toca pagar o que las llevan engañadas. Ahí se van con amistades o familiares ya allá las ponen a trabajar. A nosotras nos toca tenerlas bien puestas, porque allá una está expuesta es a que mejor dicho...

Como se revela en el relato de Marcela y de Angelly, las travestis en algunos casos participan de un constructo social y cultural que esencializa en la diferencia genital una serie de cualidades del carácter o la conducta. En este sentido, la insumisión, la autonomía y la fuerza se exaltan como aquellas propiedades netamente masculinas que aún habitan en ellas, de las cuales se valen para defenderse en las situaciones de riesgo y evitar cualquier abuso. A «tenerlas bien puestas», una expresión que asocia la genitalidad fálica con la virilidad, la firmeza y la valentía, se contraponen el ser «atembada», «boba», «tonta» que tendría, en los discursos de estas, más una connotación femenina y por ende explotable o victimizable. En una dicotomía parecida es que se han construido los discursos dominantes sobre la trata y el tráfico, como argumenta Laura Agustín (2006) que los hombres y las personas trans estén excluidas de los abordajes más «trágicos» sobre el tráfico y las perspectivas más tradicionales sobre el trabajo sexual, da cuenta de la manera como estos discursos se han construido a partir de y reproduciendo nociones de una feminidad y una masculinidad inmanentes: «Están excluidos los hombres porque el discurso dominante depende del género del sujeto: si no es mujer, no cabe. Están excluidas las transexuales porque el concepto de mujer del discurso dominante es biológico» (Agustín, 2006, p. 78)

Sin embargo, como lo han resaltado varias investigadoras⁸⁴, aunque la migración de las mujeres con el fin de realizar trabajo sexual esté frecuentemente asociada a mafias y redes criminales que las trafican para explotarlas sexual y laboralmente, muchas son las mujeres que realizan tanto su trabajo como su migración de manera autónoma y voluntaria. Si bien la trata de personas que tiene como propósito la explotación sexual en el exterior, es una realidad que nadie puede negar en el contexto actual de globalización, el cual ha favorecido la consolidación de mafias y redes transnacionales; la migración y el trabajo sexual han sido también estrategias agenciadas, a través de las cuales muchas mujeres han buscado mejorar sus condiciones de vida para sí y para sus familias, sin decir que la razón económica sea el único móvil de la decisión.

Aunque en sus relatos mis entrevistadas sostengan su desvinculación de redes de trata, en estos también constatan la existencia de agentes que ejercían control de acera⁸⁵ sobre los tramos de algunas calles y recurrían a la violencia, la coacción y la amenaza para mantener bajo control el cuerpo y el dinero de algunas trabajadoras sexuales de varias nacionalidades, incluidas ellas mismas. A algunos de estos agentes, mis entrevistadas hicieron frente organizándose para defenderse y oponerse a su control. Es importante reconocer en este caso la organización como una de las formas de agencia y resistencia que las travestis activaron en estos escenarios, lo cual les permitió a la mayoría mantenerse al margen de agentes abusivos y desarrollar un trabajo más o menos independiente.

Una conversación con Coqueta y Diana Marcela permite vislumbrar algunos de los elementos abordados hasta aquí, en relación con la presencia de *pappones* personificados en travestis y otros migrantes en las zonas de trabajo sexual.

Mary: ¿Los papones quiénes eran?

Diana Marcela: Papones... por ejemplo son los que abren las zonas, o sea, pues para mí ¿no?, por ejemplo...

Coqueta: Como el árabe de Ospedaletto, una gonorrea.

DM: Son arabos, como está diciendo ella, son argentinos o bueno, no, pero los que traen son los yugoslavos y los alemanes son los que más malos son y traen gente a prostituirse, sí, los yugoslavos y los rumenos.

M: Y ¿las trans Colombianas tenían papones?

⁸⁴ Gregorio y Ramírez (2000), Holgado (2001, 2006), Oso y Ulloa (2001) Juliano (2001, 2002), Agustín (2000, 2004, 2006), Mestre (2005), Osborne (2004) Kempadoo (2005), Garaizabal y Briz (2007), Piscitelli (2007), Rojas (2011), Hurtado (2009, 2011), entre muchas otras.

⁸⁵ El informe del TAMPEP de 1996 define el control de la acera como un mecanismo empleado por los explotadores para mantener el control directo sobre las trabajadoras. En este informe se afirma la existencia de una jerarquía entre jefes criminales entre los cuales están aquellos presentes en ciertas plazas de la calle quienes gozan, a su vez, de la protección de otros agentes quienes generalmente son mucho más poderosos y menos visibles (TAMPEP. 1996).

DM: Pues yo que sepa no. No, el papponismo entre nosotras como que no ha existido pero ha existido el negocio de préstamo ganancia ¿sí? Préstamo al doble.

C: Por ejemplo, yo cuando llegué a Milán yo sí pasaba duro por eso, porque eran los yugoslavos los que estaba apoderados.

DM: ¡Ay sí!

C: y unas maricas peruanas, entonces, una perdía de todas maneras, pero sí ve que nos revelamos y dijimos no, qué tal y no y no y no.

DM: Si eh ... si vea ese es otro ejemplo, yo llegué en medio... ¡ay! sí ¿usted estuvo en Ospedaletto? ¿en la parte de Brescia? hay un bosque, pero en la parte de suroccidente donde comenzó... la que llegó ahí fue la... ¡ay! ¿cómo se llama? que llevó a Tyfanny, es que supuestamente Tyfanny comandaba pero la que llevó a Tyfanny fue esta marica la... ella trabaja siempre ahí en Brescia.

C: Pero ¿cual será?

DM: ¡Ay esa niña!... está La Johana, La Chocó, está La Costeña, la...

C: La Maya

M: La Maya, La Maya ¡ay! mirá , La Maya, ella fue la primera que fue a Brescia.

C: sí y ella fue la que se quedó y ella trabajó con las brasileñas y todo por eso. Ella se quedó ahí.

M: Sí ella fue la que llevó a Tyfanny, mejor dicho, como ella, ella... extraño que ella fue la primera que llegó pero ella no era líder, era líder Tyfanny ¿si me entendés? tan extraño. Pero ahí, a mí me tocó en la zona de los yugoslavos donde ella dice que eso... hay una zona y a mí me fueron dejando acercar.

C: Humm

M: Pero a mí no me sacaron impuesto, el problema fue que a mí se me fueron, me confundieron con... en esa época con mujer, porque mira a mí como... espérate que yo tengo unas fotos casualmente.

C: Sí, mire las fotos, Mami.

DM: las fotos de mi inicio que pasaba por mujer y las hijueputas [travestis de otras nacionalidades] me iban a dar la pela y yo me agarré. Cuando apareció La Maya a buscarme pelea, ese día Maya me dijo –vea gonorra, usted se tiene que ir de acá–. Y yo pues quedé aterrada, pues a mí me pararon [travestis colombianas] en la zona de ellas, Tyfanny sin querer, o sea, las cosas que tienen que pasar una en la prostitución en la calle.

C: Sí,

DM: Y fue cuando después con el tiempo tan buenas amigas que fuimos con esa marica, tan raro ¿cierto?.

C: Pero las cosas, lo que tiene que pasar.

DM: Pero ahí los hombres... yo me agarré con otros porque la guerra eran entre los yugoslavos. los rumanos y ¿cuáles otros que ellos son muy hijueputas?

C: Los árabes.

DM: Sí, ellos son muy hijueputas. Ellos ponen la gente y si es como tipo jíbaro a pegarles horrible a las mujeres, las ponían a trabajar.

C: En Ospedaletto había un árabe hijueputa ¡uy! harto, si no le pagaba usted, así se demorara cinco minutos pero desde que la encontrara ahí parada paga o paga.

DM: Sí.

C: Y vivía con VIH y quería hacerles cosas a las maricas sin condón.

M: ¿Y el manejaba maricas o manejaba mujeres?

C: Todo

DM: mujeres, es que ellos son papones de eso.

C: todo, todo, todo... manejaban maricas. Allá en el puesto de él trabajaban mujeres y trans pero todas pagaban, absolutamente todas y cuando llegaba y se le daba la gana la que le gustaba...

DM: Se la culiaba.

C: hacer lo que quisiera porque...

DM: ¡Ay no! era una cochinada.

C: y el privaba por cierto, menos mal que nosotras nunca fuimos como de su agrado...(risas)

DM: Vea esta foto más vieja, en esta época yo trabajaba ahí en esa parte. Ahí pasaba como mujer, entonces el yugoslavo me iba a pegar, o sea, y llegaron otros...Mire este fue mi marido, el italiano...mi suegra

M: ¿Y ella?

DM: Soy yo, acá fue cuando me coloqué la cola, todavía no me había colocado tetas, las siliconas.

M: ¡mira esto!

DM: Eso fue lo primero, el primer injerto de cirujano y después ya estas. ¡Ah! y qué... y el man, o sea, iban a atracarle a una de las mujeres y yo me fui y me agarré, claro que ya venían, me venían a dar la pela a mí esa noche. Me dijeron que ahí no me podía parar y le iban a dar duro a una de las mujeres y yo pues la defendí porque era una mujer ¿si me entendés? y ellos llegaron y yo no sé... me fui volviendo amiga, o sea, con suerte porque lo que dice ella, lo pescan a uno y la pela es macabra.

M: ¡uhm!¿o sea que el tema de la trata se veía allá con travestis?

DM: sí pero como los portugueses, es que hubo una época para todo el mundo y trata siempre ha sido porque de eso se trata el negocio.

M: ¿y a ustedes?

DM: a nosotras no, yo no sé uhm, pues por mi parte no puedo opinar porque no y no he escuchado tampoco.

M: ¿no has escuchado y tu tampoco fuiste?

DM: no nada de trata. todo fue por las buenas.

4.5. El machismo latinoamericano y la caballerosidad italiana

Al empezar a relacionarse con los italianos, Diana Marcela, explicaba, comenzó a darse cuenta de que en Colombia entre los hombres cis y las maricas el trato en general era muy «ordinario», muy «grosero». Los italianos en cambio, decía, salían con ellas a caminar por diferentes lugares y no les daba vergüenza, las trataban bien, conversaban sobre cosas distintas al sexo, las invitaban a lugares donde nunca nadie las había invitado. «¡Ah, Mami!, mundo abierto», declaraba Diana Marcela, «Nosotros [en Colombia] somos muy atrasados y muy ignorantes». Cuando le pedí me hablara un poco más sobre tales diferencias, ella argumentó:

El mundo es más abierto allá, en que acá un hombre va con una marica y tiene que tener algo de homosexual para no reprimirse, allá todos son igual, o sea, llegan con uno abierto a lo que quieren ¿si me entendés? lo desarrollan, lo dejan ver, son muy amplios, son muy inteligentes y aparte de todo, muy educados (...) lo tratan a uno (...) acá es –hola marica hijueputa– supongamos. Allá lo tratan como una dama; o sea, lo hacen sentir muy especial, es superespecial. En cuanto a eso, es que es un mundo más abierto y muy actualizado.

Así como queda esbozado en la apreciación de Diana Marcela, en el discurso de cada una de las maricas que entrevisté, sin excepción, trazaron una clara diferenciación entre los hombres cis colombianos y los italianos: «Ninguna marica le va a decir lo contrario», afirmaba Martha sin vacilar: «Vea que eso sí es cierto, allá los hombres son muy especiales con uno, lo valoran mucho a uno. Aquí es donde ¡uich!».

Entre las travestis fueron especialmente apreciadas ciertas actitudes y comportamientos en los que se concretaban patrones heterosexuales de relación entre los italianos y ellas, bajo los cuales sentían que eran feminizadas como no lo habían sido por los colombianos. Para ellas, el “buen trato” que mencionaban recibir de los italianos pasaba por ser reconocidas en su feminidad: ser nombradas en femenino, ser invitadas a diferentes actividades por fuera de aquellas directamente ligadas a la demanda-oferta de sexo, ser seducidas, recibir regalos, sentir que no eran motivo de vergüenza o incomodidad cuando se presentaban en compañía de estos hombres cis en espacios públicos y sentirse, además, bien remuneradas cuando de la prestación de sus servicios sexuales se trataba.

Por el contrario, el machismo que atribuían comúnmente a los hombres colombianos, estuvo asociado, principalmente, al hecho de que estos utilizaran pronombres y nombres masculinos para tratarlas, tuvieran miedo o vergüenza de mostrarse por fuera de los escenarios de comercio sexual con ellas, en lo que definen como una suerte de “represión sexual” ligada al hecho de que no fueran capaces de asumir que mantenían relaciones sexuales con travestis, pero además de que, en lo íntimo, fueran, como ellas los percibían, más cohibidos para explorar su cuerpo y sus placeres; en

otras palabras, que fueran menos abiertos a solicitar prácticas en las que buscar algo más que ser penetradores.

Las maricas destacan la fluidez con la que los hombres cis italianos se relacionaban en lo público con ellas, así como su espontaneidad para manifestar, en lo íntimo, sus preferencias en las prácticas sexuales. Esto, entre las maricas, se tomaba como la expresión de una masculinidad construida en un contexto que consideraban más «abierto y actualizado», a diferencia de las masculinidades de los hombres cis colombianos, las cuales adjudicaban al atraso y a la ignorancia imperante, según ellas, de los contextos locales. Es en este sentido que el machismo atribuido a los varones colombianos, remite en sus relatos a comportamientos que consideran no solo negativos sino apartados de un grado de “educación” y “civilización” que atribuyen a los hombres blancos. Es así que la referencia al machismo es una manera de señalar a los hombres en particular, pero también a la sociedad de donde provienen como “ignorante”, “atrasada”, “reprimida” y “machista”.

Lo mismo halló Don Kulick, a propósito de la distinción que las travestis brasileñas hacían entre los italianos y los brasileños. El autor señalaba que una verdad firmemente establecida entre las travestis brasileñas ha sido «que los europeos son más liberales y cultivados que los brasileños y las travestis que han estado en Italia están todas de acuerdo en que los hombres italianos tratan a las travestis con mucho más respeto y amabilidad que cualquier hombre brasileño»⁸⁶ (Kulick, 1998, párr. 34).

En los relatos de las maricas son comunes los términos «educado», «lindo» y «respetuoso» para referirse a los italianos mientras otros migrantes o colombianos son descritos como «ignorantes», «malos», «peligrosos», «guaches» y «machistas». La procedencia geográfica remite así, en los relatos de mis entrevistadas, a la atribución de ciertas características sexuales que conforman, a su vez, una jerarquía entre masculinidades en las que se reactualizan prácticas coloniales basadas en la idea de la superioridad/inferioridad entre europeos y no-europeos. Dicha jerarquía está basada, tanto en una diferenciación étnico/racial que ubica en la cúspide a los italianos, en la parte media a los colombianos y en la base a los migrantes provenientes de Marruecos, Magreb, Túnez, Argelia, Egipto, Rumanía, Albania y Polonia.

Entre las maricas, como también lo expone Teixeira (2011), los polacos, rumanos y albaneses lejos de ser considerados europeos, eran percibidos como migrantes peligrosos y abusivos, asociados a redes de explotación sexual de mujeres del Este de Europa. Por otra parte, los africanos eran

⁸⁶La traducción es mía, en el original: «A firmly established truth that circulates among travesties is that Europeans are more liberal and cultivated than Brazilians, and travesties who have been to Italy are all agreed that Italian men treat travesties with much more respect and kindness than any Brazilian man ever would» (Kulick, 1998, párr. 34).

relacionados siempre con hechos de delincuencia y violencia. Así, mientras a los migrantes, ya de por sí azotados por la xenofobia y el racismo en Italia, las maricas les atribuían los robos, golpizas, estafas y las agresiones que varias de ellas sufrieron en los contextos de trabajo⁸⁷, los italianos, en cambio, eran enaltecidos por su honestidad y buen trato. En palabras de Lucy: «un italiano no le va a sacar un cuchillote y (...) lo va a atracar, no son ellos, son los migrantes árabes, bueno, los migrantes (...) allá no tiene uno ese peligro que el cliente italiano lo va a atracar». O como Martha sugiere al decir que «Los propios italianos son como más amables para tratarlo a uno, cuando uno va con un cliente de otras nacionalidades siempre es un problema, hay unos que son como malitos, sí, claro, los árabes, los yugoslavos, toda esa gente es tremenda».

Los relatos de las travestis muestran la intersección que éstas trazan entre género, “raza” y origen geográfico para señalar en los hombres colombianos e italianos la prevalencia de unas características asociadas a una imagen de masculinidad esencial y estática, para otorgar diferente valor a las mismas, pero también para situar jerarquías entre culturas y sociedades, lo que en su relato Lucy describe como un «mundo más abierto y actualizado» en Italia, un «nosotros muy atrasados y muy ignorantes» en Colombia, y «toda esa gente tremenda» de otros orígenes asociados con la pobreza y la violencia.

Lo anterior también se puede evidenciar en la explicación de Alejandra:

El hombre o la persona italiana es muy educada, es muy diferente. Acá los hombres son muy guaches aún, porque aún no existe esa cultura. Por ejemplo, un hombre a mí me trata y me dice, aún viendo que estoy bien vestida, bien transformada y me trata como señor o voy a un almacén y me tratan como señor. Allí no, allí con el hecho solo de saber que yo utilizo prendas femeninas merezco respeto y me tratan como me ven: *signorina*, *ragazza* o *donna*. Entonces, el trato de los hombres hacia nosotras es muy chévere porque son muy especiales, muy educados, ¿sí?. No falta tampoco el malo porque la plaga de toda Europa es Rumanía, los marroquinos que son los malos y todo lo que es Arabia.

⁸⁷ Historias sobre robos, golpizas, extorsiones, raptos y asesinatos a travestis generalmente involucran a los migrantes provenientes de los orígenes mencionados, es así que, por ejemplo, Alejandra argumentaba que en Italia cuando el trabajo se hacía en las calles eran muy frecuentes los robos porque, en sus palabras, «gran cantidad de inmigrantes de Rumanía, Marruecos... países muy pobres, ellos por veinte liras que uno tuviera en el bolsillo capaces de asesinarte, en la noche. Noches frías, solitarias, llegaba un grupo de marroquinos y por uno no dejarse tenga». Martha contaba la historia de un marroquí que le escalabró la cabeza cuando ella puso resistencia a un robo, igual que Marcela quien recordaba haber ayudado a Coqueta en una situación similar. A Marcela un árabe le había robado una *pellicce Volpe* el mismo día que la estaba estrenando, cuestión que la dejó muy triste porque le había costado «un ojo de la cara». A La Japonesa, Diana Marcela, Alejandra y Angelly otros inmigrantes del norte de África que se hicieron pasar por clientes, las habían alejado de las carreteras y luego las habían asaltado y golpeado, como explicaba Angelly «pues uno se sube mamita, sin saber, uno se sube y no sabe, uno está trabajando, le toca subirse. Cuando resultaban por allá que me cascaban, me robaban todo, me dejaban por allá tirada».

La jerarquización entre los italianos, algunos migrantes y los colombianos con base en una serie de prejuicios etnocéntricos, se entrelazaba, además, con la descripción sobre las preferencias en las prácticas o comportamientos sexuales de unos y otros. Cuando las maricas se referían a los clientes colombianos, señalaban que años atrás estos pedían poco el servicio de penetración y ellas preferían no tener que prestarlo, cuestión comprensible en el marco de un sistema sexo-género en el que ser un “verdadero hombre”, ha estado asociado a un rol sexual “activo” y ser una “verdadera mujer”, aun cuando se tenga pene, se asocia a la pasividad sexual: lo común en este orden es que una mujer sea penetrada y no una penetradora. Lo anterior está vinculado a una dicotomía tradicional de lo activo/pasivo con la que se han definido culturalmente los roles sexuales y a los cuales subyace una configuración de género/sexo/poder bajo la cual lo activo se asocia a la dominación sexual y a la masculinidad y lo pasivo a la sumisión y a lo femenino (Gutmann, 1996).

En Italia, las travestis encontraron que para sus clientes lo más atractivo de tener una experiencia sexual con ellas era la posibilidad de ser penetrados por un cuerpo feminizado. Y si bien, para algunas, que cualquier hombre cis, independientemente de su nacionalidad, exigiera el servicio de penetración era razón suficiente para considerarlo un “homosexual reprimido” o un “pervertido”; para otras, que los clientes en Italia pidieran esto sin pudor, era una muestra más de su “desarrollo” o “apertura mental”, respecto del “atraso” o “estrechez mental” de los colombianos. Ejemplo de esto último lo daba Alejandra al decir que las «perversidades» que le pedían los italianos y que pocas veces le habían pedido los colombianos daba cuenta del machismo de estos últimos «porque aquí en Colombia digamos los hombres por el machismo y otras cosas se cohiben de hacer ciertas cosas. Allá hay liberación sexual y todo eso entonces son como más perversos, más cochinas como nosotras decimos».

Aunque muchas travestis en sus discursos sigan señalando la idea de que un “hombre de verdad” es únicamente un penetrador. En Italia, no por el hecho de que los clientes pidieran ser penetrados eran definidos en términos de homosexualidad; por el contrario, esta “liberación sexual”, además de estar asociada a la cultura de un “mundo abierto”, “actualizado” y “desarrollado”, se percibía como un rasgo de coraje y valentía, características altamente valoradas por ellas en la masculinidad de cualquier hombre⁸⁸.

⁸⁸Si bien entre los servicios sexuales comúnmente solicitados estaba el beso griego, el *fisting*, la lluvia dorada, la lluvia marrón, los tríos, el transformismo, el sexo oral y en especial la penetración anal, es importante señalar que no siempre se trataba de servicios sexuales solamente, sino que se involucraban otros servicios, entre ellos los afectivos. Angelly por ejemplo declaraba haber tenido muchos clientes que le pagaban para que les acompañara, para lo que ella llamaba el servicio « de diálogo» o «servicios de masaje». A lo largo de su relato Angelly recordaba tanto un cliente «que me llegó con un estrés de sólo masajes y yo deseándolo sexualmente, usted viera que cosa tan divina y el hp con masajes, masajes, masajes y yo me desesperaba » como otro que recordaba “especialmente” porque solo la buscaba para que ella bailara «era minusválido, a él no le funcionaba el miembro (...) un día me recogió y me dijo –yo le regalo tanto pero yo quiero pues que me acompañe v que baile–».

Si bien, como señala Viveros (2006) «Las identidades masculinas latinoamericanas son múltiples y diversas, tal y como lo muestran numerosos trabajos realizados en la región y no pueden ser reducidas a generalizaciones reificadas y esencializantes sobre los varones latinoamericanos» (p. 125), el cruce que las travestis trazan entre el origen, la sexualidad y el género para definir a los hombres cis colombianos como machistas, reproduce la imagen esencializante y homogeneizadora que se ha tenido de la masculinidad latinoamericana (Viveros, 2006).

No obstante, no es, como se puede percibir en los anteriores relatos, la imagen de la hipervirilidad la que argumenta la idea de machismo que tienen las travestis sobre la masculinidad colombiana, como sí lo ha sido en otros contextos donde esta se construye desde la atribución a los hombres latinoamericanos del uso de la violencia y la sexualidad incontroladas (Gutmann, 1996). Como explica Viveros (2006) «El machismo puede ser pensado como un comportamiento que no sólo hace referencia a una dominación de género sino también a jerarquías entre sociedades, culturas y grupos étnico-raciales» (p. 117).

5. Cuando el sueño italiano se volvió realidad: Ser una marica colombiana en Italia

Quando uno llega, es allá que comienza a hacerse otra idea del viaje,
es ya allá que le va cambiando esa forma de ver el viaje y
como esa forma como uno veía antes las cosas de todo...
hasta esa forma de pensar la vida y hasta en uno mismo,
que es igual que cuando uno vuelve que tampoco mira las cosas iguales (...)
uno llega aquí y ve todo como tan feo...
es que uno con el viaje comienza como a ver distinto todo después.
Marcela

Antes de partir hacia Italia, este destino había sido, entre mis entrevistadas, objeto de todo tipo de idealizaciones e historias deslumbrantes. En el marco de sus espacios y prácticas de sociabilidad se había expandido una suerte de sueño ceniciento: signado por la imagen de travestis que atravesaban el océano Atlántico y encontraban, en la otra orilla, un mundo de posibilidades. Allí lograban hacerse millonarias, bellas, amadas y respetadas, dejando atrás las condiciones acentuadas de empobrecimiento y violencia experimentadas en su país de origen. No obstante, a años de distancia de haber salido y regresado al país, sus relatos sobre la experiencia migratoria se detienen, retroceden y avanzan entre una serie enrevesada de contradicciones: Italia es edén y viacrucis, es asombro y miedo por lo desconocido, es el entusiasmo ante lo novedoso y la nostalgia por lo dejado atrás, es el hacinamiento y la soledad, es, a veces, la fortuna sin descanso o el derroche sin acumulación futura, es el respeto y la marginación, la aceptación y la persecución, es el racismo, la xenofobia, la inadaptación cultural, pero también las estrategias y prácticas de resistencia accionadas cada día por las migrantes.

Desde los relatos de las maricas, Italia es narrada casi siempre en contraposición a Colombia. Hablar del país de destino es atribuir a este una serie de cualidades o defectos en comparación con su país de origen. Son una serie de *oposiciones homólogas*, como denominó Sayad (2010) a las dicotomías de las que se servían los inmigrantes argelinos para describir sus condiciones de existencia en Francia, las que conforman también algunas de las versiones sobre la experiencia

migratoria de las travestis; en sus discursos respeto e irrespeto, aceptación y rechazo, libertad y persecución, valor y desprecio, riqueza y pobreza, solidaridad y soledad, alegría y tristeza son algunas de las oposiciones usadas con frecuencia para dar cuenta del viaje.

En este capítulo abordo las contradicciones que sobresalen en los relatos acerca de la trayectoria migratoria y las contraposiciones que surgen al describir las experiencias en el país de destino. Busco dar cuenta de las comparaciones, entremezclas y relecturas (Vallejo, 2004) que hacen las maricas entre un país y otro cuando narran sus versiones sobre la llegada y la estancia en Italia a varios años de distancia de la migración. Me interesa mostrar la manera en que ellas describen la experiencia de habitar una zona entre “allá y acá”, una frontera, la cual, como Gloria Anzaldúa (1987) nos ha permitido entender, no solo se refiere a lugares geográficos sino geopolíticos, raciales, sexuales, de género, de clase, espirituales, psíquicos e identitarios en el que los diferentes mundos conocidos se tocan y cambian las formas de ver hacia afuera y hacia adentro, como lo enuncia Marcela en el epígrafe.

En este capítulo abordo los nexos en los que la literatura de la migración articula la definición del transnacionalismo (Portes, Guarnizo y Landolt, 2003, p. 17-18): ese conjunto de procesos y relaciones que mantienen entrelazadas las sociedades de origen y de acogida en la experiencia y los discursos sobre la migración (Basch, Glick, Schiller, Szanton y Blanc, 1994). Busco evidenciar esta última como un proceso que no implica necesariamente la ruptura de vínculos con el país de origen y/o a la asimilación de las migrantes en el país de destino, sino que, visto desde el lente de la transnacionalidad, está conformado por múltiples nexos sociales y económicos, algunos más sólidos que otros, contruidos entre cada lugar de salida y llegada, los cuales se recrean y reproducen en la distancia y trascienden las fronteras territoriales (Medina, 2009).

Inició abordando las experiencias asociadas a la llegada de las travestis a una Italia dividida entre un norte industrializado, y con grandes demandas de servicios y un sur con rezagos económicos y productivos (Mendoza, 2006); señaló los recursos, discursos, ideas, creencias, estilos de vida, identidades que circulan entre los contextos de origen y destino (Levvit, octubre, 1996) y situó dentro de la trayectoria migratoria el viaje del cuerpo que vincula el cruce de las fronteras espaciales con los tránsitos corporales. Asimismo, expongo algunas de las formas como las travestis experimentaron la intercesión de determinados sistemas sociales tales como el racismo; la etnicidad, el clasismo, la heterosexualidad obligatoria y el género durante su estancia en Italia .

5.1. Mapeo de un arribo: la llegada de las maricas a Italia

Fue a Roma, la capital de Italia, donde Yury, Suxy, Martha, Angelly, Lucy, Coqueta y La Cinderella aterrizaron en la segunda década de los años noventa y donde iniciaron su travesía como maricas

migrantes internacionales. Ellas llegaron a instalarse directamente en la zona en la que una numerosa comunidad de travestis colombianas se agrupaba para vivir, al lado de la estación del tren y del comercio, en la *termini*: según Martha: «quiere decir... es que pongámosle aquí están los trenes, llegan los trenes y como de aquí allá (...) ya es donde pongámosle está todo el comercio (...) y más allá donde las locas habían dicho que vivían». Esta zona ubicada en el centro de la ciudad, al lado de la estación de ferrocarril más transitada de Italia, fue el lugar en el que un alto porcentaje de travestis colombianas permaneció durante su migración. Allí las maricas alquilaban los espacios para vivir, compraban y vendían cosas, giraban dinero a Colombia, salían a comer y a hacer, en palabras de La Cinderella, «corrincho en los tiempos libres».

En esa misma época Marcela y Alejandra llegaron a Milán, Diana Marcela a Brescia y La Japonesa a Udine. Estos destinos ubicados al norte de Italia, los dos primeros pertenecientes a la región de Lombardía y el tercero a Friuli-Venecia Julia, conocidos por su elevada actividad económica, eran también, aunque en menor medida que Roma, un punto de llegada común de trabajadoras sexuales colombianas. Las travestis arribaron allí para hacer parte de la movida industrial y aprovechar la ubicación estratégica de estas regiones conocidas por la alta afluencia de empresarios y de turistas, quienes, a los ojos de las trabajadoras sexuales, se convertían con facilidad en una masa importante de clientes potenciales.

El norte de Italia fue el territorio por el que mis entrevistadas se desplazaron a lo largo de su trayectoria migratoria. Mientras ellas transitaban con frecuencia por Piamonte, Lombardía, Trentino, Friuli-Venezia, Veneto, Emilia Roamana, Liguria y Laci, al sur ninguna viajó. La zona baja de la península itálica conocida como –Mezzogiorno– y las dos grandes islas –Sicilia y Cerdeña– habían soportado durante años las consecuencias de la priorización del proteccionismo industrial sobre el desarrollo agrario y, en contraste con un norte industrial económicamente fortalecido, eran territorios rurales empobrecidos. Según Mendoza (2006) desde el sur emigraba mano de obra hacia al norte del país y hacia naciones vecinas como Alemania, Francia, Suiza y Luxemburgo; si bien, algunos inmigrantes se ocupaban allí en los sectores de trabajo agrícola y en la construcción (Calavita, 2006), los flujos migratorios más grandes se establecían al norte y en Roma, esta última reconocida como el conglomerado urbano de Italia con más presencia de extranjeros.

Por otra parte, en los años noventa, el sur del país estaba administrado y controlado por cuatro organizaciones mafiosas reconocidas por el carácter delictivo de sus actividades; La Cosa Nostra de Sicilia, la ‘Ndrangheta de Calabria, la Camorra de Nápoles y la Sacra Corona Unita de Apulia. Estas mafias además de estar asociadas al tráfico de armas, la trata de personas y al narcotráfico⁸⁹

⁸⁹ Durante los últimos años han salido a luz los vínculos que desde los años noventa tuvieron mafias italianas, como la Ndrangheta, con Colombia, a través inicialmente a la mediación de Salvatore Mancuso, jefe de la organización paramilitar Autodefensas Unidas de Colombia, quien facilitaba el envío de cocaína a España.

eran distinguidas, entre mis entrevistadas, por torturar y asesinar a las travestis. La Japonesa expresaba al respecto que al sur de Italia las maricas «ni se asomaban» porque «allá la mafia la matan a uno, allá casi no quieren al travesti, el travesti que va a allá tiene que ser operado para que la vean como a una mujer, pero la que esta sin operar la matan».

El sitio que cada viajera encontró para vivir una vez alcanzaba su destino dependió principalmente de los lugares sugeridos o los contactos facilitados por las redes con las que cada una contaba, tanto en Colombia como en Italia. Lo más común era que las recién llegadas arrendaran un colchón por el que pagaban entre doscientas y quinientas liras por semana (aproximadamente ochocientos mil pesos colombianos de la época) y se acomodaran entre la montonera que los arrendatarios lograban juntar en cada habitación de apartamentos que, según describía Marcela, eran tan pequeños «como una caja de fósforos». Sobre las condiciones del alojamiento bajo esta modalidad, Lucy consideraba que el costo que las travestis pagaban por cada colchón era «un atraco a mano armada»; ya que, además de la renta elevada, las migrantes tenían que renunciar a su privacidad, a la tranquilidad sobre sus pertenencias por miedo a ser asaltadas y a sus rutinas porque debían mediar la convivencia con otras tantas. El hacinamiento reunía así en un mismo cuarto las esperanzas y desvelos de las migrantes que la calle convertía en rivales y adversarias. A esos cuartos, comentaba Lucy, llegaban todas a tratar de hacerse a «esa convivencia áspera», que surgía en medio de la variedad de experiencias y personalidades reunidas, porque según la descripción de esta última en las habitaciones se encontraban

la desaseada, la mal hablada, la cochina, la abusiva, la envidiosa, la que tenía que estar uno a toda hora con la plata empuñada aquí o aquí, eso es muy feo, la que metía heroína y se le montaba la traba a uno, la que le daba el morro [la morriña] cuando ya se le pasaba el embale [el efecto de la droga], ¡ay!, la que llegaba haciendo escándalo y nos hacía sacar a todas y hacía que llegara inmigración, la que se cambiaba [se cortaba así misma], todo eso se ve por allá, decepcionadas, aburridas, todo eso, todo eso...

Si bien para las travestis que se desplazaban constantemente entre distintas provincias de Italia y no tenían en ocasiones redes o contactos en uno y otro destino, los colchones o las habitaciones de hotel compartidas eran los lugares más fáciles de encontrar y pagar, algunas los concebían como espacios provisionales, mientras alquilaban un apartamento junto con otras maricas con las que, generalmente, tenían contacto antes de la migración. Aunque tomar un arriendo no era una cuestión fácil para ninguna migrante, algunas con documentos o a través de clientes habían conseguido hacerse a un piso por el que pagaban el doble o el triple de valor de arriendo de lo cobrado a

cualquier italiano. Quienes arrendaban extraían ganancias de la posición de privilegio que les confería ser ciudadanos y propietarios en contraste con la necesidad de las travestis. Esto en el marco de una normatividad que producía y reproducía las diferencias entre las personas con nacionalidad italiana y un doble sujeto de las migraciones: el inmigrante regular y el inmigrante irregular. En otros casos, las maricas establecían una relación erótico-afectiva con un italiano con quien permanecían conviviendo durante algunos periodos de su estancia.

Durante los primeros meses en Italia, lo más difícil para todas fue el desconocimiento del idioma. Antes de migrar, a La Japonesa su *madre* travesti ya le había enseñado algunas cuestiones básicas del léxico italiano. Coqueta, por su parte, ya sabía «que era cobrar *trenta*, que era *cinquanta*, que era decirles a ellos [a los clientes] lo que querían pues de atención (...) que sabía ya cobrar y decir las vulgaridades que es lo que primero que uno aprende». A excepción de estas dos, ninguna otra había practicado el idioma antes: sin embargo, la afinidad entre el español y el italiano fue un factor clave para que la mayoría se decidiera a migrar y para que, una vez en Italia, en poco tiempo se familiarizaran con este y pudieran hablarlo y comprenderlo, pues como explicaba Lucy «cuando uno le pone interés a la situación pues más rápido capta, mas rápido aprende y el idioma italiano no es una cosa como del otro mundo, todo es cuestión de quererlo aprender y ponerle ganas».

Las estrategias desarrolladas para aprender el idioma fueron múltiples: de entrada, lo más importante para todas era memorizar las palabras básicas para negociar los servicios y sus costos. Las travestis que llevaban algún tiempo de estancia en Italia y los clientes se convirtieron en las y los maestros del aprendizaje coloquial e informal del idioma que las travestis se apropiaron con facilidad⁹⁰. Lucy compró un cuaderno y allí consignaba frases completas que escuchaba durante el día. Como no sabía escribir en italiano, ella las escribía tal y como escuchaba que las pronunciaban, eran, decía «garabatos» que solo ella misma entendía. Coqueta reforzó su aprendizaje viendo novelas desde que acababa su jornada de trabajo hasta la madrugada. Angelly, en cambio, veía

⁹⁰ Durante las entrevistas casi todas las maricas me hablaban en italiano cuando se trataba de enunciar algo que recordaban había mencionado alguna persona originaria de Italia, en estas ocasiones también hacían una demostración de ese aprendizaje, ante el cual, reconocían fácilmente, yo quedaba relegada y siempre tenía que pedirles traducción. Sin embargo, en medio mi desconocimiento del idioma italiano me fue posible identificar durante la transcripción y en la posterior traducción una serie de transferencias lingüísticas (fonológicas, morfológicas, y fonéticas) además de cambios de código, «característica del habla bilingüe que consiste en la alternancia entre dos lenguas, por parte de un mismo hablante, dentro de un solo discurso, oración o constituyente» (Juarros-Daussa, 2012). El contacto entre el italiano y el castellano en una suerte de bilingüismo individual y grupal era posible de reconocer en varios relatos como, por ejemplo en el de La Cinderella cuando evocaba la última conversación que tuvo con Ángelo, una de sus parejas erótico-afectivas italianas, antes de retornar «Él me dejó en el tren y tuvimos pelea porque él quería venirse pero como yo le dije –Ángelo yo non posso andare con ti a mi paese, perché non lo so, si veramente va a estar la casa mía, yo non lo so, porque tú no sabes cómo han sido las cosas mía, ora, che tal dici vado con una mano e l'altra mano avanti e indietro, mi asciugo il culo proprio con ciò che può, ya con ti, non posso, ya sono due y más tu sabes cómo es Colombia, no, no, aspettami qui, io voglio, vedo las cosas si están o sino están, e se torno y tu ha sido bravo y no te has metido por ahí en casino por ahí en otra cosa vedrete, andiamo al mio paese– y como él es chef, él es cocinero, vamos y ponemos un negocio, –pero si usted ha fallado, a fatto distort. no te conozco más–».

dibujos animados para niños, hasta que poco a poco «empezó a *capire tutto* a entenderlo todito» y nunca más la engañaron los clientes por esa razón. Así como a Yury, quien con el idioma adquirió más autonomía sobre su trabajo porque según comentaba al poco tiempo de haber llegado a Italia, «como una no sabe el idioma el hombre la coge y hace con una lo que quiera y una sin poder decirle –¡ole! ya no más– ¿si me entiende? Pero mire que ya comenzando uno a hablar ya uno se defiende: –haber papito hágale rápido que eso no es para que lo coja de contrato–».

Aprender el italiano representó para las maricas la posibilidad de integrarse más fácilmente al nuevo destino, de ampliar su campo relacional y tener mayor capacidad de agencia a la hora de negociar los precios y los servicios con los clientes. Además en Colombia, aún años después de la experiencia migratoria, el idioma italiano operaba como un elemento de *capital cultural* por el cual las maricas que habían sido migrantes se distinguían de las otras, adquiriendo, entre las maricas locales y algunos clientes, una estimación especial. Por ejemplo me explicaba Marcela –«yo aquí [en Colombia] he tenido muchos clientes que tienen educación, mami, y ellos privan de verme hablar italiano (...) ellos me dicen háblame más, dime más cosas pero me tienes que decir qué me estás diciendo porque me puedes estar aventando la madre». Así mismo, Coqueta argumentaba que habían palabras que no se olvidaban como, *bongiorno* [buen día], *andiamo* [vamos], el *magari* [ojalá sea así] las cuales utilizaban algunas veces en Colombia de manera espontánea al volver «al pedir las cosas en la tienda ya una acostumbrada –per favore di facile bla bla bla– entonces uno –un kilo de pomodoro– o cosas así, pero no era porque lo hiciera una por picada sino porque se le quedaba, pero ya cuando uno vuelve a la realidad –no, véndame el tomate, la cebolla– (risas) ». En otras ocasiones, reconocía también Coqueta, se utilizaba el idioma para excluir a las no migrantes de sus conversaciones o para sobresalir entre estas, «como nadie más les entendía, eso era como para dárselas» así que ella a todas las que «llegaban y no aterrizaban (...) llegaban y no caminaban sino levitaban» les decía «–a mi hábleme en español que aquí estamos es en Colombia–».

El aprendizaje del idioma también les permitió a las migrantes desplazarse solas por Italia y más allá de sus fronteras. Estas contrataban *autistas* –choferes– que las trasladaban de un lugar a otro hasta Lacio, Bologna, Génova, Turín, Milán, Trento, Trieste, Verona, Pordenone, Módena, Venecia, Brescia, Padua y otras provincias al norte de Italia a donde la mayoría se trasladaba diaria, semanal o mensualmente a trabajar. Cuando de atravesar las fronteras de Italia se trataba, le pagaban a los conductores de camiones para que las pasaran ocultas en la superficie de carga o como contaba Alejandra les tocaba «tirarse de los trenes, mejor dicho hacerse invisible, porque los controles siempre eran grandes en las ciudades», luego emprendían camino por el bosque, cuatro, cinco días para llegar a Francia, España, Austria, Alemania, Bélgica o la República Checa pues cada una de estas, en palabras de La Cinderella, eran las «fronteras que en cada viaje uno iba coronando» si antes de cruzarlas no la arrestaban y la deportaban.

5.2. El aterrizaje del cuerpo y el trabajo corporal

Una vez instaladas en sus destinos, lo primero que todas las maricas hicieron fue salir a comprar ropa para feminizarse y desechar la vestimenta masculina que llevaron hasta Italia en el equipaje. Esta era una estrategia para burlar la posibilidad de que en algún control de migración las hubieran sometido a un interrogatorio con miras a deportarlas, al encontrar que cargaban con una buena dotación de prendas para un puti-look hiperfemenino. Fue así que viajar con ropa masculina, botarla y adquirir después lo necesario para volver a feminizarse, hizo parte del ritual obligatorio que cada marica cumplió para alcanzar su destino e iniciar su vida en este.

Las recién llegadas empezaban a comprar cosas a bajo precio, porque como le dijo a Martha la marica que la recibió «Aquí toca cosas baraticas porque usted viene pobre y usted esa plata [la de la deuda contraída] tiene que pagarla». Al principio, cualquiera se conformaba con la ropa y los accesorios que otros migrantes le vendían en algún local improvisado, cerca de las zonas donde se juntaban para vivir. Esto, sin abandonar el anhelo de desfilarse después por las tiendas Dolce & Gabbana, Prada, Versace, Gucci y todas esas marcas que en sus catálogos mentales componían la indumentaria de una marica bien regia.

Para empezar, las travestis conseguían vestidos cortos y ropa interior femenina para salir a trabajar si era verano y un gabán largo y grueso si era invierno, tacones abiertos si hacía calor o botas de caña alta que pudieran atiborrarse de papel periódico si eran tiempos de frío. También compraban medias, aretes, collares, pulseras, maquillaje y varias pelucas porque en Italia cada una salía un día pelirroja, uno rubia, otro pelinegra. Todas llegaban a depilarse, fajarse, meterse la espuma, ponerse las pestañas, maquillarse y «treparse» en unos tacones de vértigo para, como suelen decir, estar listas y *salir al ruedo*. Aterrizaban y asumían este trabajo sobre el cuerpo al que le dedicaban varias horas del día, porque como describía Lucy, en la rutina cotidiana «se levanta uno, se cepilla, se baña, ya que se comienza a depilar, que ya alistar lo que se va a poner, las horas de la tarde se van rapidito y cuando uno menos piensa ya se tiene que empezar a maquillar para volver a lo mismo».

Entre mis entrevistadas a algunas no les vino bien asumir diariamente esas rutinas de feminización; ni todas estaban acostumbradas a adoptar largas jornadas de transformación corporal, ni a todas les parecía agradable pasar horas acondicionando su apariencia a las expectativas de los clientes⁹¹. Para algunas de ellas, esas prácticas minuciosas de feminización no eran sino parte de las

⁹¹ Aunque comúnmente se piense que toda travesti es una construcción hiperbolizada e hipersexualizada de la feminidad, los tránsitos que ellas realizaban y realizan son múltiples y de diversas formas también críticos a las imágenes fijas sobre la manera de expresar cualquier identidad de género. Otra cuestión es el acondicionamiento de su cuerpo para el trabajo.

formalidades que tenían que cumplir para llevar a cabo su trabajo, es decir, la manera exclusiva de performar su cuerpo en las noches para salir a atraer clientes. La variedad de fenotipos, estéticas, nacionalidades, contexturas físicas, exhibidas por las travestis trabajadoras sexuales en Italia, afianzaba un ambiente de competitividad que convertía en imperativo el trabajo diario sobre la apariencia propia.

Tener que depilarse todo el cuerpo, ponerse una peluca cada día y volver a usar tacones, fue algo que a Suxy, en los primeros meses de su estancia en Italia, le pareció incómodo, al igual que a Yury a quien también le agobiaba asumir todo el ritual de acicalamiento previo a las horas de trabajo y salir a las calles semidesnuda. Ellas, quienes antes del viaje se dedicaban a la peluquería, no estaban habituadas a ese tipo pormenorizado de feminización diaria. Así, para Suxy al principio esto representó un cambio significativo en su cotidianidad «llegar uno a depilarse total, la peluca, que todo... y tanto tiempo sin usar uno tacones ni nada de eso, pues lógico (...)era un poquitico incómodo». A Yury por su parte, quien pocas veces había realizado trabajo sexual en Colombia, en su primera temporada en Italia le daba pena feminizarse con tanto detalle y pararse así a la vista de todo el mundo, aun cuando con el tiempo se hubiera acostumbrado, pues los primeros meses lamentaba no poder vestirse como lo hacía en Colombia: «con un jean, que una blusita más o menos pero escotada porque allá [en Italia] le toca a una a teta boleada, le toca a una en pantis y en un abrigo no más y tacones» porque, explicaba

a los hombres les gusta, ellos privan que entre una este más empelota más monta uno (...)más plata hace. Ellos entre una más empelota, entre más se arreglé ¿si me entiende? tiene una que estar bien maquillada todo el tiempo, tiene una que tener sus cosas, sus aretas, sus collares si es posible, sus pulseras, todo eso les encanta a ellos, bien maquilladas, de todo, se pone uno pelucas, se pone uno el pelo postizo.

Las maricas, entonces, podían pasar muchas horas y gastar bastante dinero tratando de lograr una apariencia corporal no solo hiperfeminizada sino portadora de símbolos que para los clientes cobraban valor por la lectura sexualizada que hacían de sus cuerpos. Aunque ese trabajo sobre el propio cuerpo solía ser naturalizado como parte de la apariencia “habitual” de las maricas en público, las prácticas en torno al embellecimiento, a la feminización y a la sexualización de sus cuerpos hacían parte misma de la *estetización* del trabajo sexual⁹², en la que es importante situar el régimen

⁹² Con esto no quiero decir que estas prácticas corporales solo fueran o sean realizadas por las travestis en el marco del trabajo sexual, cualquiera podía asumirlas como parte de su expresión de género, sin embargo, quiero resaltar cómo la apariencia y la sexualidad de las travestis hace parte de una autogestión del cuerpo a la que están sujetas en el trabajo sexual aun cuando lo realicen de manera independiente, en tanto estás les permite invertir en un mercado para el que la hipersexualización de los cuerpos y las representaciones ligadas a estos es aprovechada e instrumentalizada en pro del beneficio mercantil. Como lo han señalado autoras como Paula Arlie Russell Hochschild (1983), Black (2002), Kang (2010), Arango, (2010) en algunas labores del sector de servicios y de contacto con público, dedicar tiempo y esfuerzo para lograr una apariencia

heterosexual como un dispositivo regulatorio, cuyas prácticas y normas buscan fabricar sobre las travestis cuerpos para el deleite de la mirada masculina. Mis entrevistadas, en algunos casos, asumían estas prácticas corporales como algo rutinario y desgastante. Coqueta, por ejemplo, expresaba que algunas veces cuando se paraban frente al espejo para maquillarse y salir a trabajar lo hacían con rabia, « la rabia de pasar horas arreglándose para poder conseguir algo en la noche y así un día y otro y otro». Por eso naturalizar estas prácticas corporales como parte de la identidad de las travestis es invisibilizar una jornada de trabajo que recae sobre estos cuerpos, y que se inscribe, en este caso, dentro del trabajo sexual mismo, en una jornada que ocupaba tiempo y energía de la vida diaria de las migrantes en el país de destino. En algunos casos, esta estetización comprometió además la mano de obra de otras travestis o mujeres migrantes, quienes las ayudaban en su proceso de transformación corporal diario, cuando estas intentaban hacer que su apariencia respondiera a las expectativas de estetización y a los estereotipos de sus clientes.

Este esfuerzo, energía, sumas de dinero y tiempo invertido por las travestis en acondicionar su apariencia corporal a lo que percibían se esperaba de ellas en el ámbito del trabajo sexual de Italia, no ha sido un trabajo rutinario solamente realizado por estas u otras trabajadoras sexuales. Desde la sociología feminista se ha denominado *trabajo corporal* a esta « tercera jornada de trabajo» constitutiva, aunque invisible, del trabajo diario de ciertos sujetos o grupos quienes en razón, por ejemplo, del género, la raza y las experiencias de empleo, deben invertir ,más o menos, esfuerzo en producir una apariencia ajustada a unos estándares que, por un lado, son regulados (exigidos y premiados) dentro del ámbito laboral pero , además, se erigen en bienes simbólicos e inmateriales que se ofrecen y solicitan como parte del trabajo mismo (Kempadoo 1998, 2005, 2009). Como Kang (2010) argumenta el trabajo corporal o los «esfuerzos comerciales y no comerciales dirigidos a mantener o mejorar la salud y / o el aspecto del cuerpo, propio o el de otros, remunerados o no»⁹³, recaen no solo sobre quienes cargan las demandas sociales de estetización más exigentes, sino sobre mujeres de color e inmigrantes predominantemente de Latinoamérica, el Caribe y Filipinas quienes asumen el trabajo de belleza y el manteamiento del cuerpo de otras.

5.3. Ser marica y migrante en Italia

Aunque con los meses de estancia casi todas asumieron una indumentaria feminizada la mayor parte del tiempo, Martha y Suxy durante el día o en las horas libres prefirieron ir de “serias”. Esto no porque hubieran experimentado, como en Colombia, un rechazo particular por aparecer

percibida como aceptable para el trabajo constituye uno de los recursos no solo demandados sino vistos como parte del servicio mismo que se ofrece, pese a que pocas veces se reconozca esto dentro del tiempo y el salario laboral.

⁹³ La traducción es mía, en el original: «I use body work as a general term for referring to commercial and or improving the health and/ or appearance of the body. This can include caring for ones own or another's body, whether paid or unpaid. »noncommercial efforts directed at maintaininq.

feminizadas en público, sino porque les parecía más cómodo y, además, como señalaba Coqueta «En Italia si esta eso, así uno vaya bien barbada si la ven bien partida es una señora y como señora la tratan». Pese a que Lucy manifestaba que nunca faltó, en relación con su género, la burla, el rumor o algún transeúnte que les gritara «*¡frocio di merde!* que marica ijueputa, que *¡figlio di puttana!* (...) como en toda parte del mundo que hay homofobia, lógico», todas mis entrevistadas coincidieron en describir Italia como un lugar donde las maricas podían vivir mejor, estando o no feminizadas, en comparación con Colombia⁹⁴.

Después de todo, las travestis ya habían soportado y naturalizado muchas manifestaciones de violencia transfóbica en su país de origen, de modo que si un día en Italia alguien las miraba mal, se burlaba o les gritaba algo haciendo referencia a su sexualidad o a su expresión de género, ellas encontraban eso poco significativo cuando en la cotidianidad la mayoría las había nombrado en femenino y pudieron ir por las calles, los parques, los museos, las tiendas de ropa, las discotecas y los medios de transporte sin tener que enfrentarse cada cuadra o cada minuto con la desaprobación en los ojos de la gente «porque allá no es como acá que te miran de arriba abajo y abren los ojos como si hubieran visto un esperpento» manifestaba Martha.

Cuando Alejandra se refería a la forma como era percibida su presencia feminizada en Italia señalaba –«allá con el hecho de solo saber que yo utilizo prendas femeninas merezco respeto y me tratan como me ven: signorina, ragazza o donna»–. En Colombia, por el contrario, los hombres siempre la nombraban en masculino y aún cuando veían que ella estaba «bien vestida, bien transformada» le decían señor. Lo mismo declaraba Coqueta, que en Italia «es raro que a uno [a las maricas] le digan como él, o señor, usted donde llega siempre es bien recibida: *la signorina, signorina buongiorno*» a diferencia de lo que a ella y a sus compañeras les sucedía en Colombia

⁹⁴ Aunque mis entrevistadas nunca lo mencionaron, es importante referir que en la década de los noventa estaba vigente en Italia un Artículo en el Consolidado de Seguridad Pública de 1931 (art. 85) en el cual se declaraba como infracción que un hombre vistiera ropas femeninas y apareciera en público «disfrazado-enmascarado». Tal artículo fue fortalecido por El Tribunal Supremo (Corte di Cassazione), en una sentencia del 17 de marzo de 1970, en la que se indica que «comete una contravención prevista en el artículo 85 de la Ley de Seguridad Pública el homosexual que para ejercer la prostitución se presente en lugar público vestido como mujer, tornándose difícilmente reconocible» pues el “travestismo” era considerado un móvil para realizar acciones criminales y dificultar la acciones policiales (Sznick, 1980). Aunque la aplicación del artículo estuviera dirigida tanto a nacionales como inmigrantes lo cierto es que la sentencia al vincular “travestismo” con prostitución y delincuencia marcó principalmente a las inmigrantes que trabajaban en calle. En el 2007 algunas noticias de periódicos internacionales divulgan que ante la ineficacia para acabar el trabajo sexual inmigrante, la policía retomó el artículo redactado en 1931 para perseguir a las travestis trabajadoras sexuales de calle. En el diario Il Centro Edición Pescara el 4 de octubre del 2007 bajo el título Contro i travestiti un decreto del re [Travestis contra un decreto del rey] se señala que las travestis están siendo detenidas y multadas no por estar en las carreteras atrayendo clientes para el trabajo sexual sino por estar disfrazadas como mujeres, cito a continuación un fragmento de la noticia: «Sperimentata l'inefficienza di una quasi quotidiana pattuglia di controllo il fenomeno del sesso in strada, i carabinieri hanno deciso di attuare una nuova strategia contro i transessuali. Saranno sanzionati in base a un regio decreto del 1931» [Experimentada la ineficacia de las patrullas contra el fenómeno de la venta de servicios sexuales en la calle, la policía ha decidido implementar una nueva estrategia contra los transexuales. Ellos serán sancionadas de acuerdo con un Real Decreto de 1931].

donde se la pasaban discutiendo con cualquiera que les dijera señor, pues, interpelaba, « ¿quién se va a poner un par de tetas para que le sigan llamando fulanito de tal?». Por eso mientras en Colombia, Coqueta un día le respondió a una vendedora que le dijo señor «¿es que acaso usted cree que me le parezco a su marido? para que me diga usted así ¡respéteme!» en Italia sentía que la respetaba tanto la señora de la tienda como el cliente.

Cuando mis entrevistadas hablaban sobre cómo experimentaban en Italia su disidencia de género, casi siempre manifestaban sentirse reconocidas y libradas de los prejuicios con los que habían aprendido a convivir durante años en Colombia. Suxy afirmaba que «Allá [en Italia] es muy bacano, es un país muy liberado con respecto a los LGBT. Acá [en Colombia] no hay nada, mejor dicho, parecido así» y ponía una expresión de alegría en el rostro al declarar –«es que no le digo que allá [en Italia] es súper chévere vivir, allá todo es permitido, no hay ninguna... nada, no hay ninguna circunstancia con los demás de someterse uno que a vivir aislado o que esto, no, usted puede salir, es libre»–.

Sin embargo, la libertad que Suxy atribuía a las maricas en Italia, se matizaba en relatos como el de Alejandra. Ella decía que entre las cuatro estaciones prefería el invierno, aunque fuera «cruel el frío», porque era este el tiempo en que compraba y lucía sus *Pellicias*, abrigos y bufandas y «camuflada» caminaba entre la gente por todas las calles sin temor a ser identificada como inmigrante. Pues si bien, ella en Italia había dejado atrás el miedo a ser expulsada de diferentes espacios públicos por presentarse en estos feminizada, se «asustaba más por lo que iba de ilegal porque estaba como migrante». Esta explicaba –«no sentí discriminación por ser gay, no, más bien por ser migrante, por ser extracomunitario como llaman ellos, somos extracomunitarios y por ese lado si sentí discriminación pero no por ser homosexual, no» aunque también declaraba que « no falta tampoco el que te mira y te grita –*frocio cazzo, frocio vai arrivare a tuo paese*–[maricón de mierda, maricón vete a tu país] cualquier cosa lo insultan en su idioma, lo tratan mal».

En los relatos de las travestis, la exclusión, la discriminación y la segregación no fueron solamente una respuesta a la forma como sus cuerpos ambiguos y sus preferencias sexuales eran leídas y ubicadas en una jerarquía de valor basada exclusivamente en las relaciones de género y sexualidad en Italia, es decir, no era únicamente por su feminización y sus prácticas sexuales que las maricas podían ser discriminadas o no. Aunque sobre sus identidades sexuales y de género no ortodoxas pesaba también una historia colectiva de patologización y criminalización, la cual se reactualizaba cuando el «vete a tú país» iba acompañado del «maricón de mierda » o de otros insultos como « *finocchio di merda* » [maricón de mierda]. Esta última expresión es un eco de la Edad Media, tiempo en que el Tribunal Eclesiástico de la Inquisición cubría entre hojas de hinojo frescas (*finocchio*) a los homosexuales y luego les prendía fuego.

En este sentido, mientras todas coincidían en considerar que en Italia era más aceptadas como maricas que en Colombia, en Italia eran identificadas con el pasado y el presente de un continente marcado con un *capital racial y étnico negativo* (Segato, 2007) y como migrantes se enfrentaban a una nuevas forma de marginación y discriminación, pues según lo expresaba Lucy, con una reflexión que sintetiza el sentir de lo que todas enunciaban de una u otra manera, ser migrante indocumentada era «lo peor, una zozobra, una zozobra siempre con el miedo de que una redada, que lo van a deportar o que lo pueden llevar a una *Casa di Accoglienza*⁹⁵».

Como maricas colombianas migrantes sin papeles, mis entrevistadas habían aterrizado en lo que Grosfoguel y Maldonado-Torres (2008) describen como «un espacio de relaciones de poder que ya está informado y constituido por la colonialidad» (...), en este sentido, una historia colonial, un imaginario colonial, un discurso racista y una jerarquía étnico-racial operaba sobre estos cuerpos ambiguos y migrantes. Las travestis durante su migración fueron atravesadas por una operación de racialización desde la cual se reproducía la jerarquía colonial-racial entre europeos y extracomunitarios. A pesar de los distintos matices que podía tener la materialización de dicha estratificación, en los relatos es posible reconocer que estas se sabían inferiorizadas en las relaciones cotidianas por italianos e italianas u otras personas de origen europeo en razón de su nacionalidad y de su condición de migrantes sin papeles. Las maricas ya no hacían parte de las travestis que tiempo atrás bailaban y cantaban para un público europeo seducido por el exotismo atribuido a estas vedettes latinas. Ahora ellas encarnaban el estigma de habitar las calles con sus cuerpos ambiguos y sin papeles, desafiando así el régimen cisgenerista, la ciudadanía binaria y la identidad nacional.

Angelly, por ejemplo, con sus cuatro años y medio de estancia en Italia opinaba que las maricas italianas se portaban “odiosas” con las inmigrantes debido a que no sufrían la problemática de la documentación de la estancia. Coqueta por su parte, quien estuvo ocho años en Italia, aseveraba que mientras algunas maricas italianas se portaban «regias» con las colombianas, otras las llamaban *barbones*: « y *barbone* en español es un gamín, o sea, si aquí para nosotros es un gamín entonces ellas nos tratan como tal. Que somos extranjeras, que somos de mierda y todas esas cosas, la mayoría de ellas».

Una marica migrante colombiana ¿podía acaso ser más que una trabajadora sexual en Italia?, ¿una

⁹⁵ Lucy me explicaba: –«¿usted sabe que es una *Casa di Accoglienza*?»– y en seguida respondía «es donde llevan a los indocumentados y los tienen dos o tres meses esperando que haya un vuelo para mandarlo para su país. Hay muchas niñas que han estado seis meses allá metidas, esperando un vuelo gratis para ponerla aquí, aquí en Colombia o en el país que le corresponda. Y a los seis meses de estar allá casi presa sin motivo, las tienen que dejar en libertad porque no resultó vuelo o muchas están de malas que en menos de veinticuatro horas están aquí, en eso juega mucho el factor suerte. Hay niñas que llevan cinco años y nunca las ha cogido migración y hay unas que llegan y a los tres días ya están conociendo *questura*. Eso es una cosa de suerte, de astucia, de no sé qué. Pero se ven todos esos casos, se ven todos esos casos».

marica migrante podría ser más que un pene o un ano con senos, en una apariencia exotizada con la cual cumplir las fantasías resbaladizas a la heterosexualidad y satisfacer los *deseos coloniales*⁹⁶? (Young, 1995), ¿podía una marica migrante sin papeles ser vista más que como una muerta de hambre dispuesta a todo con tal de obtener algo de dinero para si y su familia?, tal como le manifestó en una redada un policía a Lucy, al ver sobre la mesa algunas monedas con las que ella afirmaba no podía comprarse en Colombia ni un Coca Cola: « *prende, prende questi soldi, con ciò mantenere tutta la tua famiglia il tuo paese, prende, prende (...)* que guardara esas monedas que con esas monedas comía toda mi familia acá en Colombia».

Y aunque, en efecto, como indicaba Martha «uno el cuerpo lo tiene enseñado a aguantar», porque en Colombia no habían sido pocos los días en los que las maricas no lograban conseguir los pesos suficientes para poder comer, y aunque, como Marcela explicaba, en Italia les tocaba «muchas veces aguantar hambre también» porque priorizaban los ingresos para girar y se quedaban sin dinero para la manutención propia, era muy difícil, como lo expresaba Lucy, ir buscando un mejor futuro y recibir humillaciones por el hecho de haber nacido en una orilla empobrecida, porque «las autoridades de allí [en Italia] lo agreden a uno de esa manera cuando hacen batidas, le gritan a uno, en italiano, que muerto de hambre, que aquí fue a donde vino a calmar el hambre, *frocio di merda che nel tuo paese che fame*, que tiene hambre, que uno fue a buscar comida allá ». Por eso Lucy no comprendía por qué en Colombia las migrantes retornadas habían hablado tantas maravillas de Italia si, desconociendo la experiencia de las documentadas, como inmigrante en condición de irregularidad ella sentía que respecto a su presencia «siempre estaba el lunar de que uno no es de allá».

En aquel tiempo, mis entrevistadas experimentaban que mientras como maricas podían ser parcialmente aceptadas dentro del territorio italiano, su condición de inmigrantes y su nacionalidad las convertía en presencias indeseables y las mantenía permanentemente, según la expresión de Coqueta «con un pie allá [en Italia] y otro acá [en Colombia]» porque en cualquier momento podían ser deportadas. Además en términos de los derechos de ciudadanía casi todas consideraban que allá no había derechos para las migrantes, pues como sintetizaba Lucy –« los derechos son para los coterráneos de allá, para los ciudadanos de allá»–. La Cinderella señalaba que «cuando uno no tiene documentos uno es un straniero di merda (...) ellos [los ciudadanos italianos] son una gonorrea» pero además, con una conciencia clara de su experiencia como documentada, pues tras ocho años de estancia adquirió la documentación, también agregaba que, independientemente de

⁹⁶ Young (1995) incluye en el análisis del poder colonial la dimensión sexual que viene asociada a una economía erótico-colonial construida sobre una ambivalencia que se reproduce en el rechazo y el deseo de lo representado como Otro.

los documentos, «uno es extranjero en otro lado así tenga la ciudadanía, así usted tenga la ciudadanía sigue siendo extranjero en otro país que no sea el suyo» .

La dificultad de las travestis de acceder a una condición de ciudadanía en Italia, no solamente se explica por su subordinación social de género, sexualidad y clase, como sucedía en Colombia, sino que dichas posiciones se encuentran históricamente ligadas a ideologías de racismo, xenofobia, dominación colonial y heterosexualidad obligatoria, las cuales se construyen mutuamente y operan de forma simultánea en la construcción de las travestis como “otras”. Esto es posible distinguirlo en la siguiente explicación de Coqueta, en la que diferentes sistemas de opresión como la condición migratoria, el origen, la sexualidad, el performance de género y la clase se intersectan y confluyen en su manera de vivenciar la opresión en sus relaciones cotidianas.

los derechos cambian porque allá hay libertad para todo pero como le digo siempre y cuando uno esté en regla en el país, tenga sus papeles y todo esté al día. Sí, los derechos se exigen y los respetan como tal, pero si sos extranjera y estas en esta vida de la prostitución y todo... es igual, poco respeto y si le digo nada. Me sentía que vulneraban todos mis derechos a pesar de ser extranjera y todo y también sentía el rechazo de ellos hacia nosotros como colombianos que dicen que somos un poco de indigentes, muestran las cuatro chocitas, el Amazonas, no que Bogotá es una capital, muestran el Amazonas y dicen: esto es Colombia. Y la droga pues que nos tiene mejor dicho... porque la cocaína (...) –¡ah! Colombia, ¡ah! coca, quieta ya– y es terrible la situación en ese sentido (...) de la cocaína colombiana porque todo el mundo piensa que al menos cuando vaya, en el tiempo antes del dos mil pues las fronteras de cada país estaban cerradas, ahora como ya es la Unión Europea pues más fácil se va de lado a lado y en ese tiempo en todas las fronteras molestaban y en todas la fronteras la paraban, le tenían que hacer examen, lo que le digo, en todo lado y no es solo que la miraran superficial así y ya sino llegar a meterle los dedos por allá para ver y no se que más cosas para ver si uno llevaba droga.

5.4. Haber nacido en Colombia: las fronteras entre el rechazo y la exotización

Como migrantes, mis entrevistadas siempre negaban que eran colombianas y cuando les preguntaban que dónde habían nacido, fueran clientes o policías de migración, ellas decían que eran de Venezuela, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Ecuador, Brasil o Argentina. Casi nunca decían que eran colombianas porque, según Alejandra, los estereotipos sobre Colombia en Italia se construían a partir de la representación de la nación colombiana con base en tres características: drogas, prostitución y violencia. Las maricas en Italia eran entonces no solo no-blancas, sino

racializadas a través de la naturalización de algunas atribuciones culturales fijas con base en la etnicidad/nacionalidad, que las marcaban en identidades únicas: personas peligrosas, violentas, agresivas, ubicadas del lado de lo ilegal, de lo no legítimo dentro del territorio. Según Alejandra, esto se evidenciaba cuando los clientes les decían que antes de conocerlas pensaban que ellas eran « muy ladronas (...) delincuentes, que secuestramos ». Por eso cuando Coqueta negaba su lugar de origen no lo hacía, explicaba, « porque una quiera negar su patria ni nada ¡por favor! pero es que es como el cuento de que orgulloso me siento de ser una colombiana... pero por el momento la pequeña mentirilla para poder estar bien» porque en Roma decir maricas colombianas era, según esta, decir «ladronas, consumidoras de vicio, borrachinas, problemáticas, de todo».

No obstante, la intersección sexualidad-nacionalidad-etnia-ocupación-condición migratoria-performatividad de género constituía el cuerpo de las travestis como una superficie rechazada pero también deseada. La experiencia de género cruzada con la nacionalidad era distinta cuando se trataba del trabajo sexual; en el ámbito del trabajo sexual transnacional la nacionalidad les confería a las travestis colombianas un valor especial dentro de una jerarquía erótica. Como lo han trabajado Kempadoo (1998, 2005, 2009), Hurtado (2011), Pelúcio (2005, 2007, 2009), Piscitelli (2005, 2009) y Viveros (2014), son los rasgos físicos asociados al fenotipo (negra, blanca, indígena, mulata) y al lugar de origen (africanas, norteamericanas, asiáticas, europeas, latinoamericanas y del Caribe) los que otorgan valor y posiciones prestigiosas en el mercado del sexo, cuando se articulan con la atribución estereotipada de conductas, habilidades y estilos sexuales. Piscitelli (2005) analiza estos procesos bajo la categoría de etno-sexualidades, que hace referencia a la asignación de las personas dentro de una jerarquía erótica con base en la exotización y racialización de sus cuerpos según los países y las regiones de donde estos provienen.

Por lo anterior, si bien La Japonesa manifestaba que los hombres italianos casi no subían a los autos a las colombianas, porque temían que estas fueran a hacerles daño (y esta percepción era compartida por todas mis entrevistadas), algunas les revelaban a estos su nacionalidad desde el principio. Esto en razón de que, ellos pensaban que ellas eran “más dadas para el sexo” y más “complacientes”. En este sentido era que Yury expresaba que en Italia se sentía muy orgullosa de ser «una perra colombiana» porque a los clientes « les gusta esa adrenalina porque creen que... (...) a ellos como que les gusta todo eso, además porque dicen que las de aquí somos muy fogosas (risas) demasiado fogosas». Sin embargo, cuando se trataba de la policía, Yury prefería negar su nacionalidad, ya que « tú dices que eres colombiana y de pronto todo el mundo cuando no le hacen el feo, piensan que usted lleva droga, en el momento que usted dice que es colombiana, ¿tiene coca?»

Varias paradojas surgen en el entretrejo de las marcas de opresión pues si en razón de estas las maricas eran constantemente patrulladas e interpeladas en su derecho de estar dentro del territorio

italiano, eran estas mismas las que racializadas y exotizadas se convertían en un capital corporal del que las maricas extraían rentas económicas y simbólicas considerables. Según argumenta Piscitelli (2009) en el contexto migratorio, la ideología colonial del mestizaje que exotiza y sensualiza los cuerpos y las sexualidades de quienes son marcados como “otros” u “otras”, debe ser considerada a la luz de la intersección entre etnicidad/nacionalidad a partir de la cual las travestis trabajadoras sexuales se ubican en una posición favorable(desde el punto de vista económico) dentro del mercado sexual internacional.

Si bien, las maricas reactualizaban y reforzaban una serie de significantes constituidos por relaciones coloniales en los que ciertas poblaciones han sido asociadas a la naturaleza-salvajismo-exotización-lujuria- y disponibilidad sexual, ponían, paradójicamente, tales significantes a su favor en la oferta del trabajo sexual. Lo anterior no ha sido algo que hayan realizado o realicen solamente las travestis trabajadoras sexuales. La apropiación de los estereotipos eróticos ha sido una práctica de las trabajadoras sexuales, en general, para capitalizarse en el mercado sexual.

Así mismo, la inversión sobre su cuerpo es una forma de acumulación de capital corporal que resulta fundamental para mejorar su posición dentro del campo del trabajo sexual (Teixeira 2008; Piscitelli, 2009; Voguel 2009; Pelúcio 2010; Vartabedian 2012;). En palabras de Hurtado (2011) el cuerpo ha sido para las trabajadoras sexuales su medio de producción y es en la intervención de su materialidad que acumulan un determinado capital simbólico que será retribuido con mejores ganancias. Además como ha trabajado Kempadoo(2004) la industria del sexo depende de la racialización de la fuerza de trabajo y la población migrante como sexualmente deseable y disponible; y las trabajadoras sexuales generalmente se adhieren a tales registros con el propósito de ampliar su espectro de oportunidad, aunque esto refuerce la jerarquía racial y reduzca a algunas personas a sus sexualidades.

5.5. Remesas desde Italia hacia Colombia:

Con la inserción inicial en el país de destino llegaron a la experiencia de las travestis los primeros regocijos y desilusiones de la migración: las adaptaciones urgentes para poder emprender la nueva vida y no morir en el intento, la ambigüedad que se les anudaba en el pecho cuando al encantamiento de haber logrado llegar al fin a un destino tan deseado se le cruzaba la sensación de malestar por el frío o el calor intensos; el miedo por no poder comunicarse fácilmente o lo que Sayad (2010) describe como la contradicción entre la imagen encantada que se habían hecho antes de viajar, sobre lo que sería su vida en la otra orilla y la posterior vivencia de la condición de inmigrante.

Para ninguna de mis entrevistadas la inserción inicial en el país de acogida fue fácil. Al inicio extrañaban casi todo de Colombia: las amistades, la familia, el clima, la comida, las costumbres, sus rutinas e incluso aquello que no habían tenido, pero que a la luz de la migración parecía convertirse en una pérdida difícil de sobrellevar. Marcela explicaba que mientras estaba en Italia, ella extrañaba de Colombia «el estar tranquila porque como es el país de una, una está tranquila, no está una como huyéndole a la justicia como una prófuga, eso se extraña bastante». En su relato parecía nunca haber rememorado la persecución y encarcelamiento que, antes de la migración, había tenido que soportar de parte de la policía en Colombia; cuando apelando a la infracción de *prendas femeninas*, también decía que—«había que correrle mucho a la policía»—.

A pesar de las dificultades y los sentimientos encontrados que fueron emergiendo tras su llegada, todas mis entrevistadas terminaron quedándose por varios años en Italia, buscando lograr aquello por lo que se habían ido. Como expresa La Cinderella «al inicio eso da duro y parte el alma y ya después mami... ya después de un añito, ya un año pasado paila, ya está ubicada, ya después de que usted tenga donde dormir y donde comer tranquila...». La Cinderella se mantuvo a lo largo de quince años, Angelly, Yury y Marcela durante cuatro años y medio, Japonesa se quedó tres años, Martha dos años y medio, Suxy dos años, Alejandra un año y medio y Lucy un año. Coqueta en cambio a lo largo de sus ocho años de migración viajó cuatro veces a Colombia y Diana Marcela en su primer viaje solamente soportó un mes de estancia. Luego volvió y estuvo dos años viajando constantemente entre Colombia e Italia.

A pesar del elevado costo de vida que las migrantes asumieron en el país de destino, debido al precio del arriendo, la alimentación, el pago del chofer que las transportaba de una provincia a otra, *la liga o impuesto*, mencionada en el capítulo cuatro, para poder trabajar en determinadas plazas, el cobro de los informantes que las alertaban de las redadas, la indumentaria, entre otros desembolsos usuales, con el dinero que reunían a través del trabajo sexual cubrían sus gastos básicos de manutención y lograban acceder de modo regular a otros consumos considerados de lujo en comparación con lo que podían permitirse con sus ingresos en Colombia. Aun cuando no todos los tiempos fueron de *bonanza*, y en ocasiones algunas atravesaron periodos de hambre para poder ahorrar lo suficiente y enviar las remesas a Colombia, sobre los ingresos la mayoría opinaba que, tal y como lo habían predicho *Las Italianas*, las maricas podían darse una mejor vida en Italia. Como Diana Marcela lo sintetizaba: «es que allá uno como pobre vive como rico porque hay más comodidad en todo».

Lo anterior no quiere decir que las travestis experimentaran necesariamente un ascenso social en Italia; la inseguridad social, la estigmatización y la precarización del trabajo sexual anudada con la condición de irregularidad, la xenofobia y la transfobia, prolongaba en sus vidas dinámicas de exclusión; acompañadas de su excesiva visibilidad para la vigilancia y el control policial, pero su

invisibilidad como sujetas de derecho. Aun cuando contaran con suficiente dinero para acceder a más y mejores bienes y servicios que en Colombia, como manifestaba Angelly – «Tu podrás tener tanta plata...[en Italia] tú podrías tener tanta plata y no poder coger un taxi ni nada de eso que porque ¿me entiende? Por más plata que uno tenga, no vale uno nada»–. No obstante, el nivel de vida que estas aseguraban haber tenido en Italia era superior al experimentado en Colombia y esta diferencia era motivo constante de comparación entre ambos países. Angelly, por ejemplo, salía de compras constantemente e iba a restaurantes de comida internacional, tenía prácticas de consumo que en su país de origen, explicaba, no podía tener porque –«acá toca ahorrar mija, acá si toca es guerriar»–. Suxy afirmaba con sus ingresos en Italia podía vivir mejor que en Colombia «porque se gana bien y se vive bien (...) se vive bien porque se come bien, se viste bien, se ahorra, lo que no es acá [en Colombia] porque acá la vida en la calle es más tenaz». Coqueta decía que se daba «una vida de reina» pues según expresaba, en Italia, en el tiempo que ella estuvo «era una bonanza muy buena, había dinero que se podía derrochar y todo» así que tenía la posibilidad de darse «miles de lujos que aquí con el trabajo pocas cositas».

Y aunque La Cinderella, como las otras entrevistadas, decía que a pesar de los gastos el dinero en Italia –« si se ve, se ve, vive uno rico, vive uno con todo cómodo »–, lo que la llevaba a asegurar que la migración había sido la mejor experiencia de su vida, tampoco ocultaba que esta no fue siempre una fuente de felicidad y fortuna. Ella que pasó en Italia 16 diciembre, desde 1996 al 2011, se hubiera regresado a Colombia después del primer mes de viaje, si no hubiese sido porque las maricas amigas le escondieron el pasaporte y le rompieron el pasaje. Y aunque el frío y la persecución policial la hicieron dudar de quedarse, sin pasaporte ni pasaje, con la deuda y los sueños aún, después de superar la soledad y la nostalgia de los primeros meses, como todas lo hicieron en algún momento, lo pensó mejor y se dijo: «bueno, ya no hay marcha atrás, ya a santa rosa o al charco, yo vine con un propósito, yo vine con mi cosa de hacerme mi casita en mi país y todas esas cosas, la chimba yo me voy a quedar». Sin embargo tuvo que pasar dificultades durante varios años, no tanto porque le hubieran faltado recursos para subsistir sino porque no conseguía algo que para las maricas era fundamental en Italia: ahorrar dinero para alcanzar las metas que habían motivado la migración. La Cinderella contaba

Yo en el 96 llevé una vida... yo duré cuatro años mal, me pegué una engordada, las tetas se me taparon, yo ni el chimbo me lo veía, yo lloraba. Me tocó ponerme a cocinarle a los maricas, venderles comida a tener problemas con maricas, porque más de una no conseguía, porque me iba mal. Yo llevé una vida mija de perro, yo lo que me hice me lo hice del 2000 al 2008. Yo antes conseguía pero no se me veía la plata, no ahorraba nada, pagaba, sí, mi arriendo, comía ¿si me entiende? pero para ahorrar yo no tenía nada. Me ahorré para mis cirugías, eso fue lo primero que hice rápido, pero que haya tenido suerte que yo haya

visto mis millones, de tenerlos en mis manos que nunca me los soñaba, nunca me los imaginaba, ya fue del 2000 para acá.

Los tiempos que las travestis denominan *de bonanza* fueron aquellos en los que la demanda de trabajo sexual era abundante y así los ingresos que lograban reunir cada día. Cuando obtenían tanto dinero como para pagar todos sus gastos e incluso podían invertir en los propósitos que habían incidido en su decisión de migrar, ellas consideraban que era época de bonanza. En el curso de esas temporadas destinaban con más frecuencia mayor cantidad de dinero para el ahorro y la inversión. Si bien es común encontrar en los estudios sobre migración que los ingresos destinados al ahorro han sido para muchos migrantes limitados, las travestis caben dentro de la definición del *migrante ahorrador* de Moctezuma, cuya característica central es «el esfuerzo por lograr acumular algunos ahorros que se envían a los familiares más cercanos, con el claro objetivo de hacer pequeñas inversiones que, en la mayoría de los casos, no rebasan las actividades productivas tradicionales y locales » (Moctezuma, 2006, p.103).

El ahorro era un indicador clave del éxito migratorio para las travestis, de este dependía que una experiencia migratoria se considerara exitosa o no. Es común que las experiencias negativas sean relacionadas con historias en las que las maricas tuvieron, en Italia o al llegar a Colombia, un consumo desmedido en lujos, fiesta, sustancias psicoactivas y, de repente, no tuvieron ningún ahorro para poder realizar alguna inversión productiva. La Japonesa explicaba que esto sucedía, refiriéndose a su propia experiencia, porque al llegar a Italia era fácil pensar que se había « cogido el cielo con las dos manos» y aunque, inicialmente, todas se pudieron haber ido pensando « me voy a trabajar, a conseguir » lo que después podía ocurrir era «dejarse deslumbrar por todo lo que uno nunca había tenido y uno no se pone a pensar que hay que ahorrar, que uno no sabe el día de mañana ¡ñiaum! le echan mano y deportada» Por eso Angelly manifestaba que si a ella tuviera que asesorar a una marica que quisiera migrar su consejo sería decirle :

que se fuera, pero que fuera juiciosa, que no derrochara las cosas porque hay algunas que se van y se gastan todo –vaya y se hace cualquier cosita, aunque sea pa su negocio, para una casita y su negocio y se viene pa acá–, porque de todas maneras allá es chévere pero el estrés y todo, así tu tengas papeles y todo el estrés...eso es tenaz.

Entre las travestis son varias las historias sobre las migrantes que llegaron, en palabras de mis entrevistadas, «millonarias», pero por no saber hacer una administración adecuada del dinero terminaron en condiciones socioeconómicas similares o peores a las que tenían antes de marcharse. «Como donde hay y se saca y no se mete pues todo se acaba», decía Coqueta; habían muchas historias de maricas que « llegaron millonarias, llegaron con plata pero llegaron con vicio y se les acababa la plata y terminaban en el Santa Fe puteando o en la quince». Y aunque Coqueta

también valoraba el ahorro, al mismo tiempo señalaba que «lo que uno vive, lo que uno goza, es lo único que uno se va a llevar el día que se muera». Por eso ella, además de trabajar en Italia, se dedicó al consumo de lujo que nunca se imaginó poder darse. Aunque manifestaba que otras maricas la miraban mal y la juzgaban, ella no se arrepentía de lo que había despilfarrado en Italia, pues pensaba que en la hora final «los ladrillos que haya construido no se los van a echar ahí, porque los que van a tapar el hueco, esos los compran en otro lado».

La destinación que las maricas le daban a los ingresos obtenidos con el trabajo sexual deben entenderse a la luz de la proyección, muy presente en todas, de retornar a Colombia. Aunque las condiciones pudieron haber modificado el proyecto inicial, todas mis entrevistadas expresaron que antes de migrar tenían la idea de ir a Italia y volver a Colombia, una vez hubiesen alcanzado parte de sus objetivos. Coqueta se refería a lo anterior expresando que todas tenían «la esperanza de volver (...) pero bien, traer como algún dinerito para poder estar en algún negocio, poder vivir de eso y tener una vida tranquila». Por eso ninguna tuvo la intención de hacer inversiones en Italia, cuestión que La Cinderella explicaba diciendo que el peor error que podía cometer cualquier extranjero era realizar inversiones en negocios o en propiedades en Italia fuera de su país de origen pues « el día de mañana que lo saquen propiamente (...) pues tiene lo suyo en su país, está divina».

Aunque la migración para la maricas no solo tenía un objetivo económico, poder acceder en Italia a una forma de vida que fuera económicamente sostenible más allá del día a día y que además les permitiera lograr hacerse a mejores condiciones de vida al retorno, estas eran motivaciones fundamentales para haber viajado y mantenerse como migrante el mayor tiempo posible. Apoyar o responder económicamente por la familia desde Italia, comprarle una casa a la madre, lograr una casa para sí, montar un negocio propio, retornar y dejar el trabajo sexual como fuente primaria de ingreso, *hacerse el cuerpo* y llegar a Colombia hecha toda una *regina* con silicón, prótesis, rinoplastia, ropa de diseño, zapatos, perfumes, joyas, siguieron siendo, en buena medida, las razones para perseverar cada día a pesar de las dificultades porque tal como lo describía Suxy « aunque en la calle se gana, se sufre mucho también».

La frecuencia de los envíos de dinero que las maricas hacían a Colombia era semanal, quincenal o mensual. Mientras estuvo en circulación la lira italiana, moneda oficial de Italia desde 1861 hasta 2002, enviaban aproximadamente⁹⁷ dos o tres millones de liras (cuatro a cinco millones de pesos colombianos). Entre 1999 y el 2002, cuando la lira coexistió con el euro, moneda común europea que empezó a circular en Italia el 1 de enero de 1999 y pasó a ser la moneda única en la eurozona en el 2002, las maricas podían enviar hasta dos mil euros. No obstante estas cifras estaban sujetas

⁹⁷ Estas cifras tan solo son un aproximado dado que variaban de acuerdo con cada experiencia, con la ciudad o la zona en la que cada una de mis entrevistadas se hubiese localizado durante su migración, con el año de referencia, entre otras.

al sobrevenir de los tiempos, pues así como había días en los que las maricas lograban obtener muchos ingresos, había días también de escasez. En cualquier caso, ellas procuraban enviar siempre alguna remesa pues hacerlo era un evento expresivo, una forma de comunicar, según Marcela, «(decirle) a la familia o a las amigas que todo bien, que todo anda bien, así las cosas no sean tan así, decirle que una está regia, que no está pasando dificultades».

Coqueta manifestaba que cuando llegó a Italia en 1999 los envíos de dinero se hacían con encomiendas o paquete postal a través de la *Poste italiane*, la empresa pública de servicio postal más grande de Italia. En ese momento, ellas no tenían un medio para enviar solamente el dinero a través, por ejemplo, de un banco o una empresa de transferencias monetarias. Las maricas compraban juguetes, ropa, perfumes, álbumes y toda clase de regalos en los que camuflaban los dólares que mandaban para facilitar el cambio de moneda en Colombia y algunas joyas de oro. Sin embargo, señalaba Coqueta, por este medio «empezaron a descubrir que uno mandaba oro, mandaba dólares y todo entonces ¡pa! se empezaron a robar mucha encomienda y llegaba la encomienda: los vestidos, los zapatos, pero lo que eran los perfumes, cosas así de valor y de todo chao, chao». Más adelante, explicaba esta, los envíos de dinero se hacían por los «los filipinos» o agentes de locutorios⁹⁸, que habían aprovechado la creciente necesidad de las personas migrantes para generar el servicio de envíos monetarios, estos «le recibían (...) en liras allá [en Italia] para que entregaran en dólares acá [en Colombia], pero acá no entregaban dólares de 100, ni de 50 denominaciones sino de a peso, entonces el negocio de ellos era redondo». Aunque por medio de «los filipinos», podían enviar máximo hasta cinco millones de pesos colombianos «cuando las maricas tenían que enviar harto dinero», decía Coqueta, se apoyaban en las otras: «aquella te hacia el favor, aquella también, aquella también, entonces, así pudieron enviar mucho dinero, una gran cantidad dinero porque cuando se venían podían traer cierta cantidad pero tampoco todo porque aquí también había mucho problema». En una conversación, Coqueta refiriéndose a su propia experiencia con las transferencias monetarias narraba

Ese era el tiempo de los champús, de los tramoyos. Yo compraba los álbum de fotografías los tramoyaba, metía oro, dólares, pero también me robaron. La primera encomienda quedó inmunda y yo lloraba porque también qué tristeza mi mamita pues... Yo descubrí lo de los filipinos, para enviar el dinero por los filipinos aquí a Bogotá, fue por la finada Kasandra (...) y ella un día yo estaba así y ella me dice –marica ¿usted qué se mata tanto así haciendo encomiendas? y todo eso para ir a la *poseta*, le voy a enseñar algo pero me da un regalo—. Porque allá si se usa para todo el regalo. Entonces yo le dije –pues claro, pero ¿cómo es?—. Me dijo –pero ¿usted tiene dólares? vaya cámbielos a liras—. Yo los cambié y en ese tiempo había una cosa que llamaban los filipinos porque eran unos filipinos los que tenían eso: esa

⁹⁸ Locales comerciales que ofrecen servicios como llamadas telefónicas y envíos de dinero.

plata la cogían y la enviaban a New York y de New York la hacían efectivo acá en Colombia entonces la vueltica era (...) Y por eso cobraban un ojo de la cara, pero la plata llegaba segura, nunca se perdía nada. Porque le cuento que uno mandaba por la postal y de todo y mamita eso se perdían las cosas terriblemente(...) Gracias a Dios eso a mí nunca me pasaba, así fuera quinientos dólares que yo mandara seguro llegaban bien y todo. Cuando un día que le dije a mi mamá –le voy a mandar un orito, le voy a mandar unas cosas– porque preciso yo para esos días me venía y para traerme todo eso encima yo dije no, bien de mandar esto adelante y de todo y eso si fue ¡hum! pérdida total, total la pérdida

Otras de las estrategias para el envío de dinero desde mecanismos informales que esquivaban los cálculos de los registros oficiales, implicaba viajar con el dinero escondido en el momento del retorno o en los viajes esporádicos; algunas, manifestaba Lucy, guardaban sus ahorros «en los shampoo, en los peluches, en las botas, en los abrigos hasta la hora de volver». Otras aprovechaban para hacer sus envíos cuando personas de confianza viajaban a Colombia y se ofrecían a entregarlo directamente al destinatario o destinataria a cambio de algún dinero o *liga*. Alejandra comentaba que después del año 2000 los canales de envío más usados, mientras tenían los papeles vigentes, eran las casas de cambio o las empresas de transferencias monetarias como MoneyGram, reconocidas como canales formales de envío de remesas. En estos envíos se cuantificaba el monto de las divisas que ingresaban o salían del país, lo que podía acarrear sospechas a las autoridades tributarias o penales, pero en su condición de irregularidad, las maricas también le pagaban a alguien quien ofrecía sus documentos para realizar el giro. De modo que Alejandra siempre «enviaba el dinero desde personas diferentes, con nombres diferentes y todo» a distintas personas para que sus parientes no tuvieran problemas en Colombia para justificar el dinero.

Los primeros ingresos obtenidos por las maricas fueron usados para abonar al pago de la deuda contraída para costear el viaje. Aquellas que, como Lucy, no habían adquirido dicha deuda orientaban sus ingresos a otros rubros, pero para las otras era apremiante el pago de las obligaciones contraídas, pues sabían que de ser deportadas, con los ingresos que obtenían en Colombia, sería mucho más difícil saldarla, mas cuando la mayoría había vendido todos sus bienes para completar el dinero del viaje. Todas a las que entrevisté permanecieron en Italia por lo menos hasta que lograron pagar su deuda en los primeros meses de estancia.

Las madres y algunas amigas travestis fueron las principales receptoras y administradoras de las remesas enviadas por los migrantes. También fueron ellas, en algunos casos, en quienes las entrevistadas confiaron sus ahorros destinados a la compra de vivienda u otros bienes que esperaban adquirir en Colombia tras su retorno. Con las remesas, algunas maricas ayudaron en sus contextos de origen a cubrir total o parcialmente los gastos asociados al sostenimiento básico, la salud y para eventos particulares como celebraciones. Estos envíos de dinero de las travestis a sus familias v. en

algunos casos, a sus amistades, pueden distinguirse, según los criterios propuestos por Moctezuma, a propósito de las remesas, por el *fuerte significado de responsabilidad* que conllevaban cuando procuraban proveer las necesidades básicas, por su *carácter asistencial y solidario* cuando atendían a situaciones de emergencia; por su *alto grado afectivo* cuando se enviaban para ocasiones especiales y por *un carácter de distinción social* cuando implicaban bienes y servicios a los que los receptores no tenían acceso antes. (Moctezuma, 2007, p.7)

Algunas de mis entrevistadas respondían económicamente por sus familias antes de la migración, otras comenzaron a enviarles dinero a sus familiares una vez se instalaron en Italia. En ambos casos el envío de las remesas para la manutención estaba asociado a un fuerte sentido de la responsabilidad y la gratitud, cuestión que ejemplificaba Coqueta al decir «siempre fui muy responsable, desde antes de irme y después de estar allá, con mi familia bien, yo le colaboraba a mi mamá, a mis hermanas con todo lo que podía, siempre mandaba a la casa seguido para todo». Ella, además, había logrado invitar a su madre y a su hermana a Italia, cuestión por la que se sentía muy orgullosa pues explicaba « de mi familia la primera que tuvo la oportunidad de volar fuera de Colombia fui yo y claro. Ya ver a mi mamá allá claro que fue algo muy lindo, algo muy bello y siempre me he sentido orgullosa de eso»

Las remesas fueron la manera de hacer parte de la cotidianidad de las personas queridas en Colombia, de expresar el deseo de sostener un vínculo con estas. Aún en la distancia, con las remesas las maricas podían, además, cultivar relaciones fuertes con miras a garantizar que una vez retornadas fueran mejor recibidas y más aceptadas. Parte de las remesas enviadas fueron utilizadas por las familias o amistades para actividades de ocio y recreación o para el consumo de bienes más allá de la manutención básica. Diana Marcela cuenta sobre esto que mientras estuvo en Italia, aunque no les podía juzgar, sus familiares habían «hecho fiesta» con las remesas «fue fiesta porque no estábamos acostumbrados, éramos muy pobres, a manejar dinero».

Una de las inversiones más importante que las maricas esperaban llegar a hacer cuando volvieran a Colombia era la compra de la casa propia y la casa para la madre. Como antes de migrar todas pagaban arriendo, ya fuera que vivieran solas o con sus familias, y la compra de la casa había sido una de las principales motivaciones para emprender el viaje, un porcentaje alto de los ahorros iba dirigido a cumplir este propósito. Además es importante tener en cuenta que la posibilidad que abrió la migración para que las travestis pudieran invertir en vivienda era significativa, pues con las limitaciones que estas tenían en Colombia para ahorrar u obtener un crédito, trabajar para adquirir un techo era algo en lo que muchas se concentraban mientras pudieran estar en Italia.

Las migrantes también invirtieron en la educación de algunos parientes, en vehículos y pequeños negocios que se convirtieron en lo que Sanz Abad (2009) denomina “remesas indirectas”, es decir, bienes o actividades tales como la compra de un taxi. la instauración de una tienda o la educación de

alguien, facilitadas por las migrantes en los contextos de origen de las cuales las personas receptoras extraían rendimientos económicos más allá de la remesa misma.

Los regalos y algunos bienes de lujo que las travestis adquirían en Italia y enviaban a Colombia o exhibían al retorno o en sus viajes esporádicos contribuían a la construcción de imágenes colectivas sobre la migración, en la mayoría de casos se utilizaron como expresión del éxito migratorio que enmascaraba los periodos difíciles por lo que ellas también pasaban. Por eso Diana Marcela, antes de viajar, siempre compraba vestidos, tacones, pelucas, perfumes, joyas y otros bienes que ostentaba cuando llegaba a Colombia: «todo el mundo quedaba muy fascinado porque se traían cositas muy *cachezudas*, todo era muy bonito, cositas que acá no se veían y uno les traía también cualquier cosita para consentirlas, que -¡ay! la Marcelita me trajo esto o lo otro- ».

Como explica Sanz(2009) las remesas resultan ser no solo de beneficio para quienes las reciben sino mediante estas el migrante puede afianzar una suerte de estatus social o prestigio en los contextos de origen. Las remesas, como argumenta el autor, pueden suponer un intercambio de capital económico por capital simbólico, o lo que Herrera sintetiza cuando afirma que «así como los no migrantes dependen de las remesas de los migrantes, estos últimos dependen de los primeros para alcanzar reconocimiento y estatus social». (Herrera, 2004:226).

Por otra parte, como lo han trabajado Wamsley (2001), Levitt (2001, 1998), Herrera (2002), Puyana, Motoa y Viviel (2009), Sanz (2009), entre otros, no es solo dinero lo que circula entre las fronteras. Entre una y otra orilla transitan además historias, identidades, ideas, valores, creencias, prácticas e ideales corporales y hábitos que se desplazan en el espacio transnacional e impregnan la vida cotidiana de quienes se marchan pero también de quienes permanecen en el lugar de origen. Como afirma Levitt (1998), incluso las personas que nunca se mueven son influenciadas por la migración. Las remesas, entonces, cobran valor no solo como transferencias económicas sino porque las mismas entrañan también recursos sociales y culturales para quienes se mantienen en el país de origen y, a veces, adoptan algunos de los valores y prácticas que llegan desde el extranjero, como fue inicialmente el caso de *Las italianas* en los contextos de trabajo sexual en Bogotá.

Levitt denominó *remesas sociales* a estas transferencias culturales propiciadas por la migración, las cuales comprendía como un conjunto de estructuras normativas y sistemas de prácticas que eran interiorizados por los migrantes durante su experiencia migratoria y puestos en práctica en sus contextos de origen (Levitt, 2001). Ideas sobre como deberían comportarse las personas con las maricas, de cómo debería el Estado garantizar sus derechos y los de otros ciudadanos, prácticas e ideales corporales, hábitos, representaciones sobre formas de ser maricas bellas, prácticas sexuales, fueron, entre otras, algunos de los elementos que viajaron de Italia a Colombia y de Colombia a Italia a través de las remesas. llamadas telefónicas. visitas y retornos de las migrantes.

generando, como fue descrito más detalladamente en el capítulo 1, algunas transformaciones sociales y culturales en el lugar de origen.

Una de las principales huellas de la migración no solo en las maricas que entrevisté sino en general en los procesos de generización de las travestis, fue la difusión de las intervenciones quirúrgicas como prácticas comunes para la feminización corporal. Si bien, Yury, Martha y Suxy no se intervinieron el cuerpo con hormonas o con cirugías durante su migración, todas las otras invirtieron parte de sus ingresos en las inyecciones ilegales de silicón líquido y en mandarse a hacer la mamoplastia, el aumento de glúteos, la depilación con laser y la rinoplastia. Como decía Alejandra con lo que ahorró en Italia ella: «se terminó de alocar» y se hizo «lipo, rino, ojos, rellenos(...)pues el dinero, usted sabe, el dinero lo puede todo».

5.6. Tránsitos corporales o el viaje en el cuerpo

A la posibilidad de acceder a una oferta variada de prendas de diseñador o marcas distinguidas, de zapatos especiales para soportar el peso y la talla de sus pies, de perfumes refinados y pelucas de todos los tipos, se sumó para las maricas en Italia, la oportunidad de acceder a las cirugías plásticas, a los implantes de silicona y al uso de modelantes estéticos como si de cualquier otro bien habitual se tratara. Mientras en Colombia prescindir de la espuma y la cinta pegante para moldear un cuerpo feminizado y voluptuoso era solo el privilegio de las maricas que habían retornado de Italia o de Francia luciendo en su cuerpo los avances de la intervención quirúrgica, en Italia las travestis colombianas disfrutaban de los ingresos y la disponibilidad de las técnicas necesarias para ingresar con más facilidad en el selecto grupo de las maricas ensiliconadas.

Entre los propósitos que algunas travestis se habían fijado antes de partir a Italia, estaba continuar su proceso de feminización a partir de las cirugías divulgadas por los cuerpos de las otras maricas migrantes que habían llegado a Colombia, exhibiendo en estos la huella de su propia migración. Como señalan Vartebedian (2012) y García y Oñate (2008) el viaje y el cuerpo han estado íntimamente relacionados dentro de los proyectos migratorios de las travestis: sus trayectorias geográficas han sido, a la vez, itinerarios corporales en los que la transformación se ha dado de la mano de otras travestis, en relación con las técnicas disponibles en cada contexto y época, y conforme a los recursos (contactos, información, dinero) disponibles en cada momento. Por lo anterior es que Vartebedian(2012) utiliza el concepto de «migración trans» para precisar la especificidad de los procesos migratorios de las travestis. Según esta autora, estos recaen en la simultaneidad del viaje en su dimensión espacial y corporal, pues afirma, los tránsitos de estas migrantes por distintos territorios son acompañados de la transformación y embellecimiento de sus cuerpos. A propósito de esto García y Oñate señalan «el viaje es el del itinerario de un cambio corporal y los cuerpos no pueden entenderse desvinculados de la idea de desplazamiento, de

transformación. Cuerpos atravesados por viajes, o sería más correcto hablar de cuerpos en viaje» (García y Oñate, 2008, p 346).

El viaje a través de las fronteras geográficas y el viaje del cuerpo en la experiencia de las travestis colombianas se entrecruzan en un «viaje identitario». El cuerpo, eje fundamental en los procesos subjetivos de las travestis, está comprometido de diversas maneras en las razones que motivaron la migración, en su trayectoria y en el retorno. Los ideales corporales y las técnicas para alcanzarlos están sumidos en procesos amplios de globalización y transnacionalismo. Por un lado, fueron *Las italianas* las que divulgaron las nuevas posibilidades de feminización; por otro lado los cuerpos intervenidos quirúrgicamente “encarnaban” tanto los referentes corporales del contexto de origen (hacerse los cuerpos como los de las reinas de belleza, iconos en los noventa de belleza colombiana) como los modelos transnacionales de corporalidades conocidos durante la trayectoria migratoria⁹⁹. Además, las técnicas de transformación corporal apropiadas por las travestis, como el caso de la aplicación de silicón líquido, viajaron desde los consultorios de cirujanos de los países del norte a las manos de las «bomberas», travestis que aprendieron la técnica de inyección de silicón. Ellas, sin ninguna autorización legal, desarrollaban estas prácticas en las mismas habitaciones que guardaban su presencia migrante, sin condiciones apropiadas de salubridad y con apenas algunos conocimientos empíricos sobre la modelación de cuerpo.

Diana Marcela quien aprendió en Italia a colocar el silicón, explicaba que el procedimiento se realizaba con agujas de veterinaria y sin anestesia. Cuando la parte a modelar eran las piernas y las caderas, lo que las maricas denominan «el bicicletero», se realizaba la introducción del líquido desde las rodillas hasta llegar a las nalgas, calibrando la misma cantidad de sustancia inyectada al interior y al exterior del muslo. Luego se cerraban los puntos con pegante y se recomendaba a la usuaria permanecer durante varios días fajada y en reposo, tomar antibióticos, no beber alcohol y evitar el uso de tacones. En el pecho, en cambio, como explicaba Diana, no era tan común la inyección porque sabían que los órganos comprometidos en la zona a intervenir volvían riesgoso el procedimiento y la recuperación, además, la mayoría consideraba que los senos con silicón industrial quedaban poco naturales. Por demás, los pómulos, la frente y los labios, eran otras zonas

⁹⁹ Para las maricas que entrevisté fueron importantes los referentes corporales y de belleza regionales en la construcción de sus cuerpos; consideraban bonitas a las venezolanas «pero porque ya se habían hecho cirugías y de todo, parecían reinas de belleza, ¡qué caras!» (Coqueta). También apreciaban a algunas brasileras quienes, decían, se erigían como un «mito» en torno al carnaval, a las playas, al clima de Brasil. La fascinación por las brasileras se extendía, señalaba Lucy, no solamente en los estereotipos eróticos de los italianos sobre estas sino que «nosotros también a pesar de que estamos aquí a unos kilómetros de distancia (...) nos parecen como más estupendos (...) lo exóticos que son, que son voluptuosas, que son muy sensuales, como muy ardientes, entonces es como un mito». Además se nombraban entre las más bellas a las colombianas «porque hay que decir que la colombiana siempre ha sido muy llamativa, en los reinados siempre hemos sido muy visibles, cuerpos bellos, la cara, lo calientes» (Angelly). Colombia, Venezuela y Brasil, principalmente, fueron en los relatos de mis entrevistadas los países de donde provenían las maricas más bellas, en contraposición a Perú y Ecuador, donde las maricas eran consideradas “poco atractivas” por tener características corporales “indígenas”.

comúnmente moldeadas con silicón o con las sustancias con las que alguna marica u operador informal experimentaba¹⁰⁰.

Aunque, conforme a lo indicado por Julieta Vartabedian «La historia sobre el origen del uso de la silicona por parte de las travestis nunca fue sistematizada ni analizada en profundidad en ninguna investigación» (Vartabedian, 2012, p.194), lo que sobresale en los relatos al respecto es que las maricas se fueron apropiando de algunos conocimientos y prácticas de cirujanos y con un uso mucho más rudimentario e insalubre las difundieron. Según esta autora las primeras travestis que se inyectaron silicón lo hicieron en Nueva York y luego la práctica se extendió hacia Francia e Italia. La investigadora describe

Las primeras travestis “bombadas” lo hicieron en Estados Unidos, en New York, con el cirujano Dr. Wesser. La calidad del trabajo era muy buena y nada tenía que ver con las rudimentarias prácticas a base de aceite o parafina. Las pocas travestis que se “bombaron” allí fueron admiradas por el resto. En esta época las brasileñas empezaron a llegar a Europa, específicamente a Francia. Una de ellas, Elisa, que se “bombó” en Estados Unidos, decidió comenzar a realizar ella misma esta práctica en París. Compraba la silicona en New York y, con grandes beneficios, empezó a moldear muchos cuerpos en Francia. Elisa contaba con el monopolio del negocio hasta que Claudia la desafió “bombando” en París a precios más económicos porque conseguía la silicona allí mismo. De esta manera se inició la época de la llamada “mafia de la silicona”. Elisa, que era una persona con mucho poder en París, ejerció mucha presión para que Claudia dejara de inyectar silicona y abandonara Francia. Las amenazas eran constantes hasta que llegó a ordenar que se incendiara el apartamento de Claudia y se matara a su perro. Claudia reaccionó y desde un coche le disparó cuatro tiros con una carabina. La muerte de Elisa fue casi inmediata. Los relatos de Martine, Cristina, Tony, Regina, Lina y Pedro permitieron esta breve reconstrucción. Asimismo, una publicación brasileña del año ochenta confirma lo expuesto. Sobre todo me interesa destacar, finalmente, que la práctica del “bombeo” de silicona – aunque no inventada – comenzó a ser ampliamente difundida por las travestis brasileñas en Francia y desde allí se extendió a Brasil y al resto de Latinoamérica. (Vartabedian, 2012, p. 195).

En su trabajo sobre las travestis de Salvador, Don Kulick (1998) argumenta que en Brasil en los años ochenta ya se había difundido entre las travestis tanto el conocimiento sobre los procedimientos para la inyección de silicona, como el deseo de someterse a tales. El autor afirma

¹⁰⁰ De acuerdo con la investigación de Peralta y Espitia «entre los materiales más utilizados, están la silicona líquida, el aceite mineral —incluyendo la parafina o vaselina líquida, el aceite vegetal, la grasa animal, los biopolímeros, el silicón industrial, el aceite de oliva, entre otros—» (Peralta y Espitia, 2013, p. 284).

«A las travestis les gusta describir a los demás la admiración y el asombro que sintieron la primera vez que vieron una *bicha*¹⁰¹ plastificada (...) y se dieron cuenta que ellas, también, con la ayuda de silicona, podrían tener amplias formas femeninas¹⁰²» (Kulick, 1998, pág. 121). Tras las restricciones de visado que impuso Francia desde 1982 a los brasileros, la importación de silicona quirúrgica desde París quedó limitada, razón por la cual algunos individuos empezaron a utilizar como sustituto la silicona industrial. Esta última, empleada para la producción de automóviles, mantenimiento de equipos industriales, como sellador, lubricante e impermeabilizante y no apta para la aplicación en humanos, empezó a ser usada por las travestis para modelar sus caderas, piernas, glúteos, senos y rostro. Como esta era una práctica ilegal, la información sobre quién vendía la silicona era suficiente para controlar el mercado y sacar un lucrativo provecho de ello. Don Kulick (1998) afirma sobre esto que «el número de teléfono de contacto en Salvador y otras ciudades había costado a un travesti el equivalente de cinco mil dólares a mediados de la década de 1990¹⁰³» (Don Kulick, 1998, pág. 83) valor que se había multiplicado para finales de 1996 época en la que se empezaron a dar las migraciones a Italia de mis entrevistadas.

Coqueta por ejemplo, llegó a pararse «donde trabajaban los maniqués, las más espectaculares» y aunque cada madrugada se levantaba a comprar más y más espuma para modelarse el cuerpo, ella se miraba y decía –«¿yo qué hago aquí dios mío? ¡palabra!, a lo bien, ¿qué hombre va a ver ahí a un langaruto, flacuchento? al lado de esos mujeronones, con esos cuerpitos, con una tanguita no más ¡los muñecons! ¡los muñecons, mami!»—. Su primer propósito entonces fue lograr «tener el culo más grande» de todas las maricas con las que se encontraba a diario. Ella se decía –«yo quiero más culo porque yo lo quiero tener el culo más grande que aquella y que aquella, porque ella lo tiene más grande entonces ¿por qué yo no?»—. Por lo tanto, a los quince días de su arribo, ante la llegada de La Miguel de Buenos Aires, una marica quien decía haber sido enfermera en Cochabamba, se mandó poner un litro de silicón líquido desde las piernas a las nalgas. Pagó por la intervención mil dólares y aunque buscó obtener con esto una silueta más atractiva, tuvo que resignarse y tener paciencia algunos meses después cuando el silicón se le bajó hasta las rodillas deformándole los muslos y obligándola a guardar reposo. No obstante, cuatro meses más tarde, tan pronto como se sintió recuperada de la primera malograda intervención, Coqueta buscó a un cirujano para que le hiciera las *zizas* (los senos). Aunque esta vez quedó satisfecha con los resultados por los que pagó ocho millones de liras, no pudo contratar más intervenciones porque a este lo llevaron a la cárcel por dedicarse a hacer cirugías ilegales.

¹⁰¹ Término usado en Brasil para referirse a las travestis.

¹⁰² Traducción mía, en el original: «Travesties like to describe to others the admiration and awe they felt the first time they saw a *bicha* plastificada—a “plasticized *bicha*”—and realized that they, too, with the help of silicone, could have ample feminine forms and hence earn more money» (Kulick, 1998, párr. 121).

¹⁰³ La traducción es mía, en el original «the telephone number of contacts in Salvador and several other cities had cost one travesty the equivalent of five thousand dollars in the mid-1990s» (Kulick, 1998, párr. 83).

Pese a que fue por las inyecciones de silicón que a Coqueta las rodillas se le hincharon como «dos cabezas de ternera» y todas conocían historias sobre maricas que habían muerto días o meses después de los procedimientos. Entre mis entrevistadas varias insistían en que, por haberse realizado la intervención en Italia, portaban silicón del “bueno”, como La Cinderella que afirmaba – «yo con ese silicón tengo 12 años y a mí no se me ha bajado, no se me ha moreteado»–, y aunque promocionaba positivamente la posibilidad de moldear el cuerpo a bajo costo y con resultados inmediatos, sin tener que recurrir a los especialistas que cobraban mucho más y a quienes resultaba más difícil acceder siendo inmigrante indocumentada, en su rostro llevaría para siempre la marca de una aplicación de aceite que una marica colombiana « que dizque estudiando estética y todas esas cosas» le propinó a ella y a más de una, deformándoselo.

Ninguna de las que desearon transformar su cuerpo de manera permanente se persuadió de realizar esto solo a través de procedimientos médicos formales. Así como el consumo de hormonas fue poco común en Italia, debido a que su compra y aplicación estaba restringida bajo fórmula médica (prescrita solo por endocrinología), fueron pocas las travestis que buscaron cirujanos profesionales para su modificación corporal. El miedo a ser denunciadas por estos debido a su condición migratoria, los altos costos de las ciugías en relación con la silicona inyectada y el tiempo en el que los resultados se hacían visibles fueron factores fundamentales para que el silicón líquido se convirtiera en una de las sustancias más apetecidas y empleadas por las travestis para su transformación corporal desde entonces hasta hoy.

Las migraciones entonces fueron substanciales en la construcción identitaria y corporal de las travestis, pues con la aparición de las cirugías, los implantes y los modelantes, sus tránsitos tomaron una forma mucho más permanente e irreversible. Sin embargo, aún cuando el acceso a estos procedimientos se convirtió cada vez más en un requisito dentro los procesos de transformación corporal de las maricas, y aun cuando la experiencia demostraba que las malas prácticas ponían a estas en riesgo de complicaciones físicas¹⁰⁴ e incluso la muerte, ningún estado asumió la necesidad de cubrir los costos. De manera que la transformación quedó (y sigue estando), por lo menos en Colombia, a merced de la capacidad adquisitiva de cada marica.

A pesar que los riesgos en la salud eran el precio que las maricas pagaban por las nuevas corporalidades adquiridas y propagadas en una lógica transnacional, en el logro de un cuerpo feminizado estas se jugaban el éxito dentro de los contextos de trabajo sexual y en una reincorporación exitosa al retorno. Muchas de las que habían llegado a Italia con una figura que aguardaba cada noche la espuma, la cinta, las hombreras y el papel higiénico para feminizarse, a

¹⁰⁴ Debido a su densidad, el líquido puede extenderse por el cuerpo e infiltrar los tejidos y la piel generando dolor intenso, úlceras, necrosis, inflamaciones locales, coágulos en los pulmones, obstrucción de vasos sanguíneos. entre otras.

los pocos meses de la migración contaban ya con las intervenciones que serían las imprentas para siempre del viaje sobre sus cuerpos.

6. Es que uno no es río para no devolverse: El retorno migratorio

Yo hoy estoy aquí y mañana puede que decida irme,
de pronto allá llego y me dan ganas de regresarme,
es que uno no es río para no devolverse.
*Diana*¹⁰⁵

Un día una piensa que lo mejor es irse y no volver nunca más,
pero otro día de momento le agarra a uno el desespero como de yo no sé,
es una sensación que uno quiere como ¡uich!
tomar un avión y venirse corriendo, como que la tierra la llama,
eso casi siempre pasa, Llega un momento en que uno se desespera
y ¡pum! eso es pura energía, se devuelve o la devuelven.
Yury

El desespero, la morriña, la nostalgia, el cansancio, la decepción, la persecución, la inadaptación, el agobio y la fatiga a la que estuvieron expuestas las travestis durante su migración son algunos de los factores que acompañaron los relatos de las maricas sobre el retorno a Colombia. Este más que considerarse un hecho puntual con el que se puso fin a la migración, fue, como ha sido comprendido por Herrera & Pérez (2015), un proceso que estuvo presente a lo largo de toda la trayectoria migratoria. El retorno de mis entrevistadas hunde sus raíces en las condiciones objetivas (estructurales) y subjetivas que configuraron su proceso de migración en todas sus fases: desde que el viaje emergió a manera de un proyecto imaginado que integraba el sueño de ir y volver; cuando la condición de inmigrante irregular convirtió la estancia en una continua lucha por soportar las diferentes dificultades y evadir las redadas policiales; hasta la llegada a Colombia, producto de una decisión deliberada o de una sanción legal, para establecerse allí aun cuando existiese en ese entonces o en el presente, el deseo de volver migrar (Mejía y Castro 2011).

Un hecho característico de la migración de mis entrevistadas es que aún en los periodos de bonanza económica y alegría en Italia, estas manifestaron no haber sentido interés por asentar allí su proyecto de vida. Aunque ninguna había definido un plazo para su regreso, todas partieron

¹⁰⁵Este fragmento hace parte de una conversación que sostuve en el año 2010 con Diana, una travesti venezolana que ejercía trabajo sexual en el barrio Santa Fe de la localidad de Los Mártires.

considerando que, tras una temporada en Europa, volverían a Colombia a disfrutar de los frutos de su trabajo. Si bien, entre las motivaciones de la migración estaba el deseo de escapar de la transfobia social e institucional, conocer otros países y “hacerse el cuerpo”, además de los beneficios económicos que perseguían, ya en el sueño de viajar llevaban incorporado también el sueño de volver, de regresar a sus contextos de origen: no de cualquier manera, sino triunfantes, con los recursos suficientes para construirse una nueva vida, mejor, a la que tenían antes de salir para Italia.

Tras el recorrido por la trayectoria migratoria de las travestis, en este capítulo busco plantear su retorno a Colombia a partir del análisis de las razones y motivaciones por las cuales regresaron, sus experiencias al regreso y su reinserción en el mercado laboral, el encuentro con sus familiares y amistades, las inversiones realizadas con el dinero ahorrado, el capital cultural acumulado y las ideas sobre volver, o no, a migrar.

6.1. Retornos forzados: entre el control del territorio y la criminalización

La Japonesa nunca imaginó que el fin de su estancia en Italia llegaría cuando el *autista*, su chofer, el árabe a quien le pagaba cien mil liras diarias para que la llevara y la recogiera de las *plazas* de Udine y Conegliano donde trabajaba, intentó una madrugada robarle todos sus ingresos. En el momento que La Japonesa sintió que él la sujetó por el cuello y le pidió que le entregará todo el dinero, ella no titubeó en empuñar la botella de «coñac barrigón» con la que estaba celebrando la bonanza de la noche. Con la misma botella defendió el esfuerzo de su trabajo: lo atacó, le rompió el parabrisas y «se enloqueció en la estación», sin calcular que las cámaras de vigilancia estaban grabándolo todo. Pocos minutos después, los policías se la llevarían esposada al *Commissariati* [El comisariado]¹⁰⁶, mientras ella les pedía que no la deportaran.

Tras hacerle varios interrogatorios, los policías trasladaron a La Japonesa a una prisión en Udine, donde la detuvieron durante quince días. Después la dejaron en libertad con la condición que se presentara a *Questure* a los dos días siguientes para notificarle la determinación de su situación jurídica. Si bien ella pensó en no acudir, su *madre* travesti le sugirió no evadir la ley. De modo que, con la conciencia de una posible partida, salió a las carreteras a trabajar esos dos días como si fueran los últimos. El día del juicio se levantó temprano, se bañó, se cepilló el cabello, se maquilló, se puso la mejor ropa que tenía, las cadenas y las pulseras, y salió «bien chusca» a tomar el taxi

¹⁰⁶ El *Commissariati* [El comisariado] es una estación de policía dispuesta en cada provincia italiana para salvaguardar la seguridad pública en su aspecto penal, civil y administrativo, coordinada por la *Questure* [Policía del Estado] y con una jurisdicción territorial específica.

para volver a la estación de policía. Todo esto por si era deportada y tenía que volver a Colombia, a donde regresaría «con la frente en alto, regia, a pesar de lo que hubiera sido». En ese punto de la historia, ya no era la infracción legal por la pelea con el *autista* árabe lo que estaba en juego, sino su «violación a las disposiciones de residencia», motivo de expulsión según la Ley Turco Napolitana de regulación de la inmigración, en vigor entre 1998 y el 2002. De la casa de *Questure*, La Japonesa fue conducida a Milano, a un Centro de *Accoglienza* [Centro de Acogida] en el que permaneció dos meses antes de pisar de nuevo suelo colombiano.

Los centros de *accoglienza* [Centros de Acogida (CDA)], fueron creados a partir de la Ley. 563/1995, con la cual se decretaron medidas urgentes para emplear las Fuerzas Armadas como complemento de las fuerzas policiales en el control de la inmigración irregular en las zonas de frontera. Los Centros, creados bajo la función de brindar primeros auxilios a los inmigrantes ilegales hallados cerca de la zona fronteriza y proporcionar alojamiento durante la espera de la determinación de la expulsión o la permanencia, recibían a cientos de extranjeros que sin violar la ley penal, sino por razones relacionadas con las políticas migratorias, se veían de repente sometidos a la privación de su libertad personal (Campesi, 2014). Dicha Ley no estableció un plazo para la duración de la estancia en el Centro. Se limitó, en ese entonces, a señalar que las personas debían permanecer en estas estructuras durante el tiempo que fuera necesario para llevar a cabo las operaciones de atención primaria y rescate. Pese a que las reformas posteriores redefinieron algunos rasgos del funcionamiento de los Centros, el término "huésped" con el que ha denominado a quienes aguardan en ellos, sin poder salir por voluntad propia, ha sido cuestionado por algunas instituciones como Médicos Sin Fronteras (2004), Amnistía Internacional (2005), el Centro Di Ateneo Per I Diritti Umani (2013) y Migreurop (2013) por no corresponder con la realidad del encierro denunciado por las y los migrantes.

Las áreas donde fueron construidos los Centros habían sido edificios industriales, *containers*, antiguos aeropuertos, minas o cuarteles, ubicados en zonas periféricas y aisladas (Centro Per I Diritti Umani, 2013). Dichas estructuras estaban, según La Japonesa, rodeadas por «mallas inmensas» y garitas de vigilancia atestadas de policías, todo lo cual componía un paisaje penitenciario, alejado de lo que los «juegos semánticos» del lenguaje jurídico italiano intentaba pasar como lugares de "rescate", "alojamiento", "albergue", "zonas de espera", que suavizaban ante el derecho internacional, el impacto de estos Centros sobre los derechos de los extranjeros, quienes solo podían recuperar su libertad, de manera inmediata, saliendo del territorio del Estado italiano (Campesi, 2015).

El día que La Japonesa llegó al Centro le guardaron las joyas, el dinero y la maleta, todo contabilizado para devolvérselo al final, le tomaron exámenes médicos, la acomodaron en una habitación. Durante los dos meses siguientes la «mantuvieron divina». decía. «con jugos. comidas

y vitaminas» que ella aceptaba porque a Colombia, afirmaba, «tenía que llegar gorda, chusca» para que nadie pensara que había sido deportada o que había fracasado en su proyecto migratorio. Ella consideraba que en el Centro de *Accoglienza* la habían tratado bien, por lo que le resultó más difícil pensar que de allí saldría para volver a Colombia sin posibilidad de regresar de nuevo: La Ley estipulaba que cualquier persona expulsada no podría ingresar de nuevo al territorio italiano, a menos que hubiera obtenido un permiso especial o la expiración del plazo de prohibición de entrada.

Aunque hizo lo posible por retrasar la expulsión rompiendo algunos documentos y botando el pasaporte por la cisterna cada vez que se lo expedían, La Japonesa se resignó al final. Esto a pesar de que Micaela, una marica Colombiana conocida, que estaba también en el Centro, le planteó una estrategia más para permanecer en el territorio. Micaela le dijo: «Ay venga, Japonesa debería de quedarse, si quiere la contagio-», porque a la ciudadanía que las maricas no accedían por transmisibilidad de derecho de sangre o concesión¹⁰⁷, algunas buscaban acceder transmitiéndose el VIH, dado que una vez infectadas, explicaba La Japonesa, les ayudaban con la vivienda y con un subsidio para la manutención. Esta era una de las paradojas del sistema italiano: mientras se encontraban sanas y fuera de los centros o las prisiones, las inmigrantes sin papeles solo eran reconocidas como mano de obra explotable, sin posibilidad de acceder a algún derecho de ciudadanía; no obstante, la enfermedad o la detención, como sugiere Frondizi (2005) parecían ser para ellas las únicas formas de obtener reconocimiento por parte del Estado. A pesar de esto, La Japonesa a Micaela le respondió: «Déjeme sana mamita, prefiero morir en Colombia».

Trasmitirse el VIH y autolesionarse fueron durante varios años prácticas a las que las travestis recurrieron para evitar ser detenidas por la policía migratoria, para escapar de los lugares donde las retenían para deportarlas o para acceder a algunos servicios que disponía la Ley para las personas portadoras del virus. Era conocido que las maricas se hicieran cortadas en los brazos para que los policías, espantados por una presunta amenaza de contagio (de quienes eran consideradas casi siempre seropositivas), no las detuvieran. Lo anterior es descrito también por Don Kulick (1998) y Vartabedian (2012) en relación con las travestis brasileras. Según Kulick « Esta práctica de la automutilación (...) se originó antes de la epidemia del SIDA. Pero, una vez que quedó claro que el VIH era transmitido por la sangre, cortarse a sí mismo fue aún más eficaz como una forma de escapar de la policía¹⁰⁸.(Kulick, 1998, párr. 28)». Aunque durante un tiempo, las prácticas de autolesión fueron efectivas y de ello su uso extendido no solo entre las travestis sino entre otros migrantes que

¹⁰⁷ En Italia la Ley de Ciudadanía (nº91 de 1992) se basa en dos principios: en el *ius sanguinis* [derecho de sangre] y en la concesión de esta a través del matrimonio con un/a ciudadano/a italiano/a y por residencia en el territorio nacional.

¹⁰⁸ La traducción es mía, en el original: «This practice of self-mutilation (known among travesties simply as se cortar—to cut oneself) originated before the AIDS epidemic (Oliveira 1994: 148–49; Mott and Assunção 1987). However, once it became clear that HIV was transmitted through blood, cutting oneself became all the more effective as a way of escaping from police or getting oneself released from jail.¹⁰⁸.(Kulick, 1998, párr. 28)».

eran detenidos en los Centros, como lo confirman informes de Médicos sin Fronteras (2004), con el tiempo, afirmaba La Japonesa, autolesionadas o no, las deportaban a todas igual.

A pesar que en el Centro, La Japonesa permaneció dos meses y mientras tanto pudo hacerse a la idea del retorno. Es ahora que ella se ríe, al recordar que el día de la partida la despertaron y le dijeron: «– *Per favore, ve alla doccia, ponte bellissima, si va a casa, dovetua madre*(risas)- [por favor, ve a la ducha, ponte bellissima, vas a casa, donde tu madre (risas)] », porque en ese momento no le había hecho nada de gracia volver a casa, cuando esa había sido una decisión que tomaron por ella. «Era siempre así», reafirmaba Coqueta «cuando van a mandar a las maricas, a deportarlas son siempre así: *«ponte felice, torna al tuo paese, a casa tua. (risas)* [Ponte feliz, vuelves a tu país, a tu casa]». A ella esta expresión también le parecía una hipocresía de parte de los italianos, porque cuando las arrestaban «era como si arrestaran al mafioso más terrible... un poco de patrullas detrás uhuhuhu [imitando el sonido de una sirena] y por toda la ciudad en ese bullicio tan hijueputa, (...) como si fuera un capo y ¿qué? un triste marica ahí en la patrulla».

Por su parte, Coqueta, a la hora de su retorno, no tuvo tiempo para despedirse de nada ni de nadie. Si bien ella agradecía a su suerte no haber sido trasladada nunca a una casa de *Accoglienza*, (pues en su opinión parecían una cárcel: «porque los portones son así tipo cárcel, horrible (...) llega gente de todos lados del mundo (...) mucha gente de color, bastante, los devuelven a su país mucho»), a ella las razones para retornar se le habían presentado no solo por la falta de documentación, sino por una imputación penal. En medio de una pelea callejera, Coqueta golpeó con su tacón puntilla a un transformista napolitano quien, reflexionaba—«vino a juagarse el mugre con una que por extranjera, a demostrar su ¿qué?, ¡su nada!, porque en la calle tenía que estar igual que yo para poder sobrevivir »—. El transformista mantuvo abierto el caso los tres años subsiguientes. Aunque Coqueta pagó una abogada privada durante ese tiempo, la sentenciaron a treinta y ocho meses de cárcel. Así, el mismo día que la abogada la llamó y le comunicó la decisión de la jueza, ella compró un pasaje y salió « volada para Colombia».

No importaba que La Japonesa estuviera defendiendo sus ganancias de un atraco, efectuado además por otro inmigrante envuelto en las mismas condiciones de supervivencia y bajo la misma regulación; tampoco importaba que Coqueta estuviera inmiscuida en una riña con otra trabajadora sexual con la que se guardaban de antemano discrepancias generadas por la rivalidad de la actividad y por la xenofobia. Tal y como lo han demostrado las investigaciones centradas en analizar la representación de las minorías étnicas y culturales en los procesos de criminalización y en las prisiones, los y las migrantes son más proclives a ser detenidos, condenados y encarcelados por sus delitos (Martín, Miranda y Vega, 2005). En el caso de la Japonesa y Coqueta tanto la infracción legal como la irregularidad de la estancia estaban sancionadas por la ley. No obstante, más que apelar a la responsabilidad individual de estas por haber permanecido sin papeles o cometer una

acción penalizada, ambos sucedieron en el marco de procesos amplios de criminalización, los cuales desbordan estas experiencias singulares y ponen de manifiesto las lógicas que subyacen a la regulación migratoria y a las fronteras entre nacionales y no nacionales que esta busca reproducir: por un lado, la normalización de la detención administrativa y la expulsión de las y los extranjeros en el ordenamiento jurídico italiano¹⁰⁹, introdujo la penalización de la migración y la deportación como un elemento omnipresente durante la trayectoria migratoria de mis entrevistadas, quienes habían asumido su condición de irregularidad una vez su permiso de turistas, a los tres meses de estancia, se venció. Sin los papeles necesarios, ellas se convirtieron en sospechosas y su condición migratoria, junto con el terrorismo, el tráfico de drogas y el crimen organizado, devino en uno de los peligros a combatir para garantizar la seguridad dentro del territorio, lógica que se había afianzado con el establecimiento del Acuerdo Schengen (Agrela, 2005)

Por otro lado, la criminalización de sus estrategias de supervivencia y de sus subjetividades sujetas a procesos de categorización y estigmatización desde los cuales eran construidas como “sujetas otras” peligrosas y amenazantes, hizo a la maricas hipervisibles ante las prácticas policivas de vigilancia, control, detención y encarcelamiento. Esto en razón también de las representaciones de género, origen geográfico, etnicidad y raza ligadas a su presencia. Las maricas, a diferencia de las mujeres cisgénero trabajadoras sexuales e inmersas en las mismas condiciones de estancia, no solían ser bajo los discursos infantilizadas y consideradas víctimas pasivas. Las maricas fueron siempre sospechosas, su presencia encajaba en las nuevas figuras de la criminalidad: eran travestis latinas migrantes, originarias de un país empobrecido y criminalizado por su vinculación con la producción y el tráfico de drogas. Ellas permanecían en el territorio sin papeles y se involucraban en una actividad económica, que si bien no era ilegal si estigmatizada y perseguida, de la cual extraían más ingresos que muchos de los ciudadanos italianos empleados para perseguirlas y devolverlas, tanto a su lugar de origen geográfico como a su lugar de clase.

Desde la Ley Turco Napolitana de 1998, bajo la cual ocurrió el retorno de La Japonesa, Yury, Lucy, Martha, Angelly, Alejandra, Diana Marcela y Suxy; pasando por la Ley Bossi Fini del 2002, que

¹⁰⁹ Fue a mediados de los años noventa con el Decreto Ley no. 489/1995 –Decreto Dini– y la Ley no. 563/1995 –Ley de Puglia– que se sentaron las bases del sistema de detención administrativa de las y los extranjeros en el ordenamiento jurídico italiano, y se adjuntaron a las medidas de expulsión y no admisión dictadas por la Ley Martelli de 1990. Estos decretos plantearon la creación de estructuras cerradas, Centros de Acogida (CDA), para procurar primeros auxilios a inmigrantes ubicados cerca de la zona fronteriza y “alojar” a quienes quedaran en espera de la determinación de su situación jurídica. La Ley Turco-Napolitana de 1998 normalizó dicha detención con la creación de Centros de Detención Temporal (CPT) denominados más adelante Centros de Identificación y Expulsión (CIE), en estos las migrantes irregulares, sin haber violado la ley penal, quedaban privadas de su libertad personal por razones directamente relacionadas con la gestión de las políticas migratorias. En el 2002 los Centros de Acogida para Solicitantes de Asilo (CARA) gobernados por el decreto presidencial. n. 303/2004 y el Decreto Legislativo. N. 25/2008, fueron creados para albergar a los solicitantes de asilo presentes en el territorio italiano a la espera del resultado del procedimiento de su solicitud de protección internacional.

custodió la salida de Coqueta y Marcela y la Ley 94 de 2009¹¹⁰ vigente en el retorno de La Cinderella, el tratamiento de las migraciones estaba asentado en una lógica de cierre de las fronteras, criminalización de las y los migrantes percibidos como una amenaza para el orden público y la seguridad nacional, así como en la presencia extendida de una «policía óptica» para mantener a los extranjeros en estrecha vigilancia policial (Campesi, 2015). Estas leyes promovieron la persecución de las y los inmigrantes irregulares no solo por parte de las autoridades policiales sino de la población autóctona y de los ciudadanos europeos. A pesar que antes del 2009, cuando se explicitó el “crimen de clandestinidad”, la vinculación entre migración irregular y delincuencia no se había hecho explícita en la normatividad, la existencia de lugares de detención para gestionar el asunto migratorio reforzó la criminalización del tratamiento de migrantes, la estigmatización y la imagen de indeseabilidad sobre estos. El control de las fronteras fue la coartada para someterles formas de privación de derechos y libertades. No era entonces sin intención que, ante el arresto de una marica, la policía desplegara un espectáculo estrepitoso orientado, precisamente, a generar la impresión que quien estaba siendo arrestando era tan peligroso «como (si arrestaran) el mafioso más terrible...». Como explica el Migreurop al respecto «la institucionalización de la detención de personas extranjeras viene en realidad a criminalizar a quienes se designa como indeseables, alimentando así la xenofobia». (Migreurop, 2013, p1).

Aun cuando las migrantes no tuvieran ninguna forma de enjuiciamiento o condena penal, en el imaginario colectivo italiano los extranjeros, específicamente los “extracomunitarios”, a quienes se les ha denominado así para diferenciarles de los provenientes de otros países de la UE, se les ha acusado de la comisión de crímenes graves o de algunos problemas nacionales, sobre todo los relacionados con la inseguridad y los actos delictivos (Mendoza, 2006) provocando el respaldo social al cierre definitivo de fronteras y su detención y expulsión. Según las cifras del Departamento de la Administración Penitenciaria del Ministerio de Justicia Italiano, analizadas por Frondizi (2005), el 60% de personas extranjeras detenidas en el año 2002 estaban bajo medida preventiva a la espera de una sentencia. Aunque los italianos tenían bajo su responsabilidad delitos más graves, lo que los extranjeros cometían con más frecuencia eran hurto, robo, venta de drogas, aquellos delitos que, concluía la autora, tenían «más impacto sobre el tema de la seguridad (...)objeto privilegiado de las políticas de control del territorio de la atención de las fuerzas de policía (...)parte de la definición de la migración como uno de los peligros a combatir» (Frondizi, 2005, p401).

¹¹⁰La Ley 94 de 2009 es un paquete de medidas en materia de migración con un impacto fuerte sobre la criminalización de las personas en condición irregular. Bajo la consigna de una política de tolerancia cero contra inmigrantes clandestinos, la Ley tipificó, con el título de “crimen de clandestinidad”, el ingreso y la permanencia irregular en el territorio italiano como un delito penal. Al mismo tiempo definió prisión y confiscación de la propiedad para las personas que alquilaran a inmigrantes irregulares, además de otras medidas severas para quienes les facilitaran el ingreso, ofrecieran trabajo o les explotaran. La ley estableció también la ampliación de Centros de identificación y Expulsión (CIE), introdujo la denuncia de extranjeros en estancia irregular y elevó la pena para inmigrantes sin papeles que cometieran algún delito.

6.2. ¿Retornos forzados? Entre la fatiga y el agobio de las microagresiones cotidianas

Entre mis entrevistadas ninguna estuvo exenta de haber sido detenida en algún momento en un Centro para inmigrantes. Sin embargo, no todas corrieron la misma suerte que La Japonesa. Como explicaba Lucy: «muchas niñas que han estado seis meses allá metidas, esperando un vuelo gratis para ponerlas aquí (...) a los seis meses de estar allá, casi presas sin motivo, las tienen que dejar en libertad porque no resultó vuelo», mientras otras, precisaba, «están de malas que en menos de veinticuatro horas están aquí». De acuerdo con Campesi (2014) es probable que las detenciones prolongadas que no tienen como fin la expulsión den cuenta de la función aflictiva de las medidas contra inmigrantes sometiéndoles a paradas, identificaciones, cacheos cotidianos, al constante patrullaje de las zonas donde hacen presencia, al ir y venir entre la prisión y los centros de detención. Esto parece mostrar la verdadera naturaleza de esta institución, cuyo propósito estaría no solo en regular los flujos migratorios sur-norte, sino en doblegar la resistencia de las inmigrantes y conducirles a asumir el fracaso de su proyecto migratorio. Un ejemplo de esto lo mencionaba Coqueta cuando se refería a las constantes detenciones a las que la sometía un policía —« Si él cinco veces trabajaba en la semana, cinco veces me cogía, cinco veces me llevaba a *Questure*, eso hizo los últimos días antes de venirme, yo dije: —come mierda hijueputa, yo mejor me largo—».

Aunque no todas mis entrevistadas fueron deportadas o encarceladas, durante su estancia cada una de ellas permaneció en el territorio vinculada a una suerte de círculo vicioso de la detención continuada (Campesi, 2015). Todas, en numerosas ocasiones, fueron sujetas de diversas medidas de tratamiento sin que las autoridades hubieran puesto necesariamente en práctica el decreto de expulsión. Así el control social, la xenofobia, las denuncias, las agresiones, la vigilancia civil y policiva, la detención, el encarcelamiento y la expulsión, hicieron parte de una misma red de criminalización y castigo a las migrantes, cuya persecución y reclusión, (como sujetas subordinadas en el orden étnico-racial, sexualizadas, con identidades sexuales y de género no normativas y sin papeles), resultaba rentable para múltiples sectores económicos y para los Estados implicados, que se beneficiaban de su mano de obra explotable; así como para la industria de la justicia / castigo penal que ha extraído, también, de la criminalización y detención de las y los inmigrantes una fuente de ganancias, saturando con ellas y ellos sus procedimientos e infraestructura (Davis, 2003).

En este sentido, las prácticas de persecución policial en las casas, lugares de trabajo o sitios públicos, las detenciones sistemáticas, las extorsiones, el ambiente preponderante de xenofobia, la vulneración de los derechos alentado por la políticas y las dificultades para acceder a la regularización de la estancia, podrían también leerse bajo una lógica del agobio, el cual sería

significativo dentro de los factores que intervinieron en la decisión de retorno de casi todas mis entrevistadas y el que, sin embargo, no se manifiesta de manera inmediata como parte de las medidas coercitivas que pudieron también “forzar” el retorno.

Angelly, por ejemplo, describía que al momento de su retorno estaba «enferma por los tombos» pues estar en Italia, decía, «podía ser una experiencia muy chévere, pero era mucho el show de los policías (...) mucho estrés. Yo vivía muy estresada allá, vive una muy estresada, un estrés, un estrés tenaz». Diana Marcela manifestaba que ante la posibilidad cada vez más lejana de adquirir la residencia regular, ya cansada de esperar una respuesta ante su solicitud, desistió de su viaje -«ah, eso es una mentira, yo estaba desesperada y espere y espere y mientras tanto corra y corra». Lucy, por su parte, argumentaba no haber soportado ni las condiciones de trabajo ni las condiciones de vida en Roma. La falta de un espacio donde asearse cada vez que atendía un cliente, el hacinamiento en los lugares que pagaba para pasar la noche, la rivalidad entre trabajadoras sexuales y la xenofobia de las personas en Italia hacia los y las migrantes fueron, decía, «esas situaciones que ya yo me enfrente a ellas, que el tigre no era como lo pintaban sino que era diferente, era feroz, esas cosas a mi me hicieron desistir de todo ese sueño».

En varios casos el retorno también estuvo motivado por el cansancio de las largas jornadas laborales, en los riesgos que suponía trabajar sola en una carretera, en el frío y la nieve del invierno por el que algunas se enfermaron. La soledad, la añoranza de la familia, la nostalgia, la falta de algunas costumbres y rutinas, entre otras, llevaron a algunas al desespero, a la depresión y al aburrimiento. Alejandra, por ejemplo, argumentaba haber caído en una «profunda depresión» por «el traspaso en el trabajo callejero y la soledad en los pisos de contacto». Así mismo, Yury contaba que «cualquiera se aburre, una parada ahí engarrotada esperando que llegue cualquier cliente o que en cualquier momento la agarra un policía, y por ahí extrañando su casa, eso es duro eso no es fácil, nadie quiere eso para siempre»

Para algunas además de lo anterior se sumó el cansancio de sobrellevar en la cotidianidad las «microagresiones» (Yosso, Smith, Ceja, Solórzano, 2009) racistas, xenófobas, transfóbicas, clasistas, entre otras agresiones sutiles, acumulativas, verbales y no verbales de parte de agentes policiales y de agentes de la sociedad civil. Estos últimos fueron factores importantes dentro de las razones que llevaron a algunas a «desistir de todo ese sueño» y decidir, por iniciativa propia, volver a Colombia. El desgaste mental, psicológico y físico se puede explicar como parte de lo que autores como Smith, W. A., Yosso, Tara. J., & Solórzano, Daniel. G., (2006) han identificado como una *Racial Battle Fatigue*: la experiencia del racismo como un factor de estrés, la fatiga de sobrellevar una serie sistemática de ataques cotidianos a los que son sometidas las Personas de Color o grupos racialmente marginados.

Si al momento de la salida de Colombia se podía hablar de un *sexilio* (Guzmán, 1997) para subrayar la responsabilidad del Estado y otras instituciones en las migraciones emprendidas por las travestis para escapar de la opresión sexual, la fatiga y el agobio generados por la cotidiana *batalla racial* se pueden señalar como algunos de los factores más importantes para explicar el retorno: para dejar atrás el abatimiento procurado por las medidas administrativas y jurídicas contra las inmigrantes y toda la oleada de micro agresiones racistas y xenofóbicas. Esto coincide con lo que señala Mejía a propósito de los motivos del retorno de migrantes colombianos para quienes lo económico-laboral no resultó ser lo importante como sí la inadaptación, la discriminación o la xenofobia (Mejía 2011). Esta cuestión es identificada también por Rojas (2011), quien concluye tras analizar los factores del retorno de algunas mujeres cisgénero colombianas, trabajadoras sexuales, que «la mayor parte de dichos elementos no son económicos, sino que tienen que ver con las nostalgias del país de origen, la rudeza de la vida en los países de destino y los vínculos con familiares y amigos que preceden la migración» (Rojas, 2011, p. 140)

En ausencia de un plazo definido para su regreso, cada una de mis entrevistadas sabía que en el momento menos esperado podía suceder el retorno, sin haber tenido si quiera tiempo de planear sus condiciones de salida o llegada. No obstante, su estancia estuvo basada en resistir, insistir, esquivar y combatir las diferentes dificultades y el marco restrictivo de las políticas a través de múltiples estrategias, incluidas las jurídicas. Como argumenta Mestre, más allá de considerar a las migrantes «víctimas de la ley de extranjería, del patriarcado, de redes mafiosas, de las instituciones y una larga lista de variaciones de una misma melodía » (Mestre, 2005, p.217) es importante reconocer que estas, aún cuando sufren opresiones debido a la imbricación de múltiples sistemas de exclusión (género, etnia, origen, clase) también combaten su marco restrictivo de acción a través de prácticas y estrategias variadas. En este sentido, las maricas pagaban a algunos agentes de policía para que las alertaran sobre los días de redadas y no salir a trabajar, se desplazaban por diferentes plazas eludiendo los controles policiales, no llevaban el pasaporte con ellas para que la policía no se lo confiscaran, negaban ser colombianas cuando les preguntaban por su nacionalidad, se autolesionaban para escapar de las detenciones, se transmitían el VIH para poder quedarse y recibir beneficios del Estado. También prestaban servicios sexuales gratuitos a los policías o a los guardias de los Centros y las prisiones para extraer de estos algunos beneficios, se hacían contratar como domésticas por sus parejas erótico afectivas o conseguían un trabajo de tiempo parcial para recibir un permiso de *soggiorno*¹¹¹, solicitaban asilo o buscaban tranzar matrimonios por dinero para

¹¹¹El permiso o carta de Soggiorno es un documento que permite a lo extranjeros no pertenecientes a la Unión Europea permanecer en el territorio italiano de manera regular. Esta carta fue introducida con el Decreto Legislativo 286/1998 *Texto Único de las disposiciones concernientes la disciplina de la inmigración y normas sobre la condición del extranjero*, artículo 9 ("Testo Unico delle disposizioni concernenti la disciplina dell'immigrazione e norme sulla condizione dello straniero", articolo 9) y desde el 2002 ha tenido algunas modificaciones.

a través de esto conseguir los documentos oficiales y cuando se cansaban de todo buscaban ser deportadas para ahorrarse el dinero del viaje.

6.3. La nostalgia del retorno y la valoración de la migración

Independientemente de los factores que motivaron el retorno y las condiciones de realización del mismo, todas, como manifestaba Lucy, antes de viajar compraron detalles, ropa, perfumes, joyas «cositas que no se ven por acá [en Colombia] que son muy lindas, ropita, modelitos como decimos, que zapatos, cosas para lucir aquí [en Colombia] ». Como lo hizo La Japonesa, muchas llegaron con sus joyas puestas y luciendo sus mejores trajes. Una vez en casa o en los contextos de trabajo sexual, todo lo anterior podía ser el símbolo de una migración exitosa aun cuando las maricas hubiesen regresado deportadas o bajo condiciones poco deseadas. Como ya había ocurrido tras el retorno de Las Italianas, la divulgación de historias adornadas y la ostentación de bienes y aprendizajes adquiridos en Italia, les permitía a las migrantes, en algunos casos, distinguirse de las travestis locales y sacar provecho de la experiencia migratoria en sus relaciones cotidianas, tanto personales como en ámbito del trabajo sexual, tal y como le expliqué en el primer capítulo.

Cuando tomaron la decisión de retornar, algunas de mis entrevistadas se presentaron ante la policía migratoria para que las deportaran y así no gastar dinero en el viaje de regreso. Otras compraron un pasaporte, se aprendieron el nombre y el número de documento asignado y pagaron el tiquete de vuelta. La mayoría retornó en diciembre, época en la que Suxy, entre otras, explicaba «le entra a uno como más la nostalgia de no estar... de estar uno tan lejos». En diciembre, manifestaba también La Cinderella –« se sentía nostalgia por todo, la familia, la gente, la comida, la parranda ». Como ella, muchas tuvieron la intención de devolverse cuando este mes las encontró por primera vez en Italia. Sin embargo, la mayoría pasaron varios *años nuevos* más hasta que, en algún momento, a la víspera de algún fin de año, ya cansadas de la migración, prepararon su viaje y regresaron. La Cinderella quien permaneció « 16 diciembre en Italia» siempre supo que quería volver a Colombia y aunque a sus amigas les decía «uno sabe donde nace mas no sabe dónde va a morir » ella ya les había advertido que si se moría en Italia la debían enviar a Colombia –«porque si ustedes me van a dejar aquí»– les decía –«yo las azoto, yo las asusto, no me importa que no haya llegado en vida pero me tienen que enterrar es en mi país»–. Por eso cuando se acercaba el 2012, año en el que se rumoraba podía acabarse el mundo, ella decidió devolverse –«porque yo ya he oído tanto que el dos mil doce que se acaba... y si me voy a morir me quedo en mi país propiamente»–.

Sin embargo, que todas se hubieran ido considerando la idea de volver a Colombia, que cada día al ocupar las carreteras su decisión sobre haberse quedado en una condición de irregularidad en la estancia las mantuviera atentas a la posibilidad repentina de ser deportadas y que Italia no hubiese

sido el élfiseo marica inicialmente esperado, no significa que el retorno no se sobrelleva con una dosis importante de dificultad, sobre todo dependiendo de las condiciones en las que finalmente se dio el de cada una. Como explican Mejía y Castro (2012), la reintegración de las migrantes es mucho más fácil cuando tales añoran su regreso, han tenido la posibilidad de planear el retorno, perciben que las metas asociadas a su proyecto migratorio (las iniciales o las redefinidas) se cumplieron, aunque fuera parcialmente, y pudieron proyectar el regreso y las condiciones que les esperarían en el origen. Cuando el regreso, por el contrario, está acompañado de la percepción de no haber tenido siquiera la posibilidad de prepararlo o cuando este ha sido consecuencia de la deportación o expulsión, la adaptación a los contextos que eran habituales antes de la partida resulta más difícil de afrontar por temor al señalamiento, a convertirse en objeto de burla y a decepcionar a los seres queridos.

Era común que las locales esperaran con curiosidad la llegada de las maricas migrantes. Según expresaban varias, entre ellas Coqueta, una vez las retornadas aterrizaran, todas las que se habían quedado en Colombia comenzaban a preguntarles que «¿Cuántos millones se habían hecho? que si habían vuelto millonarias». Dado lo anterior, era entonces frecuente que las recién llegadas exhibieran todo aquello que pudiese ser símbolo de una migración triunfante, enmascararan la realidad a partir de la ocultación de algunos hechos o recurrieran al aislamiento durante un tiempo considerable. Todo esto mientras se familiarizaban de nuevo con su cotidianidad en Colombia y se sentían capaces de salir a enfrentar la vida con la sospecha que, en lo venidero, las condiciones de existencia no iban a cambiar sustancialmente.

No fueron pocas las maricas que dejaron pasar un tiempo considerable antes de volver a sus contextos de socialización y trabajo, puesto que las condiciones de su llegada habían estado lejos de compararse con la imagen de «la marica millonaria» idealizada en los contextos de origen. Coqueta, por ejemplo, se tardó un año en volver a frecuentar los escenarios que había habitado antes de partir. Tras su llegada a Colombia tuvo «un año de crisis terrible», estuvo internada en una clínica de reposo y se aisló de todo durante un tiempo, porque volver a Colombia, como lo había tenido que hacer, escapando de la ley, fue para ella lo peor de su migración. Acostumbrada a otro tipo de vida en Italia «mejor que acá en Colombia», cuando regresó, pensó, me expresaba—« que la vida ya se acababa ahí y ya no existía nada más para mí y me dio duro, me dio muy duro»—. Su madre fue la única que en ese entonces la estuvo acompañando, quien la aconsejaba diciéndole «que había que pensar que todo, todo, podía cambiar, que podía seguir adelante».

Fue en los contextos que habían echado en falta mientras estaban afuera, donde varias de mis entrevistadas empezaron pronto a extrañar Italia, pese a que varias habían llegado con el deseo de ver a su familiares y estos a su vez les habían manifestado el mismo anhelo. Los primeros meses del retorno se caracterizaron por ser una sola mezcla de alegría, bienvenidas y atenciones

especiales pero el tiempo fue asentando los afectos, y las migrantes tuvieron que habituarse de nuevo a su cotidianidad. Mientras para Lucy y La Cinderella el tema familiar fue desde el principio indiferente, a Suxy, Diana Marcela y Yury el viaje les permitió estrechar más los lazos con sus familiares. A Coqueta, La Japonesa, Angelly, Martha y a Alejandra la migración les otorgó cierta aceptabilidad o reconocimiento de parte de sus parientes, pues explicaba Coqueta «no dejaba de ser Italia, y mi mamá decía –mi hija en Italia–, se hablaba ya, sí, si antes me ignoraban, al menos ya por el hecho de estar en Italia, ya se hablaba más de mí ». Pero si estas afianzaron la relación con su padre y/o su madre más allá del tiempo del retorno, Marcela, en cambio, tuvo que «echarle tierra a su familia por completo» pues si bien, su madre a todo el mundo le decía –«mi hija, ella es mi hija la que estaba en Europa »–, cuando ella llegó de la mano de un italiano –«súper cambiada (...) con senos hechos, con el pelo larguísimo, acuerpada, una chica (...) láser en la cara, chusquísima»; con el tiempo fue nuevamente expulsada de la casa que había comprando a nombre de la madre, cuando los ahorros se le acabaron, cuando el italiano retornó a su país con otra colombiana y cuando la madre se enteró que su hija en Italia había estado haciendo trabajo sexual. Marcela decía sobre sus familiares –«para mí no existen en este instante, para mí no existen»– cosa que Coqueta pudo confirmar cuando se comunicó con la madre para contarle que Marcela, pocos meses después de la entrevista había muerto y del otro lado de la bocina esta le respondió «en esta casa nadie tiene nada que ver con ese marica».

Es importante señalar que los relatos que han sido hasta aquí interpretados y *narrativizados* fueron reunidos con años de distancia de la trayectoria migratoria; los retornos de mis entrevistadas tuvieron lugar entre 1999 y el 2011 y el trabajo de campo se realizó entre el 2012 y el 2014. Cada una de las historias está sujeta, entonces, a la acción del presente sobre un pasado más o menos remoto y al propio tamizaje del que es objeto la experiencia, consustancial al acto de recordar y contar. Subrayo esto porque en la lectura sobre el retorno, me parece importante tener en cuenta un elemento que tuvo una presencia intermitente en casi todos los relatos al momento de construir la evocación de la salida de Italia y el regreso a Colombia, la cual le da un tono particular a la comprensión de esta parte de la migración: hablo aquí del retorno como un proceso pero también como un discurso afectado por la nostalgia, la cual está incluida entre los factores que motivaron el retorno pero también en la valoración de la migración, sus lugares y protagonistas, a la luz de su manto de mitificación e idealización, pues como explica Sayad, la nostalgia «al igual que el amor, posee evidentes efectos de encantamiento» (Sayad, 2010, p. 267)

El contexto de partida y el contexto de acogida fueron, cada uno en su momento, lugares de la nostalgia, especialmente cuando habiendo partido de alguno las maricas los recordaban en medio de un presente carente de los elementos que estos ofrecían. Como explica Sayad (2010) el retorno implica un modo de relación con el espacio que descubre este último como un lugar por definición nostálgico: en los desplazamientos, la nostalgia y la afectividad ligada a cada lugar permite entender

que en la emigración y la inmigración lo que está en juego no es « un conjunto de lugares indiferentes e intercambiables entre los que podemos ir y venir mentalmente, con total libertad» (Sayad 2010, p. 267), sino lugares que han sido tocados por el poder de encantamiento y transfiguración que tiene la nostalgia.

Así como durante su estancia en Italia, la nostalgia por el lugar de partida había teñido los recuerdos de las maricas al punto que tales habían echado de menos elementos de los que escasamente gozaban en Colombia, como cuando decían que les hacían falta las familias, con las que a veces ni siquiera tenían contacto, o cuando manifestaban extrañar la tranquilidad de la que, en realidad, solo disfrutaban omitiendo las experiencias de maltrato policial, discriminación y vulneración. En Colombia, decían, empezaron pronto a extrañar la vida que habían tenido en Italia, seguramente también omitiendo muchas de las razones por las que en varias ocasiones habían deseado regresar.

La Cinderella, tras su llegada, confirmó lo que otras maricas migrantes ya le habían advertido, que «uno cuando la primera vez viene de un viaje de esos de por allá tantos años y todo eso, uno quiere irse rapidito, a uno le da ese desespero» porque, explicaba, se « extraña los hombres que lo tratan lindo, la vida, la cultura, mucha cosa (...) no ve uno esas calles cagadas, toda esa cosa no, allá uno no ve nada de eso, olores, nada, una vida muy tranquila, muy de ser humano». Alejandra manifestaba lo mismo, que tras su llegada «esta ciudad, todo ya parecía tan diferente, como tan feo» y a los poco días empezó a extrañar de Italia «la forma de vivir, esa cultura y sobre todo la arquitectura que es tan linda como Italia es tan hermoso, la antigüedad, Roma es hermosísimo, esa civilización». Además ella también pensaba que «allá se vive más humano, la vida es más humana, más limpia porque aprecian más la vida, allá yo no salgo pensando que me van a apuñlear, que me van a atracar, que por quitarme el celular me van a quitar la vida». Marcela extrañaba también «los lugares tan bonitos, el buen trato de los hombres, los clientes» hasta quién era ella allá «porque además una allá es más regia, arreglada con esos vestidos que acá pues claro no se usan, más abierta a las cosas, como con más conocimientos, con un mundo más abierto también».

Aunque las maricas hubiesen querido volver a Colombia y encontrar la causa de su nostalgia tal y como se imaginaban era en el instante de la partida, el retorno, como lo expone Sayad (2010), implica por lo menos tres modos de relaciones: uno con el tiempo, otro con el espacio y otro con los grupos de personas dejados atrás físicamente hablando; aunque en relación con el tiempo el retorno en la imaginación del migrante pueda parecer una vuelta al tiempo anterior de la inmigración, lo cierto es que, como lo afirma enfáticamente Sayad «Uno puede volver siempre al punto de partida (...) pero no puede volver nunca al tiempo de la partida, volver a ser tal como éramos en el momento de la partida, ni tampoco reencontrar, tal y como los dejamos, los lugares y las personas». (Sayad, 2010, p. 267)

En el viaje las maricas habían cambiado, pues como explicaba Marcela era en este, a partir de todas las experiencias atravesadas y las cosas conocidas, que se iba transformando « esa forma de pensar la vida y hasta en uno mismo (...) igual que cuando uno vuelve que tampoco mira las cosas iguales (...) uno llega aquí y ve todo como tan feo (...) con el viaje comienza a ver distinto todo después ». Los ojos con los que las maricas habían visto los lugares antes de su partida, no eran ya los mismos, después de haber visto las ciudades italianas, su arquitectura y estética, su organización y estado. Tras su regreso, lo expresaron todas, en Colombia veían las calles y las casas feas, todo les parecía desordenado y sucio. Pero si su forma de percibir su entorno había cambiado también ocurrió lo propio con su forma de apreciarse a sí mismas y con aquello que esperaban de la vida. Después de haber observado diferentes costumbres, diversas formas y posibilidades de vida, la propia existencia fue cuestionada, así como fue controvertido el Estado colombiano por no apoyarlas como , algunas decían, lo hacían con las travestis italianas allá. Al respecto, La Cinderella expresaba «es que si el Estado quisiera nosotras viviríamos mejor como un ve que pasa allá que las maricas como cualquier otro ciudadano italiano tienen sus derechos, no se ven tan llevadas como uno aquí ».

Tras su retorno, fue común entre las travestis la valoración al capital cultural adquirido durante la migración. Estas manifestaban haber obtenido en Italia «más cultura» y esto era altamente apreciado y contrastado con su bajo nivel de formación y con las pocas oportunidades en Colombia de acceder a conocimientos, escenarios o actividades por fuera del trabajo sexual. En este sentido, con haberse «“culturizado” un poco más» las maricas hacían referencia al hecho de haber aprendido otros idiomas, conocido varias ciudades italianas y otros países de Europa, compartido con personas provenientes de lugares distintos, con costumbres particulares, haber probado comidas de diferentes regiones del mundo, gozado de las fiestas nocturnas italianas, haber tenido una temporada de lujos y abundancia. Todo ello, en la actualidad, a varios años de la experiencia migratoria de su viaje, lo estimaban positivamente aunque no hubieran logrado sus metas económicas, como cuando Suxy decía «lo mejor fue haber conocido esos países, algo para mí que nunca lo había pensado (...) no traje plata pero no me fue mal; di con buenas amistades, rumbié, pasié, estuve en fiestas, en discotecas, la pasé bien»

La Cinderella y Alejandra al momento de valorar su migración destacaban el aprendizaje del idioma italiano. La primera decía «yo soy una persona que no sé ni leer, ni escribir mi nombre, que la misma persona que yo le pedí el favor me ayudará [a migrar] me dijo –pero cómo, si usted es una mula, eso es otra lengua, está loca-» y la segunda manifestaba « pues yo nunca tuve estudio ni nada y sin haber tenido estudio aprendí un poco el idioma, un poco más de cultura también porque allí es diferente la vida, todo, se vive mejor». Marcela y Coqueta consideraban que la migración las había “educado”. según la primera porque la experiencia le «aportó en la educación. en la forma de ver

las cosas diferentes , de ver la gente diferente», según Coqueta porque «hay ciertas cosas que una de la calle aprende y entonces uno cree que ese es el trato con todo el mundo y no, es una gran mentira, entonces ya como ver la cultura de esa gente también la va educarlo a uno de cierta manera».

Los escenarios de trabajo sexual, las viviendas, las discotecas, las prisiones, los Centros de Acogida y de Detención fueron «zonas de frontera: lugares de mixtura» (Agustín, 2005) habitados por personas de diferentes nacionalidades, culturas, idiomas con las que las maricas se fueron encontrando, con quienes compartieron su cotidianidad en Italia y de quienes fueron adquiriendo diferentes conocimientos. Ellas trabajaban y convivían junto a personas de Latinoamérica y del Caribe, de América Central, Norteamérica, África, Oriente Medio, Europa y Asia; visitaban diferentes ciudades italianas e incluso países europeos, habían accedido a un número aprendizajes sociales, a la adquisición de otros gustos a la hora de comer, vestirse y vivir. Lucy en una parte de su relato sintetizaba esto así

El trato, el hablar con los europeos, eso da cultura ¿cierto?, ¡claro!, ellos le transmiten a uno muchas cosas bonitas, que eso... es otra vida. Por ejemplo uno, yo en mi vida me había relacionado con gente, tanta gente de otros países como lo pude hacer allá. Yo allá hablé con gente de la India, propios, propios hindúes, en italiano se dice indianos, tuve charlas, amigos indianos, portugueses, polacos, alemanes y de cada uno, la vida es un constante aprendizaje y de cada uno, uno aprende cosas. Y por ejemplo, en mi caso, yo soy muy preguntona y por ejemplo yo preguntaba mucho por curiosidad o por inteligencia o por lo que fuera y de todas esas cosas uno va a aprendiendo cosas positivas y también va aprendiendo a conocer gente negativa, porque lo hay, entonces, uno por ejemplo allá tiene la oportunidad hasta en la gastronomía, tiene la oportunidad de entrar a un restaurante árabe y comer comida árabe, aunque aquí también. Pero aquí es súper costoso, allá es más asequible ¿si me entiende? cuando uno está allá ir a un restaurante árabe, a un restaurante peruano, compartir con peruanos en un sitio de ellos, sí, que ellos compartan con uno. Y no solamente en un restaurante, también en los parques, uno se identifica, uno conoce el que es extranjero, uno lo conoce y la comunicación es fácil porque todo el mundo tiene que hablar italiano sea de donde se sea. Si eres polaco te toca hablar en italiano, si eres colombiano te toca hablar en italiano y si tu eres colombiana y te encuentras con un polaco ¡pues hablan en italiano! y comparten ideas, cosas y ellos le explican a uno y le preguntan a uno y uno les explica a ellos y le pregunta a ellos, entonces va adquiriendo cualquier conocimiento.

6.4. ¿Volver a migrar?

Excepto Lucy y Suxy, todas mis otras entrevistadas manifestaron el deseo de volver a Italia. Lucy sentada en su apartaestudio ubicado en el Centro de la ciudad, en el momento de nuestra conversación, a sus 58 años, se dedicaba a vender almuerzos a algunas travestis cercanas, recibía la renta de un camarote que había acondicionado para alojar a dos travestis en su mismo apartaestudio y realizaba algunos servicios sexuales, –«llevo una vida tranquilita»– decía –«sin opulencias, sin riquezas, pero con mucha tranquilidad »– razón por la cual también afirmaba no tener la idea de volver a migrar –«No mi amor»– expresaba –«A mi me han puesto todo otra vez y yo no he querido ¡no!, no, no»–. Suxy por su parte, con 51 años, en la peluquería que había logrado rehacer tras varios años de trabajo después de la migración, manifestaba que no le «llamaba la atención» volver a migrar, «la calle [decía] no, eso ya lo viví y ya ve que no». Algunas de las que manifestaban haber querido volver consideraban, sin embargo, que a pesar del deseo, la edad era uno de los principales razones para desistir de esa idea porque si bien, decía Marcela, cuando viajaron eran jóvenes y tenían «más ganas de luchar, energía para trasnochar, en cambio ahora es más pasada la vida ». Esto mismo pensaba La Japonesa quien desde sus 49 años expresaba–«si me muriera y volviera a nacer y mi dios me diera otra oportunidad de viajar, me iría otra vez para Italia. Ay Italia es un sueño, (...) pa qué va uno a hablar mierda, Europa es Europa»–.

A pesar de la edad, Martha a sus 54 años, al lado de su carro de dulces con el que trabajaba cerca de la Iglesia del Veinte de Julio, manifestaba que de presentársele de nuevo la oportunidad «Así no sea pá Italia sino pá otro país» ella partiría de nuevo. Lo mismo expresaba La Cinderella con 46 años quien vivía principalmente de la renta de algunos pisos de la casa que había adquirido con parte de sus ahorros. Ella aunque creía que «después de viejo uno» lo mejor era «sentarse propiamente a echar raíces», no descartaba la idea de hacerse unas *interventi*, unas cirugías, y con su ciudadanía italiana volver a viajar en cualquier momento.

Alejandra, Angelly y Diana Marcela planeaban volver en un mediano plazo, según Alejandra, la más joven de todas con 34 años, ella tenía que volver, según decía, «a trabajar juiciosa,(...) lo que me alcance la vida». Angelly con 38 años quería viajar y trabajar lo suficiente para poder algún día dejar el trabajo sexual –« hacerme otro visado y ya dejar de trabajar en esto»–.

Coqueta pensaba que de regresar a Italia no lo haría para volver de nuevo a la calle « me gustaría irme...» manifestaba, a «hacer un trabajo como el que hacemos acá ¿cierto? por la comunidad trans, o hacer una pasantía con ellas, pero hacer algo diferente con ellas, no a la calle a trabajar o tener que depender de la vida sexual». Con 50 años, Coqueta se dedicaba a adelantar proyectos a favor de los derechos de la comunidad trans de manera independiente o desde la apuesta

organizativa de la Red Comunitaria Trans de la que era fundadora y a partir de la cual había propiciado las condiciones para que yo realizara este trabajo.

Ya nos hemos encerrado mucho tiempo, nos han callado muchas veces también y si nosotras no nos unimos entre nosotras, con las organizaciones, con quienes nos brindan la mano... yo digo que para que nadie se olvide de cómo ha sido la vida de las maricas, las que quedamos tenemos que contarla, una y otra vez, cuantas veces sea necesario: que lo sepan las pollas que a veces creen que esto nadie a tenido que luchárselo, ellas que a veces son –¿verdad? ¿Ustedes vivieron todo eso?– y uno– ¡hum! eso y mucho más–, que lo sepa la gente que a veces cree que esto es una decisión fácil y uno vive como de fiesta en fiesta. No esconderse más, no encerrarse más, hay muchas manera de decirlo, todo lo bueno, lo malo, para hacer las cosas mejor después, para que lo malo no vuelva a pasar. Si tú me dices yo quiero escuchar tu historia, yo te digo, claro mami venga aquí y nosotras te la contamos que así todas aprendemos.

6.5. Los usos del dinero ahorrado

Todas mis entrevistadas pensaban que la discriminación experimentada en Colombia podía hacerse llevadera si luego de pasar una temporada en Europa conseguían volver millonarias como, según sus historias, lo habían realizado ya otras migrantes. Angelly lo sintetizaba diciendo «todas tenemos la misma ideología, viajar para hacer nuestras cosas, para tener dinero, para no humillársele a la sociedad ¿si me entiendes? una trans acá en Colombia con dinero es respetada, una trans sin dinero paila, pierde el año». Aunque al final estas llegaron sin ser millonarias y sin el dinero suficiente como para hacer una vida completamente diferente a la que tenían, casi todas reconsideraron la sobrevaloración de lo económico en su proyecto migratorio. Después de haber adquirido millones de pesos cada noche en Italia, algunas como Lucy terminaban concluyendo que «ni la opulencia, ni la riqueza, todo eso no es felicidad (...)eso da satisfacción pasajera, pero uno para entenderlo tiene que vivirlo».

A Suxy y Yury los ahorros que tenían al llegar a Colombia les alcanzaron para proveer a sus familias durante un tiempo más y tomarse una temporada de descanso antes de volver a asumir la rutina de sus trabajos. A Lucy y Alejandra el dinero les alcanzó también para pagar algunos viajes nacionales y hacerse unas cirugías estéticas. Yury, Diana Marcela y Marcela invirtieron en algún negocio que, en los tres casos por la falta de experiencia, orientación y apoyo financiero e institucional, fracasó al poco tiempo. Aunque inicialmente todas se hubieran resisitido a tener que retomar la peluquería o el trabajo sexual, tarde o temprano, volvieron a hacer de tales sus actividades económicas principales.

Angelly, La Cinderella, Coqueta, Martha, y Diana Marcela lograron comprar con sus ahorros la anhelada casa, razón por la cual guardaban una alta valoración de la migración. La Cinderella y Coqueta, manifestaban que a ellas la migración les «había cambiado la vida», La Cinderella decía –«ya no tengo que por fuerza irme a pararme allá que algún hp venga a dispararme, me venga a apuñalar, de irme a acostar con un maloliente, con una persona que no me guste»– y Coqueta señalaba «los cuatro ladrillos donde vivo son propios, no tengo quien me moleste, quien diga que me tengo que salir de mi casa (...)haber estado allá me cambió la vida en que dicen que tener casa no es riqueza pero no tenerla es pobreza».

Algunas pusieron la propiedad a nombre de su madre, cuestión que a La Japonesa y a Marcela les había valido la pérdida de la misma cuando, como en el caso de la primera, la madre murió y los parientes dividieron la herencia dejándola con nada o con muy poco o cuando, como en el caso de Marcela por segunda, tercera, quinta vez la madre despidió la marica a la calle.

Aparte de la casa para la madre o la casa propia, las maricas invirtieron en bienes y propiedades para algunos parientes o en la educación de algunos hermanos. Si bien de esto poco les había quedado, atesoraban diferentes bienes sin ninguna validez económica pero simbólicamente invaluable, vestigio de su viaje a Italia: pinturas, afiches, porcelanas y fotografías, entre otras, adornaban sus habitaciones o apartamentos y las pelucas, vestidos, y zapatos importados, aún se guardaban en sus armarios. Además, las cirugías o modelantes estéticos todavía se lucían como un producto de la migración altamente estimado. Este último afirmaban Marcela, Coqueta, La Cinderella, Lucy y Alejandra las había hecho sentir en ese entonces y ahora más femeninas y con más autoestima, distintas a cuando se habían ido.

Una vez en Colombia muchas tuvieron que, en términos económicos, empezar de cero. Esto fue quizá uno de los aspectos que más me impactó a lo largo del trabajo de campo; yo estaba escuchando a las maricas contar entusiasmadas sus historias sobre Italia: ellas me llevaban por sus experiencias, los paisajes que habían conocido, y aunque yo también me dejaba afectar por el deslumbramiento de ese “sueño italiano” lo cierto, era que la entrevista transcurría en medio de las actuales condiciones de precariedad, en unos casos más que en otros. Aunque la mayoría consideraba que en Italia se habían dado una mejor vida, la migración no cambió considerablemente su posición de clase en Colombia. Lo anterior no se explica solamente en que su migración hubiera sido exitosa o no; la poca disposición para el ahorro de algunas o la malversación que hicieron de sus ahorros familiares y amistades; el gasto del dinero en la manutención posterior a la migración o el fracaso de sus intentos de inversión en negocio; entre otras razones, explican que algunas condiciones estructurales siguieran operando destinándolas a una vida socioeconómicamente empobrecida.

Después de haber adquirido millones de liras cada noche en Italia, de haber asumido un elevado costo de vida y aún así haber accedido a consumos considerados de lujo en comparación con lo que podían permitirse con sus ingresos en Colombia, después de haber pagado la deuda y haber tramoyado oro, dólares y liras en la ropa, perfumes, álbumes y toda clase de regalos que enviaron a Colombia por la posta italiana o por los filipinos quienes habían creado un servicio de envíos, el día de la entrevista o durante nuestros encuentros habíamos estado en la casa propia que con todo el esfuerzo pocas habían logrado comprar, en la peluquería que algunas habían logrado montar mucho después de su retorno, al lado del carrito de dulces o de la esquina donde aún se ganaban la vida o en habitaciones o apartamentos arrendados en el barrio Santa fe en medio de la preocupación y el afán por salir a conseguir el dinero para pagar el arriendo, como cada noche, desde el inicio de esta historia.

7. Conclusiones

7.1. El séxodo y el sexilio en la emigración

Asumir la importancia que autores como Abdelmalek Sayad (1999) , Gioconda Herrera (2002) y Emily Walmsley (2001) le han otorgado a las conexiones entre el lugar de origen y el de destino, para comprender cómo el fenómeno migratorio se teje desde las condiciones de origen de las y los emigrados, implicó, a lo largo de esta investigación, evitar la visión etnocéntrica que trata la migración como si fuera siempre un proceso que inicia en la llegada al país de destino. Esto permite reconocer que hay un conjunto de características económicas y sociales que dan cuenta de la posición de las travestis en sus comunidades de origen, además de las disposiciones y aptitudes del que eran portadoras antes de migrar, las cuales incidieron en que su migración fuera posible y en el tipo de experiencias que tuvieron durante esta.

En Colombia las trayectorias sociales de las travestis antes de migrar a Italia se desenvolvían ya en un continuo desplazamiento por las fronteras territoriales internas. Así, la construcción de su identidad, los tránsitos corporales y la supervivencia a través de la compra-venta de servicios sexuales constituyeron, para mis entrevistadas, procesos indisociables inscritos en una suerte de errancia que inició para ellas en la infancia-adolescencia. A lo largo de este trabajo hablo de *séxodo*, para hacer alusión a la salida forzada de un porcentaje numeroso de travestis de sus familias y comunidades de origen, en razón del asomo inicial de su desobediencia al binarismo de género. El *séxodo* es, en la mayoría de historias que abordé, el punto de despegue de una trayectoria sinuosa de migraciones internas, en las que se inscriben las múltiples búsquedas de ser, hacerse y sobrevivir de las travestis con las que trabajé. Se sitúa así a la familia de origen y al contexto local de partida como los eslabones iniciales en una cadena de exclusiones y violencias, que se prolongan en otras instituciones y relaciones sociales transfóbicas. Esta *errancia* puede comprenderse como un acto radical de resistencia que las maricas sobrellevaron para defender su propia construcción subjetiva.

Es posible afirmar que las identidades, múltiples y cambiantes de las travestis que entrevisté se construyen de forma migratoria. A partir de la salida de casa, las trayectorias sociales de mis entrevistadas se abren a la experiencia de, por lo menos, dos migraciones: una hacia otros territorios y otra hacia sus tránsitos identitarios y corporales. Sin embargo, sus desplazamientos se encuentran

también vinculados a los escenarios de la oferta-demanda de servicios sexuales: las maricas viajan con destino, principalmente, a lugares donde se organiza la compra-venta de servicios sexuales. Las zonas de “tolerancia” sexual, las antípodas de la moralidad nacional, son los escenarios donde transcurre, en buen parte, la vida de mis entrevistadas antes de la migración a Italia. En estos espacios se materializa un ordenamiento social que, además de ubicarlas en posiciones subordinadas y degradadas dentro del sistema sexo/género, las confina a una labor igualmente precarizada y estigmatizada.

Es en estos espacios marginales, en las fronteras al margen de la sexualidades lícitas de la heterosexualidad, la reproducción y la monogamia, donde mis entrevistadas se encontraron mucho tiempo antes de la migración internacional y donde la posibilidad de la misma se configuró. Allí iniciaron sus tránsitos corporales acompañadas por los saberes empíricos sobre la transformación; aprendieron a enfrentar los riegos de la calle y asumieron que el trabajo sexual o la peluquería eran las únicas actividades económicas de las que podían extraer ingresos para sobrevivir. En el momento de salir del país ellas mismas tejieron redes de ayuda: aun cuando en Italia las condiciones de trabajo agudizaron, en algunos casos, las relaciones de competencia y rivalidad que ya habían antes, la soledad y la distancia que vino con la migración afianzó también algunos lazos de amistad y solidaridad.

Dentro de los destinos de las migraciones internas, Bogotá fue importante porque allí las maricas encontraban, además de una mayor concentración de oportunidades económicas, la posibilidad de una vida más anónima en relación con los contextos de origen. Sin embargo, en la capital sus vidas se desarrollaron en medio de la detención, el encareamiento, la tortura y el hostigamiento ejercido sobre sus cuerpos por parte de los policías. Estos justificaban sus prácticas en los decretos, ordenanzas, normas penales y códigos que regulaban durante las décadas de los ochenta y noventa tanto la oferta y prestación de servicios sexuales remunerados como la sexualidad de sus ciudadanos. Los repertorios de violencia sufridos por las travestis en un ambiente generalizado de transfobia cultural e institucional se imbricaron y exacerbaron, en esa época, con algunas prácticas propias del conflicto armado y aquellas que trascendieron su marco, permeando las relaciones cotidianas. Las maricas fueron un foco importante en los actos de violencia perpetrados por grupos armados legales e ilegales, sobre todo por parte de los grupos mixtos implicados en la mal llamada “limpieza social”, que en su *dimensión expresiva* exponían un orden sexual y moral aceptable y el consecuente castigo y exterminio de quienes lo desobedecieran.

La agudización de la crisis económica, que se derivó de las reformas políticas y económicas nacionales de corte neoliberal y el agravamiento del conflicto armado, ensombreció todavía más un panorama en el que las travestis encontraban pocas oportunidades para su realización personal. Es por esto que aunque han sido la crisis económica y la violencia exacerbada por el conflicto

armado los dos principales factores aludidos a la hora de explicar la migración de colombianos al exterior en la década del noventa: en el caso de las maricas la noción de *sexilio* resulta pertinente también para subrayar cómo estos factores económicos, sociales y políticos del país se articularon con otros sistemas de opresiones múltiples que, en razón de su posición subalterna en los regímenes de ordenamiento social basados en la sexualidad, el género y la clase, configuraron sus experiencias vitales en el contexto local.

Fue en un contexto nacional que prometía poco a las travestis, donde la migración de las primeras maricas a Italia, denominadas por mis entrevistadas como Las Italianas, impactó a las comunidades locales, sembrando entre ellas el deseo de migrar y generando las condiciones para que esto fuera posible. La exhibición que Las Italianas hicieron de sus cuerpos, de sus bienes y de sus historias de éxito, ciertas o falsas, fueron fundamentales para gestar en los contextos locales una *cultura migratoria internacional*, configurada a partir de una serie de representaciones sociales dominantes y en el mito de la migración triunfante.

El *sexilio*, como lo fue también el *séxodo* en su momento, puede reconocerse como una estrategia que, en medio de oportunidades y condiciones precarias, las travestis agenciaron para dejar atrás la discriminación de una cultura transfóbica y sus violencias cotidianas a nivel económico, social, político y cultural. Era también la posibilidad de continuar y mejorar su transformación corporal y, como lo buscaban otros migrantes, mejorar su calidad de vida, recorrer otros paisajes y conocer otras prácticas y regímenes culturales. No obstante, el deseo de partir hacia Italia no estaba atravesado por la idea de asentarse definitivamente allí: las maricas esperaban volver triunfantes, con los recursos suficientes para construirse una nueva vida, en medio del respeto, la belleza y la riqueza que creían podía procurarles la migración.

7.2. Ser una marica colombiana “de esquina” en Italia

A pesar que la política migratoria y la normatividad sobre prostitución vigente en la llegada de mis entrevistadas a Italia, asociaba la migración para realizar trabajo sexual con tráfico y trata de personas con fines de explotación sexual, la salida del país de las maricas pone en evidencia la existencia de otras redes transnacionales de ayuda para la emigración. Entre las travestis locales, las que habían retornado o permanecían en Italia, las travestis de otros países, algunos familiares, amistades y otros agentes, configuraron redes por medio de las cuales fueron construidos y puestos en circulación los recursos necesarios para cruzar las fronteras. Los contactos e información para la realización de los trámites, las estrategias de desplazamiento y el dinero en préstamo fue procurado a las emigradas principalmente a través de redes conformadas entre personas con las que se había compartido de manera muy próxima parte de la trayectoria vital y con las que se compartían vínculos de cooperación y solidaridad antes del viaje.

Estas redes que han sido clasificadas como redes delictivas o invisibilizadas dentro de las versiones dominantes sobre las estafas, la extorsión y la explotación, responden a los *circuitos alternativos de supervivencia* (Sassen, 2003), que migrantes y otros agentes (de la economía legal, informal, ilegal) accionan para extraer beneficio económico o para hacer frente a las políticas migratorias cada vez más restrictivas. Aunque en algunos casos es posible encontrar entre estas redes la presencia de mafias y grupos criminales internacionales que tomaron provecho del deseo de las travestis de migrar, no se trataba generalmente de grandes organizaciones delictivas. Eran, más bien, pandillas o cuadrillas que participaban, sobre todo, en el préstamo y el cobro del dinero para el viaje. Esta transacción financiera estuvo mediada a veces por la amenaza y la coacción, por la exigencia de sumas que excedían el monto facilitado, más que por agentes que intervinieran en el proceso de reclutamiento, transporte, instalación en el país de destino y control de la actividad económica, como se le suele atribuir a las redes de trata de personas.

Mientras en Colombia la cultura migratoria se expandía entre las travestis y se configuraban las redes para realizar el viaje, en Italia durante los años noventa se estaba consolidando un mercado transnacional del sexo alimentado por mujeres cisgénero y travestis provenientes de Latinoamérica, el Centro de Europa, Europa del Este y el norte de África. En Europa, primero en Francia y luego en Italia, las travestis brasileras y ecuatorianas se convirtieron en los eslabones de las cadenas migratorias a las que las travestis colombianas se enlazaron para migrar y tejer sus propias redes. El trabajo sexual no solo fue el eje en torno al cual se construyó la posibilidad del viaje. Esta actividad era, además, la mejor opción que, en términos de ingresos, mis entrevistadas podían encontrar dentro del mercado de trabajo italiano, cuya demanda de mano de obra se había organizado, desde tiempo atrás, con base en una segmentación del sector ocupacional estratificada según la condición migratoria, la nacionalidad, la clase, la etnia y el género de las y los inmigrantes. Si los trabajos a los que las maricas como inmigrantes podían aspirar eran aquellos rechazados por una fuerza de trabajo autóctona, situados en la base de la estructura ocupacional, en actividades precarizadas, desreguladas y desvaloradas social y económicamente, antes de partir ellas sabían que el trabajo sexual, que muchas realizaban desde antes, era el que les convenía más, económicamente hablando, en el país de destino.

La migración de las travestis debe ser leída en un marco de *securitización* global de las fronteras y regularización de los flujos migratorios. En Europa, el tratamiento de las migraciones desde la década de los noventa se caracterizaba por reconocer la movilidad de ciertos migrantes como una actividad que podía amenazar el equilibrio y la seguridad nacional. Si la vida de las maricas antes de la migración transcurría entre numerosas *redes de vigilancia sexual* (Stanley, 2011) y ataques correctivos por su sexualidad y género, a pocas horas de distancia de sus contextos de origen ellas serán el objetivo de un conjunto de prácticas y actores transnacionales llamados a garantizar la presunta “seguridad nacional” y a mantener sus cuerpos migrantes en estrecha vigilancia policial.

A pesar que todas mis entrevistadas coincidieron en describir Italia como un lugar donde podían asumir su feminización y sus prácticas sexuales libradas de los prejuicios con los que habían aprendido a convivir durante años en Colombia, en el país de destino, como migrantes, se enfrentaron a una nuevas forma de exclusión, discriminación y segregación. La política de control migratorio devino en las experiencias de mis entrevistadas, en una política identitaria racista y racializadora. La aplicación de «perfiles» basados en estereotipos de clase, de género, raciales y sexuales para identificar a una persona como *peligrosa*, construían los cuerpos de las maricas como cuerpos “otros” portadores de lo ilícito y lo irregular, por medio de las prácticas de vigilancia y control que recaían sobre estas. Mis entrevistadas originarias de un país empobrecido y criminalizado por su vinculación con la producción y el tráfico de drogas, involucradas en una actividad económica sino ilegal si estigmatizada, eran, de acuerdo con la ley migratoria, uno de los peligros a combatir para garantizar la seguridad dentro del territorio, junto con el terrorismo, el tráfico de drogas y el crimen organizado.

La vinculación entre migración irregular y delincuencia que planteaba la ley migratoria se materializa en experiencias de las travestis en un círculo de detenciones sistemáticas, cacheos e identificaciones cotidianas. Por eso el retorno, más que considerarse un hecho puntual con el que se puso fin a la migración, fue un proceso que estuvo presente a lo largo de toda la trayectoria migratoria: cada una de mis entrevistadas sabía que en el momento menos esperado podía ser expulsada sin haber tenido si quiera tiempo de planear sus condiciones de salida o llegada. Desde el paso por los controles fronterizos, las maricas tuvieron que enfrentar prácticas de allanamiento y “examinación” intensiva de sus cuerpos, que habían sido producidos por las políticas de regulación como peligrosos. Así, todas, en numerosas ocasiones, estuvieron sujetas al ir y venir entre la prisión y los centros de detención, todas fueron en algún momento expuestas a denuncias, agresiones, extorciones, manifestaciones de xenofobia y trabas para acceder a la regularización de su estancia. En su experiencias, la vinculación entre migración irregular y delincuencia se expresa además como la condición para que múltiples sectores económicos se beneficiaran de su mano de obra sin papeles, destinada a la clandestinidad y por ello altamente vulnerable y explotable, así como para justificar la existencia de toda una industria de la justicia/castigo penal y sus gastos de funcionamiento.

Pero si la ante los controles policiales las maricas negaban provenir de Colombia cuando les pedían el pasaporte y les preguntaban por su nacionalidad, ya que con base en esta eran identificadas como personas potencialmente peligrosas, era en razón de su origen geográfico imbricado con relaciones de poder basadas en el género y la sexualidad, que en el trabajo sexual las maricas adquirirían un valor especial dentro de las jerarquías eróticas establecidas en el mercado del sexo. Racializadas y exotizadas, las travestis agenciaban a su favor los significantes constituidos por

relaciones coloniales en los que por su origen geográfico eran asociadas a la naturaleza-salvajismo-exotización-lujuria-y disponibilidad sexual. Las maricas hacían un uso estratégico de tales representaciones para extraer de estas el mayor beneficio económico posible.

La variedad de fenotipos, estéticas, nacionalidades, contexturas físicas, exhibidas por las travestis trabajadoras sexuales en Italia afianzaba un ambiente de competitividad que convertía en imperativo el trabajo diario sobre la apariencia propia. En Italia, el trabajo sobre el cuerpo y las rutinas de feminización ocupaban gran parte del tiempo, la energía y los ingresos de las migrantes. Las primeras inversiones generalmente fueron destinadas a valorizar el cuerpo y hacerlo más codiciado dentro del mercado del sexo pues la condición de migrante irregular latinoamericana travesti y trabajadora sexual, de cara a las políticas de migración, seguridad y lucha contra la explotación y el proxenetismo, introducía a las travestis en la lógica de sacar el máximo provecho de su cuerpo antes que pudieran ser deportadas.

Como mencionaba antes, las migraciones de las travestis han sido itinerarios corporales en los que la transformación se ha dado de la mano de las técnicas de intervención corporal disponibles en cada contexto y época, y conforme a los recursos individuales con los que cada travesti disponía en cada momento. Así, en Italia la migración y el viaje del cuerpo se siguen entrecruzando, pues allí los ideales corporales y las técnicas para alcanzarlos están sumidos en procesos amplios de globalización y transnacionalismo, que se inscriben en una translocalización de los referentes corporales: los del contexto de origen, los modelos de corporalidades conocidos durante la trayectoria migratoria, las expectativas y los estereotipos de los clientes. Sin embargo, aunque allí algunas tuvieron la oportunidad de acceder a transformaciones corporales con las que dejaron atrás los cuerpos armados con espuma y cinta pegante con los que habían llegado, fueron pocas las travestis que buscaron cirujanos profesionales. De este modo en Italia, a diferencia de Colombia, aunque tenían el dinero para pagar las intervenciones el miedo a ser denunciadas debido a su condición migratoria hizo que recurrieran más a cirugías ilegales o a las técnicas de inyección de silicón. Todos estos procedimientos los realizaban algunas travestis, quienes desde hace décadas se habían reapropiado los procedimientos formales y desarrollaban estas prácticas en las mismas habitaciones que guardaban su presencia migrante. Dichas intervenciones se realizaban sin ninguna autorización legal, sin condiciones apropiadas de salubridad y con algunos conocimientos empíricos sobre la modelación de cuerpo.

Mientras las maricas ofrecían sus servicios en condiciones de riesgo para su salud, sometían sus cuerpos a jornadas agotadoras y a intervenciones peligrosas para conseguir maximizar sus ingresos, otros sectores se beneficiaban económicamente de su capacidad de generar placer, excitación y bienestar. La mirada exclusiva de la explotación sexual invisibiliza que son las mismas políticas restrictivas sobre migración y prostitución, hechas bajo la premisa de defender a las

migrantes (principalmente aquellas en situación de irregularidad) de la trata y la explotación sexual, las que generan condiciones de riesgo para las maricas en la prestación de sus servicios. El marco de regulación jurídica las expone en la cotidianidad a relaciones de abuso por parte de otros agentes que, a pesar de no ser descritos precisamente como proxenetas, chulos, tratantes o traficantes, sacaban provecho económico de ellas y otras trabajadoras sexuales migrantes.

Pappone, un término italiano que en castellano se refiere al proxeneta o “chulo”, fue comúnmente utilizado por las maricas para designar a algunos agentes quienes según estas extraían algún beneficio abusivo de sus ingresos. Si bien estas afirmaban que el «paponaje», definido estrictamente bajo la figura del proxeneta, no existía entre las travestis (pues ellas siempre habían resistido al control de algunos árabes, yugoslavos, rumanos, uruguayos, paraguayos y alemanes quienes, según sus versiones, controlaba en varias ciudades y provincias de Italia algunos espacios donde se ofrecían el trabajo sexual), también afirmaban que algunos actores como arrendadores, agentes del orden y travestis que llevaban más tiempo en Italia y estaban documentadas, administraban a su favor las fronteras jurídico-políticas en los principales escenarios en los que estas desarrollaban el trabajo sexual: las extorsionaban, les exigían grandes sumas de dinero para dejarlas permanecer en ciertos escenarios y no denunciarlas, reclamaban servicios sexuales no remunerados, entre otras.

Las maricas estuvieron expuestas a una serie «microagresiones» cotidianas racistas, xenófobas, transfóbicas, clasistas, entre otras agresiones sutiles y acumulativas que, cuando no terminaron en su expulsión del territorio, tarde o temprano acompañaron, o, como lo sugiero, forzaron la decisión de regresar a Colombia. Aunque las travestis obtenían elevadas sumas de dinero del trabajo sexual, esto no significó un ascenso social en Italia: la estigmatización y la precarización del trabajo sexual anudada con la condición de irregularidad, la xenofobia y la transfobia, prolongaba en sus vidas dinámicas de exclusión acompañadas de su excesiva visibilidad para la vigilancia y el control policial, pero su invisibilidad como sujetas de derecho.

7.3. El “sueño” italiano de cara al retorno

Las travestis que yo entrevisté adoptaron en Italia jornadas de trabajo extenuantes en una suerte de “autoexplotación”, deseando poder adquirir en Colombia algunas propiedades o un ahorro para la vejez que ninguna ocupación en este país les ofrecía si decidían retornar o eran de repente deportadas. Si bien todas lograron obtener en algún momento de su migración además de los ingresos para cubrir sus gastos básicos de manutención, pagar las deudas contraídas para costear el viaje, acceder de modo regular a otros consumos considerados de lujo, enviar dinero a familiares y amigos y en algunos casos ahorrar para comprar vivienda u otros bienes en Colombia, las

condiciones de su llegada habían estado lejos de compararse con la imagen de «la marica millonaria» idealizada en los contextos de origen.

A años de distancia de su experiencia migratoria en Italia fue común que lo que más valoraran del viaje fuera una suerte de capital cultural adquirido durante el tiempo que tuvo la migración. En contraste con su bajo nivel de formación y con las pocas oportunidades en Colombia de acceder a conocimientos, escenarios o actividades por fuera del trabajo sexual, en Italia ellas convivieron con personas de diferentes nacionalidades y culturas a través de quienes fueron adquiriendo conocimientos diversos, otros gustos, prácticas e ideales corporales para su feminización, con quienes construyeron ideas sobre como deberían comportarse las personas con las maricas, de cómo debería el Estado garantizar sus derechos y los de otros ciudadanos. Ellas manifestaban haber obtenido en Italia «más cultura» y esto era altamente apreciado; haber aprendido otros idiomas, conocido varias ciudades italianas y otros países de Europa, compartido con personas provenientes de lugares distintos, con costumbres particulares, haber probado comidas de diferentes regiones del mundo, gozado de las fiestas nocturnas italianas, haber tenido una temporada de lujos y abundancia, era al final lo que más valoraban de su viaje aunque este no hubiese significado el cambio sustancial para sus vidas que estas esperaban al partir.

A. ANEXO: Instrumento

FICHA DE IDENTIFICACIÓN

Cuestionario N. _____

Fecha: _____

Duración: _____

ENTREVISTADA: Nombre: _____ Seudónimo: _____

Lugar de nacimiento: _____ Edad: _____

Autodeterminación de género: _____

Autodeterminación sexual: _____

Lugar de nacimiento: municipio _____, departamento _____

Autodeterminación etnicidad: (Mestiza, indígena, blanca, afro descendiente, ninguna, otra)

Estado civil: casado/a ____, soltero/a ____, unión marital de hecho ____, viudo/a ____, separado/a o divorciado/a ____, otro ____

Escolaridad: ninguna ____, primaria ____, bachillerato ____, técnica ____, universitaria ____, posgraduada ____.

1. ANTES

1.1. Calidad de vida previa la migración:

- Condiciones laborales
- Situación económica-ingreso corriente
- Acceso a los servicios o bienes
- Propiedades
- Tiempo libre (actividades)
- Sentimiento de pertenencia a un grupo social
- Salud
- Relaciones familia origen previa la migración.
- Relaciones familiares previa la migración

- Relaciones sociales previa la migración.
- Relaciones de pareja antes de la migración
- Ideas sobre si misma
- Vivencia de Género-cuerpo
- Closet.

- **¿Cómo describirías tu vida antes de la migración?**

Objetivo: Reconocer cuáles eran las condiciones y/o los elementos que conformaban la vida de la entrevistada antes de la migración (en su pasado inmediato).

Posibles preguntas derivadas: ¿cómo era un día cotidiano para ti?; ¿Cómo era un día laboral?; ¿Qué hacías en tu tiempo libre?; ¿cuál era tu situación económica (ingreso, propiedades, vivienda)?; ¿Cuáles eran tus relaciones más significativas?; ¿Cuál era tu relación con tu familia de origen?, ¿tenías pareja/s?.

- **¿Cómo te describirías a ti misma antes de la migración?; ¿Quién eras tú en ese momento?**

Objetivo: Reconocer de qué manera la entrevistada se auto percibía antes de la migración.

Posibles preguntas derivadas: ¿Qué expectativas tenías frente al futuro; ¿Cuáles eran tus intereses en ese momento?, ¿Cuáles eran tus propósitos?

1.2. Motivaciones:

- Imagen sobre Colombia
- Expectativas frente a la migración
- Sentimientos frente a la migración.
- Ideas previas sobre la migración y el país de destino.
- Influencia de las redes en la toma de decisión de migrar

- ¿Qué te llevo a decidir salir del país?

Objetivo: Reconocer las razones y motivaciones para migrar.

Posibles preguntas derivadas: ¿Cómo tomaste la decisión de migrar?; ¿Por qué elegiste (x lugar) como país de destino?; ¿Qué ideas tenías del país de destino?; ¿Qué esperabas encontrar allí?; ¿Cómo te veías a ti misma allá?

1.3. Estrategias migratorias:

- Estrategias de movilidad
- Preparación para la migración
- Trámites
- Redes para la migración
- Elección país de destino
- Enlace con país de destino
- Circunstancias que se enfrentaron para poder viajar (dificultades, problemas).

¿Cuáles fueron los preparativos del viaje?

Objetivo: Identificar cuáles fueron las circunstancias, trámites e información, que precedieron a la migración.

Posibles preguntas derivadas: ¿Qué trámites siguieron para poder realizar el viaje?; ¿Tuviste dificultades para poder viajar? ¿Cuáles? Y si sí hubo ¿cómo las superaste?; ¿Hubo personas que influenciaron la decisión de migrar? ¿Quiénes?;

1.4. Ingreso

- Controles migratorios
- Sentimientos de llegada país de destino
- Ubicación inicial

B. Durante

2.1. Marcas de opresión/ privilegio.

- Percepciones/sentimientos frente a su condición de migrante durante la migración.
- Apreciación de su condición de migrante en el país de destino.
- Reconocimiento de nacionales u extranjeros en el país de destino
- Percepciones/sentimientos frente a su género durante la migración.
- Apreciación de su género en el país de destino.
- Reconocimiento de las travestis nacionales u extranjeras en el país de destino.
- Percepciones/sentimientos frente a su orientación sexual durante la migración.
- Apreciación de su orientación sexual en el país de destino.
- Reconocimientos de orientaciones sexuales diversas en el país de destino.
- Sentimientos frente a la nacionalidad durante la migración.
- Apreciación de su nacionalidad en el país de destino
- Lectura de otras nacionalidades en el país de destino.
- Percepciones/sentimientos frente a su cuerpo/caracteres físicos durante la migración.
- Apreciación de su cuerpo/caracteres físicos en el país de destino.
- Lectura del cuerpo/ caracteres físicos de nacionales u extranjeros en el país de destino.
- Patrones de segregación/discriminación
- Privilegios

Cómo te sentías en el país de destino en relación con

Cómo crees que eras percibida en el país de destino por las otras travestis

Cómo crees que eras percibida por lxs otrx extranjeros o por lxs nacionales en el país de destino

Cuáles consideras que eran tus ventajas y /o desventajas en

¿Qué significaba para ti ser Colombiana en (país de destino)? ¿Cómo te sentías siendo Colombiana en el país de destino?

Cómo crees que eras vista por ser Colombiana por l

2.2 Calidad de vida durante la migración

- Relaciones existentes entre país de origen y país de destino
- Normas de regulación migratoria

- Acceso a derechos de ciudadanía.
- Acceso a los servicios o bienes
- Propiedades
- Sentimiento de pertenencia a un grupo social
- Salud
- Relaciones familia origen durante la migración.
- Relaciones familiares-fraternales durante la migración
- Relaciones sociales durante la migración.
- Relaciones de pareja durante la migración
- Ideas sobre si misma
- Vivencia de Género-cuerpo
- Closet.
- Remesas: impacto y usos
- Principales problemas, dificultades, logros y potencialidades de la migración para el/la emigrante y para su familia.

2.2. Mercado del sexo

Háblame sobre el ejercicio del trabajo sexual en (el país de destino)

- Ingreso
- Rentabilidad
- Ocupación
- Condiciones de empleabilidad
- Derechos laborales
- Normas de trabajo
- Control sobre el proceso de trabajo
- Clientes
- Empresarios
- Otros actores
- Características de la ocupación
- Oferta y demanda de servicios.
- Relaciones con otras trabajadoras del sexo
- Escenarios de servicio
- Distribución y consumo de servicios
- Jerarquías entre sexoservidoras
- Estrategias individuales y colectivas para llevar a cabo el trabajo sexual
- Marcas de opresión/ privilegio en el ejercicio del trabajo sexual

2.3. Agencias

- Resistencias o negociaciones durante la trayectoria migratoria
- Transformaciones subjetivas o colectivas las estructuras de regulación y disciplinamiento ligadas a sus marcas de opresión/privilegio.

3. Retorno

- Razones para volver/ o no volver.
- Expectativas frente al retorno.
- Re significaciones/permanencias que tales adquieren para las travestis tras su regreso a Colombia.
- Concepciones frente a la migración ventajas y desventajas de la migración).

- Relaciones de pareja después de la migración.
- Relaciones familia origen después la migración.
- Relaciones familiares después de la migración.
- Relaciones sociales después la migración.
- Ideas sobre si misma.
- Vivencia de Género-cuerpo.
- Closet.
- Situación laboral Cumplimiento de las metas o expectativas que motivaron el viaje.
- En qué aspectos les ha afectado o beneficiado la migración, en que ha cambiado su situación y cómo lo valora: (favorable, muy favorable, poco favorable). Por qué.

¿Cómo se sintió con la entrevista?

Bibliografía

- Acosta, A. (2006). Prólogo. En Pedone C. *Estrategias migratorias y poder*. Quito: Editorial Abya-Yala.
- Acosta, A., López, S., & Villamar, D. (2006). *La migración en el Ecuador: Oportunidades y amenazas*. Quito: Universidad Andina Simón Bolívar.
- Agnoletti M., & Sousa, E. (septiembre, 2013). *A transmigração no espaço, no corpo e na subjetividade: deslocamentos de fronteiras na experiência travesti*. Trabajo presentado en 37.º Encontro Anual da ANPOCS. Águas de Lindóia/SP. Recuperado de http://www.anpocs.org/porta1/index.php?option=com_docman&task=doc_view&gid=8740&Itemid=459
- Agrela, B. (2005). Políticas de integración y prácticas sociales con mujeres inmigrantes: discursos, representaciones y significaciones. En M. Martín, M. Miranda & Vega C. (eds.) *Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión*. Madrid: Editorial Complutense.
- Agustín, L. (2001). Mujeres migrantes ocupadas en servicios sexuales. En Colectivo loé. *Mujer, inmigración y trabajo*. Recuperado de http://www.choike.org/documentos/agustin_migrantes.pdf
- Agustín, L. (2003) Olvidar la victimización: Los migrantes como protagonistas. En *Development*, 46 (3), 30-36. Recuperado de <http://www.nswp.org/sites/nswp.org/files/AGUSTIN-OLVIDAR.pdf>
- Agustín, L. (2004). *Trabajar en la industria del sexo, y otros tópicos migratorios*. San Sebastián: Gakoa Editores.
- Agustín, L. (2005). Migrants in the Mistress's House: Other Voices in the "Trafficking" Debate. *Social Politics: International Studies in Gender, State and Society* 12(1), 96-117.
- Agustín, L. (2006). Migración y trabajo sexual. Recuperado de <http://www.choike.org/nuevo/informes/2153.html>, visita: 25 de mayo de 2008.
- Agustín, L. (2007). *Sex at the Margins: Migration, Labour Markets and the Rescue Industry*. New York: Zed Books.
- Agustín, L. (junio, 2000). *Trabajar en la industria del sexo. Ofrim suplementos. Publicación especializada de Inmigración*. Recuperado de http://www.nodo50.org/mujeresred/laura_agustin-1.html

- Ahmed, S. (2000). *Strange Encounters: Embodied Others in Post-Coloniality (Transformations)*. New York: Routledge.
- Ahumada, C. (2002). *El modelo neoliberal y su impacto en la sociedad colombiana*. Bogotá: El Ancora editores.
- Albiñaña, A. (2008). *La mafia italiana y los Mancuso*. Periódico El Tiempo. Recuperado de <http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-4674825>
- Álvarez, R. (2012). *Narrativas transgresoras. Significados y desafíos al concepto de 'decent work' por transmigrantes peruanas trabajadoras sexuales en Milán*. Trabajo presentado en Primer Coloquio Internacional Queer Interdisciplinario Penaando lo Queer desde y en América Latina: Capítulo Ecuador. FLACSO.
- Anzaldúa, G. (1987). *Borderlands/La Frontera: The New Mestiza Company*. San Francisco: Aunt Lute Book.
- Anzaldúa, G. (1988). La Prieta. En Morraja, C., et al. (ed) *Esta Puente, Mi Espalda: Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: Ism Press.
- Arango, L. (2004). *Mujeres, Trabajo y Tecnología en Tiempos Globalizados. Cuadernos CES (5)*. Bogotá: Facultad de Ciencias Humanas, Centro de Estudios Sociales –CES–.
- Arango, L. (2010). Género e identidad en el trabajo de cuidado. En Enrique de la Garza Toledo y Julio César Neffa (Coords.) *Trabajo, identidad y acción colectiva* (pp. 81-108). Madrid: Ed. Clacso, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, Plaza y Valdés, S.A. de C.V.
- Arango, L. G. (enero-junio, 2011). Género, trabajo emocional y corporal en peluquerías y salones de belleza. *La manzana de la discordia*, 6(1). Recuperado de <http://manzanadiscordia.univalle.edu.co/volumenes/articulos/V6N1/art1.pdf>
- Argüello, A. (julio-diciembre, 2012). Entre el tiempo y el relato: Consideraciones epistemológicas en torno a la perspectiva biográfica en la investigación social y educativa. *CPU-e, Revista de Investigación Educativa*, (15). Recuperado de https://www.uv.mx/cpue/num15/inves/completos/arguello_tiempo_relato.pdf
- Balaguer, R. (2012). Sexismo y racismo en la gestión neoliberal de las migraciones: subtextos del contrato social. En *Oxímora. Revista Internacional de Ética y Política* (1), 148-164. Recuperado de <http://revistes.ub.edu/index.php/oximora/article/view/5252>
- Basch, L., Glick, N. & Szanton, C. (1994). *Nations unbound: transnational projects, postcolonial predicaments and deterritorialized nation-states*. Amsterdam: Gordon and Breach.
- Belausteguigoitia, M. (2009). *Borderlands/La Frontera: el feminismo chicano de Gloria Anzaldúa desde las fronteras geoculturales, disciplinarias y pedagógicas*. Recuperado de <http://debatefeminista.com/PDF/Articulos/ramona176.pdf>
- Berkins, L. (2003). Un itinerario político del travestismo. En Diana Mafía (Comp.). *Sexualidades Migrantes. Género y Transgénero*. Buenos Aires: Feminaria Editora.

- Berkins, L. (2012). *Travestis: una identidad política. Pensando los feminismos en Bolivia Serie Foros 2*. Recuperado de http://www.conexion.org.bo/uploads/Pensando_los_Feminismos_en_Bolivia.pdf
- Berkins, L. y Josefina F. (Coords.). (2005). *La gesta del nombre propio. Informe sobre la situación de la comunidad travesti en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Berkins, L., & Fernández, J. (coords.). (2005). *La gesta del nombre propio. Informe sobre la situación de la comunidad travesti en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones Madres de Plaza de Mayo.
- Bertaux, D. (1999). El enfoque biográfico: su validez metodológica, sus potencialidades. *Proposiciones*, 29, Recuperado de <http://www.sitiosur.cl/r.php?id=436>.
- Bérubé, M. (2005). *Migración saludable. Propuesta para humanizar la migración. Documento-marco de la Fundación ESPERANZA*. Documento interno. Bogotá: Fundación ESPERANZA.
- Bhabha, H. (2002, [1994]). Signos tomados por prodigios. En César Aira (Trad.). *El lugar de la cultura*. Buenos Aires: Manatíal.
- Biglia, B. y Bonet-Martí, J. (2009). La construcción de narrativas como método de investigación psicosocial. Prácticas de escritura compartida. *Forum: Qualitative Social Research*, 10(1). Recuperado de <http://www.qualitative-research.net/index.php/fqs/article/viewFile/1225/2666>
- Black, P. (2004). *The beauty industry. Gender, culture, pleasure*. Nueva York: Routledge.
- Blanco, C. (2000). *Las migraciones contemporáneas*. Madrid: Alianza Editonal.
- Bolívar, I. (2007). Reinados de belleza y nacionalización de las sociedades latinoamericanas. Íconos. *Revista de Ciencias Sociales*, (28), FLACSO – Ecuador, 71-80.
- Bonetti, P. (2005). Italia. En E. Aja y L. Díez (coords.). *La regulación de la inmigración en Europa. Colección Estudios Sociales* (17). Barcelona: fundación La Caixa.
- Bonifazi, C. (2006). *Italians and Foreign Immigration Finnish Yearbook of Population Research* (42), 93–112. Recuperado de www.oaj.tsv.fi/index.php/fyp/article/.../11306
- Bourdieu, P. (1986). Notas provisionales sobre la percepción social del cuerpo. En F. Alvarez-Uría & J. Varela. *Materiales de sociología crítica* (pp. 186-194). Madrid: Las Ediciones de la Piqueta.
- Bourdieu, P. (1988). *La distinción*. Madrid: Taurus.
- Bourdieu, P. (1989) La ilusión biográfica. Historia y Fuente Oral. *Memoria y Biografía*. (2). Recuperado de http://www.jstor.org/stable/27753247?seq=1#page_scan_tab_contents
- Bourdieu, P. (2000). Las formas del capital. Capital económico, capital cultural y capital social. En *Poder, Derecho y Clases Sociales. Palimpsesto Derechos Humanos y Desarrollo* (6), (131-164). Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Brah, A. (2004). Diferencia, diversidad y diferenciación. En B. Hooks, A. Brah et al. *Otras Inapropiables. Feminismos desde las fronteras. Traficantes de Sueños* (pp. 107-136).

- Braidotti, R. (2000). *Sujetos nómades*. Buenos Aires: Paidós ibérica.
- Bustamante, W. (2008). *Homofobia y agresiones verbales. La sanción por transgredir la masculinidad hegemónica. Colombia 1936-1980*. Medellín: Editorial Todográficas Ltda.
- Butler, J (2001 [1990]). *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. México: Paidós.
- Butler, J. (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del sexo*. Buenos Aires: Paidós.
- Calavita, K. (2006). Contradicciones estructurales en la política de inmigración: los casos de la Europa del Sur y de los Estados Unidos. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas* (116), 185-212. Recuperado de http://www.jstor.org/stable/40184812?seq=1#page_scan_tab_contents
- Callejas, L. (1990). *Más malas son las buenas: etnografía en el sector bajo de la prostitución* (Tesis pregrado). Bogotá: Universidad de los Andes, Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales.
- Camacho, G. (Director). (2013). *Cuerpos en tránsito, perspectiva de una lucha* [Documental]. Colombia: La Calle.
- Camacho, M. (2009). *Cuerpos encerrados, cuerpos emancipados. Travestis en el ex penal García Moreno*. Quito: Abya-Yala-El Conejo.
- Cámara de Comercio de Bogotá. (1995). *Pirobos: Trabajadores sexuales en el centro de Santafé de Bogotá*. Bogotá: Corporación para el Desarrollo Integral de Bogotá y Cundinamarca.
- Campani, G. (1998). Trafficking for Sexual Exploitation and the Sex Business in the New Context of International Migration: the Case of Italy. *South European Society and Politics, Special issue on immi- grants and informal economy in Southern Europe* 3(3), Winter, 230-261.
- Campesi (2015). Hindering the deportation machine. An ethnography of power and resistance in immigration detention. *Punishment and Society* 17, 427-453.
- Campesi, G. (2014). Bari Palese. Etnografía di un centro di identificazione ed espulsione. En L. Pannarale, G. Campesi, I. Pupolizio, L. Bonzano & Rossi. *Passaggi di Frontiera. Osservatorio sulla detenzione amministrativa degli immigrati e l'accoglienza dei richiedenti asilo in Puglia*. Italia: Luigi Quaderni de L'altro diritto.
- Campesi, G. (2014). Confinati sulla soglia. Etnografía dei centri per richiedenti asilo in Puglia. En L. Pannarale, G. Campesi, I. Pupolizio, L. Bonzano & Rossi. *Passaggi di Frontiera. Osservatorio sulla detenzione amministrativa degli immigrati e l'accoglienza dei richiedenti asilo in Puglia*. Italia: Luigi Quaderni de L'altro diritto.
- Campesi, G. (septiembre, 2012). Migraciones, Seguridad y Confines en la Teoría Social Contemporánea. *Revista Crítica Penal y Poder* (3), 1-20. Barcelona: OSPDH. Universidad de Barcelona. Recuperado de <http://revistes.ub.edu/index.php/CriticaPenalPoder/article/viewFile/3657/6724>

- Campuzano, G. (2008). El Museo Travesti del Perú. *Decisio*. Recuperado de http://repositoriodigital.academica.mx/jspui/bitstream/987654321/21802/1/decisio20_saber8.pdf
- Campuzano, G. (2009). Andróginos, hombres vestidos de mujer, maricones... el Museo Travesti del Perú. *Bagoas*, (4). Recuperado de http://www.cchla.ufrn.br/bagoas/v03n04art04_campuzano.pdf
- Cantú, L. (2009). *The Sexuality of Migration Border Crossings and Mexican Immigrant Men*. EE. UU.: New York University.
- Carchedi, F. (2000). Considerations on foreign prostitution in Italy. A background picture. *Papers*. 60, pp.85-97. Recuperado de <http://www.raco.cat/index.php/papers/article/viewFile/25567/25401>
- Cardenas, M., & Mejía, C. (2006). Migraciones internacionales en Colombia: ¿qué sabemos? *Workings Papers Series. Documentos de trabajo* (30). Recuperado de <http://core.ac.uk/download/files/153/6783757.pdf>
- Centro Per I Diritti Umani. (2013).
- Cirulo, A. (2013) *Migración colombiana hacia Italia a la luz del género y la familia transnacional*. Bogotá: Universidad Antonio Nariño, Fondo Editorial.
- CLACSO TV & ALICE (Productores). (mayo, 2015). Intercambio entre entre Boaventura de Sousa Santos (Portugal) y Gladys Tzul Tzul (Guatemala), con la moderación de Rosalva AídaHernández (México). En *Exclusiones epistémicas, emergencias y emancipaciones en América Latina*. [Video]. De <https://www.youtube.com/watch?v=ohq5efaXQ-8>
- Clavijo, S. (2001). Viabilidad de la Deuda Externa Colombiana. *Revista del Banco de la República*. Recuperado de <http://www.banrep.gov.co/docum/ftp/borra179.pdf>
- Código de Policía del Distrito Especial de Bogotá. Acuerdo 36 de 1962.
- Código Distrital de Policía. Acuerdo 18 de 1989.
- Código Nacional de Policía. Artículo 44: Capítulo 7. Decreto 522 del 27 de marzo de 1971. Diario Oficial No. 33.300 (29 de abril de 1971).
- Colombia. Artículo 323 Código Penal de 1936.
- Colombia. Código Nacional de Policía. Acuerdo 95 de 1948.
- Colombia. Código Nacional de Policía. Art. 344. Decreto 1335 de 1970.
- Colombia. Consejo de Bogotá. Acuerdo 95 de 1948: por el cual se dictan disposiciones sobre prostitución en Bogotá. (septiembre 4 de 1948).
- Colombia. Ministerio de Justicia. Decreto 522 del 27 de marzo de 1971. Diario Oficial No. 33.300 (29 de abril de 1971).
- Collins, P. (2005). *Black sexual politics, african americans, gender, and the new racism*. Nueva York y Londres: Routledge.

- Combahee River Collective. (1987. [1977]). Una declaración feminista negra. En: C. Morraga et. al. (ed.) *Esta Puente, Mi Espalda: Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos* (pp. 173–184). San Francisco: Ism Press.
- Comisión Andina de Juristas Seccional Colombiana.(1991). Panorama de los Derechos Humanos en Colombia. En Gallón, G (Comp). *La Guerra y la constituyente* (pp. 58-66). Con el auspicio de la Fundación Friedrich Naumann. Bogotá.
- Corve, S y Corso, C. (1997). Italy Final report October 1996-September 1997. En TAMPEP. *European Network for HIV/STI Prevention and Health Promotion among Migrant Sex Workers*. Recuperado de http://tampep.eu/documents/TAMPEP3_Final_Report_1997.pdf
- Corve, S y Corso, C. (1999). Italy Final report May 1998 - October 1999. En TAMPEP. *European Network for HIV/STI Prevention and Health Promotion among Migrant Sex Workers*. Recuperado de http://tampep.eu/documents/TAMPEP3_Final_Report_1997.pdf
- Corve, S. y Corso, C. (1994). Italy Final report September 1993 – August 1994. En TAMPEP. *European Network for HIV/STI Prevention and Health Promotion among Migrant Sex Workers*. Recuperado de http://tampep.eu/documents/TAMPEP1_final_report_1994.pdf
- Corve, S. y Corso, C. (1996). Italy Final report june 1995-june 1996. En: TAMPEP. (1996). *European Network for HIV/STI Prevention and Health Promotion among Migrant Sex Workers*. Recuperado en <http://tampep.eu/documents.asp?section=reports>
- Cossarini, P. (2010). *Migraciones, espacios y biopolítica*. Recuperado de
- Cotten, T. (2012). *Transgender Migrations: The Bodies, Borders, and Politics of Transition*. New York: Routledge.
- Chomsky, N. (1995). Introduction. En Juan Pablo Ordoñez. *No Human Being is Disposable: Social Cleansing, Human Rights and Sexual Orientation in Colombia, a joint report of the Colombia Human Rights Committee, International Gay and Lesbian Human Rights Commission and Proyecto Dignidad por los Derechos Humanos en Colombia*. (12.ª ed.) (pp. 4-13). San Francisco: International Gay and Lesbian Human Rights Commission.
- Davis, A. (2003). *Are prisons obsolete?* Nueva York: Seven Stories Press.
- De la Garza, E. (2000). El papel del concepto de trabajo en la teoría social del siglo XX (Introducción). En Enrique de la Garza Toledo (Coord.). *Tratado latinoamericano en sociología del trabajo* (pp. 15-35). México: Ed. El Colegio de México, FLACSO, AUM, Fondo de Cultura Económica.
- De la Garza, E. (2008). *Notas acerca de la construcción social del mercado de trabajo: crítica de los enfoques económico y sociodemográfico en Nuevas realidades y dilemas teóricos en la Sociología del Trabajo*. México: UAM-I, Plaza y Valdés.
- De Wills, O. (5 a 11 de noviembre de 1979). La prostitución en Colombia. *Revista Nueva Frontera* (256),11-12.
- Del Boca, D., & Venturini, A. (2003). Italian Migration. *Discussion Paper* (938). Germany: IZA Instituto for the Study of Labor. Recuperado de <http://ftp.iza.org/dp938.pdf>

- Delacoste, F., and Alexander, P. (Eds.) (1987). *Sex Work: writings by women in the sex industry*. Pittsburgh: Cleis Press.
- Diario Il Centro Edición. (2009). *Contro i travestiti un decreto del re I carabinieri rispolverano un vecchio divieto del 1931*. Recuperado de http://ilcentro.gelocal.it/pescara/cronaca/2007/10/04/news/contro-i-travestiti-un-decreto-del-re-1.4542413?refresh_ce
- Díaz, M. (2006) Jerarquías y resistencias: raza, género y clases en universos homosexuales. En M. Viveros, C. Rivera y M. Brigeiro (Comps.). *De mujeres, hombres y otras ficciones...: género y sexualidad en América Latina*. Colombia: Universidad Nacional de Colombia, Grupo Tercer Mundo.
- Doezema, J. (2004). ¡A crecer! La infantilización de las mujeres en los debates sobre «tráfico de mujeres». En: Raquel Osborne (Ed.). *Trabajador@s del sexo* (pp. 151-163). Barcelona: Bellaterra.
- Escobar, A.(1986). La invención del desarrollo en Colombia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/lecturasdeeconomia/article/view/7996/7490>
- Esguerra, C. (2014). Dislocación y borderland: Una mirada oblicua desde el feminismo descolonial al entramado migración, régimen heterosexual, (pos) colonialidad y globalización. *Universitas Humanística* (78). Recuperado de <http://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/viewFile/6528/8196>
- Fernández, J. (2004). *Cuerpos desobedientes: travestismo e identidad de género*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ferrarotti, F. (1993). Sobre la autonomía del método biográfico. En J. M. Marinas y C. Santamarina (Eds.) *La historia oral: métodos y experiencias* (pp. 121-128). Madrid: Debate.
- Fondo monetario internacional. (1996). *Perspectivas de la economía mundial*. Washington: Autor.
- Foucault, M. (1991). *Historia de la sexualidad. 1- la voluntad de saber*. Siglo XXI editores. México.
- Francia. Loi n°80-9 du 10 janvier 1980: relative a la prevention de l'immigration clandestine et portant modification de l'ordonnance n° 45-2658 du 2 novembre 1945 relative aux conditions d'entree et de sejour en france des etrangers et portant creation de l'office national d'immigration [Ley Bonnet: relativa a la prevención de la inmigración clandestina como modificación de la ordenanza nro. 45-2658 del 2 de noviembre de 1945, relativa a las condiciones de entrada y estancia en Francia de los extranjeros y de la creación de la oficina nacional de inmigración].
- Francia. Ordenanza de 2 de noviembre de 1945: relativa a la entrada y a la estancia de extranjeros en Francia.
- Fronzizi, C. (2005). CANDELARIA: La condición de los extranjeros y de las extranjeras detenidos en Italia. Una experiencia de «mediación cultural» en la Sección Femenina de la Cárcel de Civitavecchia. En M. Martín, M. Miranda, C. Vega (eds.) *Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión*. Madrid: Editorial Complutense.

- Gail Pheterson. *Nosotras las putas*. Madrid: Talasa Editores.
- Garaizabal, C. & Mamen B. (coords.). (2007). *La prostitución a debate. Por los derechos de las prostitutas*. Madrid: Talasa.
- García, A y Oñate, S. (2010). De viajes y cuerpos: proyectos migratorios e itinerarios corporales de mujeres transexuales ecuatorianas en Murcia. En Antonio García, María Elena Gadea y Andrés Pedreño (Eds.). *Tránsitos migratorios: Contextos transnacionales y proyectos familiares en las migraciones actuales* (pp. 361-403). Murcia: Universidad de Murcia.
- García, A. (2002). La prostitución en la segunda mitad del Siglo XX. En Martínez Aída y Rodríguez Pablo (Eds.). *Placer, dinero y pecado. La historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- García, A. (2010). *Tacones, siliconas, hormonas: teoría feminista y experiencias trans en Bogotá* (Tesis maestría). Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/2978/1/489177.2010.pdf>
- García, C. (abril, 1999). Los 'Pirobos': nómadas en el mercado del deseo. *Nómadas*, (10). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/1051/105114274018.pdf>
- García, J. & Lacomba, J. (Coords.) *La inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar*. España: Ediciones Bellaterra.
- Gómez, A. (Coord.), & Guerrero, L. (Relatora). (2003). Mesa tendencias poblacionales y demográficas. En: *Memorias I Seminario sobre migración internacional colombiana y la conformación de comunidades transnacionales* (pp. 111-119). Bogotá: Ministerio de Relaciones Exteriores, OIM, PNUD.
- Gómez, L. (2009). Hibridez. En Mónica Szurmuk y Robert McKee (Eds.). *Diccionario de estudios culturales latinoamericanos*. México: Siglo XXI Editores.
- Gómez, O. (2008). Del olvido a la inclusión. Elementos para una política pública migratoria colombiana desde un enfoque de derechos Humanos. *Diálogos Migrantes. Revista del Observatorio Colombo-Ecuatoriano de Migración OCEMI*. Recuperado de <http://goo.gl/c4727Y>
- Goulart, G. (2011). Imagens em trânsito: narrativas de uma travesti brasileira. En A. Piscitelli, G. de Oliveira, & J. Nieto. (orgs.) *Gênero, sexo, afetos e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil* (pp. 263, 320). Campinas: UNICAMP/PAGU.
- Grasso, M. (2010). *La inmigración sudamericana en Italia. Efectos sobre el mercado de trabajo. Trabajo y Sociedad* 13(14), 1-18. Santiago del Estero: Universidad Nacional de Santiago del Estero. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=387334686003>
- Grosfouel, R. (enero-junio, 2006). La descolonización de la economía política y los estudios postcoloniales: Transmodernidad, pensamiento fronterizo y colonialidad global. *Tabula Rasa* (4), 17-48. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/tara/n4/n4a02.pdf>
- Grupo Memoria Histórica. (2013). *¡Basta Ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.

- Guerra Talavera, Raquel (2006). "La Inmigración Extranjera Desde una Perspectiva De Género. La Mujer Inmigrante del Siglo XXI en Canarias". En VECTOR PLUS.
- Guarnizo, L. (2006). Migración, globalización y sociedad: teorías y tendencias en el siglo XX. En: Gerardo Ardila (Ed.). *Colombia: migraciones, transnacionalismo y desplazamiento*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Guarnizo, L. (enero-junio, 2006). *El Estado y la migración global colombiana*. *Revista Migración y Desarrollo* (6). Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=66000603>
- Gubbini, C. (2005). Violati i diritti dei rifugiati. En *Rapporto dell'associazione: sempre più richiedenti asilo rinchiusi nei Centri di permanenza temporanea*. Recuperado de <http://www.meltingpot.org/articolo5596.html#.VnA0nkrhCM8>
- Gutmann, M. (1996). *The meanings of macho. Being a man in México City*. EE. UU.: University of California Press.
- Guzmán, M. (1997). «Pa la Escuelita con mucho cuidao y por la orillita»: A Journey Through the Contested Terrains of the Nation and Sexual Orientation. En F. Negrón & R. Grosfoguel. *Puerto Rican Jam: Rethinking Colonialism and Nationalism* (pp. 209-228). Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*. Ediciones Cátedra. Madrid: Universidad de Valencia.
- Haraway, D. (1997). enlightenment@science_wars.com: A Personal Reflection on Love and War. *Social Text. The Politics of Sport*, (50). Recuperado de http://www.jstor.org/stable/466820?seq=1#page_scan_tab_contents
- Herrera, G., & Perez L. (2015). ¿Tiempos de crisis, tiempos de retorno? Trayectorias migratorias, laborales y sociales de migrantes retornados en Ecuador. *Estudios Políticos* (4), 221-241. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/espo/n47/n47a13.pdf>
- Hill Collins, P. (2002). *Black Feminist Thought. Knowledge, Consciousness, and the Politics of Empowerment*. Routledge. New York-London.
- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart: Commercialization of Human Feeling*. Berkeley: University of California Press.
- Hochschild, A. (2008). *La mercantilización de la vida íntima Apuntes de la casa y el trabajo*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Holgado, I. (2001). Las nuevas retóricas de la inmigración femenina: La prostitución en las calles de Barcelona. *Scripta Nova. Revista Electrónica de Geografía y Ciencias Sociales*, (94). Recuperado de <http://www.ub.es/geocrit/sn-94-100.htm>.
- Holgado, I. (2006). Trabajo sexual en el mundo global: cuestión de derechos, no de pánicos sexuales. *Andaída* (44).
- Holgado, I. (2008). *Prostituciones. Diálogos sobre sexo de pago*. España: Icaria.

- Hoyos, J. (2002). El placer de lo ajeno. En Martínez Aída y Rodríguez Pablo (Eds.) Placer, dinero y pecado. La historia de la prostitución en Colombia. Bogotá: Aguilar. Recuperado de <https://zenodo.org/record/10355/files/17-67-1-PB.pdf>
- Hurtado, T. (2008). Movilidades, identidades y sexualidades en mujeres afrocolombianas emigrantes a Europa; el caso de las "Italianas". En Peter Wade, Fernando Urrea Giraldo y Mara Viveros Vigoya (Eds.). *Raza, etnicidad y sexualidades. Ciudadanía y multiculturalismo en América Latina* (pp. 343-376). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia - Facultad de Ciencias Humanas. Centro de Estudios Sociales (CES), Escuela de Estudios de Género.
- Hurtado, T. (2011). *Mujeres, negras e inmigrantes construyendo la ocupación de "proveedoras" de servicios afectivos y "vendedoras" de bienes erótico-amorosos en los espacios transnacionales*. (Tesis de Doctorado). México: Universidad Autónoma Metropolitana–Unidad Iztapalapa.
- Hurtado, T. (enero-junio, 2009). Trabajo erótico sexual en mujeres afrocolombianas emigrantes a Europa. Iztapalapa. *Revista de Ciencias Sociales y Humanidades* (66), 135-159.
- Idos Study and Research Centre. (2011). Italy from Emigration Country to Immigration Country Migration in Italy. En Idos Study and Research Centre (ed.). International Organization for Migration. Current situation and perspectives Research. Rome: Idos Ed.
- Italia. Ley Bossi Fini (189/2002): procedimientos de entrada al país italiano.
- Italia. Ley Martelli de 1990: orientada a la seguridad pública y a la gestión de la emergencia.
- Italia. Ley Turco Napolitana de 1998: establecen las modalidades de regulación, trabajo y integración social de los extranjeros en Italia.
- Jelin E. (2002). Los trabajos de la memoria. España. Siglo XXI.
- Juliano, D. (2002). La prostitución: el espejo oscuro. Barcelona: Ed. Icaria.
- Juliano, D. (2002). La prostitución: el espejo oscuro. Barcelona: Ed. Icaria,
- Juliano, D. (julio-diciembre, 2005). El trabajo sexual en la mira. Polémicas y estereotipos. *Cadernos Pagu*, (25), Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/cpa/n25/26523.pdf>
- Kang, M. (2010). *The Managed Hand. Race, Gender, and the Body in Beauty Service Work*. EE. UU.: University of California Press.
- Kempadoo, K. (1998). Globalizing Sex Workers' Rights. En Kamala Kempadoo y Joe Deem (Eds.) *Global Sex Workers. Rights, Resistance, and Redefine nation*, (pp. 1-28). New York y Londres: Routledge.
- Kempadoo, K. (2004). *Sexing the Caribbean: Gender, race and sexual labor*. Nueva York: Routledge.
- Kempadoo, K. (2009a) Caribbean sexuality: mapping the field. *Caribbean review of gender studies*, (3). Recuperado de <http://sta.uwi.edu/crgs/november2009/journals/kempadoo.pdf>

- Kempadoo, K. (julio-diciembre, 2005), Mudando o debate sobre o tráfico de mulheres. *Cadernos Pagu*, 25. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0104-83332005000200003
- Kibreab, G. (2007). The Eritrean Diaspora, the War of Independence, Post-Conflict (Re)-construction and Democratisation. En Johansson Dahre, Ulf, (ed.). *The Role of Diasporas in Peace, Democracy and Development in the Horn of Africa*. Lund: Lund University.
- Kulick, D. (1998). *Travesti: sex, gender, and culture among Brazilian transgendered prostitutes*. Chicago: University of Chicago.
- Lagomarsino, F. y Torre, A. (2007) Éxodos y arribos entre Ecuador y Génova. En F. Lagomarsino & A. Torre (coords.) *El éxodo ecuatoriano a Europa. Jóvenes y familias migrantes entre discriminación y nuevos espacios de ciudadanía* (pp. 35-94). Quito: Abya Yala.
- Leal, F. (1995). *En busca de la estabilidad perdida: actores políticos y sociales en los años noventa*. Bogotá: Tercer mundo editores, IEPRI, COLCIENCIAS.
- Leonini, L. (1999). *Sesso in acquisto*. Milan: Edizioni Unicopli, Provincia di Milan.
- Levit, P. (2001). *The Transnational Villagers*. Berkeley y Los Angeles: University of California Press.
- Levit, P. (octubre, 1996). Social Remittances: A conceptual Tool for Understanding Migration and Development. Harvard Center for Population and Development Studies, Working Paper Series (96.04). Recuperado de http://www.hsph.harvard.edu/hcpds/wpweb/96_04.pdf
- Levit, P. (1998). Social Remittances: Migration Driven Local–Level Forms of Cultural Diffusion. *International Migration Review* 32(4), 926–948.
- Lim, L. (2004), El sector del sexo: la contribución económica de una industria. En O. Raquel (ed.) *Trabajador@s del sexo: derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI* (89), 57-84. Barcelona: Ediciones Belleterra – SGU.
- Luibhéid E. and Cantú L. (eds.). (2005). *Queer Migrations Sexuality, U.S. Citizenship, and Border Crossings*. Minneapolis: University of Minnesota Press.
- Maffía, D. (2009). Cuerpos, fronteras, muros y patrullas. *Revista Científica de UCES*. 13(2). Recuperado de http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/735/Cuerpos_fronteras_muros_y_patrullas.pdf?sequence=1
- Martín M., Miranda, M., & Vega, C. (Eds.) (2005). *Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión*. Madrid: Editorial Complutense.
- Martín-Palomo, M. T., Miranda, M. J., & Vega, C. (2005). *Delitos y fronteras. Mujeres extranjeras en prisión*. Madrid: U. Complutense.
- Martínez-Iñigo, D., Totterdell, P., Alcover, C., & Holman, D. (2007). Emotional labour and emotional exhaustion: Interpersonal and intrapersonal mechanisms. *Work & Stress*: n

- International Journal of Work, Health & Organisations, 21(1), 30-47.
DOI:10.1080/02678370701234274
- Medici Senza Frontiere. (2004). *Mismissione Italia: Rapporto sui centri di permanenza temporánea e assistenza*. Recuperado de http://archivio.medicisenzafrentiere.it/allegati/pubblicazioni/rapporti/cpt_finale.pdf
- Mejía, W., & Castro, Y. (2012). *Retorno de migrantes a la Comunidad Andina*. Bogotá: Fundación Esperanza.
- Mendoza, C. (2005). Destino Italia: nuevas pautas migratorias. *Migraciones Internacionales* 3(3), 107-134. Rrecuperado de <http://www.colef.mx/migracionesinternacionales/revistas/MI10/n10-107-134.pdf>
- Mestre i Mestre, R. (2005). Hilando fino: migraciones autóctonas de mujeres para trabajar en la industria del sexo. En: A. Pedreño & M.Hernández (coords.). *La condición inmigrante. Exploraciones e investigaciones desde la Región de Murcia*. Murcia: Universidad de Murcia, Vicerrectorado de Extensión Cultural y Proyección Universitaria.
- Micolta, A. (2005), Teorías y conceptos asociados al estudio de las migraciones internacionales. *Trabajo Social*, (7). Recuperado de <http://revistas.unal.edu.co/index.php/tsocial/article/view/8476/9120>
- Migreurop. (2013). *Detenzione dei migranti. Lo strumento privilegiato di "gestione delle migrazioni*. Recuperado de http://www.migreurop.org/IMG/pdf/Note_d_actualite_enfermemement_version_italienne_Migreurop.pdf
- Moctezuma, M. (2006). Entusiasmo estatal por la inversión productiva de los mexicanos que residen en el extranjero. Recuperado de http://www.estudiosdeldesarrollo.net/coleccion_america_latina/relaciones_estado2/RelacionesEstado2_3entusiasmo.pdf
- Moctezuma, M. (2007). Remesas familiares, colectivas e inversión social y empresarial de los migrantes. Recuperado de http://rimd.reduaz.mx/coleccion_desarrollo_migracion/La_transnacionalidad_de_los_sujetos/5.pdf
- Mora, B., & Montenegro, M. (2009). Fronteras internas, cuerpos marcados y experiencia de fuera de lugar. *Las migraciones internacionales bajo las actuales lógicas de explotación y exclusión del capitalismo global*. *Athenea Digital* (15), 1-19. Recuperado de <http://atheneadigital.net/article/view/330/456>
- Moreno, M. (mayo, 2007). Misses y concursos de belleza indígena en la construcción de la nación ecuatoriana. *Íconos*. *Revista de Ciencias Sociales*, (28), FLACSO-Ecuador, 81-91.
- Morruga, C., et al. (ed) *Esta Puente, Mi Espalda: Voces de mujeres tercermundistas en los Estados Unidos*. San Francisco: Ism Press.

- Morris, J. A., & Fieldmen, D. C. (1996). The dimensions, antecedents and consequences of emotional labour. *Academy of Management Review*, 21(4). Recuperado de http://www.jstor.org/stable/259161?seq=1#page_scan_tab_contents
- Munguía, S. (2004). Estructura del discurso. En Salvador Munguía. *Manual de oratoria*. Mexico: Limusa.
- Naranjo, G. (julio-diciembre, 2014). Desterritorialización de fronteras y externalización de políticas migratorias. Flujos migratorios irregulares y control de las fronteras exteriores en la frontera España-Marruecos. *Estudios Políticos* (45), 13-32. Medellín: Instituto de Estudios Políticos Medellín, Colombia. Recuperado de <http://aprendeenlinea.udea.edu.co/revistas/index.php/estudiospoliticos/article/view/20194>
- Ordoñez, J. (1995). No Human Being is Disposable: Social Cleansing, Human Rights and Sexual Orientation in Colombia, a joint report of the Colombia Human Rights Committee, International Gay and Lesbian Human Rights Commission and Proyecto Dignidad por los Derechos Humanos en Colombia. San Francisco: International Gay and Lesbian Human Rights Commission.
- Osborne, R. (1991). *Las prostitutas: una voz propia (Crónica de un encuentro)*. Barcelona: Icaria.
- Osborne, R. (ed.). (2004), *Trabajador@s del sexo*. Barcelona: Bellaterra.
- Oso, L. (2000). Estrategias migratorias de las mujeres ecuatorianas y colombianas en situación irregular, servicios domestico y prostitución en Galicia y Pamplona. Trabajo presentado en II Congreso sobre la migración en España. Madrid: Facultade de Socioloxia - Universidade da Coruña. Recuperado de http://www.mmo.gr/pdf/library/Spain/laura_oso_en%20espanol.pdf
- Oso, L. (2008). Migración, género y hogares transnacionales. En J. García & J. Lacomba (coords.) *La inmigración en la sociedad española: una radiografía multidisciplinar*. Barcelona: Bellaterra.
- Oso, L., & Ulloa, M. (2001). Tráfico e inmigración femenina desde la voz de las mujeres inmigrantes. En *Tráfico e inmigración de mujeres en España (Informe de investigación)*. Madrid: Acsur - Las Segovias.
- Ovalle, B., Martínez, F. & Correa, N. (1996). *Los Travestis iconoclastas del género*. Bogotá: Fondo editorial para la paz.
- Palacio, G. y Rojas, F. (1990). Empresarios de la cocaína; parainstitucionalidad y flexibilidad del régimen político colombiano. En G. Palacio. (Comp.). *La irrupción del paraestado. Ensayos sobre la crisis colombiana* (pp. 69-104). Bogotá: ILSA, CEREC.
- Parella, S. (2000). El trasvase de desigualdades de clase y etnia entre mujeres: los servicios de proximidad. *Papers* (60), 275-289. Recuperado de www.raco.cat/index.php/Papers/article/download/25577/25411
- Parella, S. (2003). *Mujer, inmigrante y trabajadora: la triple discriminación*. Barcelona: Anthropos.

- Pécaut, D. (2001). La tragedia colombiana: guerra, violencia, tráfico de droga Revista Sociedad y Economía, (1). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/996/99617827006.pdf>
- Pécaut, D. (2001b) Guerra contra la sociedad. Bogotá: Editorial Planeta, 2001.
- Pedone, C. (2006). Estrategias migratorias y poder; tú siempre jalas a los tuyos. Quito: Ediciones Abya-Yala.
- Pelúcio, L. (2005). Na noite nem todos os gatos são pardos; notas sobre a prostituição travesti. Cadernos Pagu (25). Recuperado de <http://www.scielo.br/pdf/cpa/n25/26528.pdf>
- Pelúcio, L. (2007). “Mulheres com Algo Mais” – corpos, gêneros e prazeres no mercado sexual travesti. Revista Versões, 3, 77-93.
- Pelúcio, L. (2009). “Sin papeles”, pero con glamour: Migración de travestis brasileñas a España (Reflexiones iniciales). Vibrant - Virtual Brazilian Anthropology, 1(6). Recuperado de http://www.vibrant.org.br/downloads/v6n1_pelucio.pdf
- Pelúcio, L. (2011). “Amores perros” – sexo, paixao e dinheiro na relação entre espanhóis e travestis brasileiras no mercado transnacional do sexo. En: A. Piscitelli, G. de Oliveira, & J. Nieto (orgs.). Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil. Campinas (pp. 185-224): Unicamp/PAGU.
- Pelúcio, L. (junio, 2008). Travestis brasileiras: singularidades nacionais, desejos transnacionais. Trabajo presentado en 26ª. Reunião Brasileira de Antropologia, Porto Seguro, Bahia, Brasil. Recuperado de <http://goo.gl/jEpON5>
- Peña, S. (2010). Latina/o Sexualities in Motion: Latina/o sexualities research agenda project. En: Marisol Asencio (Ed.) Latina/o sexualities: probing powers, passions, practices, and policies (pp. 188-206). EE. UU.: Rutgers University Press.
- Pequeño, A. (2004). Historias de misses e historias de naciones, Íconos. Revista de Ciencias Sociales, (20). FLACSO - Ecuador, 114-117.
- Peralta, K., & Espitia, N. (2013). Uso de modelantes estéticos, como proceso de la transformación corporal de mujeres transgeneristas. Tabula Rasa. (19). Recuperado de <http://www.revistatabularasa.org/numero-19/13peralta-espitia.pdf>
- Peres, W. (2005). *Subjetividade das Travestis Brasileiras: da vulnerabilidade da estigmatização à construção da cidadania* (Tesis de doctorado). Programa de Pós-graduação em Saúde Coletiva da Universidade Estadual do Rio de Janeiro.
- Perlongher, N. (2008 [1987]). *O negócio do michê: Prostituição viril em Sao Paulo*. Sao Paulo: Editora Fundação Perseu Abramo.
- Petherson, G. (2004). Niñas/os y prostitución: reflexiones críticas sobre la legislación y la edad. En: Osborne, Raquel (Ed.) TRABAJADOR@S DEL SEXO Derechos, migraciones y tráfico en el siglo XXI (pp.135-163). España: Edicions Bellaterra.
- Piscitelli, A (2009), “Tránsitos: circulación de brasileñas en el ámbito de la transnacionalización de los mercados sexual y matrimonial”, Horizontes Antropológicos, año 15, nro. 31, pp. 101-136.

- Piscitelli, A. (2007). Sexo tropical em um país europeu: migração de brasileiras para a Itália no marco do — turismo sexuall Internacional. En *Estudios Feministas*, Florianópolis, 15(3), 717–744.
- Piscitelli, A. (2011). ¿Actuar la brasileñidad? Tránsitos a partir del mercado del sexo. *Etnográfica*, 15(1), 5-29.
- Pittau, F. (2000). Las migraciones en Italia, ayer y hoy. *Documentación Social* 121. Recuperado de <http://goo.gl/GSLqsX>
- Pizarro, C. (2013). Clasificar a los otros migrantes: las políticas migratorias argentinas como productoras de etnicidad y de desigualdad. *MÉTIS: Historia & cultura*. 11(22), 219-240. Recuperado de www.ucs.br/etc/revistas/index.php/metis/article/download/1496/1252
- Portes, A., Guarnizo, L. & Landolt, P. (2003). El estudio del transnacionalismo: peligros latentes y promesas de un campo de investigación emergente. En A. Portes, L. Guarnizo & P. Landolt (coords.) *La Globalización desde abajo: Transnacionalismo inmigrante y desarrollo* (pp.15-44). México: FLACSO y Miguel Ángel Porrúa.
- Prada, N. (2013). Trabajos transexualizados: espacios laborales feminizados para las mujeres trans. Trabajo presentado en VII Congreso Latinoamericano de Estudios Laborales. El trabajo en el siglo XXI. Los cambios, impactos y perspectivas. Recuperado en <http://congressoalast.com/wp-content/uploads/2013/08/210.pdf>
- Prada, N., Herrera, S., Lozano, L., & Ortíz, A. (2012). ¡A mí me sacaron volada de allá! Relatos de mujeres trans desplazadas forzosamente hacia Bogotá. Bogotá: Secretaría General de la Alcaldía Mayor de Bogotá, Universidad Nacional de Colombia.
- Preciado, B.(2008). *Testo Yonqui*. Madrid: Espasa Libros.
- Pujadas, J. (1992). *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid: Centro de investigaciones sociológicas.
- Puwar, N. (2001). The racialised somatic norm and the senior civil service. *Sociology* 35(3), 651–670.
- Puwar, N. (2004). *Space invaders. Race, gender and bodies out of place*. Oxford: Berg.
- Puyana, Y., Motoa, A., & Viviel, A. (2009). *Entre Aquí y Allá. Las Familias Colombianas Transnacionales*. Bogotá: Unión Europea, Universidad Nacional de Colombia, Fundación Esperanza, Editorial Códice Ltda.
- Quevedo N., & Del Rosario, M. (2008). La alianza entre Giorgio Sale y Mancuso. *Periódico El Espectador*. Recuperado de <http://www.elespectador.com/impreso/investigacion/articuloimpreso-alianza-entre-giorgio-sale-y-mancuso>.
- Quijano, Al. (2003). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En E. Lander (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (pp. 201–246.). Buenos Aires: CLACSO.

- Reist, D., Riaño, & Y. (2008) Hablando entre aquí y allá. La comunicación transnacional entre migrantes y sus familias. En G. Herrera y J. Ramírez (coords). *América Latina Migrante: Estado, familia, identidades* (pp. 303-323). Quito: FLACSO.
- Revista Semana. (3 de marzo de 2012). Matar maricas no es noticia. Recuperado de <http://www.semana.com/opinion/blogs/entrada-blog/matar-maricas-no-noticia/320635>
- Rodríguez, P. (2008). Género, migración y trabajo sexual en las sociedades posmodernas. En I. Holgado (ed.). *Prostituciones: Diálogos sobre sexo pago* (pp. 41-54). España: Icaria Editorial.
- Rojas, A. (2011). "Colombia no sólo exporta café, también exporta putas": Migración internacional y trabajo sexual. (Tesis de Maestría Inédita). Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <http://www.bdigital.unal.edu.co/5247/1/dianaalejandrarojasmoreno.2011.pdf>
- Rojas, C. E. (1996). *La violencia llamada "limpieza social"*. Bogotá: CINEP.
- Romero, M. (1996). *Prostitución masculina, género y afectividad* (Tesis de pregrado). Universidad INNCA de Colombia.
- Rubin, G. (1989). Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad. En Carole Vance (comp.). *Placer y peligro. Explorando la sexualidad femenina*. Madrid: Ed. Revolución.
- Sabsay, L. (2011). *Fronteras Sexuales. Espacio urbano, cuerpos y ciudadanía*. Buenos Aires: Paidós.
- Sanz, J. (2009). Entre "cumplir" y "hacer cosas": Estrategias económicas y simbolismo en el uso de las remesas de la migración ecuatoriana en España (Tesis doctoral). Universitat Rovira I Virgili.
- Sassen, S. (2003). *Contradeografías de la globalización, género y ciudadanía en los circuitos tranfronterizos*. Madrid: Traficantes de sueños.
- Sassen, S. (2004). *Global Cities and Survival Circuits*. En B. Ehrenreich y A. Hoschschild (eds.). *Global Woman. Nannies, maids, and sex workers in the new economy*. New York: Owl Books.
- Sautu, R. (2004). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*, (2 ed.). Buenos Aires: Lumière.
- Sayad, A. (2010). *La doble ausencia: De las ilusiones del emigrado, a los padecimientos del inmigrado* (Trad. E. Santamaría). Barcelona: Anthropos (Obra original publicada en 1999).
- Sayad, A. (enero-junio, 2010) El retorno, elemento constitutivo de la condición del inmigrante: Selección de textos de Abdelmalek Sayad. *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* (19), 263-273.
- Secretaría de Integración Social. (2011). *Instructivo para la formación e información en Derechos Humanos, desarrollo personal, información y educación en salud*. Recuperado de <http://goo.gl/w06N8J>

- Segato, R. (2007). *La Nación y sus Otros: raza, etnicidad e diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*. Buenos Aires: Prometeo.
- Sepúlveda, S. (1970). *La prostitución en Colombia. Una quiebra de las estructuras sociales*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sikora, J. (2012). *De ranas a princesas: sufridas, atrevidas y travestidas*. San José de costa Rica: ILPES.
- Silva, H. (1993). *Travesti: a invenção do feminino*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Silva, H. (1996). *Certas cariocas: Travestis e vida de rua no Rio de Janeiro*. Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Smith, W., Yosso, T. & Solórzano, D. (2006). *Challenging Racial Battle Fatigue on Historically White Campuses: A Critical Race Examination of Race-related Stress*. En C. Stanley (ed.), *Faculty of Color Teaching in Predominantly White Colleges and Universities* (pp. 299-327). Massachusetts: Anker Publishing Company, Inc.
- Solana, J. (2011). *La trata de seres humanos con fines de explotación sexual: análisis conceptual e histórico*. En F. García y N. Kressova. (coords.). *Actas del I Congreso Internacional sobre Migraciones en Andalucía*. Granada: Instituto de Migraciones.
- Solana, J. L. (2007). *Movimientos migratorios, trabajadoras inmigrantes y empleo en la prostitución*. *Documentación Social* (144). Recuperado de <http://goo.gl/cKhQMz>
- Stanley, E. (2011). *Fugitive flesh: self-determination, Queer abolition, and Trans Resistance*. En Eric Stanley y Nat Smith (Eds.). *Captive genders. Trans embodiment and the prison industrial complex*. Canadá: AK Press.
- Sznickt, V. (1980). *Travesti, Nova Modalidade de Falsa Identidade*. *Revista Justicia*. Recuperado de <http://www.revistajustitia.com.br/revistas/7zx963.pdf>
- Teixeira, F. (2011). *Juízo e Sorte: enredando maridos e clientes nas narrativas sobre o projeto migratório das travestis brasileiras para a Itália*. En: Adriana Piscitelli, Glaucia Oliveira de Assis y José Miguel Nieto Olivar (Orgs.). *Gênero, sexo, amor e dinheiro: mobilidades transnacionais envolvendo o Brasil* (pp.225-262). Campinas-SP: Pagu/Unicamp,
- Teixeira, F. (julio-diciembre, 2008). *L'Italia dei Divieti: entre o sonho de ser européia e o babado da prostituição*. *Cadernos Pagu* (31), Campinas. Recuperado de http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S0104-83332008000200013&script=sci_arttext
- Torres & Vázquez (2012) *Condiciones afirmativas planteadas por el gobierno colombiano para la garantía de los derechos de la población LGBTI. (Monografía especialización)*. Bogotá: Universidad Jorge Tadeo Lozano.
- Trifiró, A. (2003). *Mujeres que ejercen la prostitución. Una historia de equidad de género y marginación*. Programa de Cooperación Internacional Espacios de Mujer. Medellín: Editorial Lealón.

- Urrea, F. & La Furcia A. (2014). Pigmentocracia del deseo en el mercado sexual Trans de Cali Colombia. *Revista latinoamericana sexualidad salud y Sociedad*,(16). Recuperado de <http://www.redalyc.org/pdf/2933/293330166007.pdf>
- Urrea, F., Castaño, J., & La Furcia, A. (2013). Colores de piel en el mercado sexual trans de Cali-Colombia. Trabajo presentado en II Congreso de la Red de Estudios del Trabajo (ALAST). Universidad de São Paulo - São Paulo .
- Urrego, M. A. (2002). La prostitución en Bogotá, Una realidad eclipsada por la moral. En Martínez Aída & Rodríguez Pablo (Eds.) *Placer, dinero y pecado. La historia de la prostitución en Colombia*. Bogotá: Aguilar.
- Vallejo, A. (2004). El viaje al Norte. Migración transnacional y desarrollo en Ecuador. en A. Escrivá & N. Ribas. (eds.). *Migración y desarrollo. Estudios sobre remesas y otras prácticas transnacionales en España*. Córdoba: Consejo superior de investigaciones científicas.
- Vartabedian, J. (2012) *Geografía travesti: Cuerpos, sexualidad y migraciones de travestis brasileñas, Rio de Janeiro-Barcelona* (Tesis doctoral), Universidad Autónoma de Barcelona. Recuperado de <http://diposit.ub.edu/dspace/handle/2445/35232>
- Vartabedian, J. (2014). El alcance político de las travestilidades: acerca del potencial transgresor de las travestis. *Annual Review of Critical Psychology*, (11). Recueprado de <http://www.discourseunit.com/arcp11/18-alcance.pdf>
- Vélez, F. (1986). El transvestismo callejero en la ciudad de Cali-Colombia. En *Revista Latinoamerica de sexología* 1(1). 67-93.
- Villarino Á. (11 de noviembre de 2005). La mafia sigue gobernando el sur de Italia. En *La Clave* (239). Recuperado de http://www.mediterraneosur.es/prensa/it_mafiagobierna.html
- Viveros, M. (2006). El machismo latinoamericano: Un persistente malentendido. En M. Viveros, C. Rivera & M. Rodríguez (comps.) *De mujeres, hombres y otras ficciones... género y sexualidad en América latina* (pp. 11-128). Bogotá: Tercer Mundo Editores del Grupo TM S. A., Universidad Nacional de Colombia.
- Viveros, M. (2014). *The sexual erotic market as an analytical framework for understanding erotic-affective exchanges in interracial sexually intimate and affective relationships*. Londres: Routledge.
- Vogel, K. (2009). The Mother, the Daughter, and the Cow: Venezuelan Transformistas' Migration to Europe. *Mobilities* 4(3), 367-387. DOI: 10.1080/17450100903195466
- Wade, P. (1998). Identidad racial y nacionalismo: una visión teórica de Latinoamérica. En M. de la Cadena (ed.) *Formaciones de indianidad: articulaciones raciales, mestizaje y nación en América Latina* (pp. 379-402). Popayán: Envió Editores.
- Wagman, D. (2002). Estadística, Delito e Inmigrantes. Recuperado de <http://habitat.aq.upm.es/boletin/n21/adwag.html>
- Wagman, D. (2005). Población extranjera y minorías étnicas. En C. Manzanos (coord.), *Servicios sociales v cárcel. Alternativas a la actual cultura punitiva*. Vitoria-Gasteiz: Salhaketa.

- Wamsley, E. (diciembre, 2001). Transformando los pueblos: la migración internacional y el impacto social a nivel comunitario. *Ecuador Debate* (54), 155-174.
- Wittig, M. (2006 [1992]). *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*. Barcelona, Madrid: Egales.
- Yosso, T., Smith, W., Ceja, M. & Solorzano, D. (2009). Critical Race Theory, Racial Microaggressions, and Campus Racial Climate for Latina/o Undergraduates 79(4), 659-690. EE. UU.: Harvard Educational Review.
- Young, R. (1995). *Colonial desire: Hybridity in Theory, Culture and Race*. Londres: Routledge.
- Ziga, Itziar. (2009). *Devenir perra*. Barcelona: Melusina.

